ESTATUAS DESNUDAS GLADIADORES GORDOS Y ELEFANTES DE GUERRA

Las preguntas más frecuentes sobre los antiguos griegos y romanos



GARRETT RYAN

Garrett Ryan

ESTATUAS DESNUDAS, GLADIADORES GORDOS Y ELEFANTES DE GUERRA

Las preguntas más frecuentes sobre los antiguos griegos y romanos

Traducción del inglés:

Javier Alonso López

la esfera de los libros

Primera edición: mayo de 2022

Traducido al español bajo licencia de Rowman & Littlefield Publishing Group, Inc.

Título original de la edición en inglés *Naked Statues, Fat Gladiators, and War Elephants*, de Garrett Ryan. Publicado originalmente por The Rowman & Littleflied Publishing Group, Inc., Lanham, MD, USA.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-337-7
Depósito legal: M.6357-2022
Composición: Versal CD, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas
Impreso en España-Printed in Spain

Agradecimientos

Escribir un libro, incluso uno extraño y pequeño como este, es un proceso abrumador. Pero gracias a mis amigos y familiares, fue mucho menos angustioso de lo que podría haber sido. Emily Ho, Blake Nicholson, Kelly Williams y Steven Yenzer leyeron borradores de respuestas concretas. Junto con Anya Helsel, Emily y Kelly también proporcionaron la tan necesaria orientación a través del laberinto de las redes sociales. Mis hermanos Courtney, Conor, Quinn y Austin fueron fuentes constantes de aliento (y aceptaron, junto con mi cuñado Rich y mi cuñada Shannon, aparecer en un vídeo promocional sobre antiguos juegos de bebida). También tuve la suerte de contar con el apoyo de mis abuelos Adrian y Marianne Ryan y Joe y Shirley Dowling (un agradecimiento especial a mi abuela Shirley por su ayuda en la revisión). Finalmente, tengo que dar las gracias a Jean y Garrett Ryan, mis padres, por tolerar a su hijo desempleado mientras escribía algo ridículo en el patio trasero de su casa. Este libro está dedicado a ellos con el más profundo agradecimiento.

Prefacio

Hace unos pocos años, mientras daba clases en la Universidad de Míchigan, llevé a una de mis clases al Instituto de Artes de Detroit. Cuando estábamos acabando nuestro recorrido por las galerías de Grecia y Roma antiguas, se me acercó un estudiante. Se inclinó en actitud conspiratoria y murmuró: «Doctor, Ryan, tengo que preguntárselo. ¿Por qué hay tantas estatuas griegas desnudas?».

Este libro responde a esta pregunta y a varias docenas más. Si alguna vez se ha preguntado cuándo comenzaron los romanos a llevar pantalones, si los griegos se creían sus mitos, cuáles eran los trabajos mejor pagados en el mundo antiguo o cómo se capturaban los leones para el Coliseo, ha llegado usted al lugar indicado. Misterios y magia, gladiadores y asesinos, buen vino y elefantes de guerra: este libro lo tiene todo.

Mis respuestas son, nada más y nada menos, que sucintos resúmenes de estudios académicos salpimentados con anécdotas de las fuentes antiguas y aderezados con las más excelentes ilustraciones que puede ofrecer el dominio público. No pretenden ser exhaustivas —hay demasiado que decir para tan pocas páginas—, pero espero sinceramente que inspiren a la lectura de textos más profundos.

Ninguna respuesta asume más que los conocimientos básicos sobre griegos y romanos. Sin embargo, puesto que un poco de contexto puede resultar de mucho provecho, he incluido una historia muy breve del mundo clásico en el apéndice al final del libro. Si le gustaría comenzar con la imagen general, le animo a que lea esta historia lo primero. De lo contrario, sumérjase directamente en las preguntas.

PARTE I:
VIDA COTIDIANA

1.
¿POR QUÉ LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS NO LLEVABAN PANTALONES?

Usted camina por una concurrida calle de la Atenas clásica. Es una mañana de verano —calurosa, pero no demasiado para hacer recados —. Las paredes blancas brillan al sol. Un murmullo de griego atraviesa el aire polvoriento. El delicioso aroma de los pasteles de miel, amontonados en un puesto cercano, compite con el inconfundible hedor de una ciudad sin sistema de alcantarillado.

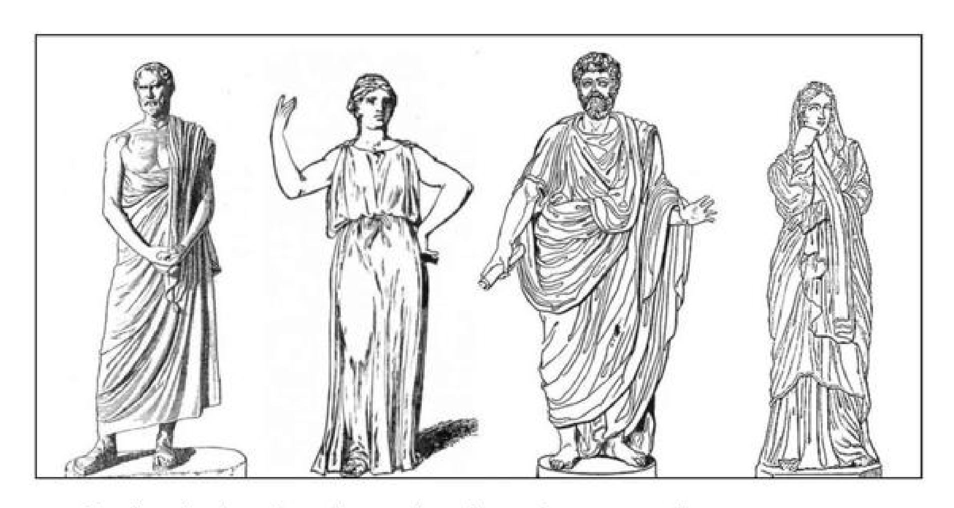
La mayoría de los viandantes son hombres. La mayoría de estos hombres no van medio desnudos. Algunos llevan un manto envuelto alrededor del torso. El resto pasea con unas túnicas sueltas que llegan a la rodilla. Las pocas mujeres que pueden verse llevan túnicas más largas, ajustadas a los hombros con unos largos alfileres. Tanto en mujeres como en hombres, las ropas de los pobres son de una lana incolora de tono blanquecino. Los más pudientes van emplumados con toda una escala de tonalidades amarillas, verdes y marrones.

Ahora se transporta usted a una calle de la Roma de principios del Imperio. Aunque es cerca del mediodía (u *hora sexta*, como dicen los romanos), la calle todavía está oscura, ensombrecida por los altos edificios de apartamentos de la otra acera. Un lodo fétido hace que los adoquines bajo los pies resulten resbaladizos. El humo se escapa por la puerta de una taberna al otro lado de la calle, llevando consigo un aroma de garbanzos tostados. Una algarabía multilingüe le llena los oídos, mientras agobiados peatones pasan corriendo a su lado, todos ellos vestidos de una manera muy diferente a la de Atenas.

Unos pocos hombres llevan togas. Una toga desdoblada es una gran extensión de lana de más de seis metros de longitud. Sumergirse en este mar de lana es un proceso tan complicado que, a menudo, los aristócratas recurren a un esclavo cuya función principal es plegarla y extenderla. Puesto que caminar con una toga es un arte y una ordalía a partes iguales —cualquier olvido de mantener el brazo izquierdo en el ángulo correcto significa la muerte de todos esos cuidadosos

pliegues—, la mayoría de los hombres de nuestra calle han dejados sus togas en casa y van a trabajar con una túnica corta. Algunas mujeres van envueltas en el manto tradicional de las matronas romanas. El resto llevan túnicas largas con una explosión de colores.

Tanto las prendas griegas como las romanas se colocaban directamente sobre el cuerpo. Fuesen de lino, lana o algodón, estas prendas plegadas se adaptaban bien al clima mediterráneo y se adaptaban convenientemente a los cambios sociales o climatológicos. Algunas prendas, como la toga, requerían una atención constante para ser llevadas correctamente. Todas carecían de bolsillos.



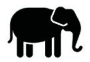
De izquierda a derecha: un hombre griego envuelto en un manto (*himatión*), una mujer griega con túnica (*chitón*), un hombre romano con toga y una matrona romana con un manto (*palla*).

Podría parecer que este sería un mundo que pedía a gritos la aparición de los pantalones. Sin embargo, con unas pocas excepciones —como el excéntrico emperador Heliogábalo, al que le encantaba vestir pantalones de seda— los griegos y los romanos consideraban los pantalones como algo propio de bárbaros. A los atenienses les recordaban a los persas, que habían invadido Grecia en un número abrumador y vestían unos pantalones amplios. Los romanos los asociaban con los tatuados y trasegadores de cerveza pueblos del norte, especialmente los germanos.

Sin embargo, al final los romanos dieron su brazo a torcer. El proceso comenzó entre las legiones. Las túnicas hasta la rodilla que llevaban los legionarios, diseñadas para el calor del verano mediterráneo, resultaban desagradablemente aireadas en los inviernos del norte. Inspirándose en la caballería bárbara, los soldados acantonados en climas fríos comenzaron a ajustarse unos calzones

cortos de algodón o lana. Pronto, algunos dieron el paso natural de llevar pantalones largos. Sus mandos les siguieron; un emperador del siglo tercero escandalizó a la opinión pública al llevar pantalones (y una peluca rubia flexible) mientras dirigía a las tropas.

En el transcurso del siglo IV, cuando los soldados metidos en política pusieron de moda la ropa militar, los civiles comenzaron a cambiar sus propias túnicas por pantalones. Para el final de ese siglo, la práctica se había generalizado de tal modo que un edicto imperial prohibió los pantalones en la ciudad de Roma. Cualquier hombre que fuera sorprendido con un atuendo tan escandaloso sería detenido, despojado de sus propiedades (y probablemente también de sus pantalones) y enviado a un exilio perpetuo. Sin embargo, la causa ya estaba perdida. En unas pocas décadas, incluso los senadores llevarían pantalones en presencia del emperador.



Tras haber echado un vistazo al triunfo de los pantalones, debemos plantearnos una pregunta más profunda: ¿llevaban ropa interior los griegos y los romanos? Sin duda, la mayoría de las mujeres llevaban unos sujetadores primitivos que llamamos «bandas pectorales». Aunque existían unas versiones ajustadas con tirantes en los hombros, por lo general se trataba de unas sencillas bandas de tela que rodeaban el torso. Puesto que los pechos pequeños se consideraban atractivos, las mujeres utilizaban a menudo estas bandas para aplanar sus pechos. Si hemos de dar crédito a los poetas antiguos, también servían como bolsillos improvisados para cualquier cosa, desde cartas de amantes hasta ampollas de veneno. Se decía incluso que las bandas pectorales poseían propiedades medicinales: se afirmaba que una banda usada enrollada alrededor de la cabeza aliviaba las jaquecas.

Al parecer, los hombres griegos tan solo lucían quemaduras del sol y confianza en sí mismos debajo de sus túnicas. En el mundo romano, unos pocos tradicionalistas llevaban taparrabos bajo sus togas, y los hombres podían lucir una especie de calzoncillo ajustado en los baños. Sin embargo, la mayoría prescindía de la ropa interior y prefería túnicas interiores más aireadas de lino o seda. Aunque eran confortables, estas prendas no favorecían la modestia. Un autor de la antigüedad tardía cuenta una historia de un visitante que se sentó junto a una hoguera frente a san Martín de Tours. El hombre se acomodó sobre el respaldo, extendió las piernas y accidentalmente ofreció al santo una amplia visión de sus genitales.

Para el siglo IV, cuando fue «iluminado» san Martín, la ropa

romana ya estaba bien encaminada a convertirse en medieval. Imagínese usted en una calle de la Constantinopla de la antigüedad tardía. Digamos, por ambientar la escena, que es una fresca tarde de otoño, con una brisa salada en el aire y las campanas de las iglesias tañendo bajo esa suave luz. Un pomposo funcionario de la corte pasa luciendo una exquisita versión de la toga tradicional. Los hombres de rango inferior lucen sus túnicas hasta la rodilla con mangas anchas y tantos bordados como puedan permitirse. Las túnicas de las mujeres son más largas, aunque igualmente ondulantes y decoradas. Unos pocos de los peatones más ricos exhiben vestidos de seda ajustada. Unos pocos de los más piadosos llevan tatuajes cristianos en las manos. Pero ni uno solo de ellos, de eso podemos estar seguros, lleva ropa interior.

2.
¿CÓMO SE AFEITABAN?

Adriano fue el más enigmático de los emperadores romanos. Fue un brillante poeta, arquitecto y flautista. Sin embargo, su forma favorita de relajación era la caza del león. Dirigió discusiones académicas con los mayores eruditos del imperio, pero se sentía igualmente cómodo al frente de sus legiones durante una marcha forzada. Fue un amigo generoso y un juez justo. Sin embargo, era arrogante, susceptible y —cuando le pillabas de mal humor— un asesino. Y lo más paradójico de todo: llevaba barba. Durante siglos, la práctica totalidad de romanos prominentes lució un rostro afeitado. Sin embargo, las mejillas de Adriano estuvieron orgullosa y profusamente pobladas de pelo durante sus veintiún años de reinado. Puede que la barba fuera un símbolo de su fascinación por los griegos, un regreso al pasado romano o un guiño a Zeus. O quizás, como especuló algún autor, el emperador tan solo intentaba ocultar las cicatrices provocadas por el acné.

Cualquiera que fuera la razón que tuviera Adriano para llevar barba, fue algo más que un rasgo personal. En el mundo clásico se tomaban muy en serio las barbas. Primero, y por encima de todo, porque eran una divisa de masculinidad. También eran una forma de proclamar un estatus. Ir bien acicalado era la tarjeta de presentación de un caballero, mientras que llevar una barba incipiente e ir desaliñado era un signo de pobreza. El estado de la barba era un adecuado indicador emocional, pues aquellos que estuvieran de luto (y aquellos que quieran ganarse la simpatía de un tribunal) descuidaban su aseo facial. Por último, las barbas denotaban cultura: bárbaro, romano o griego.



Adriano y su majestuosa barba.

Durante el período clásico, los hombres casi siempre llevaron barba. Aunque las modas cambiaban, el estilo más popular era una barba completa con el labio superior afeitado. El afeitado completo se consideró afeminado hasta el reinado de Alejandro Magno. Entre las muchas peculiaridades del gran conquistador (que iban desde una obsesión por la *Ilíada* hasta el convencimiento de que era, literalmente, hijo de Zeus) se encontraba la de afeitarse con regularidad. No sabemos si Alejandro deseaba subrayar su juventud o simplemente tenía una barba irregular. Sin embargo, sabemos que su inmenso prestigio puso de moda ir sin barba.

Después de la muerte de Alejandro, y a pesar de la puntillosa legislación antibarbas de muchas ciudades, la moda de ir afeitado se extendió rápidamente por todo el mundo griego. Sin embargo, no todos adoptaron la nueva moda. Los intelectuales, en particular, continuaron enorgulleciéndose de sus barbas; un filósofo proclamó que si le obligaran a elegir entre afeitarse y perecer, se entregaría gustoso a la muerte. Persistía una sensación de que las barbas eran más dignas que las mejillas rasuradas. En época imperial, un visitante de una remota ciudad de Grecia se encontró con que todos los hombres lucían barba a la manera tradicional, a excepción de un único desgraciado —se decía— que se afeitaba para impresionar a los romanos.

Los romanos habían comenzado siendo tan barbudos como los griegos. Pero, a mediados del siglo II a. C., la élite romana, inspirada probablemente por la moda contemporánea griega, comenzó a desprenderse de sus bigotes. El gran general Escipión Emiliano, conquistador de Cartago, era recordado como el primer romano que se

afeitó diariamente, y todas las figuras famosas de finales de la República y principios del Imperio siguieron su ejemplo. Julio César, que era bastante vanidoso, siempre aparecía en público muy repeinado y con las mejillas perfectamente rasuradas. Augusto dedicaba un rato cada mañana para que tres barberos trabajando en grupo le afeitasen y le recortaran el pelo. Hombres ambiciosos de todo el Imperio siguieron el ejemplo de la aristocracia, desterrando las barbas a los márgenes de la respetabilidad.

Y entonces apareció en escena nuestro amigo Adriano. Miles de estatuas y millones de monedas proclamaron su barbada majestad; a su paso brotaron los creadores de tendencias locales y, después de cuatro siglos de desamor, los romanos abrazaron las barbas de nuevo. Durante los dos siglos siguientes, hasta que la marea fue contenida por el perfectamente afeitado Constantino, los romanos a la moda lucieron barbas de todas las longitudes y estilos, por lo general siguiendo el ejemplo del emperador reinante. Algunas veces, la barba del momento estaba cuidadosamente recortada, como la de Adriano. En otros períodos, se parecía más a la baba completa de filósofo adoptada por Marco Aurelio, o el áspero rastrojo que lucían los emperadores militares del siglo III.

Para muchos hombres griegos y romanos, manejar incluso la barba más cepillada les debía parecer algo más sencillo que afeitarse. La afeitadora habitual en el mundo antiguo consistía en una hoja de bronce o hierro, a menudo con forma de hoz, montada sobre un mango pequeño. Incluso para aquellos pocos que poseyeran espejos adecuados, resultaba difícil afeitarse bien a uno mismo con un instrumento como aquel. Hasta donde podemos asegurar, pocos se aventuraban a hacerlo. Los hombres ricos se hacían afeitar por sus propios esclavos. El resto acudía a los barberos.

Aunque había unos pocos barberos de la *jet-set* que acicalaban a los aristócratas en lujosos salones, la mayoría de los barberos eran humildes comerciantes que trabajaban en pequeños establecimientos o al aire libre. Un hombre que quisiera afeitarse se sentaría en una banqueta baja y le cubrirían los hombros con un paño de lino. Le reblandecerían las mejillas con un chorro de agua y después contemplaría con sombría aprensión cómo el barbero se inclinaba sobre él, cuchilla en mano. Puesto que resultaba complicado mantenerlas afiladas, las antiguas cuchillas solían provocar tirones y rasguños cuando se deslizaban por la carne encogida. También eran propensas a derramar sangre. Aunque los clientes inflaban las mejillas para reducir el riesgo de desgarro, todos los barberos, salvo los mejores, solían afeitar en alguna ocasión un poco más de lo debido. Los peores de todos eran los temidos aprendices de barberos, que solían mostrar más entusiasmo que pericia y a los que en ocasiones

solo se les permitía utilizar navajas desafiladas.

Para aquellos que deseasen librarse de la barba, pero tuvieran miedo de la ordalía del afeitado, había algunas alternativas a la navaja de afeitar. Un tirano griego, aterrorizado ante la posibilidad de que le cortaran el gaznate, entrenó a sus hijas en chamuscar su pelambrera con cáscaras de nuez calentadas al rojo vivo. Otros métodos más convencionales incluían embadurnarse con resina de pino y arrancarse dolorosamente los molestos folículos pilosos. El mismo método, junto con el igualmente desagradable truco de arrancarse los pelos con una áspera piedra pómez, se empleaba para eliminar el vello corporal.

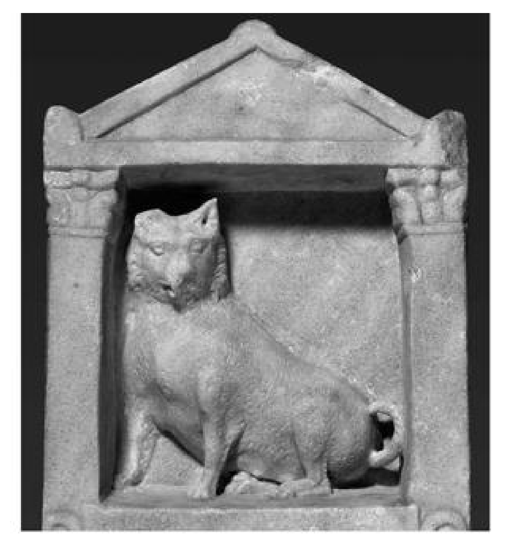
Algunas mujeres se afeitaban (o, mejor dicho, depilaban, rascaban con piedra o desgarraban) las piernas; un poeta romano, por ejemplo, aconsejaba a las damas que estuvieran seguras de que sus piernas estaban suaves antes de encontrarse con un posible amante. El equivalente clásico de un depilado para el bikini parece haber sido algo bastante habitual. Menos claro resulta saber si las mujeres que no pertenecían a la élite urbana se tomaban la molestia de ocuparse de estos asuntos. Probablemente no, entre otras cosas porque sus piernas estaban casi siempre cubiertas por la ropa. Los autores antiguos arrojan poca luz sobre este asunto, puesto que estaban mucho más interesados en las escandalosamente afeitadas piernas de los hombres.

Especialmente en el mundo romano, muchos hombres se quitaban gran parte o todo el vello corporal. El emperador romano Otón, por ejemplo, era famoso por los sufrimientos que soportaba a fin de mantenerse absolutamente libre de pelo. Esta práctica suponía una maraña de problemas para los tradicionalistas. Para una minoría vocal, afeitar cualquier cabello del cuerpo significaba un rechazo deliberado de la masculinidad. Al menos una vez tuvo lugar un acalorado debate público entre un filósofo peludo y un orador recién afeitado acerca de la moralidad de la eliminación del vello. Los moderados estaban dispuestos a aceptar que se pudieran depilar decentemente algunas partes del cuerpo. Los caballeros, reconocían, podían y debían acicalarse los sobacos. Pero solo un depravado se atrevería a llegar tan lejos como para depilarse las piernas.

3.
¿QUÉ MASCOTAS TENÍAN?

La ciudad en ruinas de Termessos se encuentra devorada por sus tumbas, que alfombran las colinas por todas partes —sarcófagos amontonados, sarcófagos en filas, cubiertos por la maleza, rotos y desnudos—. La mayoría son enormes y pesados. Pero unos pocos, medio ocultos por sus abrumadores primos, son más modestos. Uno de estos, un cofre de piedra gris con una tapa alta, contiene un breve epitafio. La línea final todavía se lee claramente: «Soy el perro Estéfanos; Ródope erigió una tumba para mí».

Los perros eran las mascotas favoritas del mundo clásico. Los más grandes, llamados convencionalmente *molossus*, eran unos mastines de pecho profundo. Criados originariamente para cazar jabalíes, estos perros se empleaban para cuidar casas y a veces para tirar de carros. Otra variedad de gran tamaño era el sabueso «indio», al parecer un cruce entre un tigre macho y una perra (la raza era extraña, se pensaba, porque los tigres suelen comerse los perros después de aparearse con ellos). El delgado y rápido sabueso laconio, que podía correr detrás de ciervos y liebres, era la raza de tamaño mediano más popular. Sin embargo, a medida que avanzó la época romana, fue reemplazada por el igualmente delgado y aún más rápido *vertragus*, un antepasado del galgo moderno. La raza de perro pequeño mejor conocida era el perro maltés, una pequeña criatura de piernas rechonchas y pelo largo cuya cualidad más útil era ser capaz de caber en una bolsa de mano. Los nombres dados a los perros solían reflejar su aspecto. Los perros *molossus* y laconios tenían apodos de macho como Coraje, Lancero y Remolino. Los perritos falderos, por el contrario, solían tener nombres como Mosca, Perla o Pizca.



Un perro maltés en una lápida romana. Estela funeraria para Helena, 150-200 d. C.

Muchos griegos y romanos adinerados tenían un maltés o tres. Aparecen en los vasos griegos, atados con una correa a las tumbonas de banquetes de sus dueños. En el mundo romano, se convirtieron en accesorios de moda de las damas de la élite, que los llevaban en los pliegues de sus túnicas. A menudo, estaban escandalosamente mimados: un poeta romano describe cómo un dueño cariñoso encargó una pintura de su perrito faldero Missy.

Los perros de caza favoritos estaban igualmente mimados. En una de sus obras, un historiador griego muestra su entusiasmo por su galgo, que está tumbado a su lado mientras escribe y lo acompaña cada día al gimnasio. Alejandro Magno puso el nombre de una ciudad por su fiel perro Peritas.

Sin embargo, por muy unidas que se sintieran a sus perros, las familias pudientes delegaban la alimentación, los paseos y otros quehaceres en esclavos y ayudantes. Un autor antiguo describe cómo a un sombrío filósofo estoico le encargaron cuidar del perrito faldero de su patrón con un resultado de lo más cómico (el perro se quedó enredado en la barba del filósofo). Por lo general, se alimentaba a los perros con una combinación de restos de las comidas y pan duro, aunque los galgos más consentidos podían recibir alguna golosina como premio. A pesar de comprender los procedimientos médicos más básicos —a veces se castraba a los perros—, los cuidados veterinarios eran muy rudimentarios. Por ejemplo, se creía que un perro podía curarse de sarna haciéndolo dormir junto a una persona todas las noches. Sin embargo, parece que los perros antiguos tuvieron la misma esperanza de vida de sus descendientes actuales: algunas razas,

según Aristóteles, podían vivir más de veinte años.

Los gatos eran mucho menos populares que los perros. Llegaron al mundo clásico procedentes de Egipto, donde desde antiguo habían sido animales sagrados y apreciadas mascotas. Sin embargo, los griegos y romanos solían considerarlos cazadores de alimañas, pero no mascotas. Incluso como cazadores de ratones, parece que los gatos fueron menos comunes que los hurones y las serpientes domesticadas hasta la época imperial romana. Al menos en los hogares de las clases altas, su impopularidad podría explicarse debido a la abundancia de aves domésticas.

Un filósofo griego tenía un ganso que le seguía allí adonde fuera. Otro acostumbraba a conversar con su mascota perdiz. Los romanos ricos criaban pavos reales por su belleza, ruiseñores y mirlos por su canto y cuervos y loros por su capacidad para hablar. Los loros indios eran especialmente apreciados, y a menudo se les entrenaba para dar la bienvenida a los invitados y para realizar otros trucos. Un historiador griego vivió veinte años con un loro que podía cantar, bailar y dirigirse a los visitantes por su nombre. A otros loros se les enseñaba a saludar al Cesar e, inevitablemente, a decir inconveniencias. Al parecer, existía una broma típica de las fiestas que consistía en emborrachar al loro y hacer que dijera palabras subidas de tono. Sin embargo, esto era un negocio arriesgado: una vez el loro comienza a maldecir —se lamenta un autor— ya no se detiene.

Algunos griegos y romanos, para consternación de la mayoría de griegos y romanos, insistían en tener como mascotas a serpientes de gran tamaño. Tiberio, el despiadado emperador, era famoso por su entusiasmo por las serpientes. Otra era la madre de Alejandro Magno. Al parecer, las serpientes eran bastante populares entre la aristocracia romana, que las lucía sobre sus hombros y les permitía deslizarse entre los platos en los banquetes. Otros invitados igualmente desagradables eran los monos (probablemente un mono de Gibraltar), que muchos notables romanos tenían como mascotas y que tenían la costumbre de causar estragos en la mesa de la cena.

Las mascotas más impresionantes y exóticas pertenecían a los emperadores. Los leones eran especialmente apreciados. Domiciano obligó a un senador que no era de su agrado a luchar contra el más fiero de sus leones (por desgracia para el emperador, el senador era un consumado cazador y derrotó a la bestia). Caracalla se hacía acompañar a todas horas por un león llamado Cimitarra, al que acariciaba como un villano de las películas de James Bond mientras estaba sentado en su trono. Uno de sus sucesores disfrutaba soltando a su pareja de leones domesticados y sin colmillos entre los inadvertidos invitados a sus fiestas solo por diversión. Los osos eran otras de las mascotas imperiales favoritas. Valentiniano I tenía unas osas

antropófagas llamadas Copo de Oro e Inocencia, que vivían en una jaula junto a su dormitorio y se alimentaban de una dieta abundante en prisioneros políticos. Se cuenta que un predecesor de gustos similares animaba sus banquetes arrojando gente para alimentar a sus mascotas. Algunos emperadores mantenían auténticos zoológicos en sus palacios. Nerón permitía que rebaños enteros de animales domésticos y salvajes corretearan por los terrenos de su Casa Dorada, y se contaba de un emperador posterior que tenía elefantes, alces, leones, leopardos, tigres, jirafas, hienas, hipopótamos y un rinoceronte solitario.

Aunque la mayoría de los animales de los zoológicos imperiales apenas pueden ser considerados mascotas, algunos eran mucho más que símbolos de poder. El león de Caracalla, por ejemplo, dormía en su dormitorio y al parecer intentó salvarle la vida el día que fue asesinado. Valentiniano sentía tal cariño por sus osas que no podía soportar verlas en una jaula y acabó poniéndolas en libertad en un bosque lejano. Algunas veces, el mejor amigo del hombre se come a sus enemigos.

4.
¿UTILIZABAN ALGUNA FORMA DE CONTROL DE LA NATALIDAD?

Una vez cayó una lluvia negra sobre las colinas de Libia. Se decía que allí donde cayeron las gotas de ébano crecieron silfios. Era una planta alta y llamativa con raíces negras, un único tallo grueso y ramilletes de hojas doradas. Y como descubrieron poco después los habitantes de Cirene, una colonia griega cercana, tenía muchos usos. Engordaba a las ovejas locales. Su tallo y sus hojas, cortados en cubitos y bañados en vinagre, adornaban los banquetes. La fragancia de sus flores aumentaba el efecto de los perfumes. El verdadero premio, sin embargo, era su resina. Además de mejorar el sabor de cualquier alimento sobre el que se espolvorease, la resina de silfio tenía una gran cantidad de usos medicinales, que incluían (aunque no solo) peinar el cabello, aliviar los ojos, curar picaduras, matar verrugas y evitar los efectos nocivos de las heridas de flechas envenenadas. Pero más allá de todo esto, era un potente anticonceptivo. Por eso, el silfio era conmemorado en monedas, celebrado con canciones y recogido hasta la extinción. Nerón consiguió el último tallo.



Un tallo de silfio representado en una moneda de Cirene.

Antes incluso de la desaparición del silfio, el uso de anticonceptivos estaba limitado en el mundo clásico. La gran mayoría de griegos y romanos libres estaban casados y, en general, se estaba de acuerdo en que el propósito del matrimonio era producir hijos. La presión para procrear se veía acentuada por la terrible cantidad de enfermedades infantiles: las parejas que se limitaban a unos pocos hijos corrían el riesgo de perderlos a todos. En consecuencia, la mayoría de las mujeres daban a luz a hijos mientras podían, a intervalos determinados por la abstinencia y la lactancia. Puesto que, generalmente, las mujeres amamantaban a sus hijos durante aproximadamente dos años, y dado que se las alentaba a evitar las relaciones sexuales durante este período (basándose en la teoría de que, de alguna manera, los espermatozoides estropearían su leche), sus embarazos se espaciaban a menudo con varios años de diferencia sin el uso de anticonceptivos.

Algunas mujeres, sin embargo, se sintieron motivadas a limitar su fertilidad de manera más drástica. Para las prostitutas, para las solteras y para muchas esclavas, los niños eran un lastre. Los padres desesperadamente pobres se veían a menudo incapaces de alimentar a otra boca hambrienta. Y en el otro extremo de la escala social, las familias aristocráticas buscaban en ocasiones preservar su riqueza y estatus produciendo solamente uno o dos herederos.

Aparte de la abstinencia, la forma más básica de anticoncepción era una versión poco convencional del método Ogino. Se asumía que las mujeres eran menos fértiles en la mitad de su ciclo menstrual. Pero, dado que este es en realidad el período de mayor fertilidad, las parejas que mantenían relaciones de acuerdo con esta teoría eran más

propensas a la paternidad. Una alternativa más fiable eran las relaciones sexuales no vaginales. También podría evitarse la concepción con un buen *coitus interruptus* a la antigua, especialmente eficaz, según un autor, si la mujer contenía la respiración.

No hay testimonios de condones en el mundo clásico. Sin embargo, eran comunes las barreras y los supositorios vaginales. Prácticamente cualquier sustancia que pareciera atrapar, enfriar o bloquear el esperma se utilizaba para este fin. Los trozos de cáscara de granada y pequeñas esponjas empapadas en aceite o resina parecen haber sido especialmente populares. Un enfoque menos invasivo requería que uno o ambos miembros de la pareja se untaran los genitales con bayas de enebro trituradas, resina de cedro o aceite de oliva. Igual que algunos de los supositorios, estas sustancias tenían propiedades anticonceptivas reales y pudieron haber sido al menos parcialmente eficaces. Sin embargo, uno sospecha que hicieron poco para mejorar la experiencia de cualquiera de los involucrados.

También estaban muy extendidos los remedios orales. Aunque algunos presentaban los matices vigorizantes del mineral de cobre o el aroma almizclado de los testículos de mulo asados, la mayoría consistía en extractos de plantas disueltos en agua o vino. Además del tristemente desaparecido silfio, los ingredientes comunes incluían poleo, sauce y dos plantas con nombres maravillosamente freudianos: pepino chorreante y zanahoria de la muerte. Tomados en dosis adecuadas, puede que algunos de estos extractos funcionasen. No se puede decir lo mismo de los amuletos anticonceptivos utilizados por muchas mujeres y que llevaban de todo, desde hígado de comadreja hasta el contenido de la cabeza de una araña peluda. Si todo lo demás fallaba, siempre estaba la magia. Un hechizo para prevenir el embarazo consistía en atrapar una rana, convencerla para que se tragara semillas empapadas en sangre menstrual y soltarla, absolutamente desconcertada, de vuelta a la naturaleza.

Incluso reforzada con testículos de mulo o una zanahoria de la muerte, una mujer que quisiera evitar el embarazo podía tomar precauciones adicionales inmediatamente después del coito. Se pensaba que, para esterilizar el esperma, se podía enfriarlo con vasos de agua fría después del coito, eliminarlos con una dosis de testículo de castor pulverizado o expulsarlos del útero con un estornudo oportuno y vigoroso.

Puesto que los médicos griegos y romanos entendían la concepción como un proceso gradual, no se trazaba una distinción clara entre la anticoncepción y lo que llamaríamos «aborto temprano». En los primeros días y semanas después de la concepción, las mujeres podían intentar evitar que los espermatozoides se asentasen en sus úteros dando paseos en carruajes llenos de baches o saltando y

pateando sus talones. Pero una vez que pasaba este período inicial, el aborto resultaba controvertido y peligroso. Los tés de hierbas eran el método más seguro, pero los supositorios —que podían dañar el útero — eran más eficaces. Los métodos quirúrgicos se intentaban solo como último recurso.

En la mayoría de los casos, las mujeres con embarazos no deseados evitaban los peligros del aborto y llegaban a término. Poco después del nacimiento, el destino del bebé sería decidido por su padre (o, en el caso de una esclava, el dueño de la madre). Si el niño era sano y legítimo —y especialmente si era varón—, tenía una buena posibilidad de ser aceptado en la familia. Pero si el padre se negaba a reconocerlo, el bebé, por lo general, quedaba expuesto, es decir, sacado de la casa y abandonado a su suerte. La exposición no era necesariamente una sentencia de muerte. A menudo se llevaban los bebés a lugares públicos, como las puertas de los templos, donde tenían una posibilidad razonable de ser encontrados. A veces, se les dejaba un sonajero, un anillo u otro símbolo que permitiría identificarlos tiempo después. La supervivencia, sin embargo, no siempre era una bendición. Muchos niños expuestos eran recogidos por traficantes de esclavos que los criaban para convertirlos en prostitutas o mendigos. Solo unos pocos afortunados eran adoptados por familias libres.

Al igual que el salvajismo de la arena romana y la gigantesca inhumanidad de la esclavitud antigua, la exposición infantil revela el abismo que nos separa del mundo clásico. Para la mayoría de los griegos y romanos, la vida era una lucha, y tener una familia requería decisiones difíciles. Es posible que estas decisiones fueran calculadas, pero no debemos asumir que fueran fáciles.

5.
¿QUÉ POSIBILIDADES TENÍAN DE SOBREVIVIR A UNA CIRUGÍA?

La flecha medía poco menos de un metro de largo, con una perversa punta con púas del tamaño de una daga. Brillando contra el cielo cobrizo, silbó a través del polvo, besó el borde de un escudo dorado y atravesó la coraza de Alejandro. Dando un grito, el conquistador cayó. Mientras sus hombres se lanzaban contra las vacilantes líneas enemigas, Alejandro fue arrastrado a la retaguardia, jadeando y chorreando sangre. Cuando le cortaron la coraza, se descubrió que la flecha le había atravesado el esternón y le había rozado un pulmón. La punta de la flecha, incrustada en el hueso, se negaba a moverse. Según una tradición, el guardaespaldas de Alejandro la sacó con la punta de su espada. Sin embargo, la mayoría de los autores antiguos dieron credibilidad a su médico, que extrajo la punta de la flecha mediante una cuidadosa incisión y detuvo la hemorragia subsiguiente.

Alejandro, afortunado como siempre, sobrevivió. Muchos griegos y romanos que se sometieron a una cirugía tuvieron menos suerte. Dado que los médicos antiguos no entendían la teoría de los gérmenes, nunca esterilizaron sus instrumentos quirúrgicos. Y puesto que la disección humana era un tabú, tendían a tener una comprensión irregular de la anatomía. Los más concienzudos intentaron compensarlo diseccionando animales; el gran Galeno anatomizó monos, cerdos, cabras, avestruces y al menos un elefante. Pero ni siquiera Galeno pudo nunca hacer un uso completo de un cadáver, y envidiaba a los médicos del personal de campaña del emperador, a quienes en ocasiones se les permitía despedazar bárbaros.

Galeno fue uno de los médicos más famosos del mundo clásico, una tribu de alto nivel, verbo rápido y fanáticamente competitiva que atendía a los ricos y famosos. Estos hombres propusieron y se opusieron a curas de moda, ofrecieron duelos de exhibiciones quirúrgicas, compitieron en festivales y en ocasiones se envenenaron

entre sí. La mayoría de los médicos se movían en círculos sociales menos exaltados. En la ciudad de Roma, muchos eran libertos que se especializaban en cosas como sacar dientes o extraer piedras de la vejiga. A pesar de su falta de educación médica formal (no existía un proceso de licenciatura), algunos de estos hombres estaban altamente calificados. Sin embargo, otros no lo estaban. En muchas lápidas, afirmaba un autor romano, estaba esta inscripción: «Una banda de médicos me mató».

Independientemente del curanderismo, los médicos antiguos eran capaces de realizar procedimientos quirúrgicos sofisticados. Sus herramientas básicas eran las de la cirugía moderna: sondas, bisturíes, fórceps e incluso una jeringa conocida como extractor de pus. Sin embargo, las condiciones de operación eran primitivas. Aunque a veces se administraban sedantes a base de hierbas como la mandrágora o el jugo de amapola, los pacientes permanecían conscientes incluso durante los procedimientos más dolorosos. La marca de un buen cirujano —comenta alegremente un autor antiguo— es que no le conmueven los gritos de dolor. Como era de esperar, las cirugías se llevaban a cabo lo más rápidamente posible. Una vez que se sajaba y se cortaba, las incisiones se cerraban con alfileres o se cosían y se untaban con resina o miel (que, ahora sabemos, tienen ligeras propiedades antisépticas). Algunas heridas se cubrían con paños humedecidos; otras eran vendadas con lino.

A menudo se recurría a los cirujanos para tratar las heridas de combate. Aunque la medicina del campo de batalla está atestiguada ya desde la *Ilíada*, la mayor parte de lo que sabemos procede de los médicos del ejército imperial romano, el único ejército clásico con personal médico y hospitales. Los soldados romanos heridos en batalla recibían vendajes de campaña temporales de los médicos adjuntos a sus unidades y luego —siempre que fuera posible— un tratamiento más cuidadoso por parte de los médicos legionarios. Las heridas de arma blanca y los cortes se limpiaban, cauterizaban y vendaban. Las flechas se arrancaban con pinzas, utilizando para liberarlas un exótico instrumento llamado «la cuchara de Diocles» o (si estaban profundamente incrustadas en un brazo o pierna) se empujaban con una varilla delgada a través de una incisión en el otro lado de la extremidad. Las flechas envenenadas se trataban de la misma manera, aunque con un poco más de prisa. Las balas de plomo arrojadas por las hondas, que podían incrustarse tan profundamente como una flecha, se soltaban como si fueran dientes o se pescaban con sondas para los oídos. Las extremidades destrozadas eran amputadas. Sorprendentemente, un tratamiento tan rudo y rápido como este proporcionaba altas tasas de supervivencia. Una vez, por ejemplo, una flecha alcanzó a un soldado romano entre la nariz y el ojo derecho y

atravesó completamente su cabeza, con la punta sobresaliendo por la parte posterior de su cuello. Increíblemente, un médico del ejército logró sacar la flecha a través de su cuello sin matarlo ni (se nos cuenta) dejar cicatriz.

En la vida civil, la mayoría de las cirugías eran menores. El procedimiento más común era la extracción de dientes. Aunque los griegos y los romanos usaban polvos dentales y palillos de dientes para la higiene dental, las caries estaban muy extendidas. Solo los ricos podían permitirse coronas dentales doradas y puentes; para todos los demás, la odontología significaba pinzas y desplume. La eliminación de las venas varicosas, la cirugía electiva mejor atestiguada del mundo clásico, era aún más desagradable, ya que todos los vasos errantes tenían que ser cortados o cauterizados. Cicerón afirmaba haber sido el primer hombre lo suficientemente audaz para soportar el procedimiento sin estar atado. Las cirugías cosméticas menos comunes incluían reducciones de senos masculinos y una forma primitiva de liposucción.

La operación más seria realizada con cualquier frecuencia solía ser la trepanación, el corte de secciones enfermas o fracturadas del cráneo. Nuestras fuentes describen el procedimiento con un detalle insoportable. Primero, se despegaba la piel y se exponía el cráneo. Se perforaban unos pequeños orificios alrededor del área objetivo y se utilizaba un cincel para separar los puentes de hueso (se sugería taponar las orejas del paciente con lana para amortiguar las roturas y grietas). Los trozos rotos se eliminaban con cuidado, a menudo con un instrumento especial que protegía la membrana cerebral. Luego se limaban los bordes del cráneo hasta que quedaran lisos, se cubría la herida con lana empapada en aceite o yeso astringente y se permitía al paciente volver a casa tambaleándose.

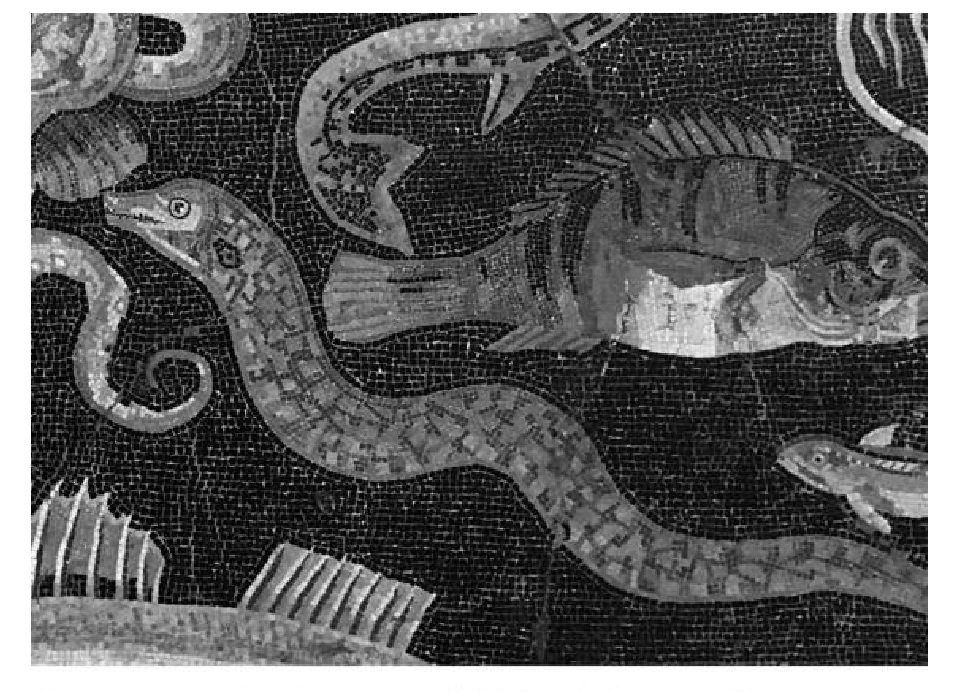
Mal que bien, se sobrevivía a la trepanación. Sin embargo, la muerte por infección era común después de cualquier operación grave. Uno de los hijos de Marco Aurelio, por ejemplo, murió poco después de que le extrajeran un tumor del cuello. Un emperador posterior murió a causa de una operación de cálculos en la vejiga. Contra esta evidencia, tenemos descripciones de cirugías peligrosas que tuvieron éxito. Galeno salvó una vez a un gladiador que había sido casi completamente destripado. Más tarde, realizó la hazaña aún más impresionante de extirpar el esternón y el pericardio infectados por encima del corazón palpitante de un niño esclavo. Pero Galeno, como el propio Galeno sabía muy bien, era excepcional. Incluso para los médicos más capacitados, las operaciones invasivas debieron haber acabado con frecuencia con la muerte del paciente. Muchos griegos y romanos habrían simpatizado con el poeta que bromeaba diciendo que su médico finalmente se había dado cuenta de dónde estaban sus

habilidades y se había convertido en enterrador.

6.
¿CUÁLES ERAN LOS MANJARES MÁS EXQUISITOS?

La morena mediterránea no es un pez atractivo. Su cuerpo sinuoso rezuma moco. Sus ojos son brillantes y fríos. Se esconde en los agujeros y se desliza entre las piedras, lacerando a sus presas con sus dientes torcidos. Sin embargo, a pesar de combinar toda la mala intención de un depredador con la absoluta falta de encanto del gusano, la morena era un manjar en el mundo clásico. La élite romana era particularmente susceptible a sus resbaladizos encantos. Las morenas nadaban en los estanques ornamentales de las villas, saliendo a la superficie para arrebatar trozos de carne de manos enjoyadas. Las anguilas más seductoras se convirtieron en adoradas mascotas, llamadas por su nombre y adornadas con collares y pendientes. Los especímenes menores se comían con ricas salsas y un gusto considerable.

Solo los ricos podían permitirse probar los dudosos placeres de las morenas. Para la gran mayoría de griegos y romanos, casi todas las comidas eran pan o gachas aromatizadas con aceite, miel o hierbas. Dependiendo de la temporada y la disponibilidad, se podía complementar con queso de cabra, judías o un poco de cerdo o pollo. En el campo, la monotonía de esta dieta se aliviaba con la caza y la pesca. Los festivales religiosos —que presentaban barbacoas comunitarias de animales sacrificados— eran las principales fuentes de variación dietética en las ciudades, especialmente en el mundo griego. Además de una proliferación de la carne de cerdo durante la época romana, el único cambio real a lo largo del tiempo fue la introducción de nuevos cultivos, sobre todo melocotones, albaricoques y limones.



¡Es una morena! Mosaico marino de la Casa del Fauno en Pompeya, ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. (Archivo del autor).

La cocina de élite, por el contrario, se caracterizaba por una gran variedad y rápidos cambios en la moda. Aunque muchas ciudades tenían tabernas, no había buenos restaurantes. La élite grecorromana cenaba en casa, con platos preparados por un personal numeroso y rigurosamente entrenado de esclavos de cocina. Se reclinaban en sofás mientras comían, apoyándose en los codos izquierdos. Usaban cuchillos, cucharas y palillos, pero nunca tenedores. Como resultado, sus platos principales se servían en trozos pequeños y era necesario lavarse las manos con frecuencia. Sin embargo, solo los romanos usaban servilletas.

Puesto que la ética democrática desalentaba las demostraciones ostentosas de riqueza, los banquetes de la élite en la Atenas clásica eran relativamente modestos. La comida a menudo comenzaba con hogazas de pan de trigo fino servido con pequeñas porciones de mariscos, verduras y otros aperitivos. Les seguía el plato principal. Aunque el cabrito y el cordero eran manjares reconocidos, un banquete ateniense verdaderamente lujoso giraba en torno al pescado. Los gastrónomos canonizaron una complicada jerarquía de peces, desde la humilde anchoa hasta el señorial atún. Los más caros de todos eran las anguilas de agua dulce del lago Copais: en un momento en el que un trabajador calificado ganaba una dracma por un día de trabajo, una sola anguila copaica podía costar doce dracmas.

Como era de esperar, había poca comida refinada entre los espartanos, cuyo plato estrella era una sopa negra amarga hecha de sangre y vinagre. Los epicentros culinarios del mundo griego eran las prósperas ciudades de Sicilia, que produjeron los primeros libros de cocina de la historia. La moda de la comida *gourmet* fue llevada al extremo en las cortes de los monarcas helenísticos. Por tomar un ejemplo notorio, el rey Ptolomeo VIII (por lo demás famoso por haberse casado con su hermana y su sobrina) escribió tratados eruditos sobre manjares y tras volverse tan obeso a causa de los constantes banquetes que apenas podía caminar acabó siendo conocido como «el barrigón» por sus súbditos poco dados a la adulación.

Sin embargo, incluso los banquetes de reyes como Ptolomeo fueron superados por la élite romana. Al principio de la historia romana (o eso les gustaba pensar más tarde a los romanos), tanto los ricos como los pobres se habían contentado con alimentos sencillos. Pero a medida que conquistaron a los griegos —quienes, según observaron, comían mucho mejor que ellos— la élite romana comenzó a importar cocineros griegos y recetas griegas y a infundir a ambos un espíritu romano de competencia y exhibición. El resultado fue una cultura gastronómica de una extravagancia a veces increíble.

Cada aspecto de un banquete romano estaba calculado para impresionar. Un comedor típicamente centrado en tres sofás dispuestos en forma de U. El escenario era tan lujoso como el anfitrión pudiera permitírselo: suelos alfombrados con mosaicos; paredes que brillaban con frescos; los jardines llamaban a través de las altas ventanas. Los emperadores, por supuesto, lo hacían mejor. El salón de banquetes principal de la ridículamente opulenta Casa Dorada de Nerón estaba coronado por una rotonda salpicada de estrellas que giraba mientras los invitados permanecían reclinados debajo. Otros comedores del palacio tenían techos de marfil provistos de tuberías que rociaban perfume y paneles que lanzaban lluvias de pétalos de rosa. Cuando hacía buen tiempo, los emperadores y sus súbditos más ricos celebraban banquetes entre las fuentes de agua y la cuidada vegetación de sus villas. A un senador le gustaba cenar con platos que flotaban en la fuente junto a su sofá de jardín, rodeado de arbustos recortados con las letras de su nombre.

Un banquete romano comenzaba con una ronda de aperitivos —eran populares las ensaladas, los caracoles y las sardinas— regados con vino mezclado con miel. La cena que seguía incluía típicamente entre tres y siete platos, servidos en relucientes fuentes de plata. La variedad de alimentos era inmensa: aves de todas las plumas y mariscos de todas las conchas; cardúmenes de peces, de agua dulce y salada; huertos de frutas, huertos de hortalizas, y carnes desde uros

africanos hasta jabalíes. Para los estándares modernos, los sabores eran fuertes; a menudo, los platos llevaban una dosis de pimienta, se rociaban con miel y se servían con un condimento elaborado con tripas de pescado maduradas al sol.

Los alimentos se exhibían, disfrazaban y desmembraban para sorprender y asombrar a los invitados, llevándolos a un estado de apreciación adecuada de la riqueza de su anfitrión. En un banquete de mal gusto descrito en una novela romana, los platos incluían un jabalí relleno de pájaros vivos, un cerdo relleno de salchichas atadas para que parecieran entrañas y un pastel con la forma de Príapo, el tumescente dios de la fertilidad. De entre la deslumbrante variedad de comidas que se ofrecían, los invitados probaban platos que les gustaban y eructaban ocasionalmente para hacer notar su agradecimiento. Después de horas de picoteo pausado, el espectáculo terminaba con un postre de pasteles con miel, frutas y nueces.

Los romanos saboreaban una amplia variedad de manjares. Adoraban los lirones, roedores nocturnos engordados durante meses en contenedores especiales antes de asarlos, mojarlos en miel y servirlos como entremeses. El paladar romano también disfrutaba con las ubres, el útero y las partes reproductoras de las cerdas —de hecho, se rumoreaba que un emperador había sido asesinado con un útero de cerda envenenado—. Entre las carnes más exóticas, se valoraban especialmente la trompa y el corazón de elefante. Las cabezas de los pájaros constituían toda una clase de manjares (la lengua de flamenco era especialmente apreciada). El pavo real se comía con tal avidez que por toda Italia surgieron granjas dedicadas a su cría. Las ostras cultivadas en el lago Lucrino, junto a la bahía de Nápoles, siempre eran bienvenidas. Hasta que la contaminación arruinó el sabor, el pescado más apreciado era la lubina del Tíber. Más tarde, el esturión (pero aún no el caviar) fue reconocido como el principal manjar de agua dulce. El más prestigioso de todos los peces, sin embargo, era el modesto salmonete barbudo.

Las cenas romanas podían ser tremendamente caras. Cuando la mayoría de los hombres ganaban entre quinientos y mil sestercios al año, los principales senadores podían gastar un millón o más en un solo banquete. Se decía que un emperador dilapidó seis millones de sestercios en una cena para doce personas, durante la cual cada invitado recibió un esclavo, copas de cristal, perfumes raros y un carruaje adornado con plata. En una cena aún más extravagante organizada por el emperador de breve gobierno Vitelio, se sacó una fuente gigantesca, colmada de delicias de todos los rincones del imperio: leche de lamprea e hígados de lucio, cerebros de faisanes y pavos reales, y abanicos relucientes de lenguas de flamenco. Los méritos culinarios de este plato podían ser cuestionables, pero el

mensaje era claro. La comida era poder.

7.
¿CUÁNTO VINO BEBÍAN?

El vino era un placer. Géneros enteros de poesía celebraban sus encantos, y algunos no podían pensar en un destino más noble para las almas de los justos que la bienaventurada y eterna borrachera.

El vino era una panacea. Los espartanos bañaban a sus hijos en él para endurecerles la piel, y el emperador-filósofo Marco Aurelio evitaba el insomnio con una taza de opiáceos cada noche.

El vino era un alimento básico. Los héroes de Homero recibían remesas de este preciado líquido mientras acampaban debajo de Troya, y cada uno de los 400.000 soldados de la Roma imperial recibía media pinta diaria.

Y el vino era un vicio. San Agustín reflexionaba gravemente sobre el alcoholismo juvenil de su madre, y Alejandro el Grande siempre lamentó haber matado a uno de sus mejores oficiales en un arrebato de ira mientras estaba ebrio.

Los enófilos modernos no se sentirían impresionados por el vino griego y romano. Si envejecía más de un año, por lo general se echaba a perder. Contenía ingentes cantidades de piel de uva y pepitas que debían filtrarse antes de servirlo. Y como se almacenaba en jarrones forrados con brea o resina, tendía a tener sabor y olor a trementina. Esto se enmascararía solo en parte con miel, hierbas, especias, perfumes y/o polvo de mármol que los griegos y romanos agregaban a sus tazas. Al menos, el vino antiguo era asequible. Un letrero pintado fuera de un bar de Pompeya anunciaba una copa de vino común por un *as* (es decir, aproximadamente la mitad del precio de una barra de pan), un mejor vino por dos y un buen vino por cuatro.

Los gustos variaron con el tiempo. Los héroes de Homero bebían vino tinto dulce con miel aromatizado con queso de cabra y cebada. Los atenienses de la época clásica preferían las variedades producidas en las islas del Egeo, incluidas algunas saladas con agua de mar. Los romanos —los primeros verdaderos esnobs del vino de la historia—

saboreaban los vinos blancos dulces de las colinas del centro de Italia, que se añejaban durante décadas en jarros con un sello que indicaba el año y nombre del viticultor. Algunas cosechas italianas, como la del 121 a. C., se volvieron tan icónicas que se conservaron durante siglos. Los romanos menos exigentes se conformaban con vinos «envejecidos» artificialmente mediante exposición a un fuego humeante.

Se ha estimado que el hombre romano promedio bebía alrededor de un litro de vino al día, el equivalente a una botella y un tercio de las botellas modernas. Aunque esta tasa de consumo pudo haber sido posible en la bien abastecida ciudad de Roma, la mayoría de los romanos —y, en este asunto, la mayoría de los griegos— probablemente bebía menos. En todas partes, la moderación era la regla: se habría considerado inusual tomar más de una copa o dos de vino aguado con una comida normal. Un poeta romano sugería que una pinta (aproximadamente dos tercios de una botella moderna) era más que suficiente para una cena agradable. Algunas personas, sin embargo, bebían mucho, mucho más. Sócrates podía beber casi dos litros de vino sin dificultad, y en cierta ocasión un hombre impresionó al emperador Tiberio al beber casi diez litros de vino de un solo trago.

Aunque el contenido de alcohol de la mayoría de los vinos antiguos probablemente rondaba el 15 por ciento, la potencia variaba considerablemente. A los esclavos y los labradores se les daba un «vino» apenas alcohólico hecho con pieles de uva trituradas. En el otro extremo de la escala, se suponía que algunas variedades italianas eran inflamables si se envejecían lo suficiente. Sin embargo, ningún griego o romano que se preciara bebía vino puro. Eso era para degenerados y bárbaros. De hecho, al menos una ciudad griega hizo que beber vino puro fuera un crimen castigado con la muerte. Evitar el vino fuerte no solo era un medio de demostrar autocontrol; era también una cuestión de seguridad personal. Se suponía que el consumo de vino sin mezclar conducía inexorablemente a tener semen diluido y a sufrir deterioro mental y envejecimiento prematuro (aproximadamente en ese orden). Estas ansiedades están personificadas por la inscripción de una lápida griega: «Yo, Asclepíades... viví durante 22 años. Bebí una gran cantidad de vino sin diluir, escupí sangre y me ahogué hasta morir».

La forma civilizada de beber vino era mezclarlo con agua. Las autoridades discrepaban sobre la proporción ideal. En la mayoría de los casos, sin embargo, el vino consumido en las reuniones sociales probablemente tenía entre dos tercios y tres cuartos de agua, lo que habría reducido el contenido alcohólico a aproximadamente el de la cerveza moderna. Aquellos que vivían peligrosamente podían aventurarse a una mezcla con la mitad de agua, aunque esto se consideraba casi bárbaro.

Paradójicamente, la mayoría de los griegos y romanos solo bebían

vino fuerte cuando estaban enfermos. Los médicos antiguos creían fervientemente en las propiedades médicas del vino y lo recetaban para todo, desde fiebres hasta flatulencias. El vino se trataba como un emético: un destacado médico ateniense alentaba a beber hasta vomitar. Un médico más moderado instaba a sus pacientes a consumir vino únicamente hasta que estuvieran bastante borrachos y alegres.

Para los sanos, beber en exceso era casi siempre social. La embriaguez pública era aceptable, e incluso fomentada, en determinadas ocasiones religiosas: solo en las fiestas, proclamaba Platón, era apropiado emborracharse. Los festivales en honor al dios del vino Dioniso eran especialmente propensos al exceso. Durante estas fiestas, se inflaban odres vacíos, se lubricaban con aceite y se colocaban en un lugar abierto. Los que estaban lo suficientemente bien «lubricados» para intentarlo, tratarían entonces de bailar o saltar sobre una pierna encima de las resbaladizas pieles. Las procesiones podían estar igualmente empapadas de vino: durante un gran desfile, un rey helenístico honró a Dioniso con una carroza que transportaba un odre de vino de ciento diez mil litros cosido con pieles de leopardo. Este colosal recipiente estaba diseñado para gotear, de modo que unos hombres disfrazados de sátiros pudieran recoger el vino y distribuirlo entre los espectadores.

Sin embargo, los contextos más conocidos para la bebida social eran los banquetes privados que los griegos llamaban «simposios». Un simposio involucraba típicamente a una o dos docenas de hombres, tumbados en sofás alrededor del perímetro de una habitación. Después de cenar, los sirvientes se llevaban las mesas en las que se había servido la comida y las reemplazaban por tablas nuevas con tazones de frutas, nueces y otros postres. A continuación, se colocaba en el centro de la sala la crátera, el cuenco para mezclar vino. Los invitados se ponían sus guirnaldas de mirto o hiedra (que se pensaba que retrasaban la embriaguez) y elegían un maestro de ceremonias. Durante el resto de la noche, este hombre determinaría los temas de discusión, los juegos que se jugarían y —lo que es más importante— la cantidad de agua que se mezclaría con el vino comunal. Una vez que se había tomado esa decisión, los sirvientes mezclaban las cantidades designadas de agua y vino en la crátera, y se bebía la primera de muchas rondas. Cuando no estaban bebiendo, los invitados a un simposio hablaban y miraban a los animadores. Casi siempre eran mujeres jóvenes, generalmente esclavas. Algunas hacían acrobacias, malabares y realizaban imitaciones; otras eran expertas en tocar la flauta o la cítara. Muchas eran bailarinas entrenadas, capaces de todo, desde el antiguo equivalente del *ballet* hasta el *striptease*.

Las fiestas romanas tendían a ser más jerárquicas: no era inusual que se sirvieran diferentes vinos a invitados de distintos rangos. A

diferencia de sus equivalentes griegas, las mujeres podían asistir, aunque se esperaba que se abstuvieran de beber en exceso. El vino se servía en grandes cuencos para mezclar, enfriado con nieve en verano y calentado con calderas en miniatura en el invierno. Sin embargo, contrariamente a la práctica griega, los cuencos se sacaban al comienzo del banquete y las rondas de bebida se alternaban con platos de comida. Al igual que en los simposios, había músicos y bailarinas (las bailarinas de Hispania eran especialmente populares). A veces, los invitados escuchaban discursos y otras composiciones, a menudo leídas por un esclavo entrenado para ello. Si no tenían suerte, el anfitrión podía insistir en recitar sus propios poemas. Los banquetes más elaborados presentaban parodias realizadas por actores famosos o los cuentos de un narrador profesional. Las reuniones menos pretenciosas disfrutaban de las circunvoluciones de los contorsionistas, las bromas de los payasos o el forcejeo de los gladiadores.

Tanto en las fiestas griegas como en las romanas, el ideal era una moderación generosamente definida. Se suponía que los invitados a un simposio bebían lo suficiente para ser sociables, pero no tanto como para perder el control. Un poeta griego aconsejaba beber todo lo posible sin tener que apoyarse en un esclavo durante todo el camino de vuelta a casa. Otro sugería que ningún simposio debería consumir colectivamente más de tres cráteras de vino. No siempre se seguían estas directrices. Algunos simposios degeneraban en peleas de borrachos, durante las cuales se arrojaban orinales de arcilla a las cabezas de los oponentes. Otros simplemente bebían hasta la locura: los invitados a un simposio lograron convencerse a sí mismos de que la habitación en la que estaban bebiendo era en realidad un barco y que el barco se estaba hundiendo. Cuando empezaron a arrojar muebles por las ventanas para salvar el navío, fueron arrestados y liberados solo después de prometer que beberían menos.

Igual que los griegos, parece que los romanos predicaban la moderación con más frecuencia de la que la practicaban. Los banquetes romanos solían durar ocho horas. Algunos, se nos dice, duraban días. Una fiesta tan prolongada pasaba factura a los participantes. Después de una noche muy larga, por ejemplo, Marco Antonio vomitó en un pliegue de su toga durante una reunión pública, y posteriormente se vio obligado a escribir un panfleto defendiéndose de las acusaciones de ser un alcohólico sin remedio. No obstante, Antonio estaba lejos de ser el único romano prominente conocido por su excesiva indulgencia con el vino. En los primeros años de su reinado, por ejemplo, Nerón bebía mucho, se disfrazaba de esclavo y salía por las calles de Roma. A la sombra de sus gladiadores guardaespaldas, el emperador y una banda de compañeros borrachos irrumpían en las tiendas, atacaban a los peatones y, en general,

causaban numerosos estragos.

La atmósfera empapada de vino de los banquetes griegos y romanos dio lugar a un rico abanico de juegos relacionados con la bebida. El más sencillo de ellos era el consumo competitivo. En la versión griega típica, dos o más concursantes consumirían copas cada vez más grandes. La única regla era que cada copa debía terminarse de un solo trago; cualquiera que hiciera una pausa para respirar quedaba descalificado. Según un autor antiguo, Alejandro Magno contrajo la fiebre que lo mató después de vaciar el «Cuenco de Hércules», una copa gigantesca que contenía más de siete litros de vino. En otro concurso de bebidas que presidió Alejandro, se cuenta que no menos de cuarenta y un hombres murieron por intoxicación etílica. En comparación, los concursos de bebida romanos parecen haber sido más tranquilos. A veces, el anfitrión lanzaba los dados y los invitados tenían que hacer coincidir el número de cuencos que bebían con la puntuación del lanzamiento. Una variación implicaba beber tantas copas como el número de letras del nombre del anfitrión. Dado que el nombre completo de un romano puede tener veinte letras o más, podría ser una tarea abrumadora.

Además del trago competitivo, el juego de bebida más popular en la Grecia clásica era el cótabo (*kottabos*). Consistía en alcanzar un objetivo pequeño arrojando con la copa los posos o las gotas de vino. En la versión más conocida, el objetivo era un pequeño disco de bronce colocado sobre un soporte de unos dos metros de altura. Este puesto se instalaba en el medio de la sala, y los invitados a la fiesta se turnaban para arrojar el vino desde sus poltronas. Para lanzar, un invitado giraba su dedo índice alrededor del asa de su cuenco y luego lo giraba con un movimiento de su antebrazo. Un disparo exitoso derribaría el disco de su posición y lo enviaría con estrépito sobre una plataforma de metal incorporada en el soporte. Una versión alternativa (y probablemente más fácil) del cótabo consistía en apuntar a pequeños vasos de arcilla que flotaban en un gran recipiente con agua.



Un jugador de cótabo girando su taza. Obsérvese que tiene otra copa muy grande en la mano izquierda para beber vino mientras juega. Kylix ático de figura roja, ahora en el Museo del Louvre.

Otro popular juego de bebida en los simposios se centraba en los acertijos. Un invitado planteaba un acertijo, por ejemplo: «Un burro muerto me golpeó en la oreja; ¿qué estaba haciendo?», y animaba a los otros invitados a responder. Una respuesta correcta, en este caso, «escuchar una flauta» (las flautas griegas solían estar hechas con los huesos de las patas de los burros), podría ser recompensada con un pedazo de pastel o un beso de una de las bailarinas. Sin embargo, aquellos que erraban la respuesta eran condenados a beber una gran cantidad de vino, a veces mezclado con agua salada. Igualmente difícil, al menos una vez que uno hubiera pasado el punto de coordinación, era un juego que implicaba intentar detener una moneda girando con el toque de un dedo. Aunque es posible que se hayan jugado juegos similares en los banquetes de Roma, por lo general los romanos preferían apostar. A pesar de su ilegalidad, los romanos de todas las clases apostaban fuertemente a los juegos de dados, especialmente una vez que el vino había masajeado sus inhibiciones. Un emperador era tan adicto que escribió un libro sobre el tema.

Tanto en los banquetes griegos como en los romanos, los que perdían en los dados o en cualquier otro juego de azar se veían obligados a pagar una multa, que podía implicar bailar desnudos, dar a una de las flautistas un paseo a cuestas por la casa o un turno de un buen trago. Las apuestas eran más elevadas en las fiestas de bebida de los tracios, los bárbaros vecinos del norte de los griegos. Un huésped

desafortunado, elegido por sorteo, recibía un cuchillo pequeño y era colgado de una soga en el centro de la habitación. Mientras los demás invitados contemplaban la escena, el hombre forcejeaba con el cuchillo, intentando cortar la cuerda antes de perder la consciencia. Si fracasaba, corría el peligro de morir asfixiado.

A veces, los invitados a un simposio formaban una asombrosa conga y salían a la calle para intentar colarse en otra fiesta. Sin embargo, por lo general los revoltosos acaban regresando a casa acompañados, guiados o llevados a cuestas por algún esclavo de confianza. La terrible mañana del día siguiente se empleaba en aliviar las resacas. Algunas víctimas se aferraban a guirnaldas de hiedra o mirto recién cortados. Otros engullían miel, mascaban repollo o masticaban almendras. Y otros se presionaban la piel con amatistas, se revolcaban en barro o practicaban calistenia. El resto encontraba más amable limitarse a seguir trasegando vino.

8.
¿CÓMO CONTABAN EL TIEMPO?

Los hábitos del planeta no han cambiado. Entonces, como ahora, la Tierra tardaba un poco menos de veinticuatro horas en girar sobre su eje y un poco más de 365 días en completar una revolución alrededor del Sol. Entonces, como ahora, se sabía que los ritmos de los días y el ciclo de las estaciones eran patrones naturales fijos. Entonces, como ahora, existían tecnologías y técnicas para medir y gestionar el tiempo. Pero una cosa es poder hacer un seguimiento del tiempo y otra muy distinta hacerlo realmente.

Según los estándares modernos, las actitudes clásicas respecto al tiempo eran descuidadas hasta rozar la negligencia. Tomemos, por ejemplo, las horas que regulan nuestros días. Los atenienses no vieron la necesidad de tenerlas; y aunque los romanos usaban las horas, lo hacían de manera excéntrica, dividiendo tanto el día como la noche en doce partes iguales que se expandían y contraían con las estaciones. En pleno verano, cada hora de luz duraba unos setenta y cinco minutos; en pleno invierno, solo cuarenta y cinco.

Los relojes, allí donde existían, no eran fiables. El tipo más común era el reloj de sol, que apareció en Grecia durante el siglo VI a. C. y llegó a Roma en el siglo III a. C. Los primeros relojes de sol consistían en un palo o un pilar cuya sombra oscilante daba una idea aproximada del momento del día. Desde el período helenístico en adelante, se desarrollaron modelos más sofisticados con líneas horarias. De noche y en días nublados, las clepsidras (relojes de agua) eran los únicos relojes disponibles. Algunas eran intrincadas máquinas capaces de hacer sonar trompetas, arrojar piedras o mover figuritas para marcar la hora. La mayoría, sin embargo, no tenían complicaciones, como el recipiente perforado que se utilizaba para cronometrar los discursos de los tribunales atenienses. Fuera de las salas de los tribunales y los campamentos militares (donde marcaban las horas de la guardia), los relojes de agua eran raros. Cuando se

usaban, tendían a contradecir todos los demás relojes de los alrededores. «Los filósofos», bromeaba Séneca, «se pondrán de acuerdo antes que los relojes».

Hacer un seguimiento de los días era relativamente sencillo, aunque diferían las formas de contar. En Atenas, los días se contaban hasta el día veinte del mes y luego se contaba hacia atrás hasta el comienzo del mes siguiente. Los romanos contaban los días hasta las próximas Calendas (el primer día del mes), Nonas (el quinto o séptimo día) o Idus (el decimotercero o el decimoquinto). El calendario macedonio, ampliamente utilizado en el mundo helenístico, numeraba los días en serie, igual que hacemos nosotros. En la mayoría de los lugares, los meses se basaban, al menos en teoría, en los ciclos de la Luna y, por lo tanto, duraban unos treinta días. Más allá de esto, la variedad era la regla. En el mundo griego, los meses se nombraban generalmente por festivales religiosos locales. Los meses romanos, que todavía utilizamos, reflejaban una mezcla ecléctica de dioses (marzo era el mes de Marte), números (septiembre es el séptimo mes; diciembre es el décimo mes) y emperadores (julio para Julio César; agosto para Augusto).

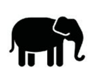
Puesto que los meses, cualquiera que fuera su nombre, eran lunares, y dado que el año lunar (doce ciclos de la Luna) es once días más corto que el año solar de 365 días, se necesitaban ajustes periódicos para mantener los meses alineados con las estaciones. Tanto los atenienses como los romanos adoptaron la solución de agregar un mes adicional más o menos cada dos años. Los atenienses acabaron desarrollando un sofisticado esquema para mantener su calendario cerca del año solar. Sin embargo, debido a una combinación de descuido y corrupción, los funcionarios romanos responsables de ajustar el calendario no lo hacían con regularidad, lo que provocaba que la fecha oscilara hasta tres meses sin sincronizarse con las estaciones. El caos que esto causaba terminó finalmente cuando Julio César anunció que el año siguiente, nuestro 46 a. C., se prolongaría hasta los 445 días, y que a partir de entonces cada año consistiría en 365 días, con un día bisiesto añadido cada cuatro años. Con unos pocos ajustes, este es el esquema que utilizamos hoy en día.

Casi todas las ciudades tenían su propia forma de fechar el año. El método más común era hacer referencia al nombre de un funcionario importante. En Atenas, por ejemplo, el arconte epónimo daba su nombre al año. Los romanos también databan con los nombres de los dos cónsules. Desde finales del siglo III a. C. en adelante, también se convirtió en costumbre fechar por los ciclos de impuestos de quince años llamados *indictiones*. Una estrategia alternativa para mantener el seguimiento de los años era contar a partir de un acontecimiento histórico significativo. Algunas ciudades romanas, por ejemplo, tenían

eras que comenzaban con su inclusión en el imperio, la formación de la provincia en la que estaban ubicadas o la visita de un emperador. Durante más de un milenio, muchas ciudades de Siria emplearon la era seléucida, cuyo punto de partida, nuestro 312 a. C., marcaba el día en el que uno de los generales de Alejandro Magno se apoderó de Babilonia.

Los historiadores intentaron crear cronologías universales. A veces, los eruditos griegos fechaban los acontecimientos tomando como referencia los Juegos Olímpicos, que se habían celebrado (según se decía) cada cuatro años desde el 776 a. C. Los historiadores romanos preferían datar a partir de la fundación de Roma, que finalmente se situó en el 753 a. C. Sin embargo, estas eran solo convenciones académicas. En la vida diaria, se siguieron contando los años en términos de arcontes, cónsules y reyes.

El surgimiento del cristianismo creó nuevos medios y motivos para calcular una cronología universal. Al principio, los cristianos se centraron en determinar la fecha de la Creación, un asunto de interés práctico, ya que muchos estaban convencidos de que el mundo terminaría seis mil años después de su creación. Después de mucho derramamiento de tinta y bilis eclesiásticas, los eruditos griegos establecieron el 5509 a. C. como el comienzo del tiempo y fecharon sus crónicas en consecuencia. Los cristianos egipcios prefirieron (y todavía prefieren) usar la «Era de los mártires», que comenzó en 284 d. C. con la ascensión del emperador perseguidor Diocleciano. Sin embargo, la contribución cristiana más importante a la cronología se produjo a principios del siglo VI, cuando apareció el sistema AD (*anno Domini*). Su inventor fue Dionisio el Exiguo, un monje romano sin pretensiones conocido por su habilidad matemática. Mientras calculaba las fechas en las que caería la Pascua en los años siguientes, Dionisio ideó un esquema para contar los años a partir del nacimiento de Jesús. Nunca tuvo la intención de crear un sistema de datación universal. Sin embargo, lenta y accidentalmente, esto se convirtió en el AD.



Hemos examinado cómo los griegos y los romanos contaban las horas, pasaban los días y contaban los años. Pero queda una pregunta urgente: ¿tenían fines de semana?

Siempre tenían vacaciones en forma de festivales religiosos anuales que definían el año. No se podían observar todos ellos (para el siglo II d. C., más de un tercio del año romano era oficialmente algún tipo de festividad), pero los más importantes ciertamente lo eran. La

festividad recurrente del fin de semana, sin embargo, se desarrolló lentamente.

Aunque algunas ciudades griegas dividían sus meses en períodos de nueve o diez días sincronizados con las fases de la Luna, estos no afectaban significativamente la vida diaria. Los equivalentes romanos más cercanos a los fines de semana eran las *nundinae*, días de mercado que se celebraban cada octavo día. En las zonas rurales, las *nundinae* eran ocasiones para que los agricultores locales visitaran la ciudad y vendieran sus productos. Pero en la ciudad de Roma, las *nundinae* funcionaban como festivos, durante los cuales los niños no tenían que ir a la escuela y las familias visitaban a amigos y parientes.

Parece que la semana de siete días evolucionó en la metrópoli egipcia de Alejandría. Desde el principio fue un producto de la astrología. Los griegos y los romanos conocían siete «planetas», que se suponía que giraban alrededor de la Tierra en órbitas fijas: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. Los astrólogos afirmaban que cada día estaba gobernado por un planeta y que esta influencia celeste operaba en un ciclo regular, con un planeta sucediendo al siguiente en el orden que todavía asignamos a los días: Saturno (sábado), el Sol (domingo), la Luna (lunes), Marte (martes), Mercurio (miércoles), Júpiter (jueves) y Venus (viernes). Para el siglo I d. C., junto con un enorme interés por la astrología, la semana de siete días se había extendido por todo el Imperio Romano.

La semana judía, mucho más antigua, que también tenía siete días, se asimiló gradualmente a la semana planetaria, con el *sabbat* judío cayendo en sábado. Los romanos siempre habían despreciado la negativa de los judíos a trabajar en sábado como una señal de pereza. Pero, puesto que el sábado, astrológicamente hablando, era el día menos auspicioso de la semana (y, por lo tanto, un mal momento para hacer negocios), la costumbre judía comenzó a parecer más razonable. El hecho de que un erudito griego del siglo I enseñase solo los sábados, probablemente porque podía atraer a multitudes más grandes en ese momento, sugiere que el sábado se había convertido en un día festivo *de facto* para un número sustancial de no judíos.

Sin embargo, era el domingo el que estaba destinado a convertirse en el día de descanso del Imperio Romano tardío (y de la Europa medieval). Los cristianos habían venerado el domingo casi desde el principio, y una vez que los emperadores se convirtieron al cristianismo, rápidamente se hizo oficial la idea de que el domingo debía dedicarse al culto. Constantino declaró el domingo un día de observancia religiosa y prohibió todo trabajo excepto el agrícola. A finales del siglo IV, otro emperador extendió la prohibición también a los trabajadores agrícolas. Uno de sus sucesores dio el golpe de gracia al prohibir las carreras de carros dominicales, las peleas de animales y

las representaciones teatrales. Por fin se había desarrollado una especie de fin de semana, pero si los emperadores tenían algo que decir al respecto, no era muy divertido.

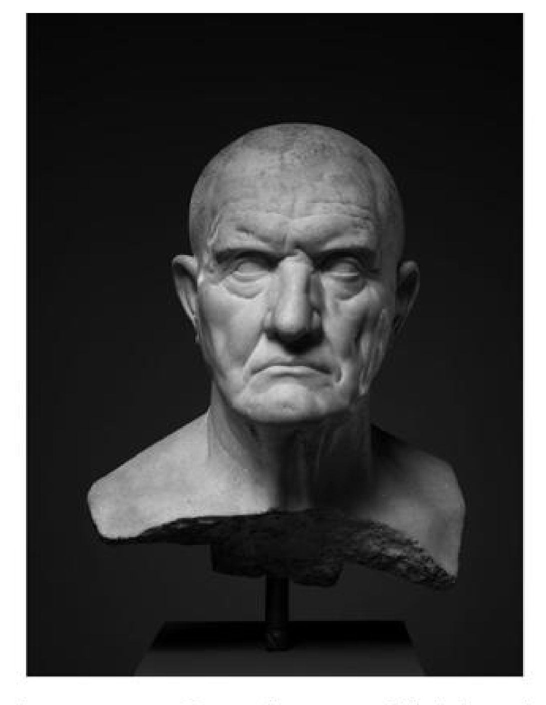
Los habitantes del Imperio Romano tardío usaban el mismo año, los mismos meses y la misma semana que nosotros. Para el final de la antigüedad, incluso habían comenzado a emplear el mismo sistema de datación. Sin embargo, no deberíamos asumir que pensaban en el tiempo de la misma manera. Si detuvieras a un transeúnte al azar en las calles de la Roma antigua tardía o de Constantinopla, probablemente no podría decirte la hora, y es posible que no supiera el año. Los historiadores del mundo clásico hacen bien en recordar lo que todo procrastinador sabe: el tiempo solo importa cuando uno cree que es así.

PARTE II:
SOCIEDAD

9.
¿CUÁNTO VIVÍAN?

A la edad de setenta y tres años, el filósofo Crisipo se murió de un ataque de risa. Catón el Viejo, un político romano, tenía ochenta años cuando nació su hijo menor. Antígono Monoftálmos, un rey helenístico, tenía ochenta y un años cuando cayó en batalla. Se dice que Sófocles murió de felicidad y/o ahogándose con una uva a la edad de noventa años. El historiador Jerónimo vivió hasta los 104 años, siendo todavía —se nos asegura— un amante vigoroso. Y justo cuando estaba aceptando un premio por su última obra, en una escena que él mismo podría haber escrito, el trágico poeta Alexis se desplomó sobre el escenario a la edad de 106. Claramente, algunos griegos y romanos vivieron hasta una edad muy avanzada. Está igualmente claro que estas personas fueron pocas y distantes entre sí.

La mayoría de los griegos y romanos fallecían jóvenes. Aproximadamente la mitad de todos los niños fallecían antes de la adolescencia. Aquellos que sobrevivían hasta los treinta años tenían una probabilidad razonable de llegar a los cincuenta o sesenta. Los verdaderamente ancianos, sin embargo, eran raros. Puesto que muchos morían en la niñez, la esperanza de vida al nacer era probablemente de entre veinte y treinta años. No hay indicios de que esto cambiara con el tiempo, ya que las causas básicas de muerte eran constantes: sanidad deficiente, desnutrición y enfermedades.



Un anciano romano. Busto de retrato del siglo I, ahora en el Museo Metropolitano de Arte.

Los médicos antiguos especulaban con que las enfermedades eran causadas por alguna combinación de cambios en el clima, vapores que se elevan de los pantanos, desequilibrios en los humores corporales y retribución divina. Sin embargo, a pesar de tener conciencia de que algunas enfermedades eran contagiosas y vagas sospechas de que las criaturas microscópicas portadoras de enfermedades vivían en el aire viciado, nunca desarrollaron un equivalente de la teoría de los gérmenes. En consecuencia, estaban mal equipados para prevenir o tratar enfermedades.

Los griegos clásicos padecían (entre otras enfermedades) paperas, malaria, difteria, disentería, poliomielitis, hepatitis, tuberculosis y fiebre tifoidea. Además de a estos males, los romanos tuvieron que hacer frente a la lepra, que llegó desde Egipto durante la era de Augusto; la peste bubónica, que comenzó a extenderse por las provincias orientales aproximadamente al mismo tiempo, y la viruela, que hizo su devastador debut durante el reinado de Marco Aurelio. Un siglo después, la misteriosa Plaga de Cipriano, que pudo haber sido una forma de ébola, apareció repentinamente, mató a decenas de miles de personas y desapareció. En circunstancias normales, las causas de muerte más prolíficas entre griegos y romanos adultos eran probablemente la fiebre tifoidea, la tuberculosis y (en las zonas bajas)

la malaria. Entre los niños, la disentería y otras enfermedades gastrointestinales eran aún más mortales.

Las ciudades, especialmente las grandes, eran pozos negros de infección. La metrópolis de Roma, superpoblada y devastada por la malaria, era probablemente el lugar más insalubre de todo el imperio y requería de una constante infusión de inmigrantes para mantener su población. El campo era comparativamente seguro, especialmente en áreas muy por encima de los pantanos donde reinaba la malaria. En sus cartas, un senador romano señalaba la longevidad excepcional de las personas que vivían en las colinas alrededor de su villa, aunque asumía que las responsables eran las agradables brisas de la montaña.

A pesar de los estragos de las enfermedades, la población del mundo mediterráneo parece haber aumentado lenta pero constantemente desde aproximadamente el siglo X a. C. hasta el siglo II d. C. Tal crecimiento únicamente fue posible gracias a las altas tasas de fertilidad: a lo largo de la historia griega y romana, las mujeres debieron haber tenido un promedio de cinco o seis hijos (de los cuales dos o tres sobrevivían hasta la edad adulta). Por supuesto, durante los períodos de guerra o hambruna, las poblaciones regionales se reducían, pero la tendencia general era ascendente.

Igual que la esperanza de vida, el tamaño real de la población en un lugar y momento determinados solo puede ser aproximado. El territorio de la Atenas clásica (un área aproximadamente del tamaño de Rhode Island o Luxemburgo) probablemente tenía una población de alrededor de trescientos mil habitantes. Se cree que el Imperio Romano, que abarcaba todo el Mediterráneo, tuvo unos cincuenta millones de habitantes durante el reinado de Augusto. El número de súbditos imperiales creció sustancialmente durante el siguiente siglo y medio, alcanzando probablemente su punto máximo a mediados del siglo II de nuestra era con alrededor de sesenta millones, quizás una quinta parte de la humanidad.

Entonces llegó la viruela. Se estima que el brote inicial mató al 10 por ciento de la población del imperio, y es posible que la enfermedad se asentase de forma permanente en las principales ciudades. Un golpe demográfico aún mayor ocurrió a principios del siglo VI, cuando una cepa virulenta de la peste bubónica se abrió paso a través del Imperio Romano de Oriente, matando a millones de personas. A raíz de esta pandemia y sus sucesoras, la población del mundo mediterráneo probablemente se redujo a menos de la mitad de lo que había sido en el siglo II.

Sin embargo, entre las grandes epidemias, el régimen demográfico básico no cambió: aproximadamente la mitad de todos los niños morían antes de la adolescencia, y la esperanza de vida al nacer se mantuvo en los veinte años. Solo uno de cada diez lograba llegar a los

sesenta años, y solo uno de cada cien vivía para celebrar su octogésimo cumpleaños.

A pesar de estas brutales realidades, los griegos y romanos todavía esperaban tener una larga vida. Más allá de la simple buena suerte, se pensaba que llegar a la vejez era en parte una cuestión de vivir en un clima saludable y en parte una cuestión de salud personal. Se comprendía la importancia de una dieta moderada: un orador griego atribuía su longevidad al hecho de que nunca se entregó a comidas ricas ni a beber en exceso. También se reconocían los beneficios del ejercicio regular. De hecho, muchas ciudades griegas tenían un gimnasio reservado en su totalidad o en parte para los hombres mayores. La Atenas clásica celebraba incluso un «concurso de belleza» anual para seleccionar a los ancianos físicamente aptos para una procesión religiosa. Se pensaba que las caminatas rápidas y los juegos de pelota mantenían flexibles los cuerpos envejecidos, especialmente si se complementaban con un masaje vigoroso. Un senador romano septuagenario insistía en dar un paseo desnudo todas las tardes.

Los griegos y los romanos tenían su cuota de estereotipos sobre los ancianos. Por ejemplo, se decía que los ancianos eran lentos, desconfiados, propensos a recordar el pasado y simplemente irritables. Sin embargo, esa crítica se equilibraba con un sentimiento general de que la edad confería sabiduría y que los ancianos eran dignos de respeto. En algunos lugares, los ancianos tenían una verdadera influencia política. Esparta, por ejemplo, tenía un Consejo de Ancianos cuyos miembros —todos mayores de sesenta años— desempeñaban un papel fundamental en el gobierno. En el Senado romano, igualmente, era costumbre que hablaran primero los miembros de mayor edad. Los romanos también les dieron a los ancianos una gran cantidad de poder social: al menos en teoría, un hombre retenía la autoridad legal absoluta sobre sus hijos y nietos hasta su muerte.

Los miembros de la élite disfrutaban de algo parecido a la moderna jubilación. Después de renunciar a su título imperial, por ejemplo, el anciano exemperador Diocleciano se mudó a una enorme villa fortificada y se dedicó a la jardinería. Pero la mayoría de las personas dejaban de trabajar solo cuando eran físicamente incapaces de continuar. Esto podría suceder a una edad relativamente joven: a juzgar por la evidencia esquelética, muchos hombres en la treintena ya se encontraban atormentados por la artritis. Aquellos que no podían mantenerse a sí mismos tenían que depender de la buena voluntad de sus familiares. La única alternativa era la mendicidad o morirse de hambre.

Para la mayoría de los griegos y romanos, la vida era corta. Sin embargo, como hemos visto, hubo unos pocos que superaron las probabilidades demográficas. Una modesta lápida de época romana en

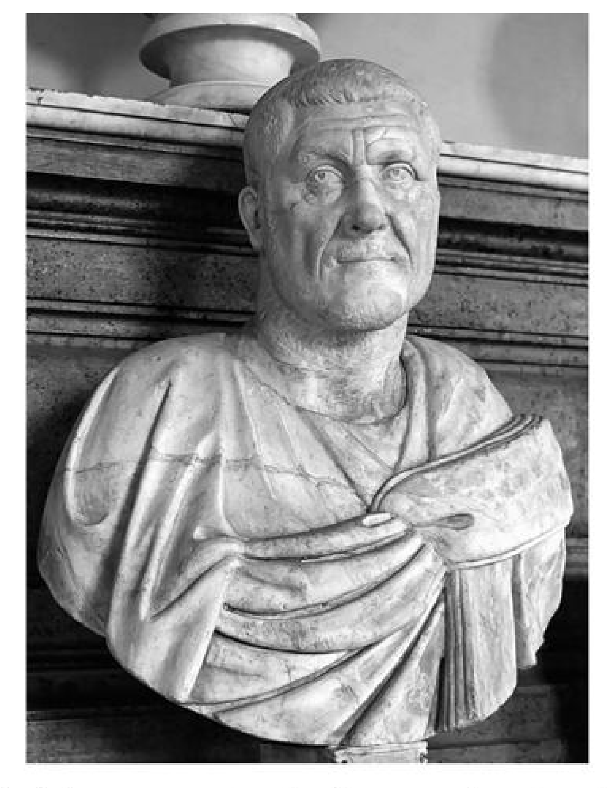
lo que hoy es el Líbano conmemora a «Rufila, una mujer amable y alegre» que vivió cien años. Quizás Rufila vivió realmente cien años (los epitafios antiguos tienden a redondear), y podemos esperar que realmente fuera amable y alegre. Sin embargo, a lo largo de su siglo de vida, probablemente vio morir a su(s) esposo(s), a todos sus hijos, a casi todos sus nietos y a la mitad o más de sus bisnietos. La vejez en el mundo clásico debió de ser terriblemente solitaria.

10.
¿CUÁNTO MEDÍAN?

Durante unos años del siglo III, el Imperio Romano fue gobernado por un gigante llamado Maximino. Sus manos eran tan grandes que podía usar una pulsera de mujer como anillo, y sus pies eran tan gigantescos que una de sus botas se convirtió en una atracción turística. Podía derrotar a siete hombres en un combate de lucha libre, aplastar piedras con el puño y derribar un caballo de una bofetada. Si podemos creer en el testimonio de sus asombrados contemporáneos, medía más de 2,5 metros.

Algunos griegos y romanos eran aún más altos. Un árabe de 9 pies protagonizó varios desfiles romanos, y en los jardines de los emperadores se conservaban los cuerpos de gigantes aún mayores. Los romanos también se maravillaron con un hombre de voz resonante que medía menos de 60 centímetros de altura, y chismorrearon sobre un cortesano igualmente diminuto que se casó con una liberta imperial. Sin embargo, nuestras fuentes no dicen casi nada sobre las alturas de figuras menos excepcionales. Sabemos que el emperador Augusto medía poco menos de 1,5 metros (pero usaba zapatos de plataforma para parecer más alto). Se nos cuenta que, durante algunos períodos, se suponía que los reclutas de las unidades más prestigiosas de las legiones medían por lo menos 5,8 pies (1,73 metros), pero idealmente 5,10 pies (1,78 metros) o más.

Pero para tener una idea de la altura de la mayoría de los griegos y romanos, debemos interrogar a sus cadáveres.



Maximino como emperador. Busto actualmente en los Museos Capitolinos.

Los esqueletos ofrecen la historia de toda una vida. Los dientes registran la nutrición y las enfermedades infantiles. Los huesos de las manos muestran el estrés y las cicatrices del trabajo. Y los huesos largos (especialmente fémures), las tablas de altura. Los esqueletos descubiertos en los embarcaderos de Herculano —probablemente los restos humanos más famosos del mundo clásico— revelan cuánto pueden decirnos los huesos.

Al igual que la vecina ciudad de Pompeya, Herculano fue destruida por el Vesubio en el 79 a. C. La mayoría de los habitantes huyeron en las primeras horas de la erupción, pero quedaron cientos que se refugiaron en una hilera de cobertizos de piedra junto al puerto. La muerte los encontró allí en medio de la noche cuando una ola de gas sobrecalentado rugió sobre la ciudad. Enterrados por 20 metros de escombros volcánicos y sin ser molestados hasta hace unas décadas, los cuerpos de los refugiados proporcionan una sección representativa única de la vida romana.

Algunos de los habitantes de Herculano que vivían en los cobertizos de los barcos eran ricos; un conjunto de huesos, perteneciente a un hombre de unos cuarenta años, tenía las manos sin

las marcas de las tensiones del trabajo manual, pero unos brazos y hombros esculpidos gracias al ejercicio regular en los baños. Otras víctimas eran obviamente pobres, como el llamado Timonel, cuyos huesos estaban atrofiados por la desnutrición infantil y deformados por una vida de trabajo duro y constante. Una respetable matrona romana con perfectos dientes, apodada la Dama del Anillo por las joyas que usaba, fue encontrada cerca de dos mujeres (una todavía envuelta en mechones de cabello rubio), a quienes los excavadores identificaron como prostitutas. Había incluso un soldado romano cuyos huesos mostraban las huellas de unos músculos poderosos y cicatrices de combate.

El soldado, de casi 1,75 metros, estaba entre los hombres más altos de los cobertizos. El Timonel, de 1,73 metros, era uno de los más bajos. La Dama del Anillo no llegaba a 1,57 metros; las dos mujeres que se encontraron a su lado medían 1,55 y 1,53. La altura promedio de los hombres de los cobertizos era de casi 1,69 metros. La media femenina era 1,55 metros. Estas cifras se correlacionan bien con las de la vecina Pompeya, donde los huesos recuperados sugieren promedios masculinos y femeninos de 1,68 y 1,55 metros, respectivamente. Aunque muchos otros habitantes de la Italia romana eran más bajos, parece que los griegos clásicos tenían aproximadamente la misma altura; un reciente estudio de las pruebas esqueléticas sugiere un promedio para los hombres de poco menos de 1,70 metros y para las mujeres de 1,56.

Los bárbaros del norte eran significativamente más altos. Cuando, por ejemplo, las tropas de Julio César comenzaron a hacer rodar una torre de asedio hacia un poblado galo, los habitantes se subieron a las murallas y los felicitaron burlonamente por mover una máquina tan grande a pesar de ser hombres tan pequeños. La diferencia de altura entre el promedio del legionario romano y el norteño medio era probablemente de alrededor de 5 o 6 centímetros —no dramática, pero real—. Aunque en parte es una cuestión de genética, se derivaba en gran medida de la dieta. Los norteños, especialmente los de la élite, consumían regularmente productos lácteos y carnes rojas. La mayoría de los griegos y romanos no lo hacían; cuando se trata de altura, eres lo que no comes.

11.
¿CUÁNTO DINERO GANABAN?

La economía aún no se había inventado. La fuerza bruta, sin embargo, era un vieja amiga. Así pues, cuando el emperador romano Diocleciano y sus colegas decidieron poner fin a décadas de inflación galopante, su solución fue sencilla: controles de precios y topes salariales bajo pena de muerte. Se decretó que los trabajadores agrícolas y los arrieros podrían recibir un máximo de 25 denarios (más comidas) al día. Un carpintero o un panadero podían ganar 50. Un pintor de paredes tenía derecho a 75, y un artista habilidoso, al doble. Un peluquero o un asistente de baño podían cobrar solo 2 denarios por cliente. Un abogado, sin embargo, podría engatusar a su cliente para que le pagara 1.000 por defender un caso. Aunque estas cifras tenían solo una tenue relación con la realidad económica, reflejan una clara jerarquía de profesiones y la sombría dinámica de un mundo en el que pocas personas ganaban mucho más de lo que necesitaban para sobrevivir.

La economía antigua nunca estuvo completamente monetizada. Las monedas eran más comunes en las ciudades y los campamentos militares y fueron más frecuentes durante la era imperial romana que antes o después. Sin embargo, siempre se utilizaron junto con el trueque y el crédito. Durante el período clásico, la más extendida de las muchas monedas griegas era la dracma ateniense de plata. El tetradracma más grande (una pieza de 4 dracmas) era estándar en transacciones comerciales. Pero para las compras diarias, los atenienses solían usar óbolos, unas pequeñas monedas de plata que valían la sexta parte de 1 dracma. Durante la era imperial temprana, la moneda romana más valiosa fue el áureo dorado, que se usaba sobre todo para pagar bonificaciones especiales a los soldados. Cada áureo valía 25 denarios de plata, que eran la base real de la moneda. Cada denario, finalmente, equivalía a 4 sestercios, grandes monedas

de bronce que servían como unidad estándar de contabilidad para precios y salarios.

En la Atenas del siglo IV a. C., se consideraba que un ciudadano y su familia necesitaban un ingreso diario de 3 óbolos (media dracma) para vivir cómodamente, aproximadamente 180 dracmas al año. Sobre la base los precios conocidos, una familia de cuatro miembros en la Roma del siglo II d. C. necesitaría probablemente alrededor de 1.200 sestercios para alcanzar el mismo estándar. Aunque no sería completamente erróneo equiparar estos números con un salario moderno de clase media, es más instructivo compararlos con las ganancias descritas en nuestras fuentes.

En la parte inferior de la jerarquía de ingresos clásica, justo por encima de los esclavos, se encontraban los jornaleros no cualificados. En el campo, estos hombres solían ser contratados para ayudar en la cosecha. En las ciudades (y especialmente en la Roma imperial), fueron más visibles en los grandes proyectos de construcción. En ninguna parte se les pagaba bien. Por lo general, ganaban alrededor de 1 dracma por día en la Atenas clásica, siempre y cuando hubiera trabajo disponible. Los salarios de los trabajadores en el mundo romano parecen haber estado cerca del nivel de subsistencia: los trabajadores de Pompeya recibían entre 1 y 4 sestercios (más comida) al día. Aquellos que conocían un oficio podían contar con ganar algo más. Por ejemplo, durante las obras en un santuario justo a las afueras de Atenas, los trabajadores cualificados ganaban hasta 2,5 dracmas al día —1 dracma más que sus compañeros no cualificados—. De igual modo, en el mundo romano los artesanos ganaban sustancialmente más que los obreros. El edicto de precios de Diocleciano, como hemos visto, suponía que un panadero ganaría el doble que un trabajador agrícola, un pintor de paredes, tres veces más, y un artista, seis veces más.

En el siglo V a. C., tanto los hoplitas atenienses como los remeros de la armada ateniense ganaban 1 dracma al día, lo mismo que un trabajador no cualificado. Desde finales del siglo I a finales del siglo II d. C., los legionarios romanos ganaban 1.200 sestercios al año. Especialmente cuando se combina con su enorme bonificación por licenciamiento (12.000 sestercios), esto coloca a los soldados rasos en el nivel de ingresos aproximado de los artesanos expertos. A los oficiales se les pagaba mucho mejor. Un centurión regular ganaba 18.000 sestercios al año; el centurión jefe de la legión, 72.000, y el general al mando, unos sorprendentes 200.000 sestercios al año, lo que equivalía a 167 legionarios.

Las ganancias de los abogados antiguos, como las de sus hermanos modernos, iban desde lo lamentable hasta lo obsceno. Aunque se esperaba que los atenienses se representaran a sí mismos en los

tribunales, a menudo pagaban a oradores expertos para que escribieran sus discursos. Al menos algunos redactores de discursos legales eran recompensados generosamente; un acusado prometió 18.000 dracmas, suficientes para mantener a 100 familias durante un año, a quienes lo apoyaran durante su juicio. Los abogados romanos tuvieron prohibido cobrar por sus servicios hasta la época imperial, e incluso cuando se levantó la prohibición, sus tarifas se limitaron a 10.000 sestercios (aproximadamente ocho veces el salario anual de un legionario). Sin embargo, parece que siempre fue costumbre recompensar a los abogados con costosos «obsequios». Cicerón, por ejemplo, recibió un «préstamo» de 2 millones de sestercios de uno de sus clientes que nunca se sintió dispuesto a devolver.

En la Grecia clásica, los médicos eran respetados y al parecer bien pagados. Un médico pudo permitirse donar 6.000 dracmas a la ciudad de Atenas, y se decía que otro ganaba 12.000 dracmas al año (una familia ateniense, como se recordará, viviría un año con 180 dracmas). Aunque muchos médicos romanos eran libertos de bajo estatus social, algunos se hicieron extremadamente ricos. El médico personal de los emperadores Calígula y Claudio recibía un salario anual de 500.000 sestercios (lo mismo que 416 legionarios), e incluso esto, como le gustaba recordar a sus patrones, era menos de lo que podría haber ganado en la práctica privada. Decía la verdad: otro célebre médico romano, famoso por defender los baños helados, le cobraba a un solo paciente 200.000 sestercios por una cura.

La mayoría de los profesores, entonces como ahora, recibían un salario miserable. Sin embargo, como ocurría en el derecho y la medicina, los pocos elegidos que se ocupaban de los ricos y famosos ganaban enormes cantidades de dinero. Los principales oradores atenienses cobraban a los alumnos entre 1.000 y 10.000 dracmas por cursos de oratoria en un momento en que la mayoría de los hombres ganaban 1 o 2 dracmas al día. Los profesores de retórica del mundo romano eran incluso mejores a la hora de desplumar a los padres aristocráticos; según se cuenta, uno ganaba 400.000 sestercios al año, tanto como 333 legionarios. En Roma, Atenas y otras grandes ciudades, algunos de los maestros más distinguidos ocuparon cátedras de retórica y filosofía, el equivalente antiguo más cercano a un profesor titular, por lo que recibían salarios adicionales de hasta 100.000 sestercios.

Los animadores de la Atenas clásica no estaban bien pagados, en gran parte porque la mayoría de ellos eran esclavos. Sin embargo, algunos de sus homólogos romanos se hicieron tan ricos como cualquier médico o profesor famoso. Un célebre mimo ganaba 200.000 sestercios al año, y el gran actor cómico Roscius ganaba aún más. Aunque los dramaturgos romanos rara vez se enriquecían con sus

guiones, el emperador Augusto concedió 1 millón de sestercios al afortunado autor de una tragedia que tuvo una gran acogida. Otro emperador regaló 200.000 por cabeza a un par de músicos de lira particularmente líricos. A los gladiadores jubilados famosos se les podía pagar casi lo mismo por una actuación de exhibición en la arena. Sin embargo, los más ricos de todos los animadores romanos eran los aurigas del Circo Máximo. En el transcurso de una carrera larga y fructífera, un auriga logró ganar 1.462 carreras y casi 36 millones de sestercios. El dinero en premios de este hombre, suficiente para pagar los salarios anuales de casi treinta mil legionarios, lo convirtió en el equivalente a un multimillonario moderno.

Los griegos y romanos más ricos trabajaban por cuenta propia. Tanto en Atenas como en Roma, el ideal de la élite era una vida de servicio público y ocio cultivado discretamente apoyado por los ingresos de las grandes propiedades. Aunque no eran especialmente rentables (se calcula que el rendimiento anual promedio era del 6 por ciento), la tierra cultivable era la inversión más segura y señorial del mundo clásico. Sin embargo, unos pocos aristócratas se contentaban con vivir enteramente de las ventas de sus cosechas. Los magnates romanos invertían a menudo en bienes raíces urbanas. El fabulosamente rico senador Craso poseía equipos de esclavos entrenados como bomberos y constructores. Cada vez que se producía un incendio en Roma, se apresuraba a ir al lugar, compraba las estructuras en llamas a un precio muy rebajado y luego enviaba a sus esclavos para extinguir el incendio y reconstruir los edificios como propiedades de alquiler. Las empresas de esclavos eran otra de las inversiones favoritas de la élite: Craso, por ejemplo, entrenaba a algunos de sus esclavos para que fueran escribas, plateros y camareros de alquiler. Aunque la actividad directa en el comercio era un tabú, los aristócratas podían participar, y de hecho lo hacían, a través de representantes y subordinados. Por último, los intereses de los préstamos eran una importante fuente de ingresos, especialmente para la élite romana. Se prestaban grandes sumas a intereses variables: tan bajos como el 4 por ciento para los amigos y hasta el 60 por ciento para empresas de alto riesgo.

Así pues, ¿hasta qué punto llegaba la riqueza de ese 1 por ciento de atenienses y romanos? En un momento dado durante el período clásico, unos cientos de atenienses poseían 3 talentos (18.000 dracmas) o más. La mayor fortuna ateniense conocida era de 200 talentos (1,2 millones de dracmas), lo suficiente para mantener a más de 6.600 familias durante un año. Incluso esta gigantesca suma palidecía frente a la riqueza de la élite romana. Durante la era imperial, se exigía que los senadores tuvieran fortunas personales de al menos 1 millón de sestercios (equivalente a los salarios de 833

legionarios), y la mayoría de ellos eran considerablemente más ricos. Cicerón, con propiedades por valor de 13 millones de sestercios, se encontraba probablemente en el rango medio de la riqueza senatorial. Nuestro amigo bombero Craso, entre los senadores más ricos, tenía 200 millones. En el siglo I de nuestra era sabemos de dos romanos poseedores de 400 millones, suficiente para pagar los salarios anuales de 330.000 legionarios. Los grandes generales de finales de la República eran aún más ricos: después de uno de sus triunfos, Pompeyo distribuyó 384 millones de sestercios entre sus soldados y oficiales y después entregó otros 200 millones al Estado.

Por supuesto, los más ricos de todos eran los emperadores romanos. Incluso si imaginamos una separación significativa entre las posesiones de los emperadores y el tesoro público, el hecho de que los emperadores fueran dueños personalmente de Egipto (junto con cientos de enormes propiedades en Italia y las provincias) sugiere la asombrosa escala de sus fortunas. Algunos emperadores fueron menos sutiles sobre su riqueza que otros. A Calígula le gustaba tumbarse sobre montones de monedas de oro y, en una ocasión, Nerón apiló 10 millones de sestercios solo para ver qué aspecto tenían. En el transcurso de su reinado de trece años, Nerón gastó la increíble cantidad de 2.200 millones de sestercios solo en regalos, lo que equivale a los salarios anuales de más de 1.833.000 legionarios de la mitad del imperio.

Como los ultrarricos de todo lugar y época, los griegos y romanos más prósperos encontraron formas creativas de gastar su dinero. La élite romana invertía enormes cantidades de dinero en muebles: Cicerón pagó 500.000 sestercios por un aparador de madera de cítricos, y uno de sus amigos gastó el doble en una mesa. Las antigüedades escogidas tenían precios igualmente exorbitantes: un romano exigente pagó 1 millón de sestercios por una estatuilla de un maestro griego. Se pagaron cantidades aún mayores por villas y casas. Cicerón desembolsó 3,5 millones de sestercios por una casa con vistas al Foro, y uno de sus contemporáneos se desprendió de 15 millones por una mansión vecina. La esposa de Calígula superó a todos estos conspicuos consumidores al aparecer en un banquete con esmeraldas y perlas por valor de 40 millones de sestercios. Sin embargo, la compra más impresionante de la historia clásica tuvo lugar un siglo y medio después, cuando un soborno de 250 millones de sestercios compró el trono del Imperio Romano. Pero, dado que el comprador fue asesinado dos meses después, deberíamos considerarlo una mala inversión.

12.
¿ERAN PELIGROSAS SUS CIUDADES?

Las ciudades clásicas tenían muchas formas de matar e incomodar a sus residentes. La amenaza del fuego se agazapaba en cada tejado seco como la yesca; en cada cloaca húmeda acechaba la amenaza de la enfermedad. Cada transeúnte era un posible ladrón; cada multitud era una turba en potencia. Las calles estaban salpicadas de excrementos, los mercados hervían de parásitos, los edificios se tambaleaban en equilibrios inestables. El peligro, en resumen, estaba en todas partes. Pero las amenazas a la vida, las extremidades y el bienestar intestinal fueron especialmente prolíficas en Roma, la mayor y mejor documentada ciudad del mundo antiguo.

Los romanos más ricos albergaban sus cortes en mansiones con fuentes susurrantes y fríos suelos de mármol. Todos los demás vivían en apartamentos que iban desde pisos bien equipados hasta otros miserables. Los edificios de apartamentos romanos —llamados *insulae* (islas)— tenían por lo general tres o cuatro pisos de altura. La planta baja se reservaba a las tiendas. Los mejores apartamentos estaban justo encima, donde la relativa proximidad a la calle minimizaba el número de escalones de acceso y hacía posible la fontanería primitiva. Unidades menores y más baratas abarrotaban los pisos superiores, que a menudo eran adiciones construidas chapuceramente. A veces, estos áticos se derrumbaban sobre la calle. En otras ocasiones, lo hacían ínsulas completas.

Fuera de sus ruinosos apartamentos, los romanos debían tener cuidado con los ladrones. Todas las mañanas, los carteristas trabajaban en foros y calles, aprovechándose de los incautos y distraídos. Todas las tardes, hombres de dedos ligeros deambulaban por los vestuarios de los baños, buscando discretamente objetos de valor. Y todas las noches, expertos ladrones —algunos con zapatos con púas para escalar paredes— se deslizaban por los tejados para entrar por las ventanas. Durante las grandes festividades, cuando muchos

vecindarios estaban prácticamente desiertos, los robos eran tan desenfrenados que los emperadores enviaban patrullas armadas a las calles.

Cualquiera que caminara de noche corría el peligro de ser asaltado, golpeado o algo peor. Incluso a plena luz del día, las lesiones eran siempre una posibilidad: un autor menciona a un aristócrata trastornado que abofeteó a todas las personas con las que se cruzó. La violencia callejera era común, especialmente durante las turbulentas últimas décadas de la República, cuando las pandillas convirtieron las calles en su campo de batalla y los criminales se volvieron lo suficientemente valientes como para organizarse en gremios.

El gobierno romano tomó únicamente medidas limitadas para proteger a sus ciudadanos. Unos pocos delitos —en particular la traición y el parricidio— eran perseguidos enérgicamente con el argumento de que ponían en peligro la estabilidad del Estado o la buena voluntad de los dioses. Sin embargo, las víctimas de robo o asalto eran abandonadas a su suerte. Se les animaba a localizar a los criminales que habían atentado contra ellos y, si lograban hacerlo, podían llevar el asunto a los tribunales. Como alternativa, eran libres de vengarse tomándose la justicia por su mano.

Como prácticamente todas las ciudades antes del siglo XIX, Roma no tenía una policía profesional. En la era imperial, sin embargo, los bomberos conocidos como *vigiles* patrullaban las calles por la noche y arrestaban a cualquiera lo suficientemente descarado o lento como para ser sorprendido mientras cometía un crimen. Asimismo, durante el día, se esperaba que las cohortes urbanas —legionarios estacionados en Roma— detuvieran a los infractores de la ley. En ocasiones, funcionarios ambiciosos les ordenaban tomar medidas enérgicas para acabar con el crimen. Sin embargo, de forma regular, parece que estos soldados estaban mucho más interesados en solicitar sobornos que en llevar a los criminales ante la justicia.

Incapaz de confiar en las autoridades civiles, el pueblo de Roma se defendía por sí mismo. Las puertas estaban encadenadas, las ventanas, con barrotes y había vigilantes con garrotes apostados en los vestíbulos. Aquellos que se aventuraban a salir por la noche solían llevar refuerzos armados. Para protección adicional, los romanos apelaban a los dioses menores que custodiaban sus bisagras y puertas y encargaban maldiciones antirrobo a los magos callejeros.

Pero ningún hechizo podía proteger de los disturbios civiles, a los que Roma siempre era propensa. La mayoría de los disturbios eran provocados por los altos precios de los cereales o por leyes impopulares. Otros eran extensiones de conflictos mayores; en el siglo IV, por ejemplo, una elección papal muy disputada dejó cientos de muertos. Si las cohortes urbanas no lograban restaurar el orden, los

emperadores enviaban a la Guardia Pretoriana. Incluso en circunstancias normales, los pretorianos eran conocidos por su brutalidad; un emperador tuvo que prohibirles explícitamente que golpearan a civiles inocentes. No eran conocidos por ser amables en el control de multitudes. Una vez, después de que la caballería pretoriana masacrara a cientos de manifestantes, las cohortes urbanas se unieron a los alborotadores para atacarlos. En otra ocasión, los pretorianos se enfrentaron a una turba de ciudadanos indignados y liberaron a gladiadores durante tres días consecutivos, quemando todo un barrio en el proceso.

Incluso cuando los pretorianos se quedaban tranquilos en su campamento, el fuego era una amenaza constante. Aunque las paredes exteriores de la mayoría de las *insulae* eran de hormigón revestido de ladrillo, sus áticos, tabiques, muebles y suelos eran de madera. También eran de madera los balcones que se asomaban a las calles, las vigas de los templos y las filas superiores de asientos en el Coliseo. Durante los largos y calurosos veranos de Roma, toda esta madera estaba seca como la yesca, y saltaban chispas por todas partes. Muchos romanos tenían a mano una palangana de agua o jarras de vinagre por si se caía una lámpara o se derramaba un brasero. Pero una vez que saltaban las llamas, solo les quedaba recoger sus objetos de valor, correr escaleras abajo y esperar que los *vigiles* estuvieran de camino.

Los *vigiles*, los bomberos de Roma, tenían su base en cuarteles repartidos por toda la ciudad. Todas las noches caminaban por las calles oscurecidas, llevando hachas y cubos. Cuando olían humo o veían señales de fuego, corrían hacia el edificio amenazado, derribaban sus puertas y formaban una cadena de cubos hasta la fuente más cercana. Si esto no conseguía contener el incendio, se enviaban corredores al cuartel en busca de refuerzos y equipo pesado. Cuando llegaban, los *vigiles* recurrían a lo que mejor sabían: la demolición.



Una gran letrina pública en Ostia, el puerto de Roma.

En ausencia de tuberías o mangueras de agua a presión, la única forma de evitar que un incendio se propagase era privarlo de combustible, y la única forma segura de privar de combustible a un incendio era nivelar todos los edificios vecinos. El trabajo de destrucción se realizaba con picos, garfios y pequeñas catapultas. Sobre los escombros se extendían mantas empapadas en vinagre. Una vez contenido el fuego, los médicos adjuntos a cada escuadrón de *vigiles* trataban a los civiles heridos. La persona cuya negligencia había provocado el incendio era golpeada en público. Y luego los bomberos volvían a sus rondas, dejando que los propietarios (y sus aseguradoras) se ocuparan de las humeantes ruinas.

En noches secas y ventosas, cuando las llamas saltaban de techo en techo más rápido de lo que los *vigiles* podían controlar, el emperador podía prestar esclavos o pedir voluntarios civiles para ayudar a combatir el infierno. Algunas veces, sin embargo, había poco que se pudiera hacer. El incendio del 64 d. C., el peor en la historia de Roma, duró seis días y seis noches, y solo fue controlado después de que cientos de edificios fueran demolidos para crear un enorme cortafuegos. Nerón intentó proteger la ciudad contra incendios con calles anchas y estructuras de piedra. Uno de sus sucesores dedicó 14 «Altares del fuego neroniano» a Neptuno, el dios responsable de los asuntos acuáticos y un buen aliado para combatir los incendios. Sin

embargo, ni siquiera Neptuno pudo evitar que Roma ardiera.

Neptuno era igualmente irresponsable en su gestión del río Tíber. Después de las fuertes lluvias invernales, el Tíber podría elevarse 15 metros, sumergiendo todo el centro de la ciudad durante una semana. Se propusieron varios planes para poner fin a las inundaciones: Julio César consideró la posibilidad de excavar un nuevo canal fluvial debajo de la ciudad, y una comisión senatorial sugirió desviar algunos de los afluentes del Tíber. Pero no se hizo nada sustancial y las inundaciones continuaron destruyendo edificios, salpicando de moho las paredes y echando a perder los suministros de cereales.

El suministro de cereales de Roma era una habitual fuente de problemas. El pan constituía la mayor parte de la dieta de los romanos y se necesitaban unas 200.000 toneladas de trigo anuales para alimentar a la ciudad. Aproximadamente un tercio de esta cantidad se distribuía a través del famoso subsidio de grano. El resto se vendía en el mercado libre, pero a precios regulados por el gobierno. Gratuito o subvencionado, el grano de Roma se importaba desde los fértiles campos de Sicilia, desde Túnez y, sobre todo, desde Egipto. Cada verano, cientos de barcos de cereales navegaban hacia el vasto complejo portuario en la desembocadura del Tíber. Su cargamento era llevado río arriba hasta Roma en barcazas remolcadas por equipos de hombres o bueyes, y se almacenaba en unos gigantescos almacenes. Cuando el sistema funcionaba, había un cómodo excedente de grano en la ciudad y sus alrededores. Pero cuando el mal tiempo, las inundaciones o los disturbios provocaban problemas de suministro, Roma se encontraba en apuros. Aunque la auténtica hambruna era rara, la escasez de alimentos y los aumentos de precios no lo eran.

Gracias a 11 acueductos capaces de transportar cientos de millones de litros de galones cada día, el suministro de agua era más fiable. Contrariamente a la creencia semipopular, los romanos no fueron envenenados por sus tuberías de agua de plomo. Sabían que el plomo era venenoso y fabricaban la mayoría de sus cañerías con terracota. Además, dado que el agua transportada por los acueductos de Roma tenía un alto contenido de calcio, la cal cubría rápidamente las pocas tuberías que estaban hechas de plomo, evitando así que el metal se filtrara al agua. En resumen, el agua de Roma era razonablemente saludable. No se puede decir lo mismo del rudimentario sistema de alcantarillado de la ciudad.

Se estima que la población de Roma producía unos 45.000 kilos de excrementos cada día. Una parte se canalizaba a través de las letrinas públicas de la ciudad. Estas estructuras —frecuentemente decoradas y en ocasiones calentadas— estaban ubicadas junto a avenidas transitadas y en discretos rincones de los baños. A menudo tenían una docena o más de asientos, a veces hasta 64, uno al lado del

otro, sin tabiques ni aparente preocupación por la privacidad. De hecho, parece que el ambiente en las letrinas públicas era francamente agradable: un poeta romano describe a un hombre que intenta engatusar a sus compañeros de letrina para que le inviten a cenar. Puesto que el exceso de agua del acueducto corría por un canal debajo de los asientos, las instalaciones eran relativamente higiénicas —a diferencia de las esponjas comunitarias que se usaban en lugar del papel higiénico—. Un peligro más urgente para la salud era el gas metano que se acumulaba en los canales de alcantarillado mal ventilados, y que se encendían ocasionalmente, enviando bolas de fuego a través de los asientos.

Unos pocos baños privados estaban conectados a las alcantarillas. Puesto que la fontanería antigua carecía de tapas, la conexión directa a una línea de alcantarillado abría el hogar a gases nocivos y plagas que iban desde ratas hasta pulpos. Resulta comprensible que la mayoría de los romanos prefirieran los pozos negros, a menudo en o cerca de la cocina, para que los desperdicios de comida pudieran ser arrojados por el agujero. Unos pocos edificios de apartamentos contaban con un pozo negro comunal conectado a múltiples unidades mediante tuberías de terracota. Sin embargo, la gran mayoría de los romanos solo tenía orinales en sus apartamentos. Los más educados vaciaban sus orinales en una alcantarilla o una letrina. El resto arrojaba sus desechos a la calle, donde se mezclaba con el estiércol, la basura y los animales muertos. En teoría, las calles se limpiaban por el desbordamiento de las fuentes cercanas, que corrían a lo largo de los canalones hacia las alcantarillas. En realidad, es probable que esa agua hiciera poco más que humedecer la suciedad. El estiércol y los desechos humanos, al menos, podrían ser eliminados periódicamente por recolectores de fertilizantes. El resto se pudría y apestaba hasta que se lo llevara alguna lluvia fuerte.

Dado que las sucias calles de Roma eran un perfecto caldo de cultivo para las enfermedades, el romano medio estaba plagado de parásitos internos, atormentado por episodios de diarrea inducida por gastroenteritis y era visitado cada año por la fiebre y los escalofríos de la malaria. Fueron los mosquitos engendrados por las alcantarillas y los patógenos invisibles, no los incendios ni los ladrones, los que más a menudo hicieron de la vida en Roma un breve y desagradable preludio de lo que sería morir allí.

13.
¿LIBERABAN A SUS ESCLAVOS CON MUCHA FRECUENCIA?

En la Atenas clásica y en la Roma republicana tardía, una de cada tres personas era esclava. Los esclavos caminaban, trabajaban y vivían junto a los nacidos libres, hablaban la misma lengua y vestían la misma ropa. Pero a diferencia de los más humildes de sus vecinos libres, podían ser vendidos sin previo aviso, castigados sin piedad y asesinados sin temor a represalias. A ojos de la ley, un esclavo no era una persona; un esclavo era una herramienta o una bestia de carga—en griego, un *andropodon*, una cosa sobre pies humanos—. Sin embargo, más allá de este hecho básico, la vida de los esclavos variaba enormemente.

Muchos esclavos vivían y trabajaban en el campo, a menudo en grandes fincas propiedad de los miembros de la élite. Otros trabajaban en talleres en las ciudades, haciendo de todo, desde escudos hasta zapatos. Unos pocos vivían de forma independiente, administrando escaparates «alquilados» a sus dueños con una parte de sus ganancias. Sin embargo, los esclavos más visibles en nuestras fuentes son la minoría relativamente privilegiada que dirigía las casas de los ricos. Estos esclavos agasajaban y servían a su amo, masajeaban sus miembros y finanzas, lo seguían a la batalla y a los baños, y (al menos en el caso de un senador decrépito) le cepillaban los dientes. Estaban entrenados para responder a todos los caprichos. Un nuevo rico, pero sin educación, compró nueve esclavos inteligentes, les ordenó que memorizaran una serie de clásicos literarios y luego los llevó a cenas para que pudieran proporcionarle citas ingeniosas. Una anciana menos pretenciosa se encariñó de su grupo de bailarines, a quienes le gustaba contemplar entre partidas de damas.

Además de administrar las mansiones de los ricos, los esclavos ayudaban a administrar ciudades y naciones. En la Atenas clásica, los esclavos mantenían el orden en las asambleas públicas y hacían el trabajo sucio de ejecutar prisioneros y archivar documentos legales.

En Roma, igualmente, los esclavos mantenían el flujo de agua de los acueductos y (una vez liberados) dirigían las brigadas de bomberos. Los esclavos de la casa imperial componían un grupo especial y de gran prestigio que era responsable de administrar el palacio, supervisar la gigantesca red de propiedades imperiales y ayudar a administrar las finanzas del Imperio Romano.

En ocasiones, los esclavos que trabajaban en estrecha colaboración con sus amos se convertían en sus confidentes. Cicerón, por ejemplo, confiaba en su secretario esclavo Tiro para administrar sus asuntos financieros, lo describía como un amigo y le ofreció el mejor tratamiento médico disponible cuando enfermó. Otro senador romano pagó a uno de sus esclavos libertos —su lector favorito de comedias griegas— un viaje a Egipto por motivos de salud. Sin embargo, pocos esclavos fueron tan afortunados. Por lo general, aquellos que carecían del favor del amo solo recibían alimentos básicos, dormían en celdas estrechas y se les negaba algo parecido a una vida familiar normal. La vida era dura para las legiones de esclavos que trabajaban en los campos e infernal para las decenas de miles de condenados a las minas. Estos hombres y mujeres, encadenados en una oscuridad sofocante, experimentaban la inhumanidad de la esclavitud en su forma más brutal.

Incluso en entornos más benignos, los esclavos siempre estuvieron sujetos a humillaciones y brutalidades casuales. Augusto, por ejemplo, ordenó en cierta ocasión romper las piernas a un esclavo como castigo y crucificó casualmente a uno de sus libertos por comerse una codorniz de pelea premiada. Emperadores posteriores aprobaron leyes que prohibían a los propietarios castrar a sus esclavos o venderlos (sin causa) como prostitutas o gladiadores. Sin embargo, los esclavos que conspiraban contra sus amos podían ser quemados vivos de forma bastante legal. Por lo general, no había restricciones reales, legales o sociales, sobre el trato que un amo dispensara a sus esclavos. El único recurso de un esclavo maltratado era refugiarse en un templo (o, en el mundo romano, una estatua del emperador) y pedir que se le vendiera a otra persona.

Aunque los griegos y los romanos acabaron desarrollando escrúpulos sobre esclavizar a sus conciudadanos, nunca cuestionaron la institución de la esclavitud en sí. Aristóteles afirmaba que aquellos que carecían de la capacidad de dominarse a sí mismos (en otras palabras, bárbaros) eran esclavos naturales. Platón se oponía solo a la esclavitud de los griegos y en particular a la esclavitud de Platón (una vez fue vendido en cautiverio por un tirano irritable). Incluso los estoicos, que afirmaban que todos los hombres eran iguales por naturaleza, consideraban la esclavitud física como menos dañina que la esclavitud espiritual a la ambición y la codicia, y no iban más allá

de instar a los amos a ser humanos. Los primeros cristianos criticaron duramente el abuso sexual de esclavos. Sin embargo, a pesar de la expectativa de que los creyentes que adoptaron un estilo de vida ascético liberarían a sus esclavos (una dama piadosa y muy rica liberó a no menos de ocho mil de los suyos), pocos obispos plantearon objeciones a la esclavitud en sí, y no parece que el crecimiento de la Iglesia redujera significativamente el número de esclavos.

Dado que no había presiones sociales sobre los amos griegos y romanos para que liberaran a sus esclavos, la emancipación era, en gran parte, una cuestión de suerte. Durante las crisis, un gran número de esclavos podían ser liberados para convertirse en soldados. Los disturbios también creaban las condiciones adecuadas para las pocas revueltas de esclavos a gran escala de la antigüedad; la más famosa de ellas, dirigida por el gladiador Espartaco, involucró a 70.000 esclavos y destruyó dos legiones romanas antes de ser reprimida. De manera más regular, algunos esclavos se escapaban. Por ejemplo, uno de los bibliotecarios esclavos de Cicerón huyó a las montañas de Croacia y nunca más se supo de él. Los intentos de fuga, sin embargo, eran relativamente raros. Los fugitivos capturados eran brutalmente castigados y probablemente se convertirían en marginados incluso si lograban evitar a los cazadores de esclavos.

Para la mayoría de los esclavos, la manumisión (una concesión de libertad) era el único camino viable para salir de la esclavitud. Las posibilidades de un esclavo de ser liberado dependían de su relación con el amo. Los esclavos de las haciendas rurales tenían pocas esperanzas de establecer una relación útil. Por el contrario, los esclavos domésticos favoritos tenían una posibilidad razonable. Los amos solían liberar a sus amantes, a veces —al menos en el mundo romano— con el propósito de casarse con ellos. Algunos también liberaban a los esclavos jóvenes (generalmente sus hijos biológicos) y los adoptaban como herederos. Los esclavos que servían como secretarios personales y asistentes de investigación podían esperar la libertad, al igual que aquellos con funciones clave en las empresas comerciales de sus amos. A menudo, los esclavos establecidos como artesanos independientes podían comprar su libertad.

Las ceremonias de manumisión variaban. En el mundo griego, un propietario podía «vender» formalmente al esclavo a un dios, declararlo libre en una fiesta o incluso organizar un juicio en el que demandaba al esclavo y perdía. Los esclavos romanos podían inscribirse formalmente como ciudadanos, declararse libres ante un funcionario (incluso si el funcionario simplemente pasaba por allí) o simplemente ser liberados en presencia de testigos. Tanto los propietarios griegos como los romanos liberaban esclavos en su testamento.

En Atenas y otras ciudades griegas, los libertos eran no-ciudadanos, inhabilitados para participar en la política o poseer bienes raíces. Los libertos romanos, por el contrario, se convertían en ciudadanos de pleno derecho (aunque quedaban descalificados para los principales cargos públicos). En ambas sociedades, los esclavos liberados tenían obligaciones continuas para con sus antiguos amos, que a veces incluían trabajo a tiempo parcial no remunerado y siempre conllevaba una deferencia pública. Aunque algunos exesclavos tuvieron que esforzarse por adaptarse a la libertad, muchos prosperaron, sobre todo en los oficios que habían aprendido mientras todavía estaban esclavizados. Por ejemplo, los libertos más famosos de la Atenas clásica fueron los ricos banqueros Pasión y Formión, quienes habían comenzado como empleados esclavos. Algunos libertos romanos amasaron enormes fortunas a través de empresas comerciales o al servicio del gobierno, y algunos se hicieron lo suficientemente eminentes como para casarse con mujeres de alto rango nacidas libres. Un liberto llegó a acumular no menos de 4.116 esclavos propios.

Particularmente en el mundo romano, los esclavos liberados y sus descendientes destacaron en muchos campos. El dramaturgo Terencio era un antiguo esclavo, y el poeta Horacio era el hijo de un liberto. El estoico filósofo Epícteto era otro liberto, lisiado por una herida sufrida a manos de su amo. El papa Calixto I era un antiguo esclavo. El emperador Diocleciano, el gran perseguidor de los cristianos, pudo haber sido el hijo de un liberto. Sin embargo, el currículum más impresionante de todos es el de la esclava romana Musa, que consiguió convertirse en reina madre del Imperio parto. La esclavitud antigua, en resumen, podría ser algo menos que una cadena perpetua, pero solo para unos pocos talentosos y afortunados.

14.
¿ERA MUY HABITUAL EL DIVORCIO?

Cualquiera que conociese a la pareja vio venir la separación. Él era impulsivo y carente de tacto, con una vena mezquina y un temperamento terrible. Ella era suspicaz, dominante y tan irascible como su marido. Se criticaban, discutían, se gritaban en presencia de los invitados, que se retorcían incómodos. Por fin, después de años de un sufrimiento cada vez mayor, sucedió lo inevitable: ella se marchó y él siguió adelante. Todos conocemos historias similares. Esta pareja en particular, sin embargo, eran Quinto y Pomponia, y este matrimonio en particular fracasó en el 45 a. C.

Algunos filósofos consideraban el matrimonio como una distracción. Algunos hombres ricos lo juzgaban una mala inversión. Unos pocos cultos lo condenaban como pecado. Sin embargo, casi todas las demás personas en el mundo clásico veían el matrimonio como una necesidad. Solo a través del matrimonio podía una pareja tener hijos legítimos. Solo a través del matrimonio podían la mayoría de hombres y mujeres lograr cierto grado de estabilidad social y económica. Solo a través del matrimonio podía la élite del poder seguir siendo élite y poderosa.

En definitiva, el matrimonio era indispensable. También era un asunto demasiado importante como para verse indebidamente influido por la emoción. Casi todos los matrimonios se concertaban entre el pretendiente y la familia de la futura esposa. La propia novia tenía poco que decir al respecto, en parte porque, por lo general, era muy joven. La mayoría de las mujeres griegas y romanas se casaban a la mitad de la adolescencia. Las novias aristocráticas a menudo apenas habían pasado de la pubertad; la edad mínima permitida por la ley romana era de doce años. La mayoría de los hombres, por el contrario, se casaban a finales de la veintena o principios de la treintena. La diferencia de edad de diez o quince años entre marido y mujer reflejaba las ideas antiguas sobre el propósito del matrimonio: el

hombre estaba lo suficientemente establecido como para mantener una familia, y la mujer se encontraba en el umbral de su edad fértil. No se pensaba que fuera necesario, ni siquiera muy deseable, que la pareja comenzara su relación con sentimientos románticos mutuos.

A pesar de las consideraciones comerciales que rodeaban el comienzo de un matrimonio, el ideal siempre era una relación armoniosa y de por vida. Particularmente entre las familias urbanas más ricas, se suponía que los cónyuges tenían esferas complementarias de responsabilidad: el marido obtenía ingresos en el resto del mundo y la esposa criaba a sus hijos en casa. Aunque siempre se esperaba que un esposo asumiera la función de mando, también se suponía que él respetaría a su esposa. Este ideal, sin embargo, fue socavado por el doble rasero de la propiedad sexual. Puesto que la paternidad de los hijos de un hombre y su propia masculinidad nunca podían ponerse en duda, el adulterio femenino se condenaba en los términos más enérgicos posibles. Sin embargo, los hombres casados eran por lo general libres de acostarse con prostitutas, esclavos y (en la Grecia clásica) muchachos ciudadanos, y solo se enfrentaban a sanciones penales si seducían a una mujer ciudadana.

Aunque muchas mujeres griegas y romanas tenían excelentes razones para dejar a sus maridos, la mayoría de los divorcios eran iniciados por hombres. En consecuencia, la causa más común de divorcio fue el adulterio femenino. Tanto los ciudadanos romanos como los atenienses estaban obligados por ley a divorciarse de las esposas infieles. Una mujer sorprendida *in fragranti* fue enviada de regreso a la casa de sus padres llena de oprobio. Su pareja —si es que no era asesinada en el acto por el marido ultrajado— probablemente sería humillada públicamente, a veces teniendo que soportar que le introdujesen por el ano un rábano del tamaño de un puño o un pez espinoso. El divorcio también podía estar motivado por la infertilidad. Un ateniense impotente dio el paso ostensiblemente valiente de divorciarse de su esposa para que ella pudiera tener una familia, y un rey de Esparta logró evitar dejar a su amada, pero estéril, media naranja solo mediante el recurso de tomar una esposa adicional. De igual modo, según tradición posterior, el primer divorcio en la historia romana involucró a una mujer que era incapaz de engendrar niños. A veces, por último, una pareja simplemente se separaba. El estadista ateniense Pericles, por ejemplo, se separó amistosamente de su esposa y la ayudó a concertar su segundo matrimonio. La incompatibilidad parece haber sido la causa habitual de los divorcios de la clase media descritos en papiros del Egipto romano.

Para los estándares modernos, el divorcio era sorprendentemente informal. No había ceremonias ni procedimientos formales y, lo más extraño y maravilloso de todo, no había abogados. En la Atenas

clásica, el divorcio podía ser iniciado por el esposo, el padre de la esposa o (con más dificultad) por la esposa. En todos los casos, la mujer regresaba con su familia. La única obligación legal del hombre era devolverle la dote; si no lo hacía, podía ser demandado ante los tribunales. Aunque el divorcio era igualmente sencillo en Roma —una pareja se divorciaba legalmente en cuanto dejaban de considerarse casados—, era costumbre entre la élite que la parte que se divorciaba se lo notificara a su cónyuge con un breve mensaje transmitido por un liberto. Ella podía formalizar la ruptura entregando las llaves de la casa a su exmarido, quien respondía con la frase ritual «¡toma tus cosas y vete!». Igual que su homólogo ateniense, un hombre romano era responsable de devolver la dote de su esposa. Sin embargo, también igual que en Atenas, conservaba por lo general la custodia exclusiva de los hijos producidos por el matrimonio.

Resulta complicado medir la frecuencia de divorcios en el mundo clásico. En los últimos días de la República, los políticos romanos ambiciosos emparejaron a sus esposas con sus lealtades políticas y las cambiaron casi con la misma frecuencia. Julio César, por ejemplo, se casó cuatro veces, y tanto su rival Pompeyo como su protegido Marco Antonio lo hicieron en cinco ocasiones. Aunque el emperador Augusto se había divorciado en dos ocasiones, parece que las leyes matrimoniales que patrocinó (y los riesgos más bajos de maniobras políticas bajo el imperio) redujeron la tasa de divorcios de la élite romana.

Sabemos mucho menos sobre la frecuencia de divorcios entre otras poblaciones clásicas. A juzgar por los papiros, el divorcio era conocido, pero no especialmente frecuente en el Egipto romano. No hay razón para suponer que los matrimonios fueran más frágiles en otros lugares. Las presiones económicas y sociales desalentaban el divorcio. Para un hombre, el divorcio significaba la pérdida de la dote de su esposa. Para una mujer, suponía el fin de la respetabilidad, el regreso a una familia a menudo hostil y la pérdida efectiva de sus hijos. No tenemos estadísticas, pero no cabe duda de que la mayoría de griegos y romanos permanecieron casados, para bien o para mal, hasta que la muerte los separó.

15.
¿ERAN POLÉMICAS LAS RELACIONES ENTRE HOMBRES Y JÓVENES?

En el año 130 de nuestra era, el Imperio Romano se hizo con un nuevo dios. En sí mismo, esto no era nada reseñable; el panteón romano siempre tenía espacio para una divinidad de floración tardía. Sin embargo, hasta su reciente muerte, este dios en concreto había sido Antínoo, el amante adolescente de Adriano. Después de que se ahogase en el Nilo, el afligido emperador había decidido —y el resto del imperio había estado diplomáticamente de acuerdo— que Antínoo fuera a partir de entonces uno de los inmortales. Se había descubierto que una estrella nada destacable hasta ese momento era el alma del joven que había ascendido a los cielos, y las ciudades fieles encontraron un motivo para dedicar una estatua o dos a esta atractiva divinidad. Por todas las provincias surgieron cultos y oráculos de Antínoo y, a orillas del Nilo, Adriano fundó Antinoópolis, una ciudad agraciada con grandes avenidas, un colosal templo de Antínoo-Osiris y retratos de ojos tristes del muchacho ahogado.



Antínoo deificado, representado con atributos de Dioniso y Osiris.
Estatua colosal, actualmente en los Museos Vaticanos.

Los hombres griegos y romanos que mantenían relaciones sexuales con muchachos no eran considerados pervertidos o pederastas. Se asumía que los hombres sentían una atracción natural tanto hacia mujeres como hacia los muchachos. Siempre que limitaran sus atenciones a los chicos adecuados y llevaran sus relaciones con ellos de una manera adecuada, sus acciones no eran ni castigadas ni criticadas. Tampoco existían chicos-amantes considerados homosexuales. En el mundo clásico, la identidad sexual de un hombre no se definía por el objeto de su deseo, sino por el papel que adoptase en las relaciones sexuales. Se suponía que los hombres nacidos libres asumían siempre un papel activo, penetrador, en el sexo. Carecía de relativa importancia que sus parejas fueran mujeres o chicos, puesto que ambos eran inferiores socialmente.

Las relaciones entre hombres y jóvenes eran más visibles en la Grecia clásica, donde la práctica de la pederastia (literalmente, amor a los niños) era una práctica abierta y generalizada. La pederastia

involucraba a un ciudadano de sexo masculino maduro —a menudo de veintitantos años, a veces mayor— y a un muchacho ciudadano de entre sus primeros y medios años de adolescencia. Aunque nominalmente, y hasta cierto punto en realidad, era un medio para guiar a los jóvenes e introducirlos en la sociedad adulta, la pederastia siempre se basó en la atracción física, y en lo que llamaríamos «estupro».

Los orígenes de la pederastia son misteriosos. Los autores antiguos especulaban que comenzó como una medida de control de la población, o posiblemente después de que el padre de Edipo se enamorara del hijo de otro príncipe mítico. Los estudiosos modernos han citado otros factores, como la exclusión de las mujeres griegas de la esfera pública, las tradiciones de los rituales de iniciación masculina y el deseo de dar a conocer la solidaridad aristocrática. Cualesquiera que fueran las razones de su ascenso, la pederastia se practicaba en toda Grecia en el siglo VI a. C. Las costumbres variaban de una región a otra. Las relaciones entre hombres jóvenes y niños se integraron dentro de la famosa y feroz educación militar de Esparta. La ciudad de Tebas desarrolló el Batallón Sagrado, un regimiento muy respetado que constaba de 150 parejas de amantes. Sin embargo, sabemos más sobre Atenas, donde la pederastia era un sello distintivo de la sociedad de la clase alta.

La pederastia ateniense siempre floreció más entre los clanes de fuertes vínculos y los simposios empapados de vino de la aristocracia. Dado que los hombres y los niños involucrados pertenecían a las mejores familias de la ciudad, las relaciones pederastas estaban protegidas por convenciones diseñadas para proteger a ambas partes del deshonor. Como hemos visto, se daba por sentado que los hombres se sentían atraídos por los adolescentes. También se asumía que los niños solo tenían un leve interés sexual por los hombres adultos. En otras palabras, los niños tenían que ser cortejados. No se podía simplemente darles dinero, porque eso implicaría que eran prostitutos. En cambio, había que ofrecerles regalos que simbolizaran el afecto del hombre, como liebres o gallos de pelea. Al menos en teoría, un niño era libre de rechazar estas aproximaciones.

Un niño que eligiera convertirse en el amado de su pretendiente lo acompañaría a reuniones sociales, conocería su red de amigos y aliados y lograría una primera entrada en el mundo de la política de la ciudad. Sin embargo, también se esperaba que gratificara sexualmente al hombre. Si podemos confiar en la evidencia de las pinturas de jarrones, un amante respetuoso se limitaría a meter su pene entre los muslos del niño y así evitar someterlo a la desgracia de la penetración. La mayoría de los hombres, sin embargo, probablemente eran menos respetuosos. Tales relaciones continuaban hasta que el niño alcanzaba

la madurez. Más allá de ese punto, el sexo era vergonzoso, ya que entonces el hombre degradaba a un conciudadano y el niño se negaba a asumir su papel adecuado de adulto independiente y dominante.

Las relaciones sexuales entre ciudadanos adultos y ciudadanos jóvenes eran impensables en la sociedad romana. Sin embargo, los hombres romanos eran perfectamente libres de acostarse con niños esclavos. La práctica estaba muy extendida entre la élite, que pagaba enormes sumas de dinero por jóvenes guapos. En los banquetes, estos favoritos eran a menudo los coperos del anfitrión; como el Antínoo de Adriano, lo acompañaban en los viajes, a veces con máscaras de seda para proteger su cutis. Aunque los emperadores posteriores prohibieron la prostitución de los niños esclavos, los amos continuaron durmiendo abiertamente con los jóvenes favoritos hasta bien entrada la antigüedad. Solo después de que el mundo romano se hiciera cristiano se declararon ilegales este tipo de relaciones.

Mil años de amor a los niños produjeron pocas críticas directas por parte de los contemporáneos. Aunque ridiculizada en las comedias y condenada en una obra tardía de Platón, parece que la pederastia fue relativamente poco controvertida en la Atenas clásica. Más tarde, especialmente en los círculos intelectuales influidos por los estoicos, la condena moral fue más generalizada, aunque nunca hasta el punto de desalentar significativamente la práctica. Los autores griegos de la era imperial romana produjeron debates estilizados que comparaban las virtudes de mujeres y niños. En el más largo de ellos, las mujeres salieron triunfantes, pero solo después de una gran cantidad de rapsodias impenitentes sobre los placeres del amor a los niños. Los autores romanos con inclinaciones filosóficas tendían a ser más despectivos y describían la pederastia como antinatural o, en el mejor de los casos, frívola. Marco Aurelio estaba agradecido de tener la moderación para resistir los encantos de los niños esclavos.

Por supuesto, los esclavos romanos no tenían más remedio que someterse a sus amos. Se suponía que los niños griegos, que tenían al menos algo de capacidad, disfrutaban e incluso se sentían honrados por las atenciones de sus amantes. Es posible que algunos jóvenes realmente vieran a los hombres que los cortejaban como modelos a seguir o como padres sustitutos: un grafito ateniense, al parecer escrito por un niño, elogia la valentía de su amante. Sin embargo, también escuchamos acerca de niños que se resistieron a los intentos de los hombres. Por ejemplo, un apuesto joven saltó a un caldero de agua hirviendo para escapar de un tirano que quería acostarse con él. Y en al menos un gimnasio había una prohibición formal sobre los borrachos, los locos y los amantes de los niños.

16.
¿POR QUÉ HAY TANTAS ESTATUAS DESNUDAS?

No conocemos su nombre. Todo lo que sabemos es que tenía un martillo, un cincel y una misión: destruir cada pene de piedra que tuviera a la vista. Durante siglos, la ciudad griega de Afrodisias había estado tachonada de estatuas desnudas y relieves. Ahora, sin embargo, el Imperio Romano era cristiano, la desnudez artística se había convertido en un tabú y la buena gente de Afrodisias había decidido desinfectar sus estatuas. El trabajador que contrataron para la tarea se entretuvo en pulverizar los pezones más alegres entre los desnudos femeninos. Pero eran los penes la razón por la que había venido. Algunos dioses y héroes fueron castrados con un solo golpe de martillo bien dirigido. Otros fueron desprovistos de su masculinidad mediante un cuidadoso trabajo de cincel. Ninguno se salvó.

El nerviosismo por la desnudez que llevó a los afrodisios a castrar sus estatuas fue casi desconocido hasta la antigüedad tardía. Durante un milenio, los griegos y romanos encargaron y exhibieron estatuas desnudas sin hojas de higuera ni recelos. Gracias a la imitación de esta costumbre desde el Renacimiento, muchos de nosotros compartimos la idea grecorromana de que la forma desnuda es un tema apropiado para los artistas. Sin embargo, tendemos a olvidar hasta qué punto es culturalmente específica esta suposición y cuán excepcional era realmente la desnudez de la escultura grecorromana.

Todo comenzó con los griegos, quienes apreciaban el cuerpo masculino desnudo como ninguna civilización antes o después. En parte, esto reflejaba el hecho de que los hombres griegos pasaban desnudos una cantidad inusual de tiempo; siempre que hacían ejercicio, se enfrentaban en competiciones atléticas o simplemente pasaban el rato en el gimnasio lo hacían en pelotas. Las razones detrás de esta costumbre son oscuras. Parece que los griegos pudieron pensar que era más fácil, y posiblemente más seguro, hacer ejercicio sin ropa. Sin embargo, los taparrabos no son un impedimento real para el movimiento, y los competidores en algunos deportes griegos —como

el pancracio, una combinación brutal de boxeo y lucha que incluía una gran cantidad de patadas— se hubieran sentido mejor protegiendo sus genitales. En última instancia, la desnudez en el gimnasio y las competencias atléticas pueden haber tenido que ver con la igualdad. Los hombres desnudos no podían anunciar riqueza o estatus.

Las estatuas de hombres desnudos comenzaron a aparecer casi al mismo tiempo que la desnudez se convirtió en estándar en el atletismo griego. Aunque los cuerpos idealizados de estas estatuas tomarían como modelo a atletas de cuerpos moldeados por el gimnasio, nunca se pretendió que fueran realistas. Su desnudez tenía la intención de comunicar algo. La naturaleza del mensaje varió según el período, el escenario y el tema. Dado que la mayoría de las estatuas y relieves griegos clásicos honraban a los dioses o conmemoraban a los muertos, se solía asumir que, en el arte griego, la desnudez era una forma de indicar que alguien era (o era similar a) un dios o un héroe. Pero los estudiosos piensan ahora que la desnudez tenía una gama más amplia de significados, a veces poco más que una floritura. En la era helenística, si no antes, era una convención artística, utilizada casi automáticamente en una variedad de contextos.

Dado que las mujeres estaban excluidas del mundo del gimnasio y estaban fuera del nexo del atletismo, la política y la guerra, que dominaban tanto la vida pública como la escultura pública, los desnudos femeninos fueron un desarrollo posterior. Había una tradición de mostrar mujeres desnudas —generalmente prostitutas— en la pintura de vasijas griegas. Pero fue solo al final del período clásico cuando se creó la Afrodita de Cnido, el primer desnudo femenino de tamaño natural. El modelo de esta estatua, que mostraba a la diosa del amor bañándose, fue la famosa cortesana Friné, una mujer tan hermosa que se decía que una vez había ganado un caso judicial exponiendo sus pechos. Cualquiera que sea la verdad de esa historia, Afrodita fue una sensación inmediata, estableciendo firmemente los desnudos femeninos en el repertorio de la escultura grecorromana.



Una de las muchas copias romanas de Afrodita de Cnido. Estatua restaurada del siglo II, ahora en el Palazzo Altemps.

La desnudez, masculina o femenina, tuvo un lugar muy limitado en la vida y el arte de la temprana República Romana. Inicialmente, parece ser que la desnudez pública de cualquier tipo era un tabú: se pensaba que era inapropiado, por ejemplo, que un hombre fuera visto desnudo incluso por su propio hijo. No debe sorprender que no existiera una tradición romana nativa de escultura desnuda. Pero una vez que los generales comenzaron a traer obras maestras griegas de sus conquistas en el este, muchos miembros de la élite romana se convirtieron en coleccionistas y conocedores de desnudos griegos. De ahí que los romanos prominentes encargaran estatuas desnudas de sí mismos solo había un paso.

Algunos romanos de la élite —incluidas, por primera vez, algunas mujeres— continuaron encargando estatuas de retratos desnudos bajo el imperio. La mayoría de los desnudos romanos de la era imperial, sin embargo, eran copias de obras maestras griegas (que eran reproducidas a docenas para exhibirlas en villas y jardines), o bien retratos de los emperadores. Estas estatuas imperiales evocaban representaciones griegas de héroes y dioses y transmitían de manera impresionante el poder sobrehumano del emperador. Algunas eran de escala colosal. Sin embargo, incluso las más impresionantes se distinguían, como todos los desnudos grecorromanos respetables, por sus penes de tamaño reducido.



No tenemos ninguna razón para pensar que los hombres antiguos estaban menos dotados que sus equivalentes modernos. En el arte clásico, sin embargo, solo se mostraban esclavos, bárbaros y una dispersión de figuras mitológicas con penes grandes. Había varias razones para tal desproporción desproporcionada. Primero, como hemos visto, la desnudez masculina en la escultura griega estaba ligada al mundo del gimnasio. El ideal artístico fue siempre el atleta adolescente, representado con el aspecto que tendría durante o justo después del duro ejercicio. Un entrenamiento vigoroso —y especialmente si se practica desnudo— hace que el pene y los testículos se retraigan. Después de una carrera larga o un combate de lucha libre, los genitales de un atleta desnudo se verían disminuidos de manera apreciable. Sin duda, este hecho ayudó a establecer la convención artística.

Sin embargo, los genitales de tamaño insuficiente fueron siempre una estilización de la realidad con la intención de comunicar algo sobre el hombre del que tan tentativamente sobresalían. Sobre todo, un pene diminuto y puntiagudo anunciaba autocontrol. En las pinturas de los vasos griegos y en la escultura informal, este mensaje se enfatizaba mostrando hombres cuyos miembros estaban equipados con una «correa de perro» —una cuerda atada para estirar del prepucio sobre la cabeza del pene y doblar el eje hacia atrás—. Aunque puede que a veces los atletas recogieran sus genitales de esta manera mientras se ejercitaban, la «correa de perro» se enfatizó en el arte como un mensaje sobre formas menos literales de autocontrol.

La antítesis de los caballeros con pulcros genitales que pueblan el arte griego y romano eran los bien dotados bárbaros y monstruos, hombres y bestias definidos por su falta de autocontrol. Sin embargo, los penes más espectaculares del arte clásico pertenecían a los dioses. En la Grecia clásica, el dios fálico por excelencia era Dioniso, responsable del vino y la vegetación (entre otras cosas). En las procesiones en honor a Dioniso, esta asociación con la fertilidad se subrayaba mediante unos enormes falos de madera que eran transportados en carros o por grupos de hombres. El más grande del que hay testimonio tenía la friolera de 54 metros de largo. Más tarde, a Dioniso se le unió su hijo Príapo, propietario de un miembro gigantesco. Príapo, que nunca fue una deidad importante, era básicamente un gnomo de césped con clasificación X, cuyas estatuillas se colocaban en jardines para asustar a los pájaros y desconcertar a los ladrones.

De acuerdo con su papel como símbolo de la fertilidad, los falos esculpidos o pintados se consideraban amuletos de la buena suerte. Explícitas estatuas de Hermes con penes prominentes se encontraban en los bordes de las carreteras y al lado de las puertas de muchas casas de la Atenas clásica. Los niños romanos llevaban amuletos fálicos para protegerse del mal. Y debajo del carro de cada general romano triunfante se balanceaba un falo sagrado, prestado por (de entre todas las personas posibles) las Vírgenes Vestales. Ya fueran amuletos de buena suerte o barómetros de templanza, los penes esculpidos constituían una parte integral de los paisajes urbanos clásicos. Solo gradualmente, a medida que el cristianismo cambió las actitudes hacia la desnudez, toda esta carne veteada comenzó a parecer desagradable.

PARTE III:
CREENCIAS

17.
¿SE CREÍAN SUS MITOS?

Según autores de renombre, Zeus tuvo relaciones sexuales con dos de sus hermanas, al menos media docena de sus tías, 115 mujeres mortales, innumerables ninfas y la propia Madre Tierra (que también era su abuela). Transformó a una de sus amantes en una vaca, derritió accidentalmente a otra y se comió deliberadamente a una tercera. En los escasos momentos entre una y otra aventura amorosa, gobernaba el universo bastante distraídamente, era propenso a pelearse con otros dioses, a golpear a los desventurados mortales y a ser desgarrado por monstruos. ¿Creían realmente los griegos y los romanos que su deidad suprema actuaba de esta manera?

Para comprender el significado de los mitos, hemos de comenzar con la naturaleza de la religión grecorromana. Prácticamente todos los griegos y romanos aceptaban que los dioses existían y que estaban interesados en los asuntos de la humanidad. Aunque los miembros de la élite con mentalidad filosófica especulaban sobre la existencia de un solo dios supremo o principio divino, la mayoría estaba de acuerdo en que había muchos dioses. De estos, los 12 (más o menos) «olímpicos» —la anárquica familia celestial encabezada por Zeus/Júpiter— eran generalmente reconocidos como los más grandes. Pero se asumió que había además otras innumerables divinidades, desde demonios menores hasta las temibles diosas madres Cibeles e Isis.



Los doce dioses olímpicos. De izquierda a derecha: Hestia, Hermes, Afrodita, Ares, Deméter, Hefesto, Hera, Poseidón, Atenea, Zeus, Artemisa y Apolo. Cada uno de los dioses se muestra con sus atributos. Hera, por ejemplo, lleva un cetro, Poseidón tiene su tridente y Zeus empuña su rayo. Relieve de la era romana de Tarento que representa la Procesión de los Doce Olímpicos, ahora en el Museo de Arte Walters.

La práctica religiosa griega y romana era local, tradicional y de este mundo. Aunque se esperaba creer en los dioses, se suponía que lo que se pensara sobre los dioses importaba mucho menos que lo que se hacía por ellos. Los dioses no tenían la costumbre de leer las mentes o escrutar las almas de sus adoradores. Pero exigían honor a cambio de sus dones; y la forma más eficaz en que los mortales podían mostrarles honor era ofreciendo sacrificios.

Los individuos sacrificaban a los dioses en su propio nombre, ofreciendo desde humildes tortas de miel hasta vacas. También participaban en sacrificios comunales, en los que decenas o incluso cientos de animales podrían ser sacrificados por el bienestar general. Estos rituales escrupulosamente realizados constituyeron siempre el corazón de la religión clásica. Ni los griegos ni los romanos desarrollaron jamás un canon de textos sagrados, una casta de sacerdotes o un código de reglas morales. De hecho, ni unos ni otros tenían una religión verdaderamente cohesionada, ya que cada ciudad y cada pueblo atesoraba sus propias tradiciones de honrar a los dioses. Esta abundante variedad se equilibraba mediante algunos puntos en común: un panteón compartido centrado en los olímpicos, algunos santuarios y oráculos famosos, y la vasta y amorfa colección de historias sobre los dioses que llamamos «mitos».

La *Ilíada* y la *Odisea*, las primeras obras de la literatura griega, fueron compuestas en el siglo VIII a. C. Para entonces ya habían aparecido todas las figuras conocidas del mito griego: un panteón de dioses encabezado por Zeus, una nebulosa galaxia de divinidades menores y una pandilla de héroes mortales pero sobrehumanos. Los autores griegos clásicos especulaban que los mitos habían tenido lugar unos mil años antes de su propia época —entre el 1500 y el 1200 a. C.

según nuestros cálculos—. Sin embargo, se entendía que el pasado mítico era cualitativamente diferente del presente: los hombres habían sido más altos y fuertes, monstruos temibles habían vagado por el desierto y los dioses se habían mezclado más libremente con la humanidad (en más de un sentido).

Desde un punto de vista cultural, los mitos griegos tenían muchas funciones. Algunos explicaban fenómenos naturales. Otros describían los orígenes de los rituales religiosos. Otros más validaban instituciones sociales, promovían reclamaciones territoriales o respaldaban principios éticos. Pero pocos mitos tenían un solo propósito. La mayoría eran nada más y nada menos que historias profundamente familiares y casi infinitamente elásticas contadas y recontadas, interpretadas y reinterpretadas. Aunque los relatos literarios de ciertos mitos adquirieron gran prestigio, ninguna versión fue definitiva.

Entonces, ¿creían los griegos y romanos en sus mitos? Como podría esperarse, no hay una respuesta sencilla. Somos casi completamente ignorantes sobre lo que pensaba la mayoría analfabeta. Los miembros de la élite, al menos, solían asumir que las masas aceptaban los mitos de una manera literal. Un autor, un intérprete de sueños profesional, observó que la mayoría de la gente creía las historias sobre dioses y héroes y, por lo tanto, tendía a soñar con ellos. Otro autor afirmó que los campesinos que vivían cerca de su casa imaginaban que Agamenón, el mítico líder de la guerra griega en Troya, era el emperador romano de aquel momento. Como mínimo, los mitos dieron ciertamente forma a cómo se imaginaban a los dioses y cómo podían —en su presentación de los dioses como familiares y accesibles— haber tenido un genuino atractivo popular.

Las opiniones de la élite sobre los mitos están mejor atestiguadas. La mayoría de los griegos y romanos educados aceptaban que los dioses existían, respaldaban la realización de rituales religiosos tradicionales y estaban familiarizados con los relatos canónicos. Pero ya en el siglo VI a. C., algunos filósofos e intelectuales públicos griegos comenzaron a criticar las historias tradicionales. Algunos de los pensadores más radicales del período clásico teorizaban que los mitos eran episodios medio olvidados de la historia antigua y que los dioses eran reyes humanos mal recordados. Otros especulaban con que los dioses y los mitos se habían inventado en un pasado lejano como medio de control político. Platón pensaba que los mitos eran subversivos e inadecuados para los niños; Aristóteles los descartaba como un opio de las masas. Algunos filósofos posteriores fueron igualmente críticos. Los epicúreos rechazaban los mitos como productos de la ignorancia y el miedo de los humanos. Sus rivales estoicos reinterpretaban los mitos como alegorías.

Al principio de su historia, los romanos habían asimilado sus dioses y mitos a los de los griegos. Sin embargo, parece que la élite romana consideró el conocimiento del mito griego básicamente como una cuestión de alfabetización cultural. Muchos simpatizaron con los enfoques filosóficos predominantes del mito. En sus *Meditaciones*, por ejemplo, el estoico Marco Aurelio alegorizó a los dioses, identificando a Zeus con la naturaleza. Su contemporáneo el satírico Luciano escribió varios tratados burlándose de los mitos, incluido uno en el que los dioses contemplan horrorizados cómo un filósofo epicúreo demuestra su inexistencia.

Independientemente de sus inclinaciones filosóficas, los griegos y romanos educados de la era imperial solían combinar una sincera creencia en los dioses con el disgusto por la amoralidad de los mitos. Un compromiso cada vez más popular fue culpar a los demonios por los mitos. Los demonios, espíritus menores que vagaban por los cielos, habían sido durante mucho tiempo una característica de la religión popular. Pero se hicieron más prominentes bajo el imperio, cuando los filósofos platónicos comenzaron a enfatizar su importancia como intermediarios entre la humanidad y los dioses. Muchos miembros de la élite llegaron a creer que los dioses del mito eran en realidad demonios —algunos malvados, otros simplemente traviesos— que habían acosado a la humanidad en un pasado lejano.

Las alegorías se profundizaron y los demonios se multiplicaron en interpretaciones antiguas tardías del mito. El neoplatonismo, la escuela filosófica dominante de la época, teorizó sobre la existencia de muchos niveles de demonios (incluidos los dioses olímpicos) entre la humanidad y un ser supremo inefable. En estos términos, los mitos tendían a entenderse como elaboradas alegorías. Un filósofo incluso escribió una especie de catecismo pagano, en el que insistía en que los mitos tradicionales eran divinos, porque presentaban a los dioses y sus dones a la humanidad. Pero se apresuraba a agregar que no podían tomarse de manera literal.

Los primeros autores cristianos tomaron prestadas estrategias paganas para atacar los mitos. Algunos desarrollaron el argumento de que los dioses del mito eran demonios, asegurando que estos espíritus habían sido enviados por Satanás para alejar a la humanidad de la verdad. Otros autores revivieron la afirmación racionalizadora de que los dioses y los mitos representaban vagos recuerdos de antiguos reyes humanos. Otros, simplemente, instaron a sus correligionarios cristianos a leer los mitos como literatura y centrarse en sus lecciones morales.



Podría ser útil cerrar con una pregunta relacionada con este tema: ¿pensaban realmente los griegos y los romanos que los dioses vivían en el monte Olimpo? El Olimpo —a 2.918 metros, el pico más alto de Grecia— estaba estrechamente asociado con los dioses. Pero la montaña siempre fue una metáfora a veces descrita como un lugar físico, a veces utilizada como sinónimo del cielo. Esta concepción dual del Olimpo, ya presente en Homero, persistió en toda la literatura griega (y posteriormente latina).

La mayoría de los miembros de la élite educada asumían que los dioses estaban en todas partes, en ninguna parte o muy lejos. Sin embargo, el Olimpo siguió siendo considerado un lugar especial. Alrededor del año 300 a. C., se levantó un altar en uno de los picos más bajos de la montaña. Allí, durante casi un milenio, los adoradores sacrificaron a Zeus a 1,5 kilómetros de la cumbre. Desde esa distancia, habría quedado claro que no había palacios dorados ni deidades tomando el sol en la cumbre. Sin embargo, las descripciones del altar enfatizaban lo sobrenatural del escenario —se decía que el viento y la lluvia nunca lo tocaron— y sugieren que al menos algunos griegos y romanos continuaron imaginando una presencia divina en la montaña sagrada.

Como cualquier otro aspecto del mito grecorromano, la idea de que los dioses estaban físicamente presentes en el Olimpo fue cuestionada, discutida y debidamente referenciada en el arte y la literatura durante siglos. Con toda probabilidad, pocos creían que fuera una verdad literal. Pero muchos, quizás la mayoría, pensaban que arrojaba algo de luz, por débil que fuera, sobre la naturaleza de lo divino. Después de todo, los dioses eran difíciles de conocer y los mitos tenían mucho que decir.

18.
¿CREÍAN EN ESPÍRITUS, MONSTRUOS Y/ O EXTRATERRESTRES?

Érase una vez un filósofo que alquiló una casa encantada. Tenía razones prácticas (el alquiler era bastante razonable). Pero también tenía algo que demostrar. Este filósofo, como se verá, no creía en fantasmas. En su muy erudita opinión, los muertos estaban muertos, y las afirmaciones en sentido contrario eran una absoluta e inefable tontería. Un hombre de ingenio y discernimiento (como sin duda era él) no tenía nada que temer excepto al propio miedo. Así que una tarde soleada entró en su nueva casa, desplegó su escritorio en una habitación polvorienta y comenzó a redactar un tratado lo suficientemente sutil y diabólico como para evitar que su mente inventara terrores. Pronto, tal como tenía previsto, se vio absorbido por su trabajo.

Las sombras se reunían en rincones silenciosos. En las arboledas oscuras, se escuchaba el canto de las primeras aves nocturnas. Por fin, el filósofo, al ver que el escritorio que tenía ante sí era casi invisible, salió de su ensueño para encender una lámpara. Y entonces, justo cuando volvía a sumergirse en el tranquilo mar de sus pensamientos, imaginó que oía algo, un sonido áspero, como hierro sobre piedra, en la distancia. Meneó la cabeza y regresó al trabajo.

La lámpara de su escritorio brillaba alegremente y su pluma rayaba con su familiar sonido el pergamino lleno de hoyuelos. Qué tonto había sido al imaginar… ¡Un momento! ¡Ahí estaba de nuevo! El ruido, más cerca. Ahora era inconfundible: cadenas, enormes rollos de cadenas vermiculadas, silbando y deslizándose por el suelo del pasillo contiguo. Con mano temblorosa, la pluma deslizándose sobre la página, continuó escribiendo. Por un momento, todo quedó en silencio. Luego las cadenas repicaron de nuevo. Esta vez estaban dentro de la habitación.

Lentamente, el filósofo depositó su pluma sobre la mesa. Luego levantó la cabeza. Y ante él, como sabía que ocurriría, vio un

fantasma. Era una aparición en forma de anciano, traslúcida, con unos fantasmales grilletes colgando de sus manos y pies. El espíritu miró al filósofo con ojos insondables. Luego, levantando un brazo muy fino, hizo una señal y comenzó a abandonar la habitación. Tras dudar por un instante, el filósofo fue tras él.

El fantasma se deslizó por el pasillo, brillando mientras cruzaba charcos de luz de luna. Al final del pasillo, en un patio donde los árboles muertos se aferraban al cielo, el fantasma se detuvo. Por un momento se quedó quieto, con las estrellas brillando a través de su cabeza. Luego, sin previo aviso, desapareció.



Esqueletos en el inframundo. Reproducción del siglo XIX de una de las Copas Boscoreale, ahora en la Colección Wellcome.

Al día siguiente, el filósofo ordenó levantar el patio donde había desaparecido el fantasma. Debajo de las losas, entre una maraña de cadenas oxidadas, los obreros descubrieron un esqueleto. Los huesos fueron enterrados con honor, nunca se volvió a saber del fantasma y el filósofo vivió feliz para siempre en su modesto apartamento alquilado. O al menos eso dice la historia.

Algunos filósofos negaban la inmortalidad del alma. Otros creían en la reencarnación o en la unión final de todos los mortales con su creador. Sin embargo, la mayoría de griegos y romanos pensaba que los muertos residían en cavernas debajo de la tierra. Aunque no existía una concepción única o simple de este inframundo, la mayoría de los

autores lo dividían en zonas de castigo y recompensa, reuniendo las almas de los justos en el dichoso Elíseo y condenando a los malvados al abismo del Tártaro. Sin embargo, como siempre ocurre en materia de mito, tenemos poca idea de cuántos y hasta qué punto creían de este modo.

En cualquier caso, está claro que no se pensaba que los espíritus de los difuntos estuvieran completamente apartados de la tierra de los vivos. Tanto los griegos como los romanos asumían que los muertos podían apreciar las ofrendas dejadas en sus tumbas y que era prudente mantenerlos felices. Los griegos creían que algunas almas poseían el poder de bendecir o arruinar a comunidades enteras y debían ser aplacadas con sacrificios especiales. Los romanos se centraron más en ganarse el favor de los difuntos, dejándoles ofrendas en los santuarios domésticos y rogando sus bendiciones durante las crisis personales y nacionales.

Sin embargo, no todos los espíritus eran susceptibles de ser apaciguados. Algunos, incapaces o reacios a cruzar al más allá, vagaban por la tierra como fantasmas malévolos. Las almas de los que morían jóvenes permanecían entre los vivos, amargadas por sus finales prematuros. Aquellos que habían perecido violentamente solían demorar su partida para vengarse de sus asesinos. Los criminales ejecutados y los suicidas acechaban en las escenas de su desaparición. Y las sombras de los insepultos, a los se les impedía entrar en el Hades, vagaban hasta que recibían los ritos funerarios.

Algunos fantasmas parecían pálidos ecos de su existencia en vida. Otros eran de color negro azabache, carbonizados por sus piras funerarias. Otros parecían esqueletos animados. Aunque por lo general parecían espectros, los fantasmas podían poseer suficiente sustancia para tocar, pelear o —al menos en un caso— hacer el amor apasionadamente. Por lo general, solían mostrarse hostiles con los vivos, aunque algunos se limitaban a asustar a quienes se topaban con ellos. Las sombras más malévolas provocaban ataques de epilepsia en sus víctimas, las golpeaban en medio de la noche, les susurraban hasta que se suicidaban o simplemente las despedazaban. Así pues, resultaba prudente evitar los lugares donde se encontraban los fantasmas.

Aquellos que morían de manera violenta merodeaban por los escenarios de sus muertes a veces durante un tiempo inconcebiblemente largo. Una casa de baños fue perturbada por fantasmas durante siglos después de que un joven fuera asesinado allí, y los espíritus griegos y persas seguían chocando todas las noches en Maratón setecientos años después de la gran batalla. También se podían encontrar fantasmas en los cementerios. Un autor antiguo tardío cuenta la historia de un hombre que profanó una tumba: justo cuando estaba acabando de despojarla de los objetos de valor, el

cadáver se incorporó y le arrancó los ojos al ladrón. Las tumbas de los hombres malvados eran especialmente peligrosas: se decía que serpientes venenosas nacían de los huesos de los malvados. En las noches sin luna, los espíritus inquietos se reunían en las encrucijadas, que eran sagradas para la temible diosa Hécate. Los viajeros que escuchaban lamentos en la distancia rezaban para que pertenecieran a perros guardianes, y no a los espíritus asesinos del séquito de Hécate.

A pesar de su hostilidad, los fantasmas tenían su utilidad. Con un poco de persuasión mágica, se podían desatar espíritus vengativos sobre enemigos y rivales. Se podía invocar fantasmas menos maliciosos para conocer el futuro. Era más fácil convocar a estos espíritus en las humeantes charcas y húmedas cuevas que servían como entradas al inframundo. Algunos de estos portales se convirtieron en auténticos oráculos, donde los suplicantes podían comunicarse en sueños con los muertos. Un medio más conveniente de contactar con los difuntos incluía el antiguo equivalente de una tabla de güija.

Algunos griegos y romanos se mostraban escépticos acerca de los espectros. El filósofo Demócrito, que teorizaba que todas las cosas estaban compuestas por partículas invisibles a las que llamaba «átomos», llegó a trasladarse a una tumba para investigar la composición material de los fantasmas. Casi un milenio después, san Agustín escribió una astuta explicación sobre cómo la gente podía imaginar que veía las imágenes de sus seres queridos fallecidos, comparando tales apariciones con sueños despiertos. Sin embargo, hasta donde sabemos, la mayoría tenía pocas dudas de que los espíritus de los muertos se movían entre ellos.



Los griegos y romanos también estaban dispuestos a aceptar la existencia de animales extraños y maravillosos, sobre todo si estas criaturas vivían en lugares lejanos. El historiador Heródoto —por utilizar un ejemplo famoso— afirmó que las tierras altas del norte de la India estaban infestadas de hormigas del tamaño de un perro. Mientras hacían sus túneles, estas criaturas excavaban grandes cantidades de oro, que apilaban en relucientes montones alrededor de sus nidos. Durante la parte más calurosa del día, cuando las hormigas estaban bajo tierra, los hombres recolectaban todo el oro que podían, lo metían en sacos y se marchaban al galope en veloces camellos. Tenían buenas razones para darse prisa, ya que las hormigas eran increíblemente rápidas y más que capaces de destrozar a los cazadores

de tesoros.

En otros rincones del mundo grecorromano había cosas más extrañas que unas hormigas gigantes. Tomemos, por ejemplo, el basilisco, una serpiente libia tan venenosa que su aliento marchitaba árboles y partía piedras. O consideremos el catoblepas, una criatura del tamaño de un caballo cuya cabeza casi siempre estaba orientada hacia el suelo, lo cual era una suerte, ya que cualquiera que viera sus ojos moría al instante. Se contaba que, en una ocasión, un solo catoblepas había diezmado con su malévola mirada a toda una tropa de soldados romanos. Incluso el catoblepas palidecía al lado del inimitable odontotirano, una bestia brobdingnagiana que se crio en los ríos indios para devorar elefantes enteros.

Los monstruos formaban también parte del folclore griego y romano. Los hombres lobo aparecen con especial frecuencia. La historia antigua más famosa del hombre lobo, que aparece en una novela romana, comienza con el narrador caminando con un extraño por un camino iluminado por la luna. De repente el extraño se detiene junto a una tumba al borde de la carretera, se quita la ropa y se transforma en un lobo. El aterrorizado narrador corre a la casa de su amante, donde se entera de que los esclavos acaban de ahuyentar a una bestia salvaje hiriéndola en el cuello. Al día siguiente, encuentra al extraño en cama con el cuello vendado por un médico. Había incluso un festival en una remota región de Grecia del que se decía que presentaba la transformación sacrificial de un hombre en un lobo (siempre que no probara carne humana, volvería a cambiar después de nueve años).

Los vampiros hicieron apariciones ocasionales en la literatura antigua. En un vívido relato, un estudiante fue seducido por un vampiro que había adquirido la forma de una hermosa mujer. La criatura encantó a su víctima, incitándolo a entrar cada noche en una mansión llena de fantasmales sirvientes. Al final, el día en que se iba a casar con el vampiro, el estudiante llevó a su maestro a conocer a la futura esposa. El maestro, presintiendo la verdad, obligó al vampiro a revelar su verdadera naturaleza, y este huyó dejando a su paso un destello de escamas y dientes. Los griegos y romanos contaban también historias sobre unas enormes serpientes a las que llamaban «dragones». El más notorio de estos, encontrado por el general romano Régulo en el norte de África, aplastó y devoró a muchos hombres, con jabalinas rebotando inofensivamente en sus lomos acorazados, antes de ser finalmente derrotado por un bombardeo de catapulta. Al parecer, su piel, que fue enviada a Roma, medía 40 metros de longitud.

Los monstruos griegos y romanos más destacados eran criaturas de algún mito. Como hemos visto, los propios mitos siempre fueron

objeto de críticas. Pero muchos autores antiguos estaban dispuestos a creer que las bestias míticas tenían una base real. Había, por ejemplo, varios relatos de encuentros con sátiros, criaturas parecidas a hombres con pezuñas y libidos hiperactivos. Se contaba de sátiro que fue capturado vivo y llevado ante el general romano Sila, quien intentó interrogarlo a través de intérpretes. También se decía que los sátiros habitaban las Islas Canarias. Una vez, se contaba, un barco que atracó allí fue invadido por una tropa de sátiros, y los marineros solo pudieron escapar mediante el gesto poco galante de arrojar a una mujer por la borda para distraerlos. Se podían encontrar sátiros más civilizados en las profundidades del desierto egipcio. En un apartado valle, san Antonio se encontró con uno que le ofreció frutos, le habló en un griego aceptable y le aseguró que era cristiano.

Tritones y nereidas (sirenos y sirenas) eran avistados con mayor frecuencia que los sátiros. Un tritón hispano tenía la costumbre de subir a los barcos por la noche y descansar en la cubierta, aunque a veces hundía con su peso las embarcaciones más pequeñas. Asimismo, en la naturaleza salvaje del mundo clásico se veían periódicamente centauros. Un centauro, capturado vivo en las montañas árabes, fue enviado al gobernador romano de Egipto. Por desgracia, y a pesar de que le dieron toda la carne que deseaba, la criatura murió por el camino. Los restos embalsamados fueron enviados al emperador y pudieron ser visitados durante siglos en el almacén de palacio.

Los fósiles eran interpretados como restos de personajes y criaturas del mito. Se pensaba que algunos eran humanos. Los espartanos, por ejemplo, confundieron los huesos de un gran mamífero de la Edad del Hielo con los del héroe Orestes y les dieron un entierro formal. En Creta, un enorme esqueleto (quizás de una ballena) revelado por un terremoto fue identificado como el gigante Orión. Y cuando otro terremoto sacó a la luz los huesos de un mamut en lo que ahora es Turquía, los lugareños —reacios a perturbar lo que suponían eran los restos de un héroe antiguo— enviaron al emperador romano un solo molar de 30 centímetros de longitud. El emperador, intrigado, encargó una copia de yeso de una cabeza proporcionada al enorme diente. Otros fósiles fueron reconocidos como restos de monstruos de mitos famosos. Un templo griego exhibía con orgullo los colmillos del gigantesco jabalí de Calidón. Del mismo modo, un templo romano glorificaba en los huesos de una criatura de 13 metros de largo lo que se decía que eran los restos del monstruo marino que Poseidón había enviado para devorar a Andrómeda.

Muchos griegos y romanos estaban dispuestos a aceptar que existían extrañas bestias en los márgenes de lo desconocido. Incluso las hormigas excavadoras de oro de Heródoto parecían creíbles: algunas de sus pieles (que se parecían sospechosamente a pieles de

pantera) adornaban el campamento de Alejandro Magno, y en un templo romano podía contemplarse un majestuoso par de antenas. Sin embargo, no se aceptaban todos los relatos sobre animales fantásticos. Un autor reconocía que algunos lectores escépticos podrían no estar dispuestos a creer que una isla griega había sido aterrorizada por un cerdo alado. Otro se burlaba de la credulidad de quienes pensaban que un hombre podía transformarse en lobo. Algunos monstruos fueron incluso atacados aludiendo razones científicas. Galeno, por ejemplo, señaló que las criaturas mitad humanas como los centauros eran físicamente imposibles, ya que las partes humana y animal requerirían alimentos diferentes y, además, no convivirían de manera adecuada. Otro erudito antiguo concluía que era una lástima que las verdaderas maravillas estuvieran envueltas a menudo en mentiras.



La antigua disposición de dar a los monstruos míticos el beneficio de la duda no se extendió a los extraterrestres. Los entusiastas modernos han afirmado ocasionalmente que los griegos y los romanos observaron ovnis sin saberlo. Sin embargo, los propios griegos y romanos no tenían una concepción de la vida inteligente más allá de las estrellas. Se pensaba que los reinos más allá de la órbita de la Luna eran perfectos e inmutables, las moradas de dioses y demonios. Algunos filósofos pensaban que las propias estrellas eran dioses, y la creencia popular coincidía en la medida en que la aparición de una nueva estrella podía aceptarse como el advenimiento de una divinidad. Pero los dioses de las estrellas nunca descendían a la Tierra.

Los planetas también estaban asociados con dioses individuales de los que solía decirse que habitaban en ellos. Sin embargo, ningún autor antiguo asumía que los dioses tuvieran compañía mortal en sus moradas cósmicas. Tan solo la Luna, el umbral de la eternidad, estaba habitada por seres menores; porque era en la Luna —según afirmaban algunos filósofos— donde se reunían las almas de los recién muertos. Allí permanecían durante siglos, siendo purificadas por la luz del sol. Y desde allí volvían a la Tierra para renacer o para quedarse como fantasmas.

19.
¿PRACTICABAN LA MAGIA?

El alma se negaba a cooperar. Vacilaba, se resistía, parpadeaba en el borde del claro, reacia a encarnarse. Pero la bruja no tenía tiempo para los caprichos de los muertos. Murmurando un encantamiento, arrastró al espíritu reacio dentro del cadáver que yacía a sus pies. De inmediato, los ojos del muerto se abrieron de golpe. Los labios se separaron. Y a una señal de una tela extendida, la cosa se puso de pie. Frente a su marioneta, la bruja ordenó al alma que había en su interior que revelara el resultado de la guerra que asolaba el mundo romano. Obedeció con la voz atascándose en las podridas cuerdas vocales. Cuando el espíritu hubo pronunciado su profecía, la bruja condujo al difunto hacia una pira que le esperaba. Se tumbó, mirando con ojos lechosos mientras prendía la madera. Las llamas comenzaron a lamer y morder el cuerpo. Sus rígidos miembros se convulsionaron. La mandíbula se desquició en un grito silencioso y el vínculo mágico se rompió. Una lenta caída de ceniza se posó en el tranquilo claro.

Esta escena está tomada de la *Farsalia,* una epopeya latina que destaca por su estilo retórico y su indiferencia general por el buen gusto. A pesar de su tono espeluznante, el poema refleja las ansiedades generalizadas que rodeaban a los magos y la magia en el mundo clásico. Los griegos y romanos solían utilizar «magia» como término general para las prácticas rituales que consideraban ilegítimas o peligrosas. Como resultado, a los autores clásicos generalmente les resultaba más fácil describir qué no era la magia que definir qué era. Sin embargo, estaban de acuerdo en algunos puntos clave. Primero, la magia era secreta y confidencial, basada en conocimientos ocultos y prácticas clandestinas. En segundo lugar, la magia era practicada por y para individuos, sin la bendición del Estado o la sociedad. Por último, la magia era al menos potencialmente agresiva y subversiva. La magia, en resumen, tenía mala reputación. Sin embargo, a pesar

del escepticismo filosófico —tanto Platón como Marco Aurelio pensaban que los magos eran fraudes—, la eficacia de las prácticas mágicas era casi universalmente aceptada.

Muchos griegos y romanos usaban amuletos encantados para protegerse de la plaga, la posesión y otras dificultades. Sin embargo, hasta la antigüedad tardía no se pudo afirmar que, desde el punto de vista social, ninguna clase de mago fuera respetable. La mayoría de los magos griegos y romanos operaban al margen de la sociedad. Los más visibles eran los encantadores callejeros que obraban maravillas para las multitudes agradecidas. Algunos de estos hombres se contentaban con encantar serpientes y hacer sombras chinescas. Los artistas más ambiciosos invocaban demonios, enrojecían sus barbas y hacían sonreír a las estatuas. Muchos trabajadores de lo maravilloso tenían una actividad lucrativa en la adivinación. Un método de adivinar el futuro era invocar fantasmas (convenientemente invisibles). Otros incluían leer aceite esparcido sobre el agua, mirar fijamente la llama parpadeante de una lámpara de aceite y observar con detenimiento las profundidades de un espejo. Puesto que se pensaba que los niños eran particularmente susceptibles a las emanaciones espirituales (y, podemos imaginar, eran buenos para ganar consejos de la multitud), los magos solían emplear a un asistente joven para ayudar a interpretar los presagios.

Otras prácticas mágicas eran agresivas. A veces se reclutaba a magos sin escrúpulos para preparar venenos. Sin embargo, era más frecuente que se les pidiera que produjeran tablillas de maldiciones. La mayoría de las tablillas de maldiciones eran finas láminas de plomo, inscritas con hechizos que condenaban a enemigos o competidores a una combinación de ceguera, miembros rotos, impotencia, pobreza, humillación pública y muerte espantosa. Una vez elaborada con sádica perfección, la lámina de plomo se enrollaba y se deslizaba dentro de una tumba, fuente termal o algún otro lugar cercano y apreciado por los espíritus sin descanso. Las tablillas de maldiciones solían ir acompañadas del equivalente clásico de muñecos vudú, pequeñas figuritas (que idealmente contenían el cabello o los recortes de uñas de la víctima prevista) que se retorcían, mutilaban y empalaban con mucha inventiva. La amenaza que planteaban estas herramientas de magia negra se tomaba muy en serio. Se pensaba que un príncipe romano había sido asesinado por unas tablillas de maldiciones ocultas en las paredes y el suelo de su casa. Siglos más tarde, un orador acosado por cegadores dolores de cabeza se horrorizó al descubrir un muñeco vudú —hecho, como detalle excéntrico, con un lagarto decapitado— escondido en el aula donde impartía sus clases.

Toda magia, cualquiera que fuera su propósito, podía

conceptualizarse como simpática o demoníaca. La magia simpática se basaba en las afinidades y antipatías naturales que se suponía que existían entre todas las sustancias. Los muñecos vudú, por ejemplo, «funcionaban» porque se parecían a la víctima prevista, y eran más efectivos cuando la correspondencia podía fortalecerse con el cabello o las uñas de la persona perjudicada. De igual forma, la magia curativa solía ser simpática. Un autor romano afirmaba que un hueso roto podía repararse uniendo lentamente las mitades de una caña cortada mientras se pronunciaba un hechizo mágico y tocando después la fractura con las piezas unidas.

Sin embargo, la magia más espectacular era demoníaca. Los demonios eran espíritus del aire, inmortales o casi, que funcionaban como intermediarios entre los dioses y la humanidad. Los demonios inferiores y más accesibles eran los fantasmas. Otros, más exaltados y difíciles de convocar, eran espíritus primigenios. Al menos en el Egipto romano, algunos de estos grandes demonios —Tifón, Abraxas, el Descabezado— estaban estrechamente asociados con la magia y eran invocados con frecuencia en hechizos. Los mayores de todos los demonios eran los propios dioses paganos, a quienes la antigüedad tardía pensó identificar como sirvientes y agentes de una inefable deidad suprema. Todos los demonios, por poderosos que fueran, eran invisibles e insustanciales, sostenidos por el humo de los sacrificios y el aliento de las criaturas mortales. Podían asumir cualquier forma que quisieran: un humano, un sátiro, un perro enorme, incluso uno de los dioses. Algunos demonios eran buenos, otros moralmente neutrales. Pero cuanto más humilde fuera un demonio, más probable era que fuera travieso o perverso. Cualquier mago que no tomara las precauciones adecuadas (amuletos encantados, hierbas aromáticas, campanillas tintineantes) corría el riesgo de ser poseído o asesinado. Sin embargo, a pesar de todos sus peligros, los demonios eran sumamente útiles. Atacaban a enemigos, seducían amantes, predecían el futuro y —si eran invocados mediante un hechizo vinculante— servían como asistentes en todos los asuntos mágicos.

Con o sin ayuda demoníaca, la práctica de la magia se basaba en el conocimiento. Cualquier mago que se preciara tenía una gran cantidad de hechizos (memorizados o garabateados en papiros) para prevenir el granizo, atacar enemigos y todo lo demás. Aunque por lo general se declama en griego o latín, la mayoría de los hechizos incorporaban al menos algunas frases ininteligibles y que sonaban misteriosas. Algunas eran fragmentos destrozados de egipcio o hebreo; otros, como el famoso «abracadabra», eran un mero galimatías polisilábico. En ocasiones, no bastaba con pronunciar las palabras; un hechizo estipulaba que el mago escribiera un nombre místico en la hoja de cierto árbol y luego lo lamiese.

Además de las palabras sagradas, los magos tenían que conocer las propiedades de las sustancias mágicas. Las hierbas y otras plantas eran importantes, en particular para las curaciones. Varios hechizos requerían trozos de animales sorprendentes —que incluían, si damos crédito a un poeta romano, barba de lobo y dientes de serpiente— y especias exóticas, que ayudaban a crear una atmósfera adecuadamente evocadora y enmascaraban el hedor de los otros ingredientes. La magia negra solía requerir materiales relacionados con la muerte: la sangre y el cabello de las víctimas de un asesinato, clavos de barcos hundidos o trozos de una cruz usada. Los cadáveres completos también eran útiles; un hechizo incluía dejar un pergamino junto al cuerpo de un criminal recién ejecutado.

Incluso si no había cadáveres involucrados, lanzar un hechizo solía ser un proceso largo y complejo. Un encantamiento para ganarse un amante, por ejemplo, implicaba ir en la oscuridad de la noche a un lugar donde se celebrasen combates de gladiadores, invocar a las almas de los que habían muerto allí y recoger arena manchada de sangre, que habría que pasar por encima del umbral del posible amante.

Invocar a un demonio asistente era aún más complicado. Primero —según uno de los varios hechizos designados para este propósito— era necesario esculpir una pequeña figura de cera del demonio. Después de presentar a la figura una serie de ofrendas rituales, había que estrangular siete pájaros frente a ella para que el demonio pudiera saborear su fuerza vital. Finalmente, después de estrangular otra tanda adicional de pájaros (y comerse crudo uno de ellos), el traumatizado mago pronunciaba tres fórmulas rituales. Entonces, y solo entonces, se dignaría aparecer el demonio. Comparativamente era más sencillo maldecir al rival en una carrera de cuadrigas. Todo lo que se requería era inscribir la maldición en una tableta de plomo, nombrar al oponente y desearle solemnemente ceguera, agonía y/o muerte. Hecho esto, el texto podría adornarse con uno o dos dibujos del individuo maldito estrangulado por serpientes de generosos colmillos. Durante alguna noche encantada, la tablilla podría deslizarse al interior de una tumba en la que se supiera que habitaba un fantasma inquieto, o bien se podía enterrar debajo de las puertas de salida del circo en compañía de un gallo mutilado.

Quizás, como sería de esperar, muchos griegos y romanos se opusieron a la práctica de la magia. Tanto la Roma temprana como una galaxia de ciudades griegas prohibieron los hechizos que dañaban a los ciudadanos, y los casos judiciales atenienses se sostuvieron a veces sobre acusaciones de hechicería. Las condenas generales de la magia llegaron más tarde, cuando algunos de los emperadores más suspicaces, siempre dispuestos a considerar la hechicería como una

traición, llevaron a cabo cazas de brujas a gran escala para descubrir a los usuarios de la magia entre la aristocracia romana. Un comentario legal compuesto alrededor del año 300 d. C. prescribía severos castigos —desde la esclavitud en las minas hasta la muerte por bestias salvajes— para aquellos que se demostrase que practicaban las artes mágicas. Las décadas siguientes fueron testigos de edictos imperiales que confirmaron estas penas y de una ronda excepcionalmente letal de cazas de brujas, todo ello inspirado en parte por el auge del cristianismo.

A diferencia de sus vecinos paganos, los primeros cristianos asumieron que toda la magia era demoníaca y que los demonios eran sirvientes de un diablo supremo. Así pues, la magia fue condenada categóricamente tanto por la Iglesia como —después de Constantino— por el Estado. Aunque estas medidas llevaron a la clandestinidad a las formas más exhibicionistas de magia, se continuó lanzando hechizos, a veces citando pasajes de las Escrituras e invocando a santos y ángeles. Los amuletos siguieron utilizándose en todos los niveles de la sociedad. Y la inercia de la tradición aseguró que una concepción básicamente clásica de la magia, con sus demonios y hechizos exóticos, sobreviviera hasta la Edad Media y más allá.

20.
¿REALIZABAN SACRIFICIOS HUMANOS?

La doncella yacía, con los ojos vacíos, dentro del círculo de antorchas. El sacerdote la había atrapado y la había atravesado. Ella había muerto al instante. Las otras doncellas se agruparon alrededor del cuerpo, susurrando nerviosas. Todos los años corrían en el Festival de Dioniso, como lo habían hecho sus madres y abuelas antes que ellas. Y todos los años el anciano sacerdote las perseguía con la espada oxidada desenvainada a través de los bosques iluminados por antorchas. El ritual siempre había sido extraño, pero más emocionante que aterrador. Nadie recordaba la muerte de una doncella. Hasta ahora. Los amigos de la muerta comenzaron a llorar. El sacerdote, aturdido, había caído de rodillas. El mismo pensamiento se deslizó por todas las mentes: ¿de verdad Dioniso exigía sangre humana?

Hasta donde sabemos, esta fue la última vez que lo hizo. La doncella que murió aquella noche atravesada por la espada del sacerdote fue la última víctima conocida de sacrificios humanos en Grecia. En el momento de su asesinato, hacia fines del siglo I de nuestra era, prácticamente todos los griegos y romanos contemplaban con disgusto los sacrificios humanos. Sin embargo, reconocían que sus propios antepasados los habían practicado. Y, ocasionalmente, los habían permitido también ellos.

El sacrificio siempre fue el acto supremo de piedad grecorromana. Algunos pensaban que los dioses se alimentaban con el humo de los sacrificios. Otros especulaban que les gustaba el olor o simplemente apreciaban el gesto. Cualquiera que fuera la razón, se estaba de acuerdo en que el sacrificio era el medio más eficaz de contener la ira de los dioses y ganar su favor. En el mundo griego, la mayoría de los sacrificios seguían un patrón estándar. Se llevaba al altar el animal que iba a ser sacrificado. Se arrojaban unas gotas de agua en su cara para que asintiera, como si aceptara el sacrificio. Concluido este trámite, se encendía un fuego en el altar y se arrojaban algunos pelos

de la víctima. El sacerdote presidente entonaba una oración; luego, mientras las mujeres alrededor del altar lloraban, se degollaba al animal. El cadáver se despedazaba y se asaban las entrañas en espetones. Mientras los huesos de los muslos, envueltos en grasa, se ahumaban y chisporroteaban sobre el fuego del altar, el resto de la carne se hervía o asaba y se repartía entre los participantes. Los romanos sacrificaban de la misma manera, aunque agregaron una inspección de las entrañas de la víctima después del sacrificio. Si los órganos eran normales, se suponía que los dioses aprobarían la ofrenda; si no lo eran, el sacrificio debía repetirse.

Podían ofrecerse a los dioses pasteles de miel, incienso, cuencos de vino y una gran cantidad de otras ofrendas incruentas. Sin embargo, los animales siempre fueron el sacrificio por defecto. Las víctimas más asequibles eran los lechones y las gallinas. Más comunes, aunque también más caros, eran las ovejas, las cabras y los cerdos. Los más costosos y prestigiosos eran los bueyes, a los que a menudo se les doraban los cuernos para la ocasión. Aunque se podía ofrecer casi cualquier animal a casi todos los dioses, cada deidad tenía sus víctimas preferidas. A Deméter le gustaban los lechones; Afrodita se inclinaba por las palomas; Hécate insistía en los perros. Además, las costumbres de los sacrificios eran profundamente conservadoras y variaban de una ciudad a otra. Cada octubre, por ejemplo, los romanos sacrificaban un solo caballo a Marte, tras lo cual los habitantes de dos barrios luchaban por la posesión de la cabeza. Los residentes de Lampsaco, una ciudad en lo que ahora es el oeste de Turquía, ofrecían burros al dios fálico Príapo. Y durante un festival anual de Artemisa en la ciudad griega de Patras, los fieles arrojaban jabalíes, ciervos, lobos y algún que otro oso a una inmensa hoguera de sacrificio.

Griegos y romanos coincidían en que el sacrificio humano era bárbaro. Los infractores más notorios fueron los cartagineses, que ofrecían niños pequeños al dios Baal. Su costumbre —si nos fiamos del relato sensacionalista de un autor griego— era depositar a los niños en las palmas de bronce de un ídolo, desde donde se deslizaban hacia un enorme pozo de fuego. Se decía que los galos construían colosales hombres de mimbre, los llenaban con prisioneros y los quemaban para honrar a los dioses. Los alemanes sacrificaban hombres sobre un gran caldero de bronce; cuando el caldero estaba lleno, se volcaba, y una sacerdotisa extraía profecías de los patrones trazados por la sangre derramada. Los tauros sacrificaban a cualquiera que tuviera la mala suerte de naufragar en sus costas, empalando las cabezas de sus víctimas en largas filas de estacas junto al mar.

Los griegos y los romanos creían que sus antepasados lejanos también habían realizado sacrificios humanos. En varios mitos, los

dioses exigían víctimas humanas. Agamenón, por ejemplo, se vio obligado a ofrecer a su hija Ifigenia a Artemisa antes de poder zarpar hacia Troya, y Aquiles consideró oportuno arrojar a 12 troyanos sacrificados a la pira funeraria de Patroclo. Muchas ciudades celebraban rituales que tenían, o se suponía que tenían, raíces en el sacrificio humano. En algunos casos, los humanos habían sido reemplazados por otras víctimas. Los romanos explicaban su extraño hábito de sacrificar un pescado, una cebolla y un cabello después de que cayera un rayo como el equivalente simbólico del sacrificio humano. En otros casos, las víctimas humanas eran suplantadas por efigies. En un festival griego se quemaron en una imponente hoguera 14 tablas vestidas con ropa de mujer. Del mismo modo, los romanos arrojaban todos los años al Tíber marionetas de paja, atadas de pies y manos. Por último, en algunos lugares, se conmutaba un antiguo sacrificio humano por una ofrenda simbólica. Las cabezas de las botellas de vino en la Galia romana a veces se cortaban con espadas, salpicando vino como si fuera sangre de una garganta degollada ritualmente.

Aunque hubo casos de sacrificios humanos en el mundo clásico, las pruebas son dispersas y debatidas. Los historiadores modernos son escépticos, por ejemplo, sobre la antigua afirmación de que un general ateniense sacrificase a tres miembros de la familia real persa a Dioniso. La sospecha académica también rodea al mejor candidato para el sacrificio humano regular en la antigua Grecia. En la remota región de Arcadia, en lo alto de una colina árida del monte Licaión, se alzaba un antiguo santuario de Zeus. Allí, cada cuatro años, sacrificaban a un niño en plena noche sobre un montículo de cenizas empapadas de sangre, o eso se decía. Los arqueólogos aún no han sacado a la luz ninguna prueba inequívoca de aquella práctica.

La mayoría de los sacrificios humanos mencionados en las fuentes romanas también pueden atribuirse a rumores o calumnias. Supuestamente, el rebelde Catilina hizo jurar a sus cómplices que guardarían el secreto sobre las entrañas de un niño sacrificado (que luego, por añadidura, se las comieron). Se dice que Augusto sacrificó no menos de trescientos cautivos romanos en honor del divinizado Julio César. No hay ninguna razón de peso para creer ninguna de estas historias. De vez en cuando, sin embargo, los romanos sí realizaron realmente un sacrificio humano. Al menos tres veces durante períodos de crisis nacional, cuatro víctimas —dos griegos y dos galos— fueron enterradas vivas a las afueras de las puertas de Roma. La costumbre fue finalmente prohibida, junto con todas las demás formas de sacrificio humano, en el año 97 a. C.

En resumen, el sacrificio humano era raro, aunque otras formas de asesinato ritual estaban más extendidas. Por ejemplo, algunas

ciudades griegas elegían cada año a uno o dos hombres excepcionalmente feos como *pharmakoi* (chivos expiatorios). En un día determinado, estos hombres eran expulsados de la ciudad, siendo golpeados, azotados y/o apedreados en el proceso. A veces, si podemos creer en nuestras fuentes, eran asesinados. Sin embargo, parece que con el tiempo el ritual se volvió más humano. En una ciudad griega donde anualmente se lanzaba un *pharmakos* desde un acantilado junto al mar se desarrolló la costumbre de proporcionar a la víctima alas grandes y una bandada de pájaros vivos atados con cuerdas para ralentizar su descenso. Después de que se estrellara, con pájaros y todo, en el mar, lo recogían en un bote pequeño y lo escoltaban fuera del territorio de la ciudad.

Aunque el festival romano de chivos expiatorios, que implicaba vestir a un anciano con pieles de animales y golpearlo con varas, no era mortal, los romanos estaban más que dispuestos a participar en un asesinato ritual cuando les convenía. Por ejemplo, el día que un general celebraba un triunfo era costumbre que el comandante o rey enemigo fuera estrangulado ceremonialmente. Aún más dramático, los generales romanos podían entregar sus propias vidas a los dioses para ganar batallas decisivas. Por último, en el transcurso de una festividad menor parece que se derramaba sobre una estatua de Júpiter la sangre de los hombres muertos en la arena.

El extraño caso del rey-sacerdote de Nemi resume el estado ambiguo del asesinato ritual en el mundo clásico. El lago Nemi, a unos 32 kilómetros de Roma, se encuentra en un profundo cráter volcánico rodeado de bosques. Sus orillas sombreadas fueron un refugio de verano de los emperadores romanos; Calígula construyó dos colosales barcazas de placer, cada una de casi 75 metros de largo, para poder navegar por las frescas aguas con la magnificencia adecuada. A cierta distancia de este esplendor se encontraba una antigua arboleda consagrada a Diana. El sacerdote del santuario, llamado «el Rey de Nemi», siempre era un esclavo fugitivo. La única forma de convertirse en rey de Nemi era matar al rey anterior en combate singular. Durante siglos, mientras los esclavos luchaban y morían en la tranquila arboleda, los estudiosos especularon sobre aquella costumbre, atribuyéndola a la influencia bárbara de un lejano pasado. Calígula, mientras navegaba en una de sus enormes embarcaciones, se divertía contratando a un matón para que atacara al rey de aquel momento. Para la mayoría, sin embargo, el rey de Nemi era simplemente un recordatorio desagradable de que a veces los dioses recibían con agrado la sangre humana.

21.
¿FLIPABA EL ORÁCULO DE DELFOS?

Los presagios estaban por todas partes. Cualquier vuelo de pájaros o brisa repentina podrían estar inspirados. Una palabra casual o un molde podían ser divinos. La sabiduría brotaba diariamente hacia los labios inspirados; la revelación caía cada noche sobre las alas de los sueños. Sin embargo, para la mayoría de los mortales, el significado de todos estos signos era difícil de alcanzar. Como ayuda, se podría contratar a un vidente profesional o un intérprete de sueños (o, en caso de apuro, un mago callejero barato). Pero la mejor manera de conocer la voluntad de los dioses era visitar un oráculo.

Las personas consultaban a los oráculos para informarse sobre su salud, perspectivas de matrimonio, planes de viaje y probabilidades de éxito en los negocios (entre muchas otras cosas). Las delegaciones de ciudades y reyes buscaban consejo sobre la validez de los tratados, la sabiduría de las reformas políticas, las mejores formas de evitar la peste o el hambre y una serie de otros asuntos lo suficientemente difíciles o controvertidos como para requerir sabiduría divina. Cualquiera que fuera el tema, las preguntas se solían hacer por lo general de una manera formulada que ofreciera dos alternativas claras. Las respuestas de los oráculos eran a menudo igualmente sencillas, aunque a veces redactadas en un lenguaje poético o ambiguo.

En algunos oráculos, los clientes se tumbaban sobre bancos de piedra dentro de unas cámaras de «incubación» —un santuario estipulaba que primero se envolvían en un pellejo de oveja ensangrentado— y dormían allí con la esperanza de tener sueños proféticos. Otros establecimientos requerían más iniciativa. Por ejemplo, el alma intrépida que se aventurase a consultar al Oráculo de Trofonio tenía primero que enclaustrarse durante varios días, comer carne de sacrificio y bañarse en un río local. Una vez que hubiera alcanzado un grado adecuado de limpieza ritual, bebía de dos

manantiales —uno para hacerle olvidar el pasado, el otro para ayudarle a recordar el futuro— y bajaba por una desvencijada escalera hasta el fondo de un pozo seco. Una vez allí, descendía hasta una caverna y veía extrañas cosas en la oscuridad. Finalmente, conmocionado y desorientado, se arrastraba de regreso hasta la luz del sol y era conducido a la Cátedra de la Memoria, donde los sacerdotes le ayudaban a interpretar sus visiones.

Para una experiencia menos angustiosa, los clientes podían visitar oráculos atendidos por niños. En un santuario de la Fortuna cerca de Roma, un niño sacaba de una pequeña caja unas láminas de madera con palabras incisas; en un santuario en Egipto, las profecías se extraían del parloteo de los jóvenes que jugaban en el patio de un templo. Otros oráculos dependían de los animales. Uno consistía en convocar bancos de peces con una flauta. Otro presentaba una serpiente grande, que se especializaba en verificar la virginidad de las mujeres jóvenes. Una serpiente más versátil, equipada con una cabeza de marioneta humana, presidía un popular oráculo en Asia Menor. Otros establecimientos presentaban calaveras parlantes. Incluso estos palidecían frente a la llama eterna de Apolonia, una columna de fuego que indicaba la voluntad de los dioses engullendo o rechazando el incienso arrojado por los peticionarios.

Aunque carecían del brillo de algunos de sus competidores, los oráculos más grandes se centraban en un médium inspirado, un hombre o una mujer que hablaba con la voz de un dios. El más antiguo era el Oráculo de Zeus en Dodona, donde las sacerdotisas conocidas como «las palomas» escuchaban el susurro de las hojas de los robles sagrados. Los otros oráculos principales pertenecían a Apolo, el dios más relacionado con la profecía. Había un famoso oráculo en Claros, donde los clientes hacían sacrificios bajo colosales estatuas de Apolo y su familia antes de consultar al profeta en su cámara subterránea. Hubo otro en Dídima, donde una sacerdotisa de Apolo profetizaba desde la cámara más íntima de un gigantesco templo mientras bañaba sus pies en las aguas de un manantial sagrado. Sin embargo, mayor que cualquiera de estos era el santuario de Delfos, hogar del principal oráculo del mundo clásico.



El templo de Apolo en Delfos.

El Oráculo de Delfos se encontraba en el centro de un magnífico anfiteatro natural en las montañas del centro de Grecia. La Pitia —la sacerdotisa que actuaba como portavoz de Apolo— celebraba una sesión todos los meses. En el día señalado, los sacerdotes se aseguraban primero de que el dios estuviera en un estado de ánimo oracular rociando una cabra con agua fría. Si la cabra se estremecía, todo estaba bien (excepto la cabra, que era sacrificada de inmediato). Aquellos que desearan consultar el oráculo se alineaban en un orden determinado por la simpatía de las relaciones entre sus ciudades nativas y Delfos. A medida que cada cliente llegaba a la cabeza de la fila, pagaba una tarifa de consulta, ofrecía un sacrificio y entraba en el templo de Apolo. Entonces, parece que se le conducía hasta una antecámara desde la cual podía oír, pero no ver a la Pitia. Hacía su pregunta y la Pitia, sentada en un trípode con una rama de laurel en la mano, respondía con la voz del dios. Por lo general, sus palabras eran claras y coherentes. Pero al menos una vez gritó y deliró como una posesa.

Algunos autores antiguos afirmaban que la Pitia debía su destreza profética a los vapores que se filtraban de la roca debajo de su trípode. De hecho, según una historia, estas emanaciones fueron responsables de la fundación del santuario. Cuando se colonizó por primera vez la región alrededor de Delfos, se dijo que se había descubierto una misteriosa grieta en el suelo. Toda cabra que se acercaba a la grieta se

ponía histérica; cualquier cabrero que la siguiera emitía profecías. A medida que se corrió la voz, la gente comenzó a reunirse alrededor de la milagrosa grieta. Algunos, sin embargo, estaban tan abrumados por el éxtasis clarividente que caían en la grieta y no se les volvía a ver. Para poner fin a tales contratiempos, se decidió nombrar un oráculo que abordara los peligros de la profecía con más profesionalidad. Un geógrafo del siglo I describió el lugar del oráculo como una cueva profunda donde la Pitia, sentada sobre una fisura por la que fluía un vapor, balbuceaba presa de la inspiración divina. Un siglo más tarde, el biógrafo Plutarco, que en algún momento fue sacerdote de Delfos, especulaba que el declive del oráculo podría atribuirse a la desaparición del vapor divino que lo había inspirado desde el principio.

Cuando los excavadores franceses de Delfos comenzaron a limpiar el templo de Apolo a principios del siglo XX, esperaban descubrir una caverna y una grieta humeante debajo de ella. En cambio, encontraron una pequeña habitación hundida con un piso de roca sólida. Rápidamente se desarrolló un consenso académico de que las declaraciones de los autores antiguos sobre Delfos reflejaban una tradición literaria, pero no una realidad. La historia de las cabras espásticas se identificó como una leyenda desarrollada para explicar los orígenes olvidados del oráculo. La misteriosa grieta humeante se interpretó como una invención de autores que nunca habían visto la cámara oracular. Y el vapor descrito por Plutarco llegó a entenderse como una corriente imperceptible de influencia divina, no como un gas en sentido literal.

A principios de la década de 2000, un equipo interdisciplinario de académicos revivió la idea de un oráculo bajo influencia. Sobre la base de nuevos estudios geológicos, sugirieron que la famosa grieta debajo del trípode de la Pitia era en realidad una falla en el lecho de roca caliza bituminosa. Siempre que ocurría un deslizamiento a lo largo de esta falla, teorizaron, la fricción vaporizaba algunos de los petroquímicos en la piedra caliza, produciendo gases —metano, etano y etileno— que flotaban hasta la superficie y dentro de la cámara oracular. El etileno, una vez utilizado como anestésico, podría haber producido las visiones y ataques descritos por los autores antiguos.

Podría haber sido así, pero probablemente no lo fue. En la actualidad, el lecho rocoso de Delfos solo produce pequeñas cantidades de etileno o cualquier otro gas tóxico, y si los niveles hubieran sido significativamente más altos en el mundo antiguo, habría sido de esperar que los clientes del oráculo que se encontraban a poca distancia de la Pitia también hubiesen sentido los efectos. Puesto que no fue así, y dado que no tenemos registros de infiernos repentinos en el santuario —el etileno es altamente inflamable—,

probablemente deberíamos ser escépticos. Ni siquiera el Oráculo de Delfos se atrevió a resolver disputas académicas.

22.
¿HASTA CUÁNDO SOBREVIVIÓ EL PAGANISMO?

El mensajero esperó a que la multitud guardara silencio. Luego, rompiendo ostentosamente el sello del pergamino que portaba, se aclaró la garganta, echó la cabeza hacia atrás y comenzó. El Gran y Gracioso emperador Teodosio había decretado que los paganos que ocupaban el templo de Serapis no serían castigados siempre que se dispersaran de inmediato. Ante esto, algunos vítores se elevaron de parte de la multitud. El mensajero, entrecerrando los ojos con severidad, esperó a que se desvanecieran antes de continuar. Pero después de una profunda deliberación y en interés de la única fe verdadera, el emperador decidió que el templo de Serapis fuera destruido. Inmediatamente.

Silencio de asombro. Entonces, de repente se escuchó una marea de sonido de los cristianos vitoreando y los paganos gritando de ira. Sin hacer caso del tumulto, los soldados subieron en fila los marmóreos escalones del santuario. Uno de ellos, hacha en mano, se acercó a la gran estatua del dios Serapis. Después de un momento de vacilación, golpeó la cabeza dorada. El hacha produjo un sonido hueco y lanzó por el aire fragmentos de pan de oro. Una y otra vez, el soldado descargó su hacha sobre la estatua hasta que el marco de madera del cuello se dobló y la cabeza se estrelló contra el suelo. Serapis, guardián de Alejandría, había caído.



En 392 d. C., cuando fue destruido el gran templo de Serapis en Alejandría, es probable que la mitad de los habitantes del Imperio Romano fueran cristianos. Un siglo antes, la inmensa mayoría de la población del imperio había sido pagana. Un siglo más tarde, quedarían pocos paganos. Las causas y el ritmo de esta revolución religiosa desafían cualquier resumen simplista. Pero como este es,

para bien o para mal, un libro de este tipo de cosas, tendremos que hacer un resumen sencillo.

El surgimiento del cristianismo fue acelerado por la existencia del Imperio Romano, cuya escala y estabilidad permitieron a los misioneros y sus cartas viajar libremente por un territorio enorme. La lengua fue igualmente importante. Aunque Jesús y sus primeros discípulos (por lo general) hablaban arameo, el idioma nativo de la Iglesia primitiva fue el griego, de uso habitual en todas las provincias romanas orientales. El griego también fue el idioma de la diáspora judía, cuyas comunidades aportaron muchos de los primeros conversos del cristianismo. Otra condición previa crítica fue la actitud de *laissez-faire* de los primeros gobiernos imperiales hacia la mayoría de los asuntos religiosos, lo que permitió que la Iglesia escapara de una persecución sistemática durante los dos primeros siglos de su existencia.

Durante esos primeros siglos, el cristianismo creció lenta pero constantemente. El código moral cristiano fue una importante fuente de atracción. El politeísmo grecorromano tradicional nunca se había asociado con ningún sistema ético claro o único (como hemos visto, los mitos mismos eran moralmente problemáticos), y algunos paganos se habían sentido atraídos durante mucho tiempo por la mayor claridad que ofrecía el judaísmo. El cristianismo tenía un atractivo similar, agudizado por la promesa de recompensa eterna para aquellos que acatasen sus preceptos. Para los paganos educados inmersos en corrientes filosóficas que tendían a enfatizar la unidad divina, el monoteísmo del cristianismo era un atractivo adicional.

El entramado social de la Iglesia fue, como mínimo, tan importante como sus enseñanzas. Tras el reclutamiento inicial dentro de las comunidades judías, la mayoría de las conversiones al cristianismo se hicieron entre aquellos que estaban en los márgenes de la civilización clásica: esclavos, libertos, expatriados y mujeres. Excluidos de la jerárquica sociedad de sus ciudades, aquellas personas encontraron una alternativa atractiva en la comunidad igualitaria de la Iglesia. La caridad cristiana fue otro poderoso incentivo. Los benefactores paganos solían centrar su generosidad en los ciudadanos varones adultos que componían la comunidad política. Los cristianos, por el contrario, donaban gratuitamente a las viudas, los huérfanos y los pobres.

Sin embargo, no todos los primeros cristianos provenían de las filas de los necesitados. Casi desde el principio, unas pocas personas ricas —en particular libertos imperiales y viudas aristocráticas— se sintieron atraídas por la Iglesia y la apoyaron con su patrocinio. Ricos y pobres, los fieles de todas las ciudades importantes estaban supervisados por un obispo cuyas actividades prestaron incluso a las

comunidades cristianas más grandes un grado de coherencia desconocido en el paganismo tradicional.

Puesto que tenemos pocas noticias acerca de los misioneros en los siglos II y III d. C., se supone que el cristianismo primitivo se propagó generalmente de manera informal a medida que los conversos se ganaban a sus familias y amigos. Los autores cristianos afirmaban que los exorcismos, curaciones y otros milagros públicos convencían a muchas almas, y que los martirios durante las persecuciones por todo el imperio durante el siglo III y principios del IV les granjearon una amplia simpatía entre los paganos. Sin embargo, fue la conversión de Constantino lo que finalmente encaminó a la Iglesia a dominar el mundo romano.

La naturaleza y la sinceridad del cristianismo de Constantino han ocupado claustros enteros de eruditos. Para nuestros propósitos, solo importa que Constantino promovió constantemente los intereses del cristianismo desde el momento en que ordenó a sus soldados que pintaran símbolos cristianos en sus escudos en la batalla del Puente Milvio. En el transcurso de un reinado largo y ajetreado, liberó a los cristianos de todas las sanciones legales, otorgó importantes privilegios al clero, convocó el primer concilio ecuménico y construyó una serie de iglesias monumentales. Estas acciones marcaron la pauta para el resto de la historia romana.

En el momento de la conversión de Constantino, puede que fueran cristianos entre el 5 y el 10 por ciento de los habitantes del Imperio Romano. Aunque había grandes comunidades en Roma y algunas partes del norte de África y la Galia, la mayoría de los cristianos se concentraban en las ciudades de las provincias orientales de habla griega. En todas partes, el campo siguió siendo en gran parte pagano. Sin embargo, el siglo IV fue testigo de una expansión espectacular de las filas cristianas. Cada Pascua las ciudades se llenaban con las túnicas blancas de los recién bautizados; cada año los monjes y prosélitos se adentraban más en las tierras del interior.

A medida que aumentaba el número de cristianos y la confianza cristiana, los emperadores cerraron templos, restringieron los sacrificios y por último prohibieron la práctica pública del paganismo. Al mismo tiempo, los asaltos, a menudo llevados a cabo por bandas de monjes merodeadores, destruyeron templos en muchas ciudades. Los golpes legales finales se produjeron durante el reinado de Justiniano, quien persiguió a los pocos criptopaganos que quedaban en su corte, cerró los últimos templos en funcionamiento y ordenó a todos los paganos restantes que aceptaran el bautismo. Hacia el final del reinado de Justiniano, a modo de simbólica coda, se llevó a cabo una quema generalizada de textos paganos y estatuas de los dioses en el Hipódromo de Constantinopla.

Sin embargo, las viejas costumbres perduraron en las zonas rurales. A menudo había existido una barrera cultural entre las ciudades del mundo clásico y las regiones circundantes, particularmente donde el idioma del campo difería del latín o el griego de las ciudades. En muchos lugares, el cristianismo tardó en cerrar la brecha. Por ejemplo, durante el reinado de Justiniano, el misionero Juan de Éfeso (el Destructor de Ídolos) encontró decenas de miles de aldeanos paganos en las colinas de Asia Menor. Medio siglo más tarde, el papa Gregorio I todavía intentaba convencer a los campesinos cercanos a Roma de que debían dejar de venerar los árboles sagrados y asumía que no podría convertir a los paganos rurales de Cerdeña, que habían sobornado al gobernador local para que dejara en paz sus prácticas religiosas. En una fecha tan tardía como el siglo IX, los pastores de las zonas remotas del sur de Grecia todavía adoraban a los dioses antiguos.

El paganismo duró aún más en algunos rincones del Cercano Oriente. En 579, un gobernador romano y varios dignatarios locales fueron sorprendidos haciendo un sacrificio a Zeus cerca de la ciudad siria de Edesa. Heliópolis, no muy al sur, todavía contaba con pocos cristianos durante el mismo período. La más pagana de todas las ciudades romanas, sin embargo, fue la ciudad fronteriza siria de Harrán. La gente de Harrán adoraba a un panteón parcialmente helenizado dominado por el dios lunar Sin. En el siglo VI, su obstinada devoción le había granjeado a su ciudad el apelativo de Helenópolis (Ciudad de los Griegos). Los emperadores romanos y los perseguidores romanos llegaron y se marcharon; los romanos fueron reemplazados por los árabes y un califato por otro. A pesar de todo, el pueblo de Harrán se mantuvo fiel a sus dioses. El templo de Sin y sus adoradores sobrevivieron hasta principios del siglo XI, cuando Harrán fue destruida por tribus nómadas.

Para el momento de la destrucción de Harrán, el paganismo grecorromano había desaparecido por completo. Sin embargo, las prácticas y creencias paganas dejaron innumerables huellas en los paisajes y esquemas mentales de la Europa medieval. Las reliquias más visibles eran los templos que aún se cernían sobre muchas ciudades. El Partenón se convirtió en la catedral de Atenas; el Panteón se convirtió en una iglesia de María y los Mártires. Aunque por lo general los templos se convirtieron en iglesias solo después de un período de abandono, en algunas ocasiones pasaron directamente al uso cristiano. En Atenas, por ejemplo, se construyó una iglesia de San Andrés en un santuario del dios sanador Asclepio, y las cámaras de incubación —donde los adoradores dormían esperando que Asclepio los sanara o les aconsejara en sus sueños— continuaron funcionando bajo una nueva administración divina. En Asia Menor, igualmente, un manantial

curativo consagrado a Apolo fue simplemente transferido al Arcángel Miguel. Las estatuas paganas también podían reutilizarse: hasta finales del siglo XVIII, los aldeanos cerca de Atenas veneraron una estatua de un antiguo santuario de Deméter como «Santa Demetra», afirmando que protegía sus cultivos.

También persistieron algunas fiestas paganas. Las Lupercales de Roma —un rito de fertilidad que se centraba en hombres desnudos y salpicados de sangre que azotaban a las mujeres con tiras de piel de cabra— duró hasta fines del siglo V. Las picantes representaciones teatrales vinculadas con el festival pagano de Maiuma, popular en todas las provincias orientales, fueron aún más duraderas, aunque la desaprobación eclesiástica finalmente despojó al festival de su característico baño de mujeres desnudas.

Como religión viva, el paganismo grecorromano había desaparecido en la Edad Media. Sin embargo, perduró, y aún perdura, no solo en extraños rincones de la vida diaria —los días de la semana, como se recordará, llevan el nombre de los dioses—, sino como una parte ineludible del legado clásico. En alusiones e imitaciones, en el arte y la literatura, los dioses, como tantas (y tan pocas) cosas del mundo clásico, están todavía con nosotros.

PARTE IV:
DEPORTES Y OCIO

23.
¿HABÍA ATLETAS PROFESIONALES?

No hay necesidad de andarse con remilgos respecto a esta cuestión. Sí, como tantos otros aspectos de la cultura clásica, el atletismo surgió en el mundo compulsivamente competitivo de la antigua Grecia. En la época clásica, todas las ciudades griegas tenían un gimnasio donde los niños y jóvenes corrían por una pista corta, practicaban el lanzamiento de la jabalina y el disco, y se emparejaban para peleas de lucha y boxeo. Los atletas griegos hacían ejercicio desnudos, cubriendo su piel con aceite de oliva para protegerse de las quemaduras solares y dar a sus cuerpos un brillo saludable. A intervalos regulares, los más vivaces y ambiciosos de ellos competían en los concursos adjuntos a las fiestas religiosas locales. Y cada verano, unos pocos afortunados con talento y tiempo de sobra salían a probar suerte en uno de los grandes juegos.

Los Juegos Olímpicos, la primera competición atlética griega, comenzaron como un festival regional de Zeus con un solo evento (la carrera corta). En el siglo VI a. C., habían crecido para incorporar todos los deportes importantes y se habían vuelto lo suficientemente prestigiosos como para atraer a atletas de todos los rincones del mundo griego. Junto con los otros tres festivales panhelénicos —los Juegos Píticos, Nemeos e Ístmicos—, los Juegos Olímpicos dominaron los deportes griegos durante mil años. Los principales competidores en estos juegos eran aficionados solo en el sentido moderno de no estar asalariados. En cualquier otro sentido, eran profesionales que dedicaban años de sus vidas al atletismo y eran recompensados generosamente por ello.

Los Juegos Olímpicos (celebrados, como sus homólogos modernos, cada cuatro años) resumen el alcance y la profesionalidad del atletismo griego durante el período Clásico. Los competidores tenían que llegar con al menos un mes de antelación y completar su

entrenamiento en Olimpia. Esto permitía a los atletas tomar la medida de sus oponentes, y les daba a los diez jueces una amplia oportunidad para descalificar a cualquiera que no estuviera a la altura de la competición. Al final del período de entrenamiento, los atletas juraban que cumplirían las reglas y no harían nada para deshonrar el festival. Luego comenzaban los juegos.

El primer acontecimiento era la carrera de carros. Mientras la multitud rugía, docenas de carros de cuatro caballos irrumpían en la polvorienta pista, las ruedas zumbaban, los jinetes gritaban, los látigos restallaban en el aire. A la emoción se sumaba la garantía virtual de que los carros chocarían entre sí; una vez en los Juegos Píticos, solo un carro terminó de una parrilla de 41. Al final de la carrera, el propietario del carro era reconocido como ganador. En cambio, el conductor del carro, un hombre de un estatus social mucho más bajo, era cortésmente ignorado. La carrera de carros iba seguida por una carrera de caballos a pelo, que parece haberse parecido a un Derby de Kentucky nudista (los jinetes eran niños desnudos). Aquí de nuevo era el dueño quien contaba; al menos una vez, un caballo ganó después de desmontar a su jinete.

Luego venía el pentatlón. Las cinco pruebas incorporaban los ejercicios favoritos del gimnasio: disco, salto de longitud, jabalina, carrera corta y lucha. Ganar tres pruebas garantizaba la victoria. Aunque los competidores eran los mejores atletas de Olimpia, el pentatlón nunca fue especialmente popular. Las pruebas de carrera eran mucho más prestigiosas. La carrera más esperada era la corta (unos 200 metros). Las otras eran la media distancia (alrededor de 400 metros) y la carrera de larga distancia (alrededor de 4 kilómetros).

La lucha fue el primero de los *agones luctatorios*. Dado que en el atletismo griego no había categorías de peso, los campeones solían ser enormes. El más grande de todos los luchadores olímpicos, el montañoso Milón de Crotona, era lo suficientemente fuerte como para llevar su propia estatua de bronce al recinto olímpico y colocarla en su pedestal. ¡Ganó el título de lucha libre unas seis veces!, una de ellas, al menos, sin oposición, ya que ningún hombre se atrevió a enfrentarse a él.

Los púgiles, como los luchadores, solían ser pesos pesados. A diferencia de los luchadores, se enfrentaban a un riesgo real de morir en el ring. Los guantes de boxeo griegos estaban hechos de cuero de bordes afilados, que rasgaban la piel con brutal eficacia. Por lo general, ambos luchadores estaban chorreando sangre mucho antes del golpe final del combate. Esto podía ser fatal: una vez, durante el combate final de los Juegos de Nemea, un boxeador clavó su mano en el costado de su oponente y le arrancó las entrañas. No todos los combates eran tan emocionantes. Un campeón se quedó de pie, con la

guardia alta, durante dos días y esperó a que su oponente se derrumbara de agotamiento.

A pesar de lo peligroso (o tedioso) que a veces era el pugilato, nunca pudo compararse con el salvajismo del pancracio, la tercera y última prueba de lucha. El pancracio, el equivalente antiguo de las artes marciales mixtas, combinaba elementos de la lucha libre y el pugilato con violentas patadas. Solo se prohibía morder y arrancar los ojos, aunque estas reglas no se observaron estrictamente. Como era de esperar, el pancracio atrajo a una raza especial de competidores. Según las fuentes, un famoso pancraciasta subió las estribaciones rocosas del monte Olimpo, persiguió a uno de los últimos leones que quedaban en Grecia y lo golpeó hasta matarlo a puñetazos. Otro fue conocido como «Señor doblador de dedos» por su costumbre de romper los dedos de sus rivales. Un tercer gran pancraciasta encontró la muerte durante un combate por el campeonato. Atrapado en una llave de tijera que le estaba estrangulando, intentó escapar rompiendo los dedos de los pies de su rival. Al final, incapaz de soportar el dolor, el hombre soltó la presa, pero el gran pancraciasta cayó muerto al suelo. Su cadáver fue declarado ganador.



Dos pancraciastas luchando bajo la atenta mirada de un árbitro. Ánfora del premio Panatenaico, ahora en el Museo Metropolitano de Arte.

Los vencedores de los Juegos Olímpicos y los demás Juegos

Panhelénicos recibían una corona de ramitas tejidas. Estas modestas coronas de flores conferían fama instantánea y duradera. Los campeones olímpicos tenían garantizada la bienvenida de un héroe en casa (un campeón entró en su ciudad natal al frente de una procesión de 300 carros) y podían contar con beneficios como comidas gratis de por vida y asientos en primera fila en el teatro. Esparta concedía a los vencedores olímpicos el honor de luchar junto al rey. Los atenienses les entregaban dinero en efectivo. Sin embargo, el dinero real para los atletas campeones estaba en los juegos menores del mundo griego. Existían docenas de competiciones locales junto con los cuatro juegos panhelénicos, y la mayoría de estos concursos compensaban su falta de prestigio ofreciendo valiosos premios. Además de bolsas de oro o plata, los vencedores podían recibir cualquier cosa, desde mantos de lana hasta tarros de aceite de oliva muy caro.

En resumen, un atleta talentoso podría esperar ganar fama y seguridad financiera compitiendo en juegos por toda Grecia. Ya en el período Clásico, algunos campeones eran profesionales a tiempo completo. Según las fuentes, el gran luchador y pancraciasta Teógenes ganó más de mil premios a lo largo de su carrera. Si esta información es remotamente precisa, fue un hombre muy rico. Para los atletas griegos nacidos en familias de clase alta, el premio en metálico era menos importante que la notoriedad y el respeto que acompañaban a la victoria. Aquellos de orígenes más humildes estaban más atentos a lo realmente importante. Algunos incluso actuaban como agentes libres modernos, cambiando de ciudad antes de los Juegos Olímpicos para maximizar sus ganancias. Una vez que habían pasado su mejor momento, algunos atletas estrella entraban en política. La mayoría, sin embargo, se convertían en entrenadores en los gimnasios de sus ciudades de origen.

El número de atletas profesionales griegos creció de manera constante en las épocas helenística y romana. También lo hizo la cantidad de juegos. En el siglo III de nuestra era, había más de quinientas competiciones atléticas solo en las provincias romanas orientales, casi todas inspiradas en las antiguas competiciones panhelénicas. Los mejores atletas viajaban constantemente, combinando victorias en juegos famosos, como los Juegos Olímpicos, con una lucrativa selección de competiciones menores.

A medida que los atletas se hacían más numerosos, comenzaron a organizar gremios regionales. En algún momento de la era imperial temprana, el más grande de ellos se fusionó en la Sagrada Asociación de Atletas Viajeros Adoradores de Hércules y Ganadores de la Corona. Esta organización programaba juegos, proporcionaba árbitros y apoyaba a los atletas por todo el Imperio Romano. Su cuartel general en Roma fue agraciado por la presencia del Pórtico, los cinco altos

funcionarios, todos famosos atletas retirados, que dirigían la asociación. Los miembros del Pórtico procuraba mantener buenas relaciones con los emperadores, llegando incluso a enviar a Claudio una corona de oro después de su conquista de Britania. A cambio, los emperadores los nombraron para cargos honoríficos, como «presidente de los baños» y «masajista imperial».

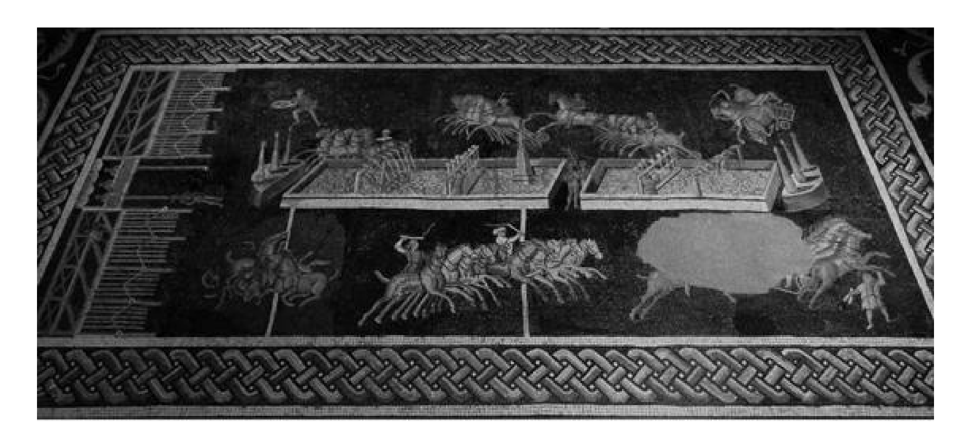


Los romanos siempre miraron con recelo al atletismo griego. En el mejor de los casos, eran una pérdida de tiempo: «estos malditos griegos», gruñía Trajano a uno de sus gobernadores, «son adictos a sus gimnasios». En el peor de los casos, su deslumbrante desnudez era un ataque frontal total a los valores tradicionales, y distraía a los jóvenes de los ejercicios militares y otras buenas actividades romanas. Los romanos tenían sus propias tradiciones de pugilato, lucha y carrera —todos vestidos decentemente, por supuesto—, pero nunca desarrollaron juegos competitivos. Solo después de la conquista de Grecia, y solo ocasionalmente, los romanos se dignaron participar en los Juegos Olímpicos. Lo más infame fue cuando Nerón insistió en guiar un magnífico carro de diez caballos en la carrera olímpica. En virtud de ser emperador, ganó, a pesar de caerse de su carro y no terminar la carrera. Nerón también intentó establecer en Roma juegos al estilo griego. Con más entusiasmo que tacto, importó arena gimnástica de Egipto, distribuyó aceite de gimnasio entre la élite romana y obligó a todos los que fueran alguien a presenciar las competiciones, que incluían concursos literarios (el poema ganador, para sorpresa de nadie, fue un himno que alababa a Nerón). Cinco años después, cuando los juegos se llevaron a cabo nuevamente, el Senado tomó la precaución de otorgar a Nerón todos los premios por adelantado.

Ni los juegos de Nerón ni el festival griego más duradero establecido por un emperador posterior fueron nunca populares. Al pueblo romano no le interesaba ver los concursos atléticos griegos (el pancracio, al menos, era realmente emocionante); prefería el alboroto de los combates de gladiadores y las carreras de carros.

Dejando a los gladiadores para un capítulo posterior, nos centraremos en las carreras. El Circo Máximo de Roma tenía capacidad para 150.000 espectadores —tres veces más que el Coliseo— y cada uno de esos asientos se llenaba durante las carreras, que se celebraban unos sesenta días al año. De alguna manera, la experiencia

era una reminiscencia de una carrera moderna de NASCAR. Había comida rápida que ofrecían los vendedores en unos puestos debajo de los asientos. Había ventiladores nebulizados (tuberías que lloviznaban agua fría). Había dispensadores de regalos en forma de hombres que arrojaban fichas a las gradas que podían canjearse por cualquier cosa, desde una toga hasta un edificio de apartamentos. Y, por supuesto, estaban los equipos de carreras más importantes.



Un mosaico que muestra una carrera de carros. Compiten ocho carros de cuatro caballos. Dos carros —uno en la esquina inferior izquierda y otro en la esquina superior derecha— se han estrellado. Los demás corren furiosamente alrededor de la barrera central. La celosía del lado izquierdo representa las puertas de inicio. Mosaico del siglo II, ahora en el Museo Lugdunum.

Las carreras eran organizadas por cuatro facciones (equipos), cada una nombrada por su color característico: los Rojos, los Blancos, los Azules y los Verdes. Cada facción tenía sus propios caballos, carros y aurigas. Para la mayoría de las carreras, cada una de las cuatro facciones ponía en liza un solo carro de cuatro caballos. Sin embargo, había una variedad considerable tanto en el número de carros en una carrera determinada —que llegaba hasta doce— como en el número de caballos que tiraban de cada carro. A los novatos se les asignaron carros de dos caballos, que eran fáciles de controlar. Solo los veteranos más experimentados se atrevían con más de cuatro caballos, aunque algunos expertos podían manejar hasta diez. Independientemente de lo numeroso que fuera el tiro, el carro siempre era una plataforma liviana de dos ruedas diseñada para ser veloz y manejable.

Durante la era imperial, era habitual celebrar 24 carreras en un solo día. Todas seguían el mismo patrón: los carros se alineaban detrás de las puertas, que estaban escalonadas para minimizar la ventaja de

cualquier posición inicial. El emperador o el funcionario que presidía dejaba caer una tela púrpura, se activaba el mecanismo de apertura y los caballos irrumpían por las puertas. Hasta el primer giro, los carros tenían que permanecer en sus carriles de salida. Más allá de ese punto, era un sálvese quien pueda. Durante siete vueltas vertiginosas (un total de casi 10 kilómetros), los pilotos guiaban y se disputaban la posición. Las partes más críticas de cada vuelta eran las curvas, donde los aurigas intentaban ahorrar preciosos segundos arrimándose a la barrera de piedra. Cualquier error en ese punto podía reducir a astillas un carro, dejando al conductor, atado a las riendas por el cinturón, arrastrado a una muerte espantosa. Algunos aurigas intentaban mantener el liderato durante toda la carrera; otros avanzaban en la última vuelta. En carreras en las que participaban varios carros de cada facción, los compañeros de equipo trabajaban juntos, con uno o dos conductores defensivos que intentaban bloquear a cualquier rival que se acercara demasiado a su campeón. A veces, las facciones tenían incluso un coche con ocupantes que galopaba por el exterior de la pista y desde el que se gritaban consejos a los conductores. Al final, después de unos quince minutos de polvo y truenos, el carro ganador cruzaba la línea de meta. El vencedor era coronado y la pista, despejada para la siguiente carrera.

Las pasiones estaban exacerbadas entre la multitud. Cada facción tenía sus legiones de entregados fanáticos que vestían los colores de su equipo en las carreras, compraban trajes de auriga en miniatura para sus hijos y coleccionaban amuletos estampados con las imágenes de sus aurigas favoritos. Un romano hizo inscribir en su lápida funeraria el hecho de que era un fanático de los Azules. Otro enviaba habitualmente golondrinas a su ciudad natal para anunciar los últimos ganadores del circo. Algunos entusiastas encargaban tablillas para maldecir a los aurigas rivales y las enterraron en las puertas de salida y en las curvas, donde eran más probables los accidentes. Algunos llegaban tan lejos como para oler el estiércol de los caballos de su facción para asegurarse de que estaban siendo alimentados adecuadamente. Los emperadores no fueron inmunes a la locura. Al parecer, Calígula envenenó a conductores que estaban causando problemas a su amada facción Verde. Nerón, otro fanático de los Verdes, hizo rociar las arenas del Circo Máximo con malaquita reluciente. Caracalla ordenó una masacre generalizada de aficionados que abucheaban a los Azules.

En esta atmósfera sobrecalentada, los aurigas campeones eran como dioses. Después de la muerte de un famoso auriga rojo, un abatido seguidor se arrojó sobre la pira en llamas de su héroe. Otro conductor caído fue conmemorado con bustos dorados por toda Roma. Aunque la mayoría de los aurigas procedían de entornos humildes —

algunos comenzaron como esclavos—, el éxito en el circo podía transportarlos a alturas vertiginosas. Uno famoso auriga, Crescenco el Moro, comenzó a correr a la tierna edad de trece años. Para cuando murió nueve años después había ganado más de 1.500.000 sestercios. El mayor campeón de todos, Cayo Apuleyo Diocles, se retiró a la edad de cuarenta y dos años después de haber participado en 4.257 carreras, ganando 1.462 de ellas y acumulando la increíble cantidad de 35.863.120 sestercios en premios.

En la antigüedad tardía, una combinación de gustos cambiantes, costos crecientes y desaprobación cristiana puso fin a las competencias atléticas griegas y los combates de gladiadores. Las carreras de carros, sin embargo, continuaron celebrándose en el Hipódromo (Circo) de Constantinopla. Ahora solo había dos facciones del circo —los Azules y los Verdes— y la lealtad a una u otra llevó a los constantinopolitanos a agrios enfrentamientos. Los fanáticos más rabiosos de ambos lados vestían túnicas onduladas especiales y lucían un peinado que recordaba al *mullet* moderno. También se distinguieron por su buena voluntad a la hora de iniciar disturbios. La mayoría de estos fueron peleas directas entre partidarios azules y verdes. De vez en cuando, sin embargo, las cosas se salían de control. El incidente más notorio, la llamada Revuelta de Niká, destruyó la mayor parte del centro de Constantinopla, casi destronó al emperador y solo terminó con la matanza de más de treinta mil alborotadores. Los cuerpos fueron enterrados; se despejaron los escombros y, después de un intervalo decente, se reanudaron las carreras.

24.
¿CÓMO HACÍAN DEPORTE? ¿CORRÍAN O LEVANTABAN PESAS?

Si podemos dar crédito a la mitad de las historias que los autores antiguos contaron sobre él, Milón de Crotona, el luchador más famoso del mundo clásico, era sobrehumanamente fuerte. Podía repeler a cualquiera que intentara arrebatarle un disco engrasado y resbaladizo. Podía sujetar una granada, sin abollar la fruta, con un agarre tan firme que ningún hombre podía mover uno solo de sus dedos. Podía romper una cinta atada alrededor de su frente conteniendo la respiración y haciendo que sus venas se hincharan. Una vez fue a la batalla vestido como Hércules, armado solo con un enorme garrote. Comía 9 kilos de carne y otros 9 de pan en un solo día (y luego tragaba piedras de mollejas de gallina, que se rumoreaba que eran el secreto de su fuerza). Complementaba esta dieta abundante con una rutina de ejercicios centrada en levantar vacas muertas. Después de una de sus victorias, cargó a hombros un toro de cuatro años por todo el recinto olímpico. Luego, naturalmente, lo mató y se lo comió.

La tradición atlética griega personificada por Milón dio forma al ejercicio físico en el mundo clásico. En los gimnasios griegos, como en los juegos griegos, los niños y los hombres se desnudaban y se frotaban con aceite de oliva antes de hacer ejercicio. Asimismo, sus ejercicios reflejaban los acontecimientos de los juegos. Lanzaban la jabalina y el disco. Competían en carreras cortas y en salto de longitud. Luchaban y boxeaban y se turnaban para golpear bolsas llenas de arena. Entre ejercicios, estiraban y afinaban las extremidades, a menudo bajo la dirección de un entrenador.

El ejercicio tradicional romano se limitaba a ejercicios militares y (para la élite) a la caza y la equitación. Sin embargo, para el siglo I a. C., muchos romanos ya se ejercitaban a la manera griega —los ricos, en algún espacio de sus villas; el resto, en patios adjuntos a los baños locales—. Los romanos se entusiasmaron especialmente con los juegos

de pelota adaptados del gimnasio griego. Uno de los más populares incluía a tres jugadores en una formación triangular lanzando pequeñas pelotas de un lado a otro, atrapando con una mano y lanzando con la otra. Ganaba el hombre que dejase caer la menor cantidad de bolas. Otro juego popular requería dos grupos dispuestos alrededor de un solo jugador, que tenía que pasar una pelota a sus compañeros de equipo mientras eludía los esfuerzos voladores del equipo contrario. Otros juegos de pelota incluían una variante del voleibol y —en la Esparta romana— un deporte de equipo que se parecía notablemente al fútbol (americano).

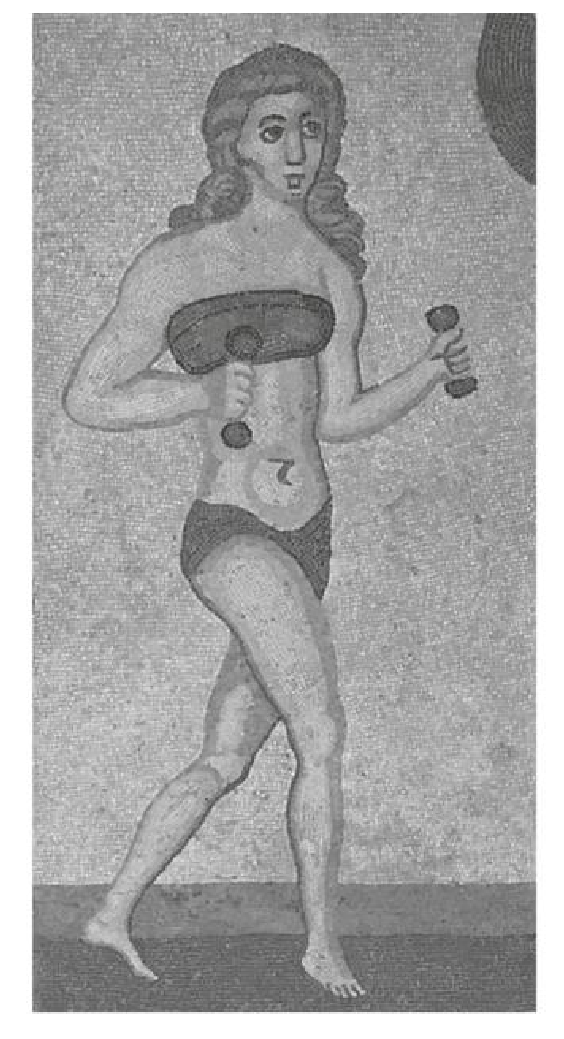
Con el tiempo, las teorías del ejercicio evolucionaron. Según un autor romano, un hombre sano podía mantenerse en forma navegando, cazando, caminando y practicando una cantidad razonable de amor. Un hombre enfermo, por el contrario, necesitaba estimular su cuerpo para que se recuperara leyendo en voz alta, jugando al balonmano, subiendo colinas y siguiendo un estilo de vida extenuante. Otro autor romano sugería que la salud de una persona enferma podía recuperarse mediante el ejercicio pasivo (masajes, paseos en carruajes, viajes largos) y actividades que iban desde la equitación hasta la oratoria.

El gran médico Galeno clasificaba los ejercicios entre aquellos que tonificaban los músculos (como excavar, llevar cargas pesadas y trepar por cuerdas), los que fomentaban la velocidad y el atletismo (como correr, boxear, juegos de pelota y calistenia) y aquellos que aumentaban de la fuerza (cualquier actividad realizada enérgicamente o con pesas). Pero abogaba especialmente por hacer ejercicio con una pelota pequeña, que consideraba la base de un entrenamiento seguro y versátil para todo el cuerpo. Los entrenadores atléticos tenían sus propias ideas sobre las rutinas de *fitness*. En la era imperial romana, se esperaba que los atletas campeones siguieran un ciclo de cuatro días: ejercicios preparatorios el primer día, ejercicio intensivo el segundo, relajación el tercero y ejercicio moderado el cuarto. La aplicación rigurosa de este esquema mató a un famoso campeón olímpico, cuyo entrenador le hizo seguir su régimen habitual a pesar de sufrir una heroica resaca.

Las personas adaptaban sus rutinas de entrenamiento a sus preferencias y talentos. A Alejandro Magno le gustaba lanzar pelotas. Augusto se inclinaba por sudar ligeramente caminando, montando a caballo y jugando al juego de pelota triangular. Tanto Trajano como Adriano consideraban la caza como la mejor forma de ejercicio. Cuando no filosofaba, Marco Aurelio disfrutaba del boxeo y la lucha libre. Otros emperadores se enfrentaban con entrenadores personales en simulacros de combates de gladiadores, tomaban largos baños y corrían un poco.



Aunque las carreras cortas siempre formaron parte del repertorio atlético, las carreras de larga distancia no eran populares. Los hombres griegos y romanos estaban mucho más dispuestos a caminar o (si eran ricos) a montar a caballo para hacer ejercicio. Pero como los médicos antiguos prescribían la carrera ligera para dolencias que iban desde la flatulencia hasta la lepra, siempre había un flujo constante de convalecientes resoplando que se unía a los relucientes y brillantes jóvenes en la pista del gimnasio. Entonces, como ahora, algunas almas perversas disfrutaban realmente del *jogging*. A un griego que empezó a corretear por la salud de su bazo le gustó tanto que empezó a correr profesionalmente y se convirtió en campeón olímpico en la carrera de fondo. Un epigrama conmemora a un erudito que pasaba sus horas de ocio recorriendo los pórticos y acueductos de Roma. Algunos *ultrarunners* romanos incluso realizaron exhibiciones en el Circo Máximo, dando vueltas a la pista durante horas y horas. Se cuenta que algunos de estos hombres podían correr 240 kilómetros sin parar.



Una mujer romana ejercitándose con *halteras*. Mosaico del siglo IV de la villa romana del Casale.

Puesto que se asumía que el exceso de músculos oprimía el cuerpo y estrangulaba la mente, pocos hombres querían la masa ondulante de un obrero o un gladiador. Lo ideal era un físico delgado y tonificado, y con ese fin muchos se ejercitaban con *halteras*. Originalmente diseñadas para ayudar a los atletas a aumentar la distancia en el salto de longitud con carrera, las *halteras* —piezas oblongas de piedra o plomo— también se usaban como mancuernas. Se desarrollaron ejercicios con mancuernas («lanzamiento de *haltera*») para cada grupo de músculos. Dado que las *halteras* rara vez pesaban más de 4,5 kilos, se utilizaban principalmente para mejorar la flexibilidad, la resistencia y el estado físico general. Parece que fueron especialmente populares en el mundo romano, donde cada complejo de baños tenía su fila de

clientes resoplando mientras agitaba las *halteras*.

Para aquellos que insistían en un serio entrenamiento de fuerza, había varios métodos disponibles. El más sencillo era levantar piedras. A los gimnasios se les suministraban piedras de peso graduado, que los atletas levantaban hasta la cintura, los hombros o por encima de la cabeza. Una inscripción describe piedras de gimnasia que pesaban 40, 50 y 100 libras (romanas). Las piedras más grandes impresionaban por su enormidad. En Olimpia se descubrió un bloque de piedra arenisca de 143 kilos con un mango tallado que tenía inscritas estas palabras: «Bybon me levantó sobre su cabeza con una sola mano». Una roca de 480 kilos encontrada en la isla griega de Thera tiene la siguiente inscripción: «Eumastas me levantó del suelo». Cuando no estaban lidiando con rocas, algunos atletas tonificaban sus músculos montando las cuerdas de poderosos arcos. Sin embargo, hasta donde sabemos, solo Milón hizo que el levantamiento de vaquillas fuera parte de su rutina de ejercicios.

25.
¿VIAJABAN POR PLACER?

Debajo de la necrópolis real, donde los picos cariados caían hacia una llanura quemada por el sol, se alzaba el coloso. Siglos de terremotos y vientos del desierto lo habían reducido a una masa informe. Pero casi todas las mañanas, cuando el amanecer barría el Nilo, el coloso cantaba. Era una canción sin palabras, aguda como el chasquido de una cuerda de arpa de otro mundo. Las multitudes de visitantes que venían a escucharla quedaban invariablemente impresionadas —tan impresionadas que hacían lo que la gente a lo largo de la historia siempre ha hecho frente al asombro y la belleza: dejar grafitis—. Las pantorrillas de los colosos pueden leerse como un libro de visitas: dignatarios locales, soldados de paso, una dispersión de gobernadores provinciales y turistas de todos los rincones del Imperio Romano.

Viajar en el mundo clásico era inevitablemente lento, implacablemente incómodo y sorprendentemente común. Los comerciantes cruzaban y volvían a cruzar el Mediterráneo, aventurándose hasta Sri Lanka en busca de pimienta y ganancias. Actores, atletas y músicos viajaban de ciudad en ciudad, siguiendo las rondas anuales de juegos y festivales. Los eruditos y estudiantes se congregaban en famosos centros de aprendizaje. Los peregrinos se presentaban ante los oráculos. Los funcionarios iban de una provincia a otra. Los esclavos eran vendidos. Los soldados marchaban. Y un goteo de turistas partía hacia lugares desconocidos.



El coloso de Memnón. La pierna izquierda todavía está cubierta de grafitis antiguos.

El viaje de placer era una actividad limitada en la Grecia clásica, donde santuarios famosos como Delfos y grandes festivales como los Juegos Olímpicos eran casi el objetivo exclusivo de los viajes de larga distancia. El turismo fue mucho más generalizado en el rico y estable Imperio Romano. El gran biógrafo Plutarco, que escribió a finales del siglo I d. C., describe un encuentro con dos amigos que acababan de regresar de largas giras por el extranjero. Uno había viajado por Egipto, había visitado a los cavernícolas a lo largo de las costas del mar Rojo y había viajado más allá del golfo Pérsico por la ruta comercial hacia la India. El gobierno imperial había encargado al otro hombre que explorara unas islas remotas frente a la costa de Britania que se rumoreaba que estaban amenazadas por demonios.

Siempre que era posible, los viajes largos se realizaban por mar. Como no había barcos de pasajeros, los viajeros reservaban pasajes en barcos mercantes que fueran en la dirección que precisaban. La mayoría tenía que dormir en cubierta y todos eran responsables de su propia comida y ropa de cama. También se esperaba que los pasajeros ayudaran a la tripulación en caso de mal tiempo, que podía hundir incluso las embarcaciones más grandes. Un autor romano describe

cómo él y 600 compañeros de viaje fueron arrojados al mar cuando su barco se partió durante un temporal. Solo sobrevivieron 80, que fueron rescatados por un barco que pasó a la mañana siguiente. Los piratas podían ser un peligro aún mayor, especialmente durante el siglo I a. C., cuando fueron lo suficientemente audaces como para saquear ciudades y secuestrar a senadores romanos (incluido un joven Julio César).

Era inusual que un barco antiguo navegara a más de 5 nudos (aproximadamente 9 kilómetros por hora) o recorriera más de 200 kilómetros en un día. Pero con buen viento, un barco que partiera del puerto de Roma podía llegar al norte de África en tan solo dos días, a la Riviera francesa en tres y al estrecho de Gibraltar en siete. Hacia el este desde Roma o Nápoles, Grecia podía estar a solo cinco días de distancia y Egipto, a solo nueve. Estos cálculos eran los mejores escenarios. Los vientos contrarios agregaban semanas o meses a un viaje, y durante casi la mitad del año, de noviembre a marzo, pocos capitanes se hacían a la mar. Estas limitaciones, combinadas con los diversos peligros e incomodidades de los viajes por mar, animaban a muchos turistas antiguos a realizar al menos parte de su viaje por tierra.

En la Grecia clásica, viajar por tierra significaba caminar o montar en burro. Solo los más ricos podían permitirse los caballos, y la mala calidad de las vías a menudo hacía que los carromatos fueran poco prácticos. Gracias a calzadas mucho mejores (y caballos más baratos), los vehículos de pasajeros eran mucho más comunes en el mundo romano. Había muchos tipos. Los carromatos de dos ruedas eran, por lo general, ligeros y rápidos, diseñados para uno o dos pasajeros y con un mínimo de equipaje. Aunque más pesados y lentos, los carruajes de cuatro ruedas eran más espaciosos y —si el propietario tenía dinero— lujosos. Los emperadores y senadores romanos embellecían sus vehículos con estatuas de oro, tapicería de seda, asientos giratorios y tableros de juego integrados. Sin embargo, dado que incluso los ejemplos más pretenciosos carecían de amortiguadores, montar en uno de estos palacios rodantes resultaba una experiencia traqueteante. Era mucho más cómodo viajar en una litera acolchada y con cortinas, lo que permitía echar una siesta, leer y escribir mientras viajaba.

A pie o en litera, un buen paso era de unos 30 kilómetros por día. Los carruajes pesados eran solo un poco más rápidos, probablemente con un promedio de 40 kilómetros diarios. Un carruaje ligero podía ser el doble de rápido, pero aún era poco probable que pasara de 8 kilómetros por hora. El esprint de un día de César de 160 kilómetros en un carruaje fue recordado como algo excepcional. Cabalgar era la única forma de ir significativamente más rápido. Sin embargo, dado que las sillas de montar eran rudimentarias y los estribos inexistentes,

recorrer largas distancias era incómodo. Y debido a su tamaño relativamente pequeño y la falta de herraduras, los caballos antiguos no podían montarse tan rápido ni ir tan lejos como sus descendientes. El récord de un día de viaje, con frecuentes cambios de montura, era de 320 kilómetros.

Ya fuera en litera o en carruaje, era una buena idea viajar con un grupo numeroso o al menos con algunos esclavos armados. Los salteadores de caminos acechaban en bosques oscuros, pasos de montaña solitarios e incluso hoteles (ocasionalmente se apoderaban de posadas remotas y las usaban como base para atacar a viajeros desprevenidos). Los viajeros atacados perdían sus objetos de valor y, a veces, sus vidas; un bandido especialmente brutal era conocido por cortar las piernas de sus víctimas y dejarlas desangrarse hasta la muerte. Las autoridades locales respondían de la misma manera, organizando persecuciones y colgando o crucificando a los ladrones a los lados de la vía.

Por peligrosa que fuera la vía, el hotel solía ser peor. La gran mayoría de las posadas griegas y romanas estaban sucias, abarrotadas y llenas de chinches. La comida tampoco era muy apetecible; se decía que algunos posaderos deslizaban la carne de los huéspedes asesinados en sus guisos. Los viajeros que podían permitirse el lujo de evitar los hoteles por lo general lo hacían. Algunos notables romanos compraban casas de campo en las carreteras entre sus villas y la capital, las dotaban de esclavos y dormían en ellas mientras viajaban de un lado a otro. Siempre que era posible, los viajeros adinerados se quedaban en casas de amigos y conocidos. Si no había ninguno disponible, se enviaba a un esclavo a la siguiente ciudad, donde informaba al propietario de la casa más grande que «alguien importante» necesitaba una habitación.

Como se ha mencionado anteriormente, los griegos clásicos normalmente limitaban sus viajes a los grandes santuarios que albergaban oráculos y juegos. Los romanos eran turistas más ambiciosos. Para los romanos adinerados, el destino de vacaciones predeterminado era la bahía de Nápoles. Aunque la isla de Capri, propiedad de los emperadores, estaba fuera del alcance del público, los turistas podían venerar la Gruta de la Sibila en Cumas, presenciar concursos atléticos y representaciones teatrales en Nápoles o abandonarse a los tórridos placeres de Bayas, ciudad del pecado del mundo clásico.

Aquellos que quisieran una buena dosis de cultura se dirigían a Grecia. En Atenas, los turistas se maravillaban con los tesoros artísticos de la Acrópolis y visitaban a los filósofos de moda en aquel momento. En Esparta, se entregaban al placer menos exaltado de ver el «concurso de resistencia» anual, durante el cual los niños se

tumbaban sobre un altar y competían para ver quién aguantaba ser azotado más tiempo sin gritar. El santuario de montaña de Delfos, que brillaba con las ofrendas dejadas por siglos de peregrinos, era otro destino favorito, al igual que la magnífica estatua de marfil de Zeus en Olimpia, una de las Siete Maravillas del Mundo. Los restos de otra maravilla se podían ver en Rodas, donde los turistas intentaban rodear con sus brazos el pulgar del coloso caído. Entre las ciudades famosas y los tesoros artísticos, los visitantes se detenían para apreciar recuerdos de los mitos griegos, incluida la arcilla con la que Prometeo había moldeado a la humanidad y una encantadora réplica del pecho de Helena de Troya.

En Asia Menor (Turquía moderna), los turistas acudían en masa hasta la famosa estatua de Afrodita en Cnido, que se encontraba en un pabellón de mármol perfumado por árboles en flor. Existía un acuerdo general en que aquella escultura era la más atractiva de las obras maestras griegas (los vendedores de recuerdos locales producían una excitante variedad de cerámica erótica conmemorativa). Sin embargo, para cualquier romano que viajase por Asia Menor, la atracción principal era la ciudad de Ilium, que se alzaba en el reputado emplazamiento de la Troya de Homero. Dado que los romanos afirmaban descender del héroe troyano Eneas y sus seguidores, solían pensar en Ilium como una especie de hogar ancestral. Los ilianos, felices de beneficiarse de aquella fantasía, llevaban a los visitantes al lugar de cada episodio de la guerra de Troya, incluida la tumba de Aquiles.

Los turistas podían revivir la historia en Ilium y abastecerse de vajilla erótica en Cnido. Pero para obtener un verdadero sabor de lo exótico, visitaban Egipto. La mayoría comenzaba navegando hacia Alejandría. Después de atracar a la sombra del imponente faro de la ciudad, de más de 90 metros de alto y visible hasta a 50 kilómetros de distancia, deambulaban por los amplios bulevares bordeados de pórticos durante kilómetros y kilómetros. Los piadosos hacían sacrificios en los inmensos complejos de templos. Los eruditos asistían a conferencias en la famosa biblioteca. Los curiosos visitaban la monumental tumba de Alejandro Magno.

Desde Alejandría, los turistas se aseguraban un pasaje en barcos que remontaban el Nilo. El primer destino solía ser Menfis, donde se podía ver al toro sagrado de Apis deambulando por su recinto. A poca distancia, los visitantes veían a los aldeanos locales, que trabajaban en busca de propinas, escalar la escarpada cara de la Gran Pirámide. Algunos turistas continuaban por el Nilo hasta la moderna Asuán, donde los más atrevidos atravesaban los rápidos de la primera catarata en una versión antigua del *rafting*. La mayoría, sin embargo, no iban más allá de Tebas (el moderno Luxor), donde se quedaban

boquiabiertos ante el colosal templo de Karnak, se esforzaban por escuchar el canto del coloso y encendían antorchas para explorar las tumbas del Valle de los Reyes. En una tumba se han descubierto más de mil grafitis antiguos. Estos confirman que, en lo que respecta a los placeres de viajar, los griegos y los romanos sentían lo mismo que nosotros. Un mensaje inciso los resume todos: «¡Maravilloso, maravilloso, maravilloso!».

26. ¿CÓMO SE CONSTRUYÓ EL COLISEO EN MENOS DE UNA DÉCADA?

Los números son impresionantes: 188 metros de largo, 156 metros de ancho, 51 metros de altura; 80 entradas, con capacidad para unos cincuenta mil espectadores. Las comodidades eran igualmente notables. Un toldo con forma de vela, enrollado y desplegado por un destacamento de la marina imperial, protegía las gradas superiores del sol. Una elaborada barrera de marfil y oro, salpicada de puestos de francotiradores, protegía las filas inferiores de los carnívoros que pudieran saltar. Los huecos debajo de los asientos tenían baños y fuentes de agua. A lo largo de los bordes de la arena, docenas de trampillas aguardaban para soltar a bestias exóticas y gladiadores procedentes de un laberinto de pasillos y celdas subterráneas. El Coliseo, en resumen, fue un triunfo de la ingeniería romana. Sorprendentemente, casi toda la gigantesca estructura, desde los toldos ondeando 20 pisos por encima de la arena hasta el laberinto de lámparas de iluminación por debajo de ella, se construyó en unos pocos años.

En el mundo griego, los grandes proyectos constructivos solían ser agonizantemente lentos. Por ejemplo, el gran templo de Zeus Olímpico en Atenas se comenzó alrededor del 520 a. C., pero no se terminó hasta el 131 de nuestra era, y eso tan solo después de una importante inyección de dinero imperial. El templo de Hera en Samos, comenzado alrededor del 530 a. C., todavía estaba en construcción cuando una tribu gótica invasora sacó al proyecto de su miseria un milenio más tarde.

Aunque los mayores proyectos constructivos de los emperadores romanos fueron mayores y más complejos que cualquier templo griego, se terminaron mucho, mucho más rápidamente. La iglesia de Santa Sofía de Justiniano, con su impresionante cúpula central y sus enormes extensiones de reluciente mosaico dorado, se terminó en

cinco años. El complejo de baños de las Termas de Caracalla —un edificio que cubría más de 2,5 hectáreas y cuyas estancias principales tenían más de 33 metros de altura— se hizo en cuatro.

Los emperadores romanos contaron con tres ventajas críticas sobre otros constructores antiguos. En primer lugar, y lo más importante, eran emperadores romanos, señores indiscutibles de casi una cuarta parte de la raza humana y capaces de conseguir mano de obra y recursos más allá de los más alocados sueños de cualquier rey o consejo ciudadano. En segundo lugar, tenían acceso a materiales de construcción producidos en masa. A finales del siglo I de nuestra era, todas las grandes canteras de mármol y granito del Imperio Romano eran de propiedad estatal. Estas canteras —situadas en lugares tan lejanos como Grecia, Túnez y Egipto— exportaban columnas, bloques y estatuas prefabricadas a cientos o miles de kilómetros de la capital. Las canteras más remotas de todas, en los ardientes páramos del desierto oriental de Egipto, produjeron columnas de granito de 50 y 100 toneladas para los templos y baños de Roma. Igualmente importantes para el proceso de construcción, aunque menos espectaculares, fueron las fábricas de ladrillos propiedad del imperio en y alrededor del valle del Tíber, que cada año producían millones de ladrillos cuadrados y delgados en tres tamaños estándar. El cóctel de agua, cal y polvo volcánico que llamamos «hormigón romano» fue el factor final que permitió a los emperadores construir tan rápido. A diferencia del hormigón moderno, no se vertía, sino que se colocaba en finas capas sobre un lecho de escombros. Sin embargo, se curtía con tanta dureza como su homólogo moderno y, en algunos casos, incluso más rápido. El hormigón permitió a los romanos construir elevadas bóvedas y audaces cúpulas. Pero se usaba más frecuentemente como relleno para ahorrar tiempo en paredes y cimientos.

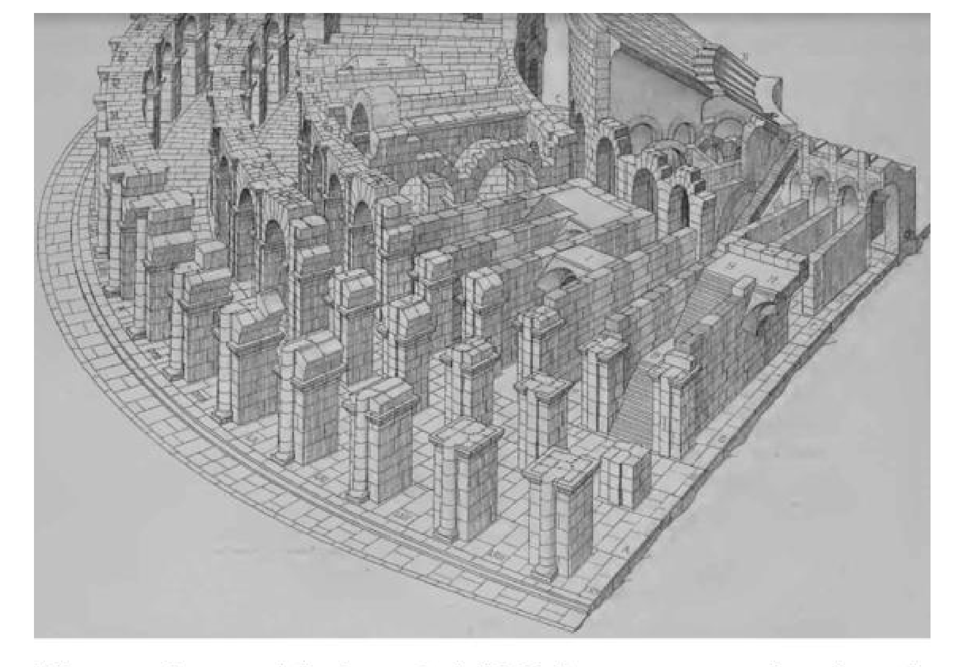


Diagrama de corte del primer nivel del Coliseo, que muestra los pilares de piedra que sostenían el edificio.

Los gigantescos recursos, la producción en masa de materiales y el hormigón proporcionaron a los emperadores romanos los medios para construir a gran escala. La política ofreció la motivación. La construcción pública en la capital fue una importante vía para que los emperadores publicitaran su legitimidad y demostraran su compromiso con el bienestar del pueblo romano. Vespasiano, el emperador que inició el Coliseo, era el fundador de una nueva dinastía y, por lo tanto, estaba particularmente motivado para construir algo espectacular.

El Coliseo fue construido por contratistas privados bajo supervisión imperial. Cada contratista empleaba un equipo permanente de esclavos y libertos cualificados, que dirigían grandes equipos de jornaleros no cualificados. Aunque el número de trabajadores varió, es probable que en los momentos álgidos estuvieran implicados más de diez mil hombres. La primera tarea gigantesca fue excavar una trinchera ovalada —de 8 metros de profundidad y casi 70 metros de anchura— debajo de la huella del anfiteatro planeado. Dado que la zanja tuvo que cortarse a través del lecho de roca y el subsuelo saturado, la excavación por sí sola pudo haber llevado la mayor parte de un año. Una vez se terminó el vaciado, se revistieron las paredes con encofrados de madera y se rellenó la zanja con un colosal anillo de hormigón.

Tan pronto como se asentaron los cimientos, se comenzó a trabajar en la superestructura. Los muros de la mayoría de los grandes edificios romanos estaban hechos de hormigón revestido de ladrillos. Sin embargo, tanto el muro perimetral como las columnas de soporte interiores del Coliseo se construyeron con bloques de piedra macizos unidos con abrazaderas de hierro. La decisión de utilizar tanta piedra refleja la conciencia de los constructores de que el hormigón romano, a pesar de toda su resistencia, tendía a deformarse en puntos de gran tensión. Para evitar el riesgo de un derrumbamiento, todos los elementos de carga principales fueron construidos a la antigua.

La piedra utilizada fue el travertino, una piedra caliza pesada extraída al este de Roma y transportada hasta la ciudad en barcazas. Más de 76.000 metros cúbicos (unidos con aproximadamente 300 toneladas de abrazaderas de hierro) acabarían utilizándose en el Coliseo, y todo cortado en bloques que pesaban un promedio de 4 toneladas, se colocaron en su lugar correspondiente con unas pocas docenas de sencillas grúas. Cada una de estas máquinas constaba de un pesado marco de madera que soportaba un bloque y un aparejo. Una vez que se había asegurado una piedra a la cuerda que atravesaba el bloque y el aparejo, la piedra era elevada por unos hombres que giraban un molinete o daban vueltas en torno a una rueda gigante.

Las bóvedas y subestructuras que sostendrían los asientos se levantaron en tándem con el muro perimetral. Aunque los elementos estructurales clave fueron de travertino, se utilizaron ampliamente tanto la toba (una piedra local blanda) como el hormigón. En todo momento, los constructores manejaron cuidadosamente el peso estructural, mezclando piedra pómez con el hormigón en las bóvedas de los niveles superiores para aliviar la tensión en las paredes y los cimientos.

A medida que el muro perimetral se acercaba a su altura final, se fueron colocando los asientos de mármol sobre las coronas de hormigón de las bóvedas y los artesanos comenzaron a instalar los equipamientos del edificio. Los fontaneros colocaron tuberías de plomo a través del edificio, abrieron un ramal desde el cercano Acueducto Claudio e instalaron las fuentes de agua. Los escultores cincelaron estatuas de dioses y héroes para los arcos del segundo y tercer piso, y los trabajadores del metal elaboraron puertas para cerrar los arcos del primero. Los pasillos estaban enlucidos y pintados, se colocaron en su sitio los mástiles y la lona del toldo y, por fin, todo estuvo listo.



El hombre se tambaleó hacia adelante, evitando por poco chocar con la persona corpulenta y de aspecto hosco que tenía delante en la fila. Deteniéndose a tiempo, se arregló los pliegues de la toga. Luego volvió a estirar el cuello hacia atrás y se quedó boquiabierto. Como cualquiera en Roma, había observado desde la distancia cómo se levantaban los muros del nuevo anfiteatro. Sin embargo, estar debajo de esas paredes era algo completamente diferente. El sol naciente le daba un tinte rosado al acantilado de mampostería, y las estatuas de bronce de los arcos resplandecían como chispas o estrellas fugaces o... Un empujón nada poético desde atrás rompió su ensoñación. La fila se movía de nuevo.

Avanzando deprisa, sacó la ficha de entrada de su monedero y se la entregó al esclavo de aspecto aburrido de la mesa. El esclavo examinó su ficha. Luego, con un atisbo de encogimiento de hombros, se la devolvió e indicó al hombre que pasara por delante de los guardias de capa blanca. Ligeramente aliviado —los pretorianos siempre le provocaban ansiedad—, se dirigió a la entrada marcada en su ficha y se fusionó con la marea humana que subía por las amplias escaleras.

Unos minutos de empujones, algunos tramos más de escaleras; luego la soledad, la luz del sol y su sección. Cuando llegó a su fila, se detuvo. A ambos lados relucían las bancadas de mármol. Muy por debajo brillaba toda la extensión de la arena. Por encima, los toldos enmarcaban un perfecto óvalo de cielo azul. Realmente Roma, reflexionó, era el centro del mundo.

27.
¿CÓMO SE CAPTURABAN LOS ANIMALES PARA EL COLISEO?

El espectador entrecerró los ojos y los protegió con una mano ahuecada. Durante horas, había visto la línea de la luz del sol acercándose, iluminando los sombreros de los senadores en las primeras filas, los dignos sudorosos en el segundo nivel y por último su propia sección. Muy consciente del sudor que empapaba su toga, se movió en el banco de mármol, tratando de encontrar una posición más cómoda. Solo logró empalar su espalda sobre las rodillas del hombre que estaba detrás de él. Resignando su trasero al entumecimiento, volvió su atención a la arena.

Los juegos, al menos, habían merecido la pena. Había habido algunas ejecuciones de primer nivel. A un criminal le habían dado las alas de Ícaro, lo habían colgado de un alambre en todo lo alto y lo habían arrojado a la arena. Otro había sido vestido como el mítico bardo Orfeo y lo habían atado a una estaca. Decenas de animales domesticados se habían colocado alrededor del prisionero en círculo, como si escucharan. Entonces, un oso salió por una trampilla y destrozó a «Orfeo». Las cacerías también habían sido muy buenas. Un equipo de mujeres vestidas como amazonas había apuñalado a un amenazante león, y un famoso gladiador había matado a un gran oso blanco con un solo lanzazo.

Y ahora una nueva maravilla: la voz del locutor sonó sobre la arena, proclamando que el emperador había traído de la muy lejana Etiopía una criatura que no se veía desde el reinado del divino Augusto: ¡el terrible y tremendo rinoceronte! Mientras la multitud zumbaba emocionada y el organista tocaba una melodía triunfal, una extraña bestia se arrastró hacia la arena: con forma de toro, pero más grande que cualquier toro, con la piel arrugada de un elefante y dos malvados cuernos en su hocico. Un entrenador de aspecto nervioso con una túnica manchada apareció junto a él. Haciendo sonar un largo látigo, condujo a la bestia hacia el centro de la arena. Mientras lo

hacía, las puertas pesadas rechinaron y salió al trote un enorme toro. El hombre se sentó expectante. Había visto osos pelear contra toros, toros golpear elefantes y —una vez, gloriosamente— leones lacerando tigres. Esta prometía ser una pelea para recordar.

El toro se detuvo a unas docenas de metros del rinoceronte, resoplando y hollando el suelo con sus patas. Durante un largo momento, el rinoceronte miró fijamente al otro animal, ignorando el látigo de su entrenador. Luego cargó con asombrosa velocidad, bajó su poderosa cabeza y arrojó al toro por encima de su hombro. Con su rival vencido, el rinoceronte redujo la velocidad al trote, y sus orejas temblaron ante el sonido de 50.000 romanos gritando hasta quedarse roncos.



Los juegos en los que apareció el rinoceronte se organizaron en algún momento de la década de los ochenta de nuestra era. El animal se convirtió en una celebridad. Apareció en monedas, protagonizó poemas e incluso se le representó en la decoración de un templo en el Foro. A partir de estos adorables retratos, podemos decir que se trataba de un rinoceronte blanco, probablemente capturado en lo que ahora es Sudán del Sur o Uganda, a unos 6.500 kilómetros de Roma. Aunque pocos llegaron tan lejos, el rinoceronte fue tan solo uno de los cientos de animales exóticos que eran llevados al Coliseo cada año. No menos de nueve mil animales murieron durante los juegos dedicatorios del Coliseo. Una generación más tarde, durante los 123 días de juegos que conmemoraron la conquista de Dacia (la actual Rumanía), fueron masacrados 11.000.

Para satisfacer esta inmensa demanda, se importaron animales de todos los rincones del mundo conocido. Los osos fueron enviados desde lugares tan lejanos como Escocia. Del norte de Europa llegaron alces, bisontes y los feroces uros, una especie de vaca salvaje ahora extinguida. Los tigres fueron capturados en el norte de Irán e India. Egipto produjo cocodrilos e hipopótamos. Otras partes del norte de África proporcionaron leones, leopardos, panteras, hienas y elefantes. El África subsahariana envió gacelas, jirafas, avestruces, cebras, simios y algún que otro rinoceronte.

Algunos animales de la arena eran capturados por soldados. Las tropas romanas atrapaban gacelas en Egipto, acechaban leones en Argelia y embolsaban osos y bisontes en Bulgaria. Unos pocos hombres se convirtieron en semiprofesionales; un centurión germano logró capturar 50 osos en seis meses. Sin embargo, la mayoría de los

animales que aparecían en el Coliseo eran capturados por grupos locales de cazadores experimentados. En algunas partes del norte de África, estos hombres se organizaban en gremios. En otros lugares, probablemente eran autónomos contratados para proporcionar un cierto número de animales en una fecha determinada.

Los métodos de caza variaban según la especie. Equipos de hombres con perros y antorchas atrapaban a herbívoros, como ciervos y gacelas, en grandes redes. Los bisontes, que podían atacar a través de cualquier red, eran canalizados hacia valles cubiertos con pieles engrasadas, donde perdían el equilibrio y eran empujados hasta un recinto cerrado. Los avestruces eran tumbados y atados por vaqueros. Los leones eran capturados en trampas de pozo cebadas con corderos o cabritos. A los leopardos se les drogaba —según se decía— echando vino en sus abrevaderos. Según las fuentes, unos cazadores a lomos de rápidos caballos capturaban los cachorros de tigre.

Prender a los animales era la parte fácil. Lo difícil era llevarlos a Roma y mantenerlos con vida hasta los juegos. Durante las primeras etapas del viaje, los herbívoros eran conducidos con cuerdas. Los carnívoros estaban confinados en cajas de madera ventiladas, que se cargaban en carros tirados por bueyes. Dentro de las fronteras imperiales, los cazadores estaban autorizados a utilizar los pesados carromatos del sistema postal. Estos vehículos, que tenían una capacidad máxima de unos 500 kilos, podían acomodar cómodamente a uno o dos carnívoros enjaulados. Convenientemente, todos los pueblos por los que pasaban los cazadores estaban obligados a alimentar a los animales durante un máximo de una semana.

En los puertos africanos donde los comerciantes se especializaban en enviar animales para los juegos había barcos diseñados para albergar animales grandes. Pero parece que la mayoría de los animales viajaban apiñados en las bodegas de los cargueros para el largo viaje a Italia. A su llegada, los elefantes y otros herbívoros eran enviados a fincas imperiales fuera de la capital. El resto se dirigía directamente a Roma, donde eran mantenidos en un gran recinto con altos muros de piedra e hileras de corrales y jaulas de madera. Algunos de los especímenes más telegénicos se exhibían en el centro de la ciudad. Durante el reinado de Augusto, por ejemplo, se construyó un embalse para exhibir cocodrilos del Nilo ante el pueblo romano, y los manipuladores egipcios realizaban espectáculos regulares para los espectadores, atrapando a los cocodrilos y arrojándolos sobre una plataforma seca.



Un antílope de aspecto disgustado es cargado en un barco. Obsérvense las cajas de transporte ventiladas en cubierta. Mosaico del siglo IV de la villa romana del Casale.

Mientras esperaban su momento en la arena, algunos animales eran entrenados para entretener. A los leones se les enseñaba a lamer las manos de sus entrenadores y a jugar a buscar liebres vivas. Los monos aprendían a vestir uniformes de soldado en miniatura y a montar cabras por la arena. Los depredadores más agresivos eran enviados a la escuela de los luchadores de bestias, donde se aclimataban para superar su miedo a los humanos. Aquellos que mostraran un salvajismo excepcional se utilizarían para ejecutar a los prisioneros. Algunos incluso recibían nombres artísticos.

A veces, se daba una presa viva a los depredadores: una anécdota menciona que se dejó caer una cabra en la jaula de un tigre (para frustración de sus entrenadores, el tigre se hizo amigo de la cabra). Si los juegos estaban en marcha, los depredadores recibían los restos de los animales muertos en la arena. De lo contrario, parece que vivían de la carne proporcionada por un carnicero, lo que podía resultar bastante caro: Calígula ordenó en una ocasión que, para reducir los costos, se alimentara a los animales con prisioneros. Más allá de la logística de la alimentación, existía la gran dificultad de mantener vivos a los animales exóticos en un entorno extraño. Un funcionario

romano tardío se lamentaba de que la mayoría de los cocodrilos que había importado a gran costo desde Egipto estaban demasiado enfermos para comer.

El día antes de que aparecieran en los juegos, se trasladaba a los herbívoros hasta las afueras de Roma y los carnívoros regresaban a sus jaulas de viaje. Esa noche, se llevaban los animales al Coliseo. Los elefantes y otros animales grandes, que saldrían a la arena a través de una de las entradas a nivel del suelo, estaban encerrados cerca. Todo lo que fuera menor que un toro era conducido a los túneles debajo de la arena, donde cientos de esclavos manejaban un bullicioso inframundo de jaulas y ascensores. Justo antes de los juegos, se acicalaba y preparaba a los animales por última vez —quizás se envolvían sus patas con guirnaldas festivas o se esparcía polvo de oro sobre su pelaje—. Luego, por fin, los subían a la arena en un ascensor impulsado por esclavos. Prácticamente todos morían a los pocos minutos de llegar a su destino final.

La caza de bestias permitió a los emperadores mostrar su generosidad, demostrar su poder mundial y anunciar el dominio de Roma sobre la naturaleza misma, pero a un terrible costo ecológico. Para cuando se llevaron a cabo los últimos juegos en el Coliseo, los leopardos de Turquía, todos los tigres de Irán, los hipopótamos de Egipto y el elefante del bosque del norte de África habían sido cazados o estaban al borde de la extinción. No todas las víctimas del imperialismo romano fueron humanas.

28.
¿ESTABAN GORDOS LOS GLADIADORES? ¿HASTA QUÉ PUNTO ERA MORTAL UN COMBATE DE ESTOS?

No sabemos cómo cayó el gladiador. Quizás una red le atrapó los tobillos; tal vez un destellante tridente le mordió el costado. De alguna manera, se encontraba jadeando sobre la arena ensangrentada. Por encima del zumbido de sus oídos, escuchó rugir a la multitud. Luego le arrancaron el casco. Una ráfaga de aire, el destello de la luz y un tridente, difuminándose hacia su cabeza. El cráneo perforado del gladiador, descubierto dieciocho siglos después cerca de la antigua ciudad de Éfeso, cuenta la historia de su muerte. El resto de sus huesos, analizados por antropólogos forenses, trazan la historia más larga de su vida. Había muerto en su veintena. Y había vivido —aparentemente durante años— con una dieta de engorde a base de judías y avena cocida.

Un gladiador tenía poco control sobre su dieta o cualquier otro aspecto de su existencia. La mayoría de los gladiadores eran esclavos, capturados en la guerra o condenados por un tribunal. El resto eran voluntarios nacidos libres, motivados por la pobreza desesperada o un entusiasmo equivocado. Independientemente de su origen, los gladiadores residían en un recinto parecido a una prisión conocido como «escuela». Allí, salvo las pocas veces al año en que se enfrentaban a los peligros de la arena, pasaban sus días entrenando. Un gladiador nuevo comenzaba practicando el manejo básico de la espada contra un muñeco o una estaca de madera. Una vez que el maestro de la escuela había evaluado sus habilidades, era asignado a uno de la docena de estilos de lucha. Pasaría meses perfeccionando sus habilidades bajo la dirección de un entrenador experimentado antes de su primer combate. Durante todo el proceso de entrenamiento, su cuerpo se mantenía en buen estado de lucha. Masajistas expertos aliviaban sus músculos. Si estaba herido, recibía atención médica. Podía contar con comer con frecuencia, aunque no bien.

Los gladiadores se alimentaban con sopa de judías y papilla de cebada, machacadas y servidas en enormes cantidades. Esta pasta rica

en proteínas era exclusiva de los gladiadores. Otros romanos se burlaban de ello y llamaban a los gladiadores «chicos de cebada». Los soldados nunca tocaban esta sustancia, y los púgiles y luchadores profesionales, de quienes se podría esperar que tuvieran una dieta similar, en cambio, engullían carne.

Entonces, ¿por qué se les daba cebada y judías a los gladiadores —y solo a los gladiadores?—. Los científicos que analizaron los huesos del gladiador de Éfeso sugirieron que la dieta estaba destinada a fomentar el aumento de peso; unos pocos centímetros de grasa protegerían los órganos vitales de un gladiador, permitiéndole soportar espectaculares heridas en la carne sin perder la capacidad de lucha. La idea de que los gladiadores tenían sobrepeso se filtró pronto en los principales medios de comunicación y todavía se menciona habitualmente en internet.

Sin embargo, no hay razón para asumir que los héroes de la arena estuvieran fuera de forma. Que los gladiadores seguían una dieta potencialmente para aumentar de peso está claro. Que esta dieta les provocara sobrepeso no lo está. Es intrínsecamente improbable que los señores de las escuelas de gladiadores, donde el entrenamiento enfatizaba la velocidad y la resistencia, hubieran querido, y mucho menos alentado, que sus hombres se volvieran pesados. Con toda probabilidad, a los gladiadores se les servían judías y cebada simplemente porque estos alimentos eran nutritivos y baratos. Los autores antiguos describen a los gladiadores como hombres muy musculosos; y, a menos que atribuyamos los esbeltos y poderosos luchadores que se pavonean a través de tantos mosaicos romanos a una licencia artística, podemos asumir con seguridad que los gladiadores, si no tan tonificados como los atletas modernos, estaban lejos de estar fuera de forma.



Gordos o delgados, los gladiadores sabían cómo montar un espectáculo. Igual que los luchadores profesionales modernos, los gladiadores elegían nombres artísticos que iban desde amenazantes (Filo) a sexis (Machote) o irónicos (El Caballero). Los combates se promocionaban con semanas de anticipación mediante anuncios pintados, programas dibujados a mano y retratos completos de luchadores famosos. Los escenarios en sí eran espectaculares. Nerón hacía esparcir copos de brillante feldespato sobre las arenas de su anfiteatro y envió una expedición al Báltico para recolectar ámbar para las redes que protegían las primeras filas. Incluso había música

temática: un mosaico de Libia muestra una banda completa en la arena, con una mujer de aspecto aburrido con una peluca que toca el órgano de agua.

A diferencia de los combates de lucha libre profesional, los combates de gladiadores no eran falsos. Sin embargo, estaban cuidadosamente preparados. Algunos estilos de lucha de gladiadores se copiaron de los enemigos de Roma. Por ejemplo, los carros de guerra de la Galia y Britania inspiraron a los *essedarii*, gladiadores que luchaban desde veloces carros conducidos por esclavos con nervios de acero. Se crearon otros estilos para la arena, como los *andabatae*, que llevaban cascos sin orificios para los ojos y luchaban por el sonido. Todos fueron diseñados para maximizar el espectáculo.

Los diversos estilos de lucha se dividían en grupos con armadura ligera y con armadura pesada. Dado que los hombres con armaduras similares solían producir luchas largas y aburridas —un poeta romano describe un duelo entre dos gladiadores pesados que se prolongó hasta el anochecer—, las luchas casi siempre enfrentaban a un luchador ligero contra uno pesado. En la era imperial, la pareja más popular era entre un *retiarius* (reciario) y un *secutor*. El reciario era un gladiador con armadura ligera equipado con una red con pesos y un tridente de pescador. El *secutor* de armadura pesada tenía un gran escudo rectangular, un casco con aberturas estrechas para los ojos (para mantener a raya los golpes del tridente) y una espada punzante. El reciario se movía de un lado a otro, intentando inmovilizar a su oponente con la red y rematarlo con el tridente. El *secutor* detenía los lanzamientos y las estocadas e intentaba empujar a su ágil adversario hacia un ángulo de apuñalamiento.



Dos escenas de un combate entre un *retiarius* llamado Astyanax (izquierda) y un *secutor* llamado Kalendio. Los hombres de túnica blanca son árbitros. El panel inferior es una escena de combate, que muestra a Kalendio lanzándose hacia su oponente. En el panel superior, Kalendio ha caído y ambos árbitros se han precipitado hacia adelante. Las inscripciones de la parte superior nos dicen cómo terminó el combate: Astyanax «*vicit*» (ganó); la «O» cruzada junto al nombre de Kalendio indica que fue ejecutado. Mosaico del siglo III ahora en el Museo Arqueológico Nacional de España.

Los combates se planificaban con meses de antelación. Cuando un emperador o un notable local decidía que sus juegos necesitaban gladiadores, se ponía en contacto con los dueños de las escuelas locales y acordaban alquilar un número determinado de sus luchadores. Para hacer que los combates fuesen emocionantes, se tomaban la molestia de emparejar a luchadores con niveles de habilidad similares. Durante la era imperial temprana, surgió un

sistema de seis o siete niveles para clasificar a los gladiadores. El rango más bajo era para los que luchaban por primera vez. El siguiente rango era para aquellos que habían sobrevivido a su pelea inaugural. Por encima de estos había cuatro o cinco «grupos de formación». Los miembros del grupo superior, que probablemente habían ganado al menos diez combates, tenían una jerarquía interna basada en el récord. Los combates entre campeones de este calibre eran lo más destacado de cualquier juego que pudiera permitírselos.

Los gladiadores peleaban por la tarde, a menudo después de una mañana de caza de bestias. Al parecer, había alrededor de una docena de combates diarios, cada uno con una duración media de diez a quince minutos. Las peleas se libraban bajo la atenta mirada de dos árbitros —probablemente gladiadores retirados— que vestían distintivas túnicas a rayas y usaban unas varas largas para señalar las infracciones. Estos hombres se aseguraban de que ambos combatientes siguieran las reglas e incluso podían solicitar tiempos muertos si un combatiente estaba gravemente herido o visiblemente agotado.

Algunas peleas terminaban con un golpe fatal. Otras se declaraban empatadas, generalmente después de que ambos gladiadores hubieran luchado hasta llegar a una parada. La mayoría, sin embargo, terminaba cuando uno de los gladiadores —desarmado, herido o simplemente incapaz de continuar— levantaba un dedo en gesto de sumisión. El árbitro principal detenía entonces el combate y miraba hacia el patrocinador de los juegos. El patrocinador, a su vez, escuchaba al público. Aquellos que querían perdonar al gladiador derrotado gritaban ¡*missum*! (¡perdón!) y agitaban pañuelos. Aquellos que pensaban lo contrario gritaban ¡*iugula*! (¡córtale la garganta!) y se pasaban el pulgar por el cuello. Si prevalecían los gritos de muerte, el gladiador victorioso asestaba un golpe fatal. Algunos desafortunados fueron sometidos a una ejecución más teatral. Un esclavo vestido como el demonio Charun aparecía en la arena con un mazo en la mano. Pasaba por delante de los árbitros, levantaba su martillo en todo lo alto y tras una pausa efectista lo descargaba sobre el cráneo del hombre condenado. Luego el cadáver era sacado a rastras de la arena por un esclavo disfrazado de Mercurio, guía de los muertos.

La mayoría de los gladiadores ejecutados después de su derrota murieron porque no habían logrado complacer a la multitud. Los romanos eran buenos conocedores del combate. Algunos fanáticos, que preferían el rápido juego de pies y la destreza de los gladiadores con armadura ligera, eran «hombres de escudo pequeños». Otros eran «hombres de escudo grande» y vitoreaban la sólida defensa y el poder puro de los tipos con armadura pesada. En algunas ciudades, había clubes de fanes completos para los diferentes estilos de lucha. Durante un combate, el público se ponía frenético, vitoreando, gritando

consejos y gritando ¡*habet*! (¡está acabado!) cuando un luchador resultaba herido. Los espectadores reconocían una buena pelea cuando la veían —un personaje de una novela romana se queja de los gladiadores que «luchan según el manual» y respetaban la habilidad y la valentía—. Si un gladiador derrotado había peleado bien, por lo general pedían que se le perdonara.

Cuando la multitud pedía clemencia, era probable que el patrocinador de los juegos escuchara. Los gladiadores eran contratados por una pequeña fracción —tal vez el 5 o el 10 por ciento— de su valor estimado. Sin embargo, si morían en la arena, el patrocinador tenía que pagar su valor total al señor de su escuela. Solo un hombre extremadamente rico podía permitirse una matanza indiscriminada. Es cierto que a veces se producían matanzas indiscriminadas. Una inscripción menciona una tarde en la que se celebraron 11 combates… y murieron 11 gladiadores. Otra describe juegos en los que cada gladiador tuvo que luchar «por su vida». Sin embargo, estos baños de sangre eran raros. La mayoría de los patrocinadores preferían minimizar las bajas, y algunos fueron tan lejos como para ordenar el uso de armas sin filo antes de una pelea.

Incluso los gladiadores se mostraban reacios a matar a sus oponentes. Esto era en parte una expresión de camaradería, ya que los rivales de un combate solían proceder de la misma escuela. Pero también era una cuestión de orgullo profesional. En sus inscripciones funerarias, los gladiadores se jactaban de que «salvaron muchas almas» o «no hicieron daño a nadie». De hecho, el epitafio de un gladiador afirma que mató a un rival en concreto porque aquel hombre estaba lleno de «odio irracional»; en otras palabras, mataba a personas que no debía matar. Los espectadores, por su parte, apreciaban a los luchadores que pudieran demostrar su habilidad sin matar a todos sus oponentes. Un poeta romano escribió un epigrama alabando a un gladiador que «siempre vence, pero nunca mata».

En resumen, los gladiadores derrotados solían salvarse. A juzgar por los registros de lucha conservados en las lápidas de los gladiadores, quizás uno de cada cinco combates terminaba en muerte. Aunque unos pocos campeones lograron acumular más de cien victorias, el típico gladiador que sobreviviera hasta la jubilación se había enfrentado a un total de diez o quince rivales en el transcurso de una carrera de cinco o seis años. La mayoría de los gladiadores que murieron en la arena probablemente lo hicieron en su primera o segunda pelea. Cuanto más experimentados se volvían, más probabilidades tenían de sobrevivir. Un gladiador de alto rango había aprendido a ganar; si perdía, resultaba muy caro matarlo.

PARTE V:
GUERRA Y POLÍTICA

29. ¿CÓMO SE UTILIZABAN LOS ELEFANTES EN BATALLA?

Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos, susurró una oración y se preparó. Dieciséis mil kilómetros había marchado con el rey Alejandro. Más veces de las que podía contar había mantenido la línea, enfrentándose a la muerte bajo una pica astillada. Pero nunca había visto algo así. Al otro lado de un campo humeante cargaban cientos de elefantes. El barro salpicado flotaba en el aire. La luz del sol destellaba sobre los colmillos afilados de las bestias. Y luego las picas se partieron y los hombres gritaron: un elefante estaba entre ellos, a 6 metros de distancia, empalando, matando. Extendiendo su trompa, agarró a un hombre por la cintura, lo levantó y lo arrojó al suelo con un crujido repugnante. Salpicado de sangre por los flancos, sin hacer caso de las lanzas que colgaban de sus costados, se hundió más y más entre las filas. Los gritos desde atrás hicieron que el soldado girase la cabeza. Otro elefante. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos, susurró una oración y se preparó.

Al final, los elefantes fueron rechazados. Al final, Alejandro ganó, como siempre. Pero la aterradora carga de los elefantes ese día del año 326 a. C., en lo que se conocería como la batalla del Hidaspes, cambió el curso del arte de la guerra griega. Alejandro y sus generales se habían encontrado antes con elefantes. Sin embargo, solo después de presenciar la carnicería en el Hidaspes comenzaron a considerar utilizar los animales para ellos mismos. Alejandro murió antes de que pudiera intentarlo, pero sus generales organizarían manadas de elefantes cada vez más grandes en sus luchas por controlar los fragmentos de su imperio. En la histórica batalla de Ipsos, que puso fin a la primera fase de sus guerras, salieron al campo de batalla casi quinientos elefantes de guerra.

Durante dos siglos, los elefantes fueron un elemento fijo de la guerra mediterránea. Dispersaron a la caballería romana en las

llanuras del sur de Italia, coronaron los Alpes con Aníbal y cargaron contra los macabeos en las colinas de Judea. Pero entonces, casi tan rápido como habían aparecido, los elefantes desaparecieron de los campos de batalla del mundo clásico. Para entender por qué necesitamos cierto conocimiento previo sobre cómo se utilizaron en la guerra.

Los griegos y los romanos conocían dos variedades de elefante: el elefante asiático, al que asociaban con la India, y una especie o subespecie de elefante de bosque africano ahora extinta, que se encontraba en todo el norte de África. La diferencia más importante entre estas variedades era el tamaño. Un elefante asiático macho tiene un promedio de entre 2,70 y 3,30 metros en el hombro y pesaba 5 o 6 toneladas. Los elefantes de los bosques del norte de África eran considerablemente más pequeños, y los machos probablemente medían un poco menos de 2,5 metros en el hombro y pesaban 3 toneladas.

Había varios métodos para capturar elefantes. En la India, se utilizaban hembras mansas para atraer a los elefantes salvajes hasta un corral. En el norte de África, se excavaban trampas de pozo. Un método alternativo consistía en conducir una manada entera hasta un valle cerrado. Después de varios días de estar atrapados sin comida, los elefantes se volverían lo suficientemente dóciles como para dejarse llevar. Los elefantes capturados eran conducidos con cadenas, preferiblemente sostenidas por otros elefantes domesticados. Si iban a ser transportados por mar, había que encontrar un barco adecuado. Los reyes ptolemaicos de Egipto construyeron barcazas especiales para llevar elefantes al mar Rojo. En otros lugares, probablemente se requisaban los barcos más grandes disponibles. Una vez que desembarcaban los elefantes, eran llevados a los establos donde serían entrenados. Se separaban los machos de las hembras (cuando podían oler a las hembras, los elefantes machos tenían la costumbre de derribar las paredes para irse con ellas) y los conducían a sus establos, donde los alimentaban con una rica mezcla de cebada, pasas y verduras.

Entrenar a un elefante de guerra requería años de cuidadosa supervisión. A cada animal se le daba un nombre convenientemente belicoso —Ajax era una opción popular— y se le asignaba un conductor. Estos hombres eran especialistas, reclutados ocasionalmente de lugares tan lejanos como la India, y formaban vínculos estrechos con sus monturas. Era legendaria la lealtad de los elefantes por sus conductores. Una vez, por ejemplo, cuando un conductor resultó herido y se cayó de su asiento durante una furiosa batalla callejera, su elefante recogió al hombre con su trompa, lo colocó sobre sus colmillos y cargó contra el enemigo hasta un lugar

seguro, pisoteando a todos los que se interpusieron en el camino.

Durante su entrenamiento un elefante aprendía a obedecer las llamadas de su conductor y a interpretar los golpes de su bastón retorcido. Se le enseñaba a enfrentarse al ruido y a los proyectiles de un ejército enemigo, a veces sometido a descargas de proyectiles de honda. Se le acostumbraba al peso y al ajuste de su armadura de batalla y —en algunos casos— se le entrenaba para luchar junto a los soldados de infantería que lo acompañarían a la batalla.

En campaña, los elefantes marcharon detrás del ejército, probablemente con el tren de equipajes. El ritmo no era un problema: incluso un elefante muy cargado podía caminar más rápido que un hombre o una mula. Sin embargo, los elefantes podían volverse problemáticos al cruzar un río ancho o un paso de montaña. Su disgusto por ser transportados sobre el agua requería que los generales encontraran un vado poco profundo, o bien construyeran balsas especiales cubiertas con tierra y césped. Y puesto que los elefantes no pueden doblar las rodillas fácilmente, las pendientes pronunciadas exigían la construcción de escalones o —al menos en una ocasión— gigantescos trineos de transporte.

Poco antes de su despliegue, se equipaba a los elefantes para la batalla. Sobre sus cabezas se colocaban enormes cascos, a menudo coronados con exuberantes plumas. A sus colmillos se les sujetaba lanzas, espadas o púas afiladas como navajas. Cuando era necesario, se sujetaban a la espalda plataformas blindadas con espacio para hasta cuatro lanceros o arqueros. Finalmente, en el fragor de la batalla, se les daba a los elefantes un buen trago de vino para fortalecer su valor.



Un elefante de guerra con una plataforma blindada a la espalda. Estatuilla de Pompeya, ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Los generales cautelosos, o aquellos con pocos animales, podían mantener a sus elefantes en reserva o en las alas. Pero la mayoría de los comandantes los colocaban en primera línea. Por lo general, se disponía a los elefantes en una sola fila, a una distancia de entre 15 y 30 metros. A cada elefante se le podía añadir un pequeño escuadrón de arqueros u honderos. Sin embargo, se dejaba una distancia considerable entre los elefantes y el resto del ejército para dar a los animales espacio para retroceder o maniobrar.

Cuando comenzaba la acción, los elefantes avanzaban. Si el enemigo también tenía elefantes, eran lo primero que atacaban. A veces, los elefantes enemigos entraban en pánico y se retiraban. Si no lo hacían, los elefantes se batían en duelo, bajando los colmillos y empujándose con la frente mientras sus jinetes se golpeaban unos a otros con largas lanzas. Una vez que un elefante conseguía obligar al otro a exponer sus flancos, corneaba a su oponente con sus colmillos afilados.

Cuando no había otros elefantes con los que luchar, los elefantes atacaban las líneas enemigas. Eran particularmente efectivos contra la caballería, ya que los caballos, si no estaban especialmente entrenados, sentían horror ante la visión y el olor de los elefantes. Una carga de elefantes era igualmente inquietante para la infantería. El peso de los elefantes acorazados podía romper cualquier formación, y eran capaces de infligir un daño terrible una vez que estaban dentro

de las líneas, empalando a los hombres con sus colmillos, arrojándolos con sus trompas y aplastándolos bajo sus patas. Un autor romano describe haber visto a un elefante gravemente herido que se arrastraba hacia adelante de rodillas, agarraba a hombres armados por los escudos y los lanzaba por los aires.

Sin embargo, a pesar de toda su fuerza, los elefantes de guerra estaban lejos de ser invulnerables. Además de la ayuda sobrenatural —se contaba que un obispo convocó a una horda de mosquitos para que picaran las trompas de los elefantes que asediaban su ciudad—, había muchas formas de mitigar o repeler una carga de elefantes. Antes de la batalla, los generales podían usar elefantes cautivos (o muñecos de tamaño natural con trompetistas en el interior) para acostumbrar a sus hombres y caballos a la apariencia y el olor de los animales. Si defendían una posición, los comandantes podían mantener a raya a los elefantes enemigos cavando trincheras, haciendo barricadas de carros o creando campos de minas con abrojos de hierro. Una vez que comenzaba la batalla, los elefantes que cargaban se asustaban a veces con los toques de trompeta o se daban la vuelta ante las andanadas de proyectiles de honda, flechas, dardos de fuego o saetas de ballesta.

Si estas medidas no conseguían detener a los elefantes, siempre había una carga al estilo *berserker*. Hay noticias de soldados cortando trompas, desgarrando patas y siendo aplastados mientras empalaban elefantes con sus lanzas. Un rey creó un cuerpo de soldados antielefantes con escudos y cascos tachonados de clavos, y el ejército romano tardío, que tuvo que enfrentarse a los elefantes de los persas, mantuvo tropas de caballería pesada con armaduras de púas. Había incluso «tanques» antielefantes, que consistían en carros en los que se montaban postes con picas largas, garfios y/o antorchas. Pero la perfección en la prevención del paquidermo era el cerdo en llamas. Los elefantes desconfiaban del fuego y se inquietaban ante los chillidos de los gorrinos. Se pensaba que esta combinación era imparable. Finalmente, sin embargo, los generales descubrieron un método más simple para enfrentarse a una carga de elefantes. Se descubrió que un ejército bien preparado podía simplemente abrir huecos en sus líneas para dejar pasar a los animales, evitando que se sumergieran en las filas a ambos lados con descargas de honda y flechas. Una vez que los animales habían pasado las líneas, podían ser rodeados y muertos.

En resumen, para un general competente, defenderse de los elefantes era difícil, pero en absoluto imposible porque los elefantes tenían otras limitaciones en el campo de batalla. Su volumen los hacía difíciles de usar en los bosques (donde se quedaban atrapados en los árboles), en las ciudades (donde se quedaban atrapados en las puertas)

y en terrenos accidentados (donde se quedaban atrapados en todas partes). Aún más grave era su tendencia a entrar en pánico y causar estragos entre sus propios ejércitos. Cualquier herida podía provocar una ira ciega en un elefante; cuando un elefante perdía el control, todos los demás que tuviera a su alrededor solían seguir su ejemplo.

Un elefante enloquecido no tenía ningún interés en distinguir entre amigos y enemigos. Durante una batalla, por ejemplo, cuando un elefante de guerra joven gritó de dolor, su madre —que estaba peleando cerca— corrió inmediatamente al rescate, pisoteando a todos los soldados a su paso. El conductor de un elefante desbocado solo tenía dos opciones: dejarlo enloquecer o matarlo clavándole una estaca en la columna. La tendencia de los elefantes a causar daño a su propio bando se volvió proverbial hasta el punto de que a veces se les llamaba «armas de doble filo» o «el enemigo común».

Por esta razón, después de algunos experimentos iniciales, los romanos dejaron de utilizar elefantes en el campo de batalla. Sin embargo, continuaron presentándolos en sus arenas. Una compañía de elefantes que actuaba se hizo famosa. Durante una exhibición en los juegos del emperador, los paquidermos usaron túnicas y coronas de flores de talla grande, se reclinaron en tumbonas gigantes junto a sus entrenadores y representaron un banquete. En otra ocasión, cuatro de ellos llevaron una camilla en la que un quinto elefante fingía ser una mujer de parto. También imitaban los bailes de los mimos escénicos, esparciendo flores con sus troncos. Y cuando el programa lo requería, se llevaban a cabo simulacros de batalla. Al entrar en la arena con armadura completa, adoptaban una serie de poses de combate, arrojaban lanzas con sus trompas y se batían en duelo ante las encantadas multitudes. Al menos en la imaginación romana, los elefantes de guerra seguían vivos.

30.
¿CÓMO SE TOMABAN LAS CIUDADES FORTIFICADAS?

Los romanos se abrirían paso pronto. El oficial persa podía oírlos ahora por encima del traqueteo de las piedras que caían, ladrando órdenes en su grosera lengua. Era el momento. Moviéndose hacia el brasero, avivó las brasas e indicó a los ingenieros que se colocaran en posición. Cuando la luz de las antorchas romanas comenzó a parpadear a lo largo del techo del túnel, dejó caer las preciosas piezas de azufre y nafta en el brasero. Serpenteando, se elevaron unos zarcillos de humo aceitoso. Los ingenieros bombearon sus fuelles y el humo se espesó, elevándose con fatalidad inevitable hacia el túnel romano.

Gritos, chillidos, toses desesperadas. Luego el silencio.

Después de unos momentos, el oficial se ató la máscara de tela y condujo una patrulla hasta el túnel romano. Al menos veinte hombres yacían muertos alrededor de la brecha, asfixiados por el humo. El resto había huido, por ahora. Ordenó a sus hombres que amontonaran los cadáveres romanos en una barricada improvisada y observó a los ingenieros cómo preparaban combustible para el fuego que colapsaría el túnel y, con un poco de suerte, el muro de la ciudad de arriba.



Este episodio tuvo lugar debajo del asentamiento fronterizo romano de Dura Europos en el año 256 de la era cristiana. Un destacamento del ejército persa que asediaba Dura había excavado un túnel bajo el muro occidental de la ciudad en un intento de socavarlo. Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, los defensores abrieron un túnel propio para interceptar el ataque. Sin embargo, los persas escucharon a los romanos venir y arrojaron un humo sofocante en el túnel tan

pronto como se abrieron paso.

El brutal ingenio exhibido bajo Dura era característico de los antiguos asedios. Aunque los objetivos de un asedio fueron los mismos desde el principio hasta el final de la historia clásica, las técnicas evolucionaron constantemente, así como las fortificaciones que debían burlar.

En la *Ilíada*, el héroe griego Patroclo intenta asaltar las murallas de Troya simplemente trepándolas y fracasa solo porque Apolo lo hace caer. Incluso en la Grecia clásica, muchas ciudades se contentaban con un simple circuito de ladrillos de adobe, y algunas no tenían ninguna fortificación. Los espartanos se negaron rotundamente a construir murallas sobre la teoría de que sus guerreros eran toda la defensa que necesitaban. Solo durante el siglo IV a. C., cuando los ejércitos profesionales y la artillería hicieron que los asedios fueran cada vez más preocupantes, las ciudades de la Grecia continental empezaron a protegerse con sofisticadas fortificaciones de piedra. Las murallas se construyeron más altas y gruesas que nunca y se equiparon con plataformas de artillería y accesorios exteriores. En poco tiempo se levantó un nuevo modelo de circuitos defensivos para custodiar las ciudades de la antigua Grecia (incluida Esparta), las lejanas colonias del mundo helenístico y la incipiente metrópoli de Roma.

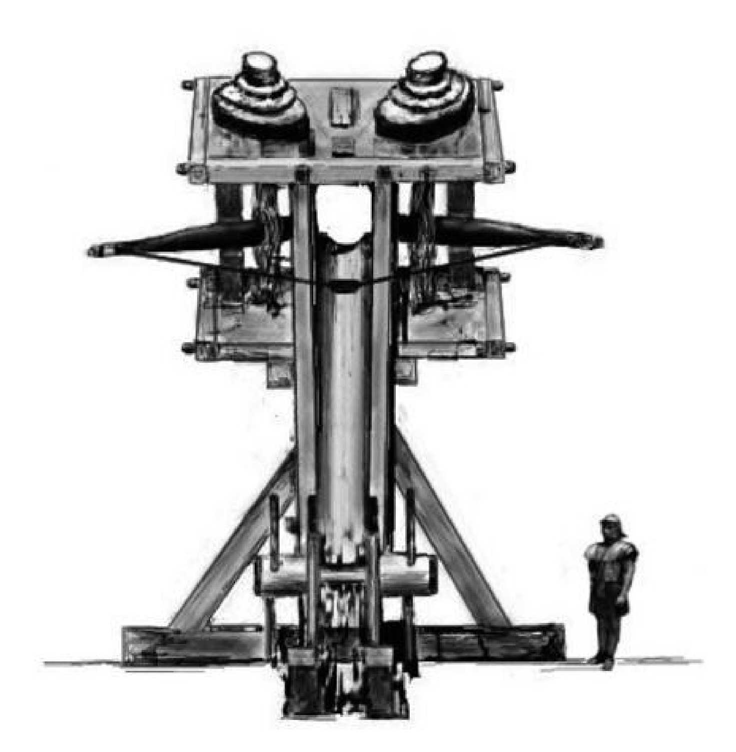
Los romanos, famosos por las fortificaciones instantáneas de sus campamentos legionarios, absorbieron todo lo que los griegos podían enseñarles sobre arquitectura defensiva. Pero durante el largo y somnoliento verano de la Pax Romana, cuando los asedios y los asaltantes fueron desterrados a los márgenes de un imperio que se extendía por el Mediterráneo, las murallas de la ciudad llegaron a parecer ornamentales o innecesarias. El caos del siglo III marcó el comienzo de una nueva era de construcción de murallas. En los nerviosos límites del control imperial, las ciudades fronterizas y los campamentos de legionarios fueron coronados y cubiertos de murallas. Y en el centro, una impresionante línea triple de defensas salpicada de cientos de torres custodiaba la nueva ciudad de Constantinopla.

Aunque Constantinopla estuvo cerca de serlo, ninguna ciudad era inexpugnable. La mejor arma era la más sencilla: el hambre. Una vez que un sitiador lograba cortar el suministro de alimentos y agua, era solo cuestión de tiempo que los defensores comenzaran a sufrir. Sin embargo, bloquear eficazmente una gran ciudad no era nada fácil. Si tenía puerto, se necesitaban barcos; un rey helenístico reclutó toda una flota de piratas para cerrar el puerto de Rodas. Incluso si la ciudad no tenía salida al mar, podía ser necesaria una cantidad heroica de ingeniería militar. Julio César rodeó la ciudad gala de Alesia con un muro de 16 kilómetros de circunferencia y 4 metros de

altura, y luego, cuando se enteró de que un ejército acudía en auxilio de la ciudad, construyó otro muro de alrededor de 21 kilómetros para proteger sus campamentos.

El hambre, sin embargo, era un aliado tardío. Algunas ciudades tenían suficiente comida para resistir durante años, y pocos ejércitos grandes podían abastecerse durante tanto tiempo. Para forzar el problema, los generales solían intentar intimidar a una ciudad para que se rindiera con una combinación de ejercicios militares y amenazas espeluznantes. Si estas fallaban, a menudo se intentaba un ataque sorpresa. Este podría ser de baja tecnología —en uno de esos asaltos, un centurión hizo que tres de sus hombres lo subieran a la muralla de un poblado galo—, pero por lo general los atacantes tenían al menos escaleras para subir. Los ejércitos con trenes de asedio más sofisticados podían emplear el dispositivo accionado por polea conocido como «sambuca», que hacía bajar escalas fortificadas cargadas con soldados sobre las murallas enemigas. Aunque la mayoría de las escalas para trepar por los muros eran de madera, algunas eran redes de cuerda o cuero con ganchos diseñados para agarrarse a la parte superior de las murallas. Un inventor griego incluso ideó una escalera hecha de tubos inflables.

Si las pirámides humanas y las escaleras de globos no funcionaban, era el momento de traer la artillería pesada. La máquina de asedio más común era la balista, un dispositivo de torsión impulsado por haces retorcidos de tendones de animales secos. Las balistas podían disparar flechas o piedras. Las balistas de lanzamiento de flechas se clasificaban por la longitud de los proyectiles que lanzaban, que iban desde dardos de 30 centímetros de largo hasta jabalinas de 4 metros. Las variedades de lanzamiento de piedras, igualmente, se clasificaban por el peso de la roca para la que fueron diseñadas. Los modelos en miniatura, que podían ser transportados por un solo soldado, arrojaban proyectiles del tamaño de una bala; los monstruos transportados en los trenes de asedio de emperadores y reyes disparaban bolas de piedra que pesaban hasta 75 kilos. El alcance efectivo de una balista mediana parece haber sido de 150 a 170 metros. Durante el asedio romano de Jerusalén, sin embargo, una máquina de gran tamaño arrojó piedras de 27 kilos hasta más de 400 metros. Un ingenio aún mayor conocido como «rayo» podía disparar una lanza sobre los 1,5 kilómetros de anchura del Danubio. En la antigüedad tardía, las balistas comenzaron a complementarse con unas catapultas de brazo vertical llamadas «onagros», que tenían una enorme potencia de lanzamiento. Al parecer, un onagro apodado el Triturador arrojaba misiles que pesaban más de 90 kilos. Sin embargo, como las balistas, los onagros eran principalmente armas antipersonas. Para romper las murallas, se necesitaban otras máquinas.



Dibujo de reconstrucción de una gran balista romana, con un legionario para la escala.

La forma más sencilla de destruir una muralla era socavarla con picos y palancas, preferiblemente al abrigo de un cobertizo o una cubierta protectora. Sin embargo, los arietes eran mucho más rápidos. Los arietes simples eran troncos con un extremo endurecido al fuego. Las versiones de lujo cubrían el tronco con hierro, lo suspendían de un marco de madera y lo protegían con un techo de madera. Había incluso cabezales puntiagudos intercambiables para atravesar ladrillos de barro y con garfios para arrancar piedras. Los sitiadores que iban realmente en serio podían invertir en un modelo verdaderamente gigantesco. Un arquitecto romano describe un ariete de 32 metros, que colgaba de cuerdas de 20 centímetros de espesor; con su caseta protectora, este ingenio pesaba más de 125 toneladas. Los arietes más grandes registrados medían más de 45 metros de largo y requerían 1.000 hombres para manejarlos.

A veces, los carneros se incorporaban dentro de las torres de asedio, los productos más imponentes de la antigua ingeniería del campo de batalla. Las torres de asedio romanas solían tener tres pisos: el piso inferior albergaba un ariete, el medio protegía un puente levadizo para asaltar las murallas y el superior estaba ocupado por arqueros y piqueros. Algunas torres eran incluso extensibles, con

niveles adicionales que podían elevarse con poleas. Para protegerse de las flechas incendiarias, se cubrían con pieles frescas, láminas de metal o —en un caso muy famoso— prisioneros que gritaban. Como precaución adicional, podrían estar equipadas con cubos de agua y mangueras contra incendios fabricadas con intestinos de vaca curtidos. En resumen, cada torre de asedio era una estructura notable. Pero las «tomadoras de la ciudad» de Demetrio Poliórcetes (el Asediador de Ciudades) descollaban sobre todas las demás.

Demetrio el Asediador, uno de los reyes más aventureros del mundo helenístico, siempre estaba ansioso por desplegar los últimos artilugios militares. Como sugiere su apodo, se hizo famoso por sus enormes e innovadoras máquinas de asedio. Durante el asedio inaugural de su carrera, en la ciudad de Salamina, en Chipre, construyó una gigantesca torre de asedio a la que llamó «la tomadora de la ciudad». Cada uno de los nueve pisos de la torre zumbaba y temblaba con balistas que arrojaban piedras y flechas. Se necesitaban no menos de doscientos hombres solo para hacer funcionar aquellos artilugios. Una vez que la torre se colocó en su lugar, llovió la muerte sobre los baluartes de Salamina, despejando los muros de defensores y también el camino para la victoria de Demetrio. Al año siguiente, mientras ponía cerco a la rica y poderosa ciudad de Rodas, Demetrio construyó una «tomadora de la ciudad» aún mayor. Esta estructura tenía 40 metros de altura y una base de 20 metros de lado. Aunque pesaba 180 toneladas, rodaba fácilmente sobre sus ocho ruedas, que estaban montadas sobre ejes alineados para permitir el movimiento hacia adelante y hacia los lados. El frente y los lados estaban revestidos de hierro y salpicados de ojos de buey para las balistas que lanzaban piedras y flechas. Cuando la torre echó a rodar hacia adelante (una tarea que involucró a 3.400 hombres), sus motores barrieron a todos los defensores de los alrededores y redujeron a escombros un largo tramo de muralla.

Si se necesitaba una plataforma de asalto más estable, se construía una rampa de asedio. Trabajando detrás de escudos de cuero o mimbre, los atacantes amontonaban tierra y escombros a un nivel igual o más alto que las murallas de la ciudad. Esto se podía hacer con una velocidad increíble: los legionarios de César lograron construir una rampa de 110 metros de ancho y 26 metros de alto en solo veinticinco días. La rampa de asedio antigua más famosa, levantada por la Décima Legión para someter la fortaleza de Masada, se elevó a una altura de 68 metros. Aunque menos imponentes, las minas de asedio podrían ser igualmente efectivas. A menudo, como los persas en Dura Europos, los atacantes excavaban debajo de los cimientos de una muralla de la ciudad y prendían fuego a los soportes del túnel con la esperanza de crear una brecha. Como alternativa, se podía intentar

la estrategia más arriesgada de excavar hasta el interior de la ciudad asediada y enviar un grupo de comandos para abrir las puertas.

Para cada astuta estratagema y cada ruidosa máquina de asedio había una contramedida. Por ejemplo, se podían detectar las minas colocando un escudo de bronce en el suelo y escuchando las reverberaciones. Una vez localizado el túnel, los defensores cavaban una contramina o simplemente dejaban caer ollas llenas de abejas, avispas o plumas ardientes a través de los agujeros en el techo. Las escalas para trepar los muros se echaban hacia atrás con postes con forma de horquilla y los soldados que trepaban eran neutralizados con piedras, flechas u ollas de escorpiones. Las máquinas de asedio se incendiaban con flechas de fuego y se cortaban en pedazos mediante audaces salidas de los sitiados. Los golpes de los arietes se amortiguaban con sacos colgantes de lana, se despuntaban con rocas que derribaban las cabezas metálicas o se detenían en seco con un instrumento parecido a una garra conocido como «el lobo». Las torres de asedio eran quemadas, se defendían contra ellas con vigas y las empalaban con arietes situados en la parte superior de las murallas. Incluso la poderosa «tomadora de ciudades» de Demetrio era vulnerable. Los rodios sometieron la torre a un estruendoso aluvión de proyectiles de balista, dañando los flancos de hierro y provocando varios incendios. Cuando continuó avanzando, canalizaron una corriente de aguas residuales hacia su trayectoria, lo que hizo que se empantanara en un lodo fétido.

A modo de resumen, puede resultar útil rastrear un asedio de principio a fin. En el año 359 de nuestra era, durante una de sus invasiones de la Siria romana, el rey persa Sapor II sitió Amida, una ciudad fortificada a orillas del Tigris. El luego historiador Ammiano Marcelino, en aquel momento oficial del ejército romano, estaba con las siete legiones atrapadas dentro de las murallas. Al comienzo del asedio —tal como Ammiano registró más tarde en su historia— el propio rey Sapor, resplandeciente con su corona de guerra dorada, cabalgó hasta las puertas y exigió la rendición de la ciudad. Los romanos se negaron.

Entonces, los persas intentaron intimidarlos, rodearon Amida y permanecieron en silencio durante un día entero mientras sus jinetes y elefantes de guerra desfilaban de un lado a otro. Cuando esta tetra falló, organizaron dos asaltos generales contra las murallas. Los romanos los rechazaron tanto con flechas como con piedras arrojadas con onagro. Obligados ya a un asedio, los persas comenzaron a construir dos rampas y un par de torres con balistas. En respuesta, los defensores trabajaron febrilmente para levantar y fortalecer las murallas opuestas al ariete. Un desertor romano condujo a 70 arqueros persas hasta el interior de la ciudad a través de un pasadizo

secreto. Sin embargo, antes de que pudieran causar daños graves, el traidor y su grupo de asalto fueron reducidos con proyectiles de balista.

El asalto final se produjo varias semanas después. Las torres de asedio subieron por las rampas y la infantería persa avanzó en masa bajo la protección de cubiertas de madera. Mientras las balistas de las torres causaban estragos en las murallas, oleada tras oleada, los atacantes, apoyados por elefantes de guerra, se abalanzaron contra las murallas. Los romanos destrozaron con onagros las torres y sus flechas de fuego aplastaron a los elefantes. Pero los ataques persas continuaron hasta que una sección de la muralla de la ciudad, desestabilizada por los intentos de aumentarla, se desmoronó de repente. Los soldados persas se internaron por la brecha y la batalla se convirtió en la brutalidad intemporal de un saqueo.

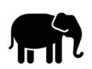
31.
¿HABÍA UNA POLICÍA SECRETA, ESPÍAS O ASESINOS?

Había sido un banquete espléndido. La cena fue impecable, el servicio, puntual y el vino, italiano. De hecho, en torno a la tumbona del agente, ese excelente vino seguía fluyendo libremente, y en consecuencia la conversación se había vuelto… sincera. El oficial de la tumbona de enfrente se sentía especialmente franco. «Cuando era niño, un astrólogo —dijo que era persa— elaboró mi horóscopo y me dijo que algún día sería emperador». El oficial hizo una pausa para echar un trago. «¿Sabes qué? Quizás tenía razón. Sería un emperador increíble. Puedo decirte una cosa: no habría ningún *agente* rondando y metiendo la nariz en los asuntos de la gente». Hizo una pose, con el vino derramándose de su copa mientras la levantaba por encima de su cabeza. «¡Larga vida a mí, tu futuro emperador! ¡Ojalá yo tenga más suerte que Augusto, y sea mejor que Trajano, y menos idiota que nuestro buen señor Constancio!». Los invitados más borrachos se rieron. El agente sonrió y levantó su copa. Después de un cortés intervalo, salió. En una hora, se informó del incidente. En el transcurso de aquel día, se envió un mensaje al emperador Constancio. En una semana, todos los invitados a la fiesta habían sido arrestados por traición.

Aunque en el mundo clásico no había una policía secreta profesional, había muchos aficionados entusiastas. De estos, los más numerosos y menos interesantes eran los informantes. Dado que no existían fuerzas policiales especializadas, las autoridades dependían de los ciudadanos para denunciar los delitos; puesto que aquellos que proporcionaban información útil eran recompensados por sus servicios, rara vez escaseaban estos ciudadanos. Bajo regímenes paranoicos, los «informadores eran omnipresentes y mortales». Pero eran esencialmente oportunistas, sin entrenamiento ni misiones especiales.

Los hombres más cercanos a nuestra idea de policía secreta estaban afiliados al servicio postal romano, una red de estaciones de paso y albergues que abarcaba todo el imperio diseñada para acelerar el viaje de mensajes y mensajeros en asuntos oficiales. Durante el inicio de la era imperial, muchos de los correos que pasaban por las estaciones del correo imperial eran los soldados conocidos como *frumentarii*. En origen, los *frumentarii* se habían especializado en asegurar los suministros de grano para las legiones. Pero en el transcurso del siglo I de nuestra era asumieron un papel mucho más amplio centrado en transmitir mensajes del emperador a los funcionarios provinciales. Por el camino, se convirtieron en informantes a tiempo parcial y policías secretos. Los emperadores los utilizaban para leer el correo de los senadores, arrestar a los disidentes y de vez en cuando «cazar» a algún cristiano. A veces actuaban incluso vestidos de civil: un autor romano describe a unos *frumentarii* rondando disfrazados, entablando conversaciones casuales con transeúntes y arrestando a cualquiera lo suficientemente imprudente como para criticar al emperador.

Hacia fines del siglo III, los *frumentarii* fueron reemplazados por *agentes in rebus*. Los *agentes* —a veces llamados *curiosi* (fisgones)— comenzaban su carrera como mensajeros en el servicio postal. Una vez que habían transportado su cuota de misivas imperiales, se graduaban en puestos directivos dentro del sistema postal. Por último, se les otorgaba el poder y el placer de auditar a los altos funcionarios del gobierno. Normalmente, los agentes no eran más (o menos) siniestros que los demás burócratas. Sin embargo, bajo algunos de los emperadores más suspicaces, se convirtieron en informantes incansables y aterradores, conocidos por extorsionar para obtener sobornos y presentar cargos de traición contra los ricos y poderosos. Podían ser incluso una amenaza tras su jubilación: a modo de pasatiempo, un exagente dedicó su tiempo libre a espiar a un obispo, a quien acabó por denunciar ante el papa.



El espionaje era más destacado durante las campañas militares, cuando los exploradores se infiltraban en las líneas enemigas. Por lo general, estos hombres no tenían ningún entrenamiento especial. Un general romano, por ejemplo, envió a varios de sus oficiales a un campamento enemigo disfrazados de esclavos. Allí soltaron «accidentalmente» un caballo asustadizo, que procedieron a perseguir por lugares interesantes desde el punto de vista estratégico. Sin embargo, los militares profesionales del Imperio Romano

desarrollaron unidades semipermanentes de exploradores expertos. Durante las Guerras Dacias de Trajano, uno de esos escuadrones fue enviado en una misión relámpago para capturar al rey enemigo y estuvo cerca de lograrlo. El líder de otro escuadrón fue elogiado por matar a un jefe de una tribu germana en combate singular.

Los exploradores romanos también eran responsables del reconocimiento en tiempos de paz. Patrullas regulares recorrían 30 kilómetros o más al otro lado de las fronteras y se reunían con contactos locales. El norte de Britania contaba con una unidad especial de *arcani* (hombres secretos) que reunían información sobre las tribus hostiles más allá del Muro de Adriano. Ocasionalmente, se enviaban exploradores a lo más profundo de lo desconocido. Hubo grupos expedicionarios que se aventuraron en el interior del Sáhara, navegando río arriba por el Nilo hasta la impenetrable región pantanosa de Sudd. Asimismo, en la franja norte del imperio, los soldados investigaron remotas islas frente a las costas de Britania.

En entornos civilizados, los griegos y los romanos tenían otros medios de recopilar información. Se esperaba que los diplomáticos fisgonearan cuando los enviaban a una corte extranjera, e incluso en Persia, «donde eran vigilados por guardianes de habla griega», solían enterarse de muchas cosas. Los comerciantes amistosos eran otro valioso recurso, tal como descubrió Julio César al planificar su invasión de Britania. Si todo lo demás fallaba, se podía lanzar a territorio enemigo a un lacayo prescindible y de ojos vivaces. Un general romano envió a un subordinado a las montañas de Armenia para observar el avance del ejército persa y conversar con un gobernador amistoso. Otro ordenó a su secretario que se disfrazara, visitara una ciudad cercana y reuniera pruebas sobre una flota enemiga.

Sabemos poco acerca de los espías profesionales, más allá del hecho de que el Imperio Romano posterior mantuvo operativos en Persia. Estos hombres, lo suficientemente hábiles como para penetrar incluso en el palacio real, solían disfrazarse de comerciantes. Vivían en habitaciones alquiladas, vendían productos baratos, viajaban de ciudad en ciudad y escuchaban. En tiempos de guerra a veces se vestían de soldados para infiltrarse en los campamentos militares. Los persas conocían los mismos trucos. Durante una escaramuza fronteriza los romanos detuvieron a un hombre con uniforme de legionario que admitió ser un espía persa enviado a mezclarse con tropas a lo largo de la frontera. Había incluso agentes dentro del gobierno: un funcionario romano proporcionó información sobre las ubicaciones y los movimientos planificados de las legiones a los contactos persas antes de huir del imperio.

Los espías se comunicaban con sus superiores mediante una

variedad de métodos. A corta distancia, empleaban palomas mensajeras, perros con cartas cosidas en el cuello o trozos de pergamino envueltos alrededor de flechas. Las distancias más largas requerían un mensajero de confianza o inconsciente con tiras de hojalata grabadas en sus sandalias, hojas de papiro cosidas en su capa o un vendaje falso en una pierna. Si se trataba de un espía que se ganaba bien su salario, los mensajes estaban codificados. Unas pocas letras en oraciones aparentemente inofensivas podían estar escritas con puntos o redactadas de una manera particular para deletrear nuevas palabras. Las vocales podían ser sustituidas o reemplazadas por patrones de puntos preestablecidos. Todo el mensaje podía estar escrito con tinta invisible. Otro método era llevar un pequeño hueso con 24 agujeros, uno para cada letra del alfabeto griego. Pasar un hilo a través de los agujeros deletrearía un mensaje que podría ocultarse enrollando un hilo adicional alrededor del hueso.



Los antiguos asesinos mejor atestiguados eran envenenadores. Los griegos y los romanos tenían un conocimiento práctico de docenas de toxinas, desde el opio relativamente benigno —una medicina útil en dosis bajas— hasta el acónito mortal y de acción rápida, la «reina de los venenos». El miedo al envenenamiento estaba tan presente que algunos aristócratas romanos consideraban que valía la pena que un «catador» capacitado probara cada plato antes de que llegara a bocas ricas y vulnerables. Un rey helenístico tenía todo un jardín de plantas venenosas que cuidaba y estudiaba obsesivamente. Otro era lo suficientemente prudente o paranoico como para tomar pequeñas dosis de veneno todos los días en un esfuerzo por fortalecer su sistema inmunológico.

Locusta, la superenvenenadora de Nerón, fue la practicante de las artes venenosas más célebre del mundo clásico. En el espacio de un solo año preparó los hongos recubiertos de acónito que eliminaron al emperador Claudio (el padrastro de Nerón), mezcló el veneno que mató al hijo de Claudio y se hizo tan indispensable que Nerón le proporcionó una villa y aprendices. Sin embargo, al igual que los otros envenenadores mencionados en nuestras fuentes, Locusta se limitaba a preparar las mezclas asesinas. Solo captamos destellos ocasionales de aquellos que hacían realidad el envenenamiento. Un jefe tribal germano prometió deshacerse personalmente de uno de sus rivales si los romanos le enviaban un buen veneno. Y en varias ocasiones, curiosamente, un misterioso círculo de asesinos se deshizo de sus

víctimas pinchándolas con agujas envenenadas en las concurridas calles de Roma.

Sin embargo, la mayoría de los asesinatos clásicos pertenecían a la variedad de puñaladas por la espalda. Al parecer, las dagas fueron las armas preferidas entre los *frumentarii* que los emperadores usaban a veces para deshacerse de sus enemigos políticos. Aunque la mayoría de sus asesinatos fueron domésticos, los romanos se convirtieron en unos asesinos bastante prolíficos de líderes extranjeros. Un general del siglo I arregló un accidente fatal para un jefe tribal germano, y Marco Aurelio ofreció una recompensa por la cabeza de un problemático líder guerrero. Pero la edad de oro del trabajo sucio clásico fue la antigüedad tardía, cuando los romanos intentaron asesinar a quien se interpusiera en su camino hacia el éxito en un panorama político peligroso. Una táctica muy apreciada era invitar al objetivo a un banquete, emborracharlo y acuchillarlo. La buena fe, al parecer, era un lujo que ni siquiera los emperadores romanos podían permitirse.

32.
¿POR QUÉ NO CONQUISTARON LOS ROMANOS GERMANIA O LA ISLA DE IRLANDA?

Si se entrecerraban los ojos, la ciudad casi podría estar en Italia. Tenía una cuadrícula ordenada de calles. Tenía un foro con pórticos y una basílica. Tenía incluso estatuas doradas de Augusto y sus generales. Pero los edificios estaban techados con tejas de madera, las columnas de los pórticos eran troncos de árboles y esas calles ordenadas estaban llenas de germanos con armaduras de auxiliares imperiales, cargando bultos de verduras y entrando en versiones de madera de las casas romanas.

La ciudad nunca se terminó. De hecho, a juzgar por las ruinas, ubicadas cerca del pueblo de Waldgirmes —en lo que ahora es el centro-oeste de Alemania—, la mayor parte del espacio dentro de sus muros de empalizada permaneció vacío. Antes de que pudieran realizarse más trabajos, los romanos se retiraron de la región y la ciudad fue abandonada. Sin embargo, sus restos muestran lo cerca que estuvo Germania de incorporarse al Imperio Romano.

Durante la era imperial temprana, los romanos tenían, o parecían tener, el poder militar para conquistar todo el norte de Europa. El imperio empleaba a más de cuatrocientos mil soldados a tiempo completo. En el núcleo de este vasto establecimiento militar estaba la infantería pesada de las legiones. Los legionarios se complementaban con auxiliares y con unidades de infantería ligera y caballería reclutadas localmente. Tanto los legionarios como los auxiliares servían durante veinte años o más y eran sometidos a un entrenamiento riguroso y una disciplina brutal. A modo de compensación, recibían buena comida, atención médica, sueldo regular y —en el caso de los legionarios— una enorme bonificación por baja militar destinada a asegurar una cómoda jubilación. Para los hombres que pasaban dos o tres décadas de su vida a su servicio, el ejército romano era un mundo en sí mismo, con sus propios asentamientos y leyes, una compleja jerarquía interna y un intenso espíritu de cuerpo.

La moral, el entrenamiento y el poder puro de las legiones se mostraban de manera impresionante durante las campañas. Un ejército romano marchaba en una columna cuidadosa. Los exploradores abrían camino, seguidos por unos pioneros que despejaban y nivelaban el recorrido. Luego venían el general y los oficiales; a continuación, los abanderados y los trompeteros. Detrás iba en tropel la tropa con el bagaje en el centro. Cada noche, los soldados construían un campamento con muros de empalizadas, hornos y letrinas colocados con precisión y ordenadas hileras de tiendas de cuero. El mismo orden abrumador prevalecía en el combate. Al comienzo de una batalla, los arqueros auxiliares y los honderos desataban una brillante lluvia de misiles, la artillería entraba en acción y los legionarios lanzaban sus jabalinas. Luego, mientras los arqueros y honderos continuaban haciendo llover muerte y la caballería se movía para flanquear la formación enemiga, los legionarios desenvainaban sus puntiagudas espadas cortas.

Había muchas tácticas para el desordenado resto. Enfrentado a un enorme ejército de hombres de tribus britanas, un general lanzó un asalto frontal y una carga de caballería que aplastó las líneas enemigas. Al enfrentarse a nómadas montados con cota de malla y lanzas de caballeros medievales, otro general dispuso a sus hombres en una ladera y ahuyentó a la horda que cargaba con una andanada de dardos y proyectiles de artillería. Un tercer comandante, luchando contra la caballería bárbara en un Danubio helado, ordenó a sus hombres que se montaran sobre sus escudos para tirar y desmontar a los jinetes de sus caballos.

Las Guerras Dacias exhibieron al ejército romano en su máxima eficiencia. El reino de Dacia, localizado en lo que ahora es Rumanía, era rico, estaba bien organizado y gobernado por un rey que enviaba grandes ejércitos equipados con la temida *falx* (guadaña de guerra) a asaltar las provincias balcánicas de Roma. Después de una expedición punitiva inicial, el emperador Trajano decidió borrar Dacia del mapa. Ordenó a los ingenieros legionarios que construyeran un colosal puente sobre el Danubio —1.158 metros de longitud y 42 metros de altura desde los cimientos hasta la cubierta— y lo cruzaron unidades pertenecientes a por lo menos once legiones. Los sinuosos relieves de la Columna de Trajano, montados para conmemorar el conflicto, capturan escenas de la campaña. Los soldados romanos sitian las fortalezas dacias. Se toma la capital dacia. Se rinden los jefes dacios; caen más fortalezas. El rey dacio, rodeado por la caballería romana, se suicida. Las últimas ciudades dacias son tomadas y quemadas. Los cautivos dacios son llevados como esclavos.

Durante el reinado de Trajano, la política imperial consistía en estacionar tropas a lo largo de los límites del imperio. Las mayores

concentraciones se produjeron siempre en el norte, a lo largo de las orillas de los dos ríos, el Rin y el Danubio, que marcaban los límites del control romano en Europa central. Tanto la idea como las realidades de esta frontera se desarrollaron gradualmente. La Roma republicana se había expandido a pasos agigantados a medida que nobles ambiciosos y vecinos fraccionados empujaban y atraían a las legiones hacia una serie de nuevas conquistas. Con menos que ganar con una expansión tan desenfrenada, los emperadores adoptaron una política exterior más defensiva, haciendo incursiones en nuevos territorios tan solo para apoderarse de fuentes de ingresos fáciles y reforzar su prestigio.

La conquista de Germania resultaba difícil de justificar en esos términos. Tal como la definían los romanos, Germania era un enorme territorio al este del Rin y al norte del Danubio que se extendía desde las conocidas colinas moteadas por el sol de Renania hasta la oscuridad del Báltico. Se pensaba que los germanos podían diferenciarse de los galos por su disgusto por las ciudades, de las tribus nómadas de las llanuras de Europa oriental por sus asentamientos y de todos los pueblos por su lengua y cultura distintivas. Se reconocía a los germanos como guerreros respetables. Como otros norteños, luchaban sin orden ni disciplina, pero combatían con valentía y —admitían los romanos a regañadientes— lo hacían bien. Sin embargo, solo se convertían en una seria amenaza cuando tribus enteras emigraban en busca de nuevas tierras o cuando los jefes carismáticos organizaban incursiones a gran escala dentro del territorio romano.

Durante su conquista de la Galia, Julio César invadió Germania dos veces, tendiendo puentes de madera sobre el Rin para mostrar a las tribus locales que el río no era una barrera para las armas romanas. Sin embargo, no hubo intentos de conquistar Germania hasta una generación más tarde, cuando Augusto decidió limpiar sus fronteras del norte. Una serie de talentosos generales cruzaron el Rin e hicieron campaña hasta el Elba, creando alianzas con tribus locales, estableciendo bases militares y fundando la ciudad de Waldgirmes como centro administrativo. Pronto lo que ahora es la mitad occidental de Alemania estaba en camino de convertirse en una provincia. Luego, en una lluviosa tarde de verano del año 9 de nuestra era, se produjo el desastre.

Las tres legiones que componían el ejército romano de Germania avanzaban penosamente por un camino embarrado. A la cabeza de la línea, los ingenieros se esforzaban por salvar los profundos barrancos que cortaban el camino. Los soldados que estaban detrás resbalaban y tropezaban en un lodo cada vez más profundo. De repente, sonaron desde los bosques de alrededor los gritos de guerra germanos, y desde

la maleza comenzaron a silbar flechas y lanzas. Incapaces de enfrentarse a sus oponentes, los romanos construyeron apresuradamente un campamento amurallado. Continuaron su marcha a la mañana siguiente y los germanos, invisibles entre los árboles, los siguieron y eliminaron a soldados y a animales de carga. Otra noche de nervios, otro campamento fortificado, otro día de desgaste. A la mañana del cuarto día, cuando el ejército en desintegración reanudaba su desesperada marcha, estalló una tormenta. Medio cegados por la lluvia, tambaleándose por una estrecha franja de tierra entre una colina alta y un pantano infranqueable, los romanos encontraron su camino bloqueado por una gran fuerza germana. Cuando quedó claro que estaban atrapados, algunos soldados, incluido el general, se suicidaron. Otros intentaron luchar para salir. Todos menos un puñado murieron. La batalla del bosque de Teutoburgo, como se conoce ahora, destruyó dos décadas de paciente construcción provincial en Germania. Los romanos supervivientes se retiraron al Rin.

Desde el siglo I hasta el V d. C., más de dos tercios del ejército romano estuvo estacionado a lo largo del Rin y el Danubio. Estos ríos no eran fronteras en el sentido moderno. Eran más bien las arterias centrales de las zonas de ocupación militar que separaban el área de administración provincial de un cinturón mal definido de territorios tribales que se suponía respetaban y reconocían el poder romano. Sin embargo, a partir de finales del siglo I los campamentos militares a lo largo de los ríos se volvieron permanentes. Incluso los pequeños emplazamientos estaban fuertemente fortificados —un autor romano describe un campamento para 400 soldados protegido por altas murallas de ladrillo, amplias zanjas y balistas instaladas en la muralla —. Las murallas que empezaron a aparecer a lo largo de tramos de la frontera eran aún más impresionantes. En el ángulo entre el Rin Superior y el Danubio Superior, los emperadores construyeron y reconstruyeron líneas de muros y trincheras de más de 160 kilómetros de largo. Aunque menos monumentales que el Muro de Adriano en Britania, tenían la misma función básica: vigilar y controlar el flujo constante de romanos y bárbaros que atravesaban la zona fronteriza.

Los romanos nunca abandonaron Germania. Las patrullas continuaron rodeando las pistas forestales más allá del Rin y el Danubio, deteniéndose por la noche en aldeas amistosas y puestos avanzados construidos a tal efecto. Los jefes tribales germanos cruzaban los ríos para asistir a los banquetes organizados por los comandantes legionarios. A veces se invitaba a tribus enteras a establecerse en suelo romano. Lejos de ser una línea de exclusión, la frontera atraía a comerciantes y migrantes de ambos lados de la frontera. Dado que los soldados en los campamentos tenían que ser

alimentados, los agricultores germanos cuidaban los campos, los rebaños y los viñedos bajo contratos legionarios. Y dado que todos esos miles de soldados estaban bien pagados, las ciudades pobladas en gran parte por germanos crecieron junto a aquellas bases para ayudarlos a gastar su dinero.

Aunque las campañas romanas en Germania fueron raras después del siglo I, la presencia de cientos de miles de soldados romanos a lo largo del Rin y el Danubio cambió profundamente la sociedad germana. Las regiones más cercanas a la bulliciosa zona fronteriza se integraron en la economía romana. Las monedas y los bienes romanos circulaban libremente; las ciudades se trazaban con cuadrículas de calles romanas; se levantaban villas de estilo romano. Muchos lugareños pasaban años como auxiliares, aprendiendo latín y desarrollando el gusto por cosas como la salsa de pescado y el vino. Los germanos más alejados de la frontera solían ser menos amistosos, en gran parte porque no había mejor manera de que un jefe tribal ambicioso ganase honor y seguidores que una incursión relámpago dentro de territorio romano. La riqueza romana, robada o ganada, alimentó el surgimiento de poderosos líderes germanos. En este sentido, las poderosas legiones de las fronteras del Rin y el Danubio crearon lentamente los enemigos que estaban destinados a destruirlas.



Entonces, ¿por qué los romanos no conquistaron Irlanda? Podríamos responder a esa pregunta con otra: ¿qué posible razón podrían tener los romanos para conquistar Irlanda? Para los emperadores, anexar un nuevo territorio solo valía la pena (a) si presentaba una amenaza legítima para la seguridad imperial, (b) si prometía producir una gran cantidad de ingresos imponibles, y/o (c) si podía proporcionar una gran ayuda de prestigio con mínima acidez de estómago militar. Irlanda no cumplía con ninguno de estos criterios. De hecho, según todos los informes, era un lugar poco atractivo. El clima era frío y tormentoso. Se decía que la hierba, aunque exuberante, tenía la lamentable propiedad de hacer explotar al ganado. Y se contaba que los nativos eran glotones, incestuosos y caníbales, a veces todo a la vez. En el lado positivo, en tierras irlandesas había una clara escasez de serpientes.

A finales del siglo I, un ambicioso gobernador de Britania consideró brevemente conquistar Irlanda. Interrogó a los comerciantes locales sobre los puertos de la isla, se hizo con un jefe tribal irlandés fugitivo y predijo que una sola legión sofocaría toda resistencia. Pero

el emperador no estaba interesado y el plan acabó en nada. Sin embargo, como en el caso de Germania, la proximidad del imperio cambió el curso de la historia irlandesa. El comercio estable con Britania e Hispania trajo monedas y bienes comerciales romanos. El alfabeto latino inspiró la creación de la escritura ogham irlandesa. Y el cristianismo hizo su entrada triunfal, sobre todo gracias a los esfuerzos del hijo de un consejero británico llamado Patricio. La conquista romana no siempre necesitó legiones.

PARTE VI:
LEGADO

33.
¿QUÉ LE OCURRIÓ A LA CIUDAD DE ROMA DESPUÉS DE QUE CAYERA EL IMPERIO?

Cuando era un joven y rebelde estudiante de posgrado en la Universidad de Míchigan, adquirí la costumbre de explorar edificios abandonados en Detroit. Me gustaba especialmente el Lee Plaza, una obra maestra del Art Déco que en su día fue uno de los mejores edificios de apartamentos de la ciudad. Después de gatear con dificultad por el sótano lleno de escombros, deambulaba por las grandes salas públicas, levantando a mi paso nubes de polvo de yeso. Luego seguía una larga procesión de escaleras hasta el ventoso tejado. Una mañana de diciembre me detuve en un apartamento del decimoquinto piso, donde un enorme agujero en la pared enmarcaba un panorama. La nieve que caía cubría el horizonte, ocultando los distantes rascacielos del centro de la ciudad. La mayoría de las casas del vecindario de abajo habían sido demolidas años antes. Los edificios supervivientes se mecían grises sobre una pradera urbana. Mientras estaba allí, escuchando el susurro de los copos de nieve sobre ladrillos y vidrios rotos, recuerdo haber pensado: «Roma debió de sentirse así después de la caída».



Roma fue la ciudad más grande, sucia y peligrosa del mundo clásico. También fue la más magnífica. Incluso los emperadores quedaban impresionados. En el año 357 de nuestra era, cuando Constancio II visitó Roma por primera vez, quedó asombrado. Se maravilló con los enormes complejos de las termas, donde las piscinas humeaban bajo las paredes de vidrio. Entrecerró los ojos apreciativamente ante los altísimos muros del Coliseo. Se quedó abrumado ante el Panteón. Y

estas eran tan solo algunas de las maravillas de Roma. En el momento de la visita de Constancio, la población era probablemente de alrededor de setecientas mil almas —menos del millón de la era imperial temprana, pero aún mayor que la de cualquier otra ciudad del planeta—. Estas multitudes abundantes patrocinaron los 424 templos y 861 baños de Roma, ocuparon sus 1.790 casas aristocráticas y 46.602 edificios de apartamentos, y fueron enterradas en cementerios que irradiaban kilómetros más allá de las murallas de la ciudad.

Sin embargo, el medio milenio siguiente no fue amable con la capital del mundo. Roma fue saqueada por bárbaros, incendiada en una guerra civil, sufrió el pillaje de ambos bandos durante las Guerras Góticas de Justiniano, devastada repetidamente por la peste, inundada hasta la saciedad y nuevamente saqueada en buena medida por piratas sarracenos. Durante gran parte de este período, la ciudad se redujo al estado de un puesto fronterizo gobernado desde la distante Constantinopla. Únicamente la peregrinación y el prestigio del papa impidieron que Roma se hundiera en la oscuridad. Para el siglo IX, la población se había reducido en más del 95 por ciento, dejando entre 30.000 y 40.000 habitantes esparcidos por las ruinas de una ciudad construida para 1 millón.

Algunos de los edificios de Roma fueron destruidos violentamente. Durante el primer saqueo de Roma, se quemaron las mansiones y estructuras aristocráticas del Foro. Las tejas doradas del gran templo de Júpiter fueron arrancadas durante el segundo saqueo. Sin embargo, en general, parece que las partidas de saqueadores causaron sorprendentemente poca destrucción, y al menos algunos de los daños fueron reparados más tarde: una inscripción del siglo V conmemora la restauración de una estatua «derribada por los bárbaros». Las Guerras Góticas causaron una devastación más duradera. Entre sus bajas más notables se incluyen las colosales estatuas de mármol que había sobre el Mausoleo de Adriano y que los defensores romanos catapultaron sobre los bárbaros que intentaban escalar las murallas.



Piezas de mármol romano integradas en una casa medieval. La fachada del siglo X de la casa de los Crescentii en Roma.

La mayor parte del tejido urbano se deshizo por medios menos dramáticos. Gracias al amplio uso de hormigón revestido de ladrillo, los grandes edificios romanos eran, según los estándares premodernos, notablemente sólidos. Sin embargo, estaban lejos de ser inmunes a la intemperie. Una vez que se hundieron sus techos, el agua penetró por las juntas de mampostería y las grietas en el relleno de cemento, pulverizando el mortero. A principios del siglo VII, el papa Gregorio Magno se lamentaba así: «Todos los días vemos caer edificios deteriorados por la edad». Durante las tormentas de viento y las fuertes heladas Roma debió resonar con el trueno de los muros derrumbados.

El ritmo de la descomposición se aceleró debido a los desastres naturales. Dos terremotos importantes sacudieron la ciudad en 801 y 847, agrietaron muros, derribaron columnas e hicieron caer muchas bóvedas y cúpulas elevadas. Las inundaciones fueron más frecuentes y casi igual de destructivas, particularmente en los tambaleantes bloques de antiguos apartamentos cerca del río. Al parecer, una inundación a principios del siglo VIII hizo que muchos de estos edificios se derrumbasen en el agua embarrada.

Sin embargo, los mayores enemigos de los monumentos de Roma fueron los propios romanos. A pesar del reducido tamaño de la ciudad medieval, la construcción constante a pequeña escala, el patrocinio

papal de la construcción de iglesias y un próspero comercio de exportación de mármol crearon un hambre persistente de chatarra y materiales de construcción. Las ruinas proporcionaron un suministro aparentemente inagotable de ambos.

Los bosques de esculturas de bronce en los lugares públicos de Roma eran especialmente vulnerables al saqueo. El proceso ya había comenzado a principios del siglo VI, cuando un funcionario se quejaba de que los somnolientos vigilantes nocturnos ignoraban los sonidos de los ladrones que arrancaban las estatuas de sus pedestales. Más tarde, los emperadores bizantinos y sus funcionarios recogieron periódicamente estatuas para el desguace. El peor saqueador fue el emperador Constante II, que visitó la ciudad en 663. En el transcurso de su estancia de dos semanas, los hombres de su séquito reunieron todas las estatuas de bronce que pudieron encontrar, las cortaron en pedazos manejables y transportaron el metal hasta las barcazas que esperaban en el Tíber. Las estatuas de mármol no recibieron mejor trato. A veces, eran llevadas a obras en construcción, las aplastaban con mazos y las usaban como escombros para rellenar cimientos y paredes. Sin embargo, era más habitual que se quemasen en hornos para producir cal para mortero. Cuando se excavó la Casa de las Vestales en el Foro Romano, se descubrió un montón de estatuas de mármol de 2 metros de largo, 1 metro de ancho y 60 centímetros de alto apiladas cerca de uno de estos hornos y listas para ser quemadas.

Los edificios antiguos fueron destrozados con el mismo espíritu. Aunque los buscadores de restos carecían de medios para hacerse con los núcleos de hormigón y escombros de los cimientos y muros más gruesos, despojaron casi todo lo demás. Las finas cubiertas de mármol solían ser las primeras en desaparecer tanto porque eran fáciles de quitar como porque eran una excelente cal. Los herrajes de hierro y bronce fueron otras opciones fáciles. También había una demanda constante de piedra labrada. Un papa del siglo VIII supervisó personalmente la demolición de un decrépito templo romano por sus bloques utilizables. Esto fue algo inusual tan solo porque quedó constancia de ello: durante el siguiente milenio, prácticamente todas las piedras utilizadas en las iglesias y palacios de Roma serían arrancadas de las ruinas apropiadas más cercanas.

Unos pocos edificios romanos prominentes se conservaron al ser transformados en iglesias. Sin embargo, incluso la consagración resultó una protección solo parcial. El Panteón, por ejemplo, se convirtió en una iglesia en 609, pero cuando Constante II, el emperador amante de la chatarra, apareció medio siglo después, el papa no pudo evitar que quitara la cubierta dorada del edificio. Casi un milenio después otro papa derritió las enormes cerchas de bronce del pórtico del Panteón y ordenó que el metal (que pesaba más de 200

toneladas) se fundiera para fabricar 110 cañones.



Usted es un peregrino del siglo IX. El viaje fue largo, el camino, duro y las posadas eran lúgubres incluso para los estándares del siglo IX. Pero ha llegado a Roma sano y salvo, y después de visitar las reliquias más famosas ha decidido dar un paseo por las ruinas.

Cayado en mano, camina por una calle de bloques de apartamentos en descomposición, cada uno tan alto como la iglesia de su ciudad. Para su sorpresa, los pisos inferiores de algunos edificios todavía están ocupados. Sin embargo, la mayoría de los inmuebles son cascarones destripados y algunos se han derrumbado. Al final de la calle asoma el Coliseo. Un compañero peregrino de su albergue le había dicho que el anfiteatro había sido originalmente un templo del sol donde se sacrificaban cristianos a los dioses antiguos. Sea lo que sea, ahora el Coliseo se está desmoronando. Grandes montones de bloques de piedra, sacudidos por los terremotos, cubren el pavimento de un lado del edificio. Entre los escombros arden sin llama los hornos de cal. En el otro lado, un poco mejor conservado, las casas y las tiendas se han apretujado en la hilera más baja de arcos.

Desde el Coliseo, sigue un camino a través de las columnas de un templo derrumbado. Pasando por debajo de un arco de mármol, se encuentra entre colinas de ladrillos caídos. A su izquierda están los contrafuertes medio enterrados y los techos doblados del antiguo palacio imperial. Pero gira a la derecha, donde una tenue pista conduce hasta un enorme edificio de ladrillos. Entrando con cautela —este es el tipo de lugar donde acechan los demonios— contempla el interior poco iluminado, que huele levemente a estiércol. A medida que sus ojos se adaptan a la penumbra distingue en una esquina los fragmentos de una gigantesca estatua. Sin embargo, también observa que la luz del sol se filtra a través de las enormes grietas de las bóvedas y decide no seguir explorando.

De nuevo afuera, continúa hacia el Foro. Más adelante, puede ver los muros rojos de la iglesia de San Adriano, en su día, según el guía que contrató en el Vaticano ayer, la sede del Senado. No está muy seguro de lo que era el Senado, pero deduce que era algo importante. Junto a la iglesia, se han construido algunas tiendas y casas dentro de una tambaleante columnata de dos pisos. La enorme sala detrás de las columnas está en ruinas, igual que todos los demás templos que hay a la vista. Caminando bajo otro arco, emerge a la plaza del Foro, un espacio rectangular delimitado por altas columnas. Algunas de ellas, como se puede observar, todavía sostienen abolladas estatuas de

bronce.

Hay más ruinas detrás de San Adriano, como templos medio derrumbados y pórticos rotos que sobresalen entre huertos y trigales. Más allá de ellos vislumbra la maravilla que el encargado de su albergue le aconsejó que viera: la columna del buen emperador Trajano. Se dirige hacia ella, y después de unos minutos entre los campos de trigo llega a la puerta del enorme edificio en ruinas frente a la columna.

Atraviesa la puerta y emerge en lo que una vez fue una gran sala. Sin embargo, el techo ya no existe y los árboles se han abierto paso a través del suelo de mármol. Apartando los matorrales, se dirige a la base de la columna. Tal como había afirmado el encargado de su albergue, la columna está tallada de arriba a abajo con escenas de las guerras de Trajano contra los paganos. Y tal como había dicho, hay una puerta en la base de la columna. Entra y comienza a subir por su interior. La escalera es estrecha y está iluminada solo por rendijas ocasionales. Su respiración se vuelve irregular. El sudor le pica los ojos. Sin embargo, toda esa incomodidad se olvida en el momento en que llega a la plataforma de la parte superior de la columna.

Roma se extiende bajo sus pies como un mosaico de imágenes. A un lado está el gran edificio por el que acaba de pasear, casi tan alto como la propia columna. Los estorninos llaman desde los nidos en los agujeros de las vigas. Al otro lado hay un templo sin techo con unas columnas más gruesas que cualquier roble. El Foro se agazapa a media distancia, dominado por el demacrado templo de Júpiter, el archidiablo de los antiguos dioses. Más allá hay hileras de apartamentos en ruinas que se extienden hacia las tierras salvajes de la campaña. Le gustaría quedarse allí, pero se está poniendo el sol y las calles son peligrosas por la noche. Sus pisadas resuenan mientras baja las escaleras.

34.
¿QUÉ PASÓ CON EL CUERPO DE ALEJANDRO MAGNO? ¿SE HA DESCUBIERTO INTACTA LA TUMBA DE ALGÚN GOBERNANTE ROMANO?

Alejandro estaba muerto. Después de una noche de beber mucho —y un hombre de treinta y dos años que ha conquistado el mundo conocido puede beber muchísimo—, el rey se había despertado con fiebre, que había empeorado constantemente. En seis días, se quedó postrado en cama. En ocho, había perdido la capacidad de hablar. Al décimo día, exhaló su último aliento. Pronto corrieron rumores sobre aquella inesperada muerte. Alejandro, se decía, había sido envenenado con estricnina. No, su vino se había vuelto mortal con agua del río Estigia. Uno de sus generales lo había matado. No, era un agente que trabajaba para los espartanos. O quizás Aristóteles. Solo había una cosa segura: Alejandro se había ido y el mundo estaba a punto de cambiar.

Y cambió rápida y desordenadamente mientras los antiguos subordinados de Alejandro luchaban por el dominio de su imperio. Ptolomeo, el más astuto de estos rivales, robó los restos de Alejandro y se los llevó a Alejandría, capital del reino que había establecido en Egipto. Allí, bajo el gran mausoleo conocido como «el Soma», el cuerpo embalsamado del conquistador vio pasar los siglos en su sarcófago de cristal, vestido con una magnífica armadura.

La tumba de Alejandro se convirtió en una famosa atracción turística. Julio César dejó constancia de su visita, y también lo hizo Augusto, quien plantó un torpe beso en la mejilla de Alejandro que le rompió la nariz momificada. Todo esto, sin embargo, no fue nada comparado con el fanático obsesivo de Caracalla, quien bebió de las copas de Alejandro, modeló sus estatuas a partir de los retratos de Alejandro e informó al Senado de que él era Alejandro renacido. Cuando Caracalla visitó el Soma, cubrió tiernamente con su manto púrpura el marchito cuerpo del conquistador. Luego se quitó los anillos de piedras preciosas y los dejó caer uno a uno dentro del sarcófago.

Caracalla es la última persona conocida que visitó el Soma. Algunos historiadores creen que la tumba de Alejandro fue destruida por un catastrófico incendio en el año 272 de nuestra era. Si sobrevivió a este desastre, quizás desapareció en un saqueo una generación más tarde o durante el terremoto y el tsunami del año 365. Un autor de finales del siglo IV da a entender que la tumba todavía existía en su época. Otro, sin embargo, pregunta retóricamente si alguien sabe dónde yace Alejandro.

Hoy, al menos, nadie lo hace, aunque no faltan teorías. Por ejemplo, en 2004, el investigador británico Andrew Chugg fue noticia al anunciar que Alejandro estaba en Venecia. Según afirmaba, en algún momento del siglo IV el cuerpo del conquistador había sido trasladado en secreto desde el Soma hasta la cercana iglesia de San Marcos. Allí los restos permanecieron durante medio milenio más o menos hasta que dos comerciantes, confundiendo a Alejandro con el mismo san Marcos, los llevaron a Venecia. El examen forense de los huesos ahora debajo del altar mayor de la catedral de San Marcos, insistía Chugg, revelaría la verdad.

Sin embargo, la verdad ya está clara. No hay razón para pensar que Alejandro reposa junto al Rialto. Tampoco (como afirman otras partes interesadas) deberíamos buscarlo en el oasis de Siwa de Egipto o en la tumba de Anfípolis de Grecia. Las ruinas del Soma se encuentran en algún lugar debajo del centro de Alejandría. Es allí, si acaso, donde se encontrará a Alejandro.



En el año 14 de nuestra era, hacia finales del mes recientemente rebautizado en honor de Augusto, el cuerpo de este emperador fue llevado al Foro. El féretro, coronado por una efigie de cera, iba seguido por miembros de la familia imperial, impasible detrás de las máscaras mortuorias de sus eminentes antepasados. A continuación caminaban hombres disfrazados de héroes de la historia romana, ciudadanos que personificaban las naciones que Augusto había conquistado y las enormes filas de los órdenes senatorial y ecuestre.

El féretro del emperador fue colocado sobre los *rostra*, y un hombre alto y sombrío —Tiberio, el sucesor de Augusto— pronunció un elogio largo y solemne en la plaza del Foro. Luego la procesión volvió a reunirse y serpenteó por las calles hasta el césped marrón y sin cortar del Campo de Marte. Seguidos por cientos de miles de ciudadanos romanos, los asistentes se congregaron en el centro del campo, donde se había erigido una elevada pira. Después de que los portadores del féretro deslizaran el ataúd del emperador dentro del

lugar asignado, los sumos sacerdotes rodearon la pira cubiertos con sus relucientes tocados. Les seguían los 5.000 soldados de la Guardia Pretoriana, que arrojaron condecoraciones militares sobre el féretro de Augusto. Finalmente, un selecto grupo de centuriones prendió la pira desde abajo. Cuando las llamas se elevaron, un águila, liberada desde una jaula oculta, se elevó hacia el cielo.

Cinco días más tarde, cuando la pira por fin se enfrió, la emperatriz Livia y un pequeño grupo de sirvientes caminaron descalzos a través de las cenizas para recuperar los huesos del emperador. Los restos se lavaron con vino y se sellaron en una urna de oro. Luego, deslizándose a través de nubes de polvo, los dolientes regresaron hacia el gran mausoleo que Augusto se había construido cuarenta años antes.

El mausoleo de Augusto era una enorme estructura circular cuyo techo, inspirado en los túmulos funerarios del pasado lejano, tenía plantados árboles de hoja perenne y estaba coronado por una estatua colosal. Debajo había una cámara revestida con docenas de nichos para urnas funerarias. En este lugar se enterraron durante más de un siglo los restos de los emperadores y sus familias. El mausoleo estaba lleno para el reinado de Trajano, cuyas cenizas se depositaron en una pequeña cámara debajo de la columna que lleva su nombre. El sucesor de Trajano, Adriano, construyó un nuevo mausoleo, circular como el de Augusto, pero con muros de mármol y toda una galería de esculturas en la azotea. Una rampa serpenteaba hasta las elaboradas cámaras funerarias, en cuyos nichos se instalaron cómodamente los siguientes cien años de emperadores. Una vez que se llenó el mausoleo de Adriano, los emperadores y sus familias fueron enterrados en tumbas muy dispersas, a menudo fuera de la ciudad de Roma.

Igual que otros enterramientos ricos y conspicuos de todo el mundo, las tumbas de los emperadores también atrajeron a los saqueadores. Prácticamente todas fueron saqueadas y destruidas en la antigüedad tardía. Las urnas de oro de los mausoleos de Adriano y Augusto fueron fundidas y las cenizas se dispersaron. Solo han sobrevivido unos pocos fragmentos: una única urna de alabastro, el bloque de mármol que albergó las cenizas de la madre de Calígula y la tapa del sarcófago —al parecer de la tumba de Adriano— que sirve como pila bautismal de la basílica de San Pedro.

Las reliquias más impresionantes de los entierros imperiales de Roma son dos enormes sarcófagos que ahora se encuentran en los Museos Vaticanos. Ambos están hechos de pórfido, una piedra dura de color púrpura que solo se encuentra en las montañas del desierto oriental de Egipto. Uno de los sarcófagos, decorado con figuras de soldados a caballo, probablemente fue tallado para Constantino. Pero como Constantino terminó siendo enterrado en Constantinopla, fue

ocupado por su madre, Helena, cuyos restos reposaron en su interior hasta que fueron desplazados por un advenedizo papa medieval. El otro sarcófago, que probablemente contenía los restos de la hija de Constantino, Constancia, estuvo en un imponente mausoleo, ahora la iglesia de Santa Constanza, hasta el siglo XV.

Como sugieren las peregrinaciones *post mortem* de los sarcófagos de Helena y Constancia, los romanos medievales y renacentistas no se avergonzaron de perturbar los entierros imperiales. Sin embargo, solo ocasionalmente se conserva algún registro de cómo o por qué se abrió una tumba, y los pocos relatos que existen no suelen ser fiables. Tomemos, por ejemplo, la leyenda que rodea la destrucción de la tumba de Nerón. Después de su caída en desgracia y suicidio, Nerón fue incinerado silenciosamente por sus nodrizas. Dado que el entierro en el Mausoleo de Augusto estaba fuera de discusión, las cenizas fueron depositadas en la tumba familiar del padre de Nerón. Con el paso de los siglos, entre las ruinas de la tumba creció un enorme nogal. Este árbol (según los lugareños) estaba infestado de demonios, que se divertían golpeando a los transeúntes. Por fin, un papa puso fin al peligro. Poco antes de Pascua condujo a una gran multitud a la base del nogal infernal. Después de exorcizarlo, hundió un hacha en sus raíces, con lo cual —se nos dice— una gran multitud de demonios huyó de sus ramas. El árbol fue talado y debajo de sus raíces se descubrió la urna que contenía los restos de Nerón. Se destruyó la urna, se arrojaron las cenizas al Tíber y se construyó en el lugar la iglesia de Santa Maria del Popolo.



El sarcófago de Helena. Sarcófago de pórfido del siglo IV, ahora en los Museos Vaticanos.

Una historia igualmente colorida y poco fiable describe el descubrimiento de un sarcófago romano en la Marsella del siglo XI. Las letras doradas de la tapa identificaban al ocupante como Maximiano, un emperador recordado por su persecución contra los cristianos. Se descubrió que el sarcófago estaba lleno de aceite perfumado, debajo del cual yacía el cadáver pálido e incorrupto. Siguiendo el consejo de un obispo local, el cuerpo fue arrojado al mar, que hirvió y se agitó al contacto con su carne no santificada. Aunque algunos detalles de esta historia son obviamente inventados, es posible que la gente de Marsella realmente descubriera un cadáver romano intacto bañado en ungüento. En 1485, por ejemplo, la apertura de un sarcófago cerca de Roma reveló el cuerpo perfectamente conservado de una mujer romana cubierto con una pasta aromática. El cuerpo fue llevado a Roma, donde toda la ciudad se maravilló con su estado. En resumen, puede haber algo de verdad en la historia sobre el descubrimiento de la tumba de Maximiano, pero nunca podremos estar seguros de cuál era su contenido real.

Los únicos entierros imperiales conocidos que se han descubierto intactos se encontraron debajo de la capilla de Santa Petronila, un mausoleo antiguo tardío adjunto a la antigua basílica de San Pedro. En 1458 se descubrió un sarcófago de mármol debajo del suelo de la capilla. En su interior había dos ataúdes plateados, cada uno con un

cuerpo envuelto en una tela de oro. Es casi seguro que se trataba de los restos de la emperatriz Gala Placidia y su hijo Teodosio. Sesenta años después, mientras se demolía la capilla, salieron a la luz más sarcófagos. Uno de ellos, que albergaba un cuerpo envuelto en tela dorada, pudo haber pertenecido a un príncipe imperial. El último y más trascendental hallazgo tuvo lugar en 1544, cuando se descubrió el sarcófago de granito de María, esposa de Honorio, emperador del siglo V. La emperatriz estaba vestida, velada y envuelta en un sudario de oro. A su lado había dos cofres de plata, uno lleno de vasijas de oro y cristal y otro con joyas y gemas. Lamentablemente todo el tesoro ha desaparecido; las joyas fueron robadas o regaladas, y el oro se desvaneció en las vasijas de fundición del papa.



Los primeros emperadores bizantinos fueron enterrados en la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla. Las tumbas se concentraron en dos mausoleos contiguos a la iglesia principal. Uno de ellos era un edificio circular dominado por el gran sarcófago de Constantino. El otro era una estructura cruciforme centrada en la tumba de Justiniano. Ambos estaban llenos de sarcófagos de mármol y pórfido. Después del siglo XI, cuando finalmente se llenaron los mausoleos de los Santos Apóstoles, surgieron nuevas constelaciones de entierros imperiales en los monasterios de Cristo Pantocrátor y Constantino Lips.

Las tumbas imperiales de Constantinopla fueron saqueadas, profanadas y destruidas —en ese orden— por un usurpador bizantino, los cruzados y los otomanos. Los mausoleos de los Santos Apóstoles fueron demolidos por los turcos poco después de la caída de Constantinopla. Los dos monasterios en los que fueron enterrados muchos de los emperadores bizantinos posteriores aún sobreviven, pero ambos se han convertido en mezquitas y sus tumbas fueron retiradas hace mucho tiempo. De doce siglos de pompa sepulcral solo quedan unos pocos sarcófagos rotos.

Una única tumba imperial parece haber sobrevivido para ser descubierta por los arqueólogos. En 1929, después de que la mezquita Fenari Isa —el antiguo monasterio de Constantino Lips— fuera destruida por el fuego, se hallaron varios enterramientos bizantinos tardíos debajo del suelo. La mayoría habían sido saqueados y vaciados. Pero uno, debajo de una simple losa de mármol, estaba intacto. Contenía un único esqueleto rodeado por los clavos de un ataúd de madera podrida. Del contexto del entierro los excavadores

dedujeron que los huesos pertenecían al emperador Andrónico II, que había sido depuesto y obligado a vivir como monje.

Una supervivencia aún más sorprendente es la del cuerpo de Teodora, una emperatriz del siglo IX venerada por la Iglesia ortodoxa oriental por su papel en la restauración de la adoración de los iconos. Cuando la tumba de Teodora en los Santos Apóstoles fue destruida, sus restos se salvaron y fueron enviados a Grecia. Terminaron en Corfú; allí, cada año, se lleva el cuerpo de la emperatriz en procesión con motivo de la Fiesta del Triunfo de la Ortodoxia. Los visitantes de Corfú pueden presentar sus respetos a la emperatriz o al menos a la mayor parte de ella: al parecer, la cabeza de Teodora ha desaparecido.

35.
¿POR QUÉ EVOLUCIONÓ EL LATÍN HACIA DIVERSAS LENGUAS? ¿POR QUÉ NO OCURRIÓ LO MISMO CON EL GRIEGO?

Las lenguas griega y latina son deliberadamente complejas, despiadadamente gramaticales e impresionantemente duraderas. El griego ha sobrevivido tres milenios. Y el latín, que surgió por primera vez como lengua literaria en el siglo III a. C., es hablado ahora por más de mil millones de personas. O más bien lo es una especie de latín. Desde principios de la Edad Media, el latín se ha fraccionado en docenas de variedades regionales. Las más destacadas se convirtieron en las lenguas románicas: español, portugués, francés, italiano, rumano, catalán y varios dialectos. Como ilustración de la ascendencia común y las diferencias mutuas de estas lenguas, consideremos la siguiente frase: «El hombre le dio mi libro a un amigo».

Latín: Homo meum librum amico dedit.
Italiano: L’uomo ha dato il mio libro a un amico.
Español: El hombre le dio mi libro a un amigo.
Francés: L’homme a donné mon livre à un ami.

Obviamente, las palabras en italiano, español y francés para «hombre», «dio», «libro» y «amigo» derivan del latín. Pero las diferencias son igualmente evidentes. En latín, dado que los sustantivos tienen terminaciones de caso que indican su función en una oración, el orden de las palabras es más o menos libre; *homo meum librum amico dedit* significa lo mismo que, digamos, *homo amico librum meum dedit*. En las lenguas romances, por el contrario, los sustantivos carecen de esas terminaciones indicadoras, y sus interrelaciones se identifican mediante preposiciones y por la posición en la oración. El latín se basa en el contexto para determinar si un

sustantivo es definido o indefinido: «el libro» en contraposición a «un libro». En las lenguas romances, los artículos definidos e indefinidos señalan esta distinción. Por último, nuestra frase latina se diferencia de sus descendientes en la manera en que forma su verbo. El italiano, el español y el francés, como el inglés, utilizan con frecuencia verbos auxiliares para indicar el tiempo pasado; algo que dimos en el pasado es algo que *hemos* dado. El latín, sin embargo, tiene poco amor por los auxiliares.

Incluso en el apogeo del Imperio Romano el latín nunca fue monolítico. Como cualquier otro idioma, variaba según el lugar, el contexto y el hablante. Y como cualquier otro idioma, evolucionaba constantemente a un ritmo y en formas determinadas debido a factores tanto internos como externos. La única forma de la lengua que se mantuvo estable fue el dialecto artificial y aprendido que llamamos «latín clásico». Este era esencialmente un estándar literario, reservado para la oratoria formal y la composición de alto estilo. Entre la clase educada, además, servía como piedra de toque de la corrección lingüística. La educación de élite se basaba en la memorización e imitación de los textos que definían el latín clásico. Aunque la inmensa mayoría de la población del imperio no recibió esa educación (solo alrededor del 10 por ciento de los adultos romanos sabían leer y escribir), el poder y el prestigio de la élite educada aseguraron que el latín hablado en todas partes estuviera influido por modelos clásicos. Por supuesto había variaciones regionales (los romanos de España, por ejemplo, tenían un acento muy marcado), pero mientras una aristocracia unitaria que abarcaba todo el imperio dominó tanto la política como la alta cultura, estas diferencias siguieron siendo relativamente insignificantes.

La caída del Imperio Romano Occidental hizo añicos a la vieja élite. Quedó una clase alfabetizada, pero era más pequeña, menos educada y concentrada en la Iglesia. En consecuencia, la prominencia y el prestigio social del latín clásico se desvanecieron. Al mismo tiempo, una fuerte disminución de los viajes de larga distancia permitió que las variaciones regionales en el latín hablado se desarrollaran sin control.

Durante los siglos siguientes, a medida que los pocos alfabetizados continuaban aprendiendo un latín más o menos clasicista, los diversos dialectos del latín hablado se fueron apartando constantemente de los modelos antiguos. Sin embargo, continuaron considerándose latinos hasta principios del siglo IX, cuando las reformas educativas asociadas con la corte de Carlomagno llevaron a la comprensión de que las formas habladas y escritas del idioma se habían vuelto esencialmente diferentes; en 813, un concilio eclesiástico decretó que los sermones locales debían ser pronunciados en el «lenguaje romano sencillo» en

lugar de en latín formal. El primer reconocimiento registrado de las distinciones entre los diversos dialectos romances data de finales del siglo X, cuando el epitafio de un papa menciona su dominio del francés, el italiano y el latín.

El firme establecimiento de los dialectos romances como lenguas legítimas se produjo después del cambio de milenio, especialmente durante la explosión de la literatura vernácula que acompañó al renacimiento del siglo XII. El latín siguió siendo considerado como el único vehículo adecuado para una erudición seria hasta principios de la Edad Moderna. Pero para entonces ya era, firme y finalmente, una lengua fósil, confinada al discurso aprendido y las pesadillas de los escolares.



¿Y si el Imperio Romano Occidental hubiera sobrevivido otros mil años? Podríamos imaginar varios escenarios políticos, pero podemos estar seguros de una cosa: el Imperio Occidental habría usado el latín hasta el amargo final. El latín hablado probablemente habría evolucionado igualmente en la dirección de las lenguas romances, pero, dado que la élite imperial habría continuado manteniendo el estándar clásico, el cambio habría sido mucho más lento. Y puesto que habría existido un solo punto de referencia para la corrección lingüística, las propias lenguas romances —en el sentido de alternativas reconocidas y prestigiosas al latín— nunca habrían llegado a existir.

Este experimento mental se desarrolló en el Imperio Romano de Oriente, que sobrevivió a su homólogo occidental durante casi un milenio. Como resultado, su idioma, el griego, nunca se alejó demasiado de sus antiguas raíces. Esto está claramente ejemplificado por nuestra inspiradora frase de muestra: «El hombre le dio mi libro a un amigo»:

Griego antiguo ὁ ἀνὴρ ἔδωκε τὸ βιβλίον μου τῷ φίλῳ
ho anēr edōke to biblion mou tō philō
Griego moderno ο άντρας έδωσε το βιβλίο μου σε έναν φίλο
o ántras édose to vivlío mou se énan phílo

El acento de tono complejo del griego antiguo se ha convertido en

un simple acento de intensidad, y la beta ha adquirido un sonido de «v». También ha habido cambios gramaticales significativos. Pero la estructura básica y el vocabulario del idioma han cambiado relativamente poco a lo largo de dos milenios y medio.

La durabilidad del griego tiene sus raíces en una larga carrera imperial. Alejandro Magno y sus sucesores establecieron el griego como el idioma de la política y el prestigio en todo el Mediterráneo oriental. Los romanos no hicieron ningún esfuerzo por cambiar esto y gobernaron en griego desde Bulgaria hasta Libia. A pesar de su estatus oficial, el griego nunca desarrolló un estándar único de corrección lingüística. En el siglo I de nuestra era, el gobierno, los negocios y las obras literarias sin pretensiones (como el Nuevo Testamento) empleaban el dialecto conocido como «koiné» o «griego común». Sin embargo, la literatura elevada se componía generalmente en ático, una imitación obsesivamente conservadora de los grandes autores de la Atenas clásica.

El Imperio Bizantino conservó, aunque solo fuera en Constantinopla, los fundamentos del sistema educativo romano, basado en la memorización e imitación de un pequeño canon de obras maestras antiguas. Aunque el griego hablado se fue alejando paulatinamente, cambió sus sonidos y simplificó su sintaxis, la literatura siguió escribiéndose en koiné estilizada o en la mejor expresión del autor en griego ático, y el indiscutible prestigio de los modelos antiguos impidió una ruptura entre el uso literario y el vernáculo.

En resumen, la lengua griega se salvó de convertirse en múltiples lenguas gracias a la persistencia del Imperio Romano de Oriente y sus escuelas, que continuaron respaldando antiguos paradigmas del «buen» griego. Gracias a la Iglesia Ortodoxa Griega y al nacionalismo griego, esta dinámica sobrevivió al propio Bizancio. El griego ha conservado una conexión vital con el pasado clásico. Las lenguas romances lo han hecho de una manera menos directa. Lo mismo ocurre, más distante aún, con el inglés, cuyo vocabulario es casi la mitad de origen latino, otro ejemplo más de cuán profunda e inconscientemente nos inspiramos en la antigüedad.

36.
¿PUEDE ALGUNA FAMILIA RASTREAR SU ASCENDENCIA HASTA LOS GRIEGOS O LOS ROMANOS?

Mis antepasados fueron griegos y romanos. Escucharon a Sócrates en el Ágora. Marcharon a la India con Alejandro. Se batieron en duelo en el Coliseo. Fueron mártires y perseguidores, espartanos y atenienses, senadores y emperadores. Y si tienes la más mínima porción de ADN europeo, también lo fueron los tuyos.

Cada persona tiene dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, etc. Teóricamente, los antepasados se duplican con cada generación. Extrapolemos los números a diez generaciones y tendremos 1.024 antepasados. Si nos aventuramos un milenio hacia atrás, digamos treinta y dos generaciones, y nos encontraremos con más de cuatro mil millones de antepasados. El recuento real es mucho menor, ya que nos hemos estado emparejando con nuestros parientes más o menos lejanos desde tiempos inmemoriales. De hecho, toda la familia humana, es increíblemente consanguínea. Los modelos estadísticos estiman que todos los humanos comparten al menos un ancestro común nacido en algún momento de los últimos tres mil quinientos años. Y el muestreo genético indica que cualquier europeo que vivió hace mil años es ahora (si dejó descendientes) probablemente un antepasado de «casi todos» los europeos vivos. Si alguna rama de tu familia tiene sus raíces en el mundo mediterráneo, en resumen, tienes la garantía de ser un primo muy lejano de cualquier griego o romano.

Una cosa es saber que gran parte de la población mundial desciende de griegos y romanos, y otra muy distinta es trazar las líneas de descendencia. La mayoría de los árboles genealógicos conservados en fuentes antiguas se basaban en las ambiciones de la élite, no en la realidad. A las familias nobles griegas les gustaba atribuirse dioses y héroes como fundadores de sus linajes: en una época tan tardía como el siglo V de nuestra era, un obispo se jactaba de ser descendiente de Hércules. Los romanos aristocráticos eran genealogistas igualmente audaces; Julio César mencionaba a Venus

como una antepasada lejana. Sin embargo, en el enorme abismo entre ellos y los dioses, pocas familias aristocráticas podían rastrear con seguridad su linaje más allá de un siglo. Las sombrías realidades demográficas aseguraban que las líneas masculinas de la mayoría de las familias fracasaran rápidamente. E incluso cuando las familias sobrevivían más tiempo, el hecho se atestigua únicamente si un número suficiente de miembros han conseguido alcanzar algún registro histórico. De lo contrario, las únicas pistas sobre la ascendencia son los nombres.

Aunque a menudo se mencionaban los padres en contextos públicos —Platón, por ejemplo, podría describirse a sí mismo como «hijo de Aristón»—, los griegos del período clásico tenían un solo nombre. Los ciudadanos romanos masculinos, por el contrario, solían tener tres: un *praenomen* (nombre personal), un *nomen* (nombre del clan) y un *cognomen* (apellido). Felizmente para los historiadores posteriores, estas convenciones se extendieron por todo el imperio. Menos felizmente, el sistema cambió a medida que crecía. Desde el siglo I en adelante, el *cognomen* desplazó al *praenomen* como nombre personal, y el *nomen* comenzó a perder su significado. Las familias nobles del imperio complicaron aún más las cosas al agregar los nombres de parientes distinguidos y de benefactores; un senador acumuló no menos de treinta y ocho.

Entre la aristocracia senatorial occidental, la nomenclatura tradicional persistió hasta el siglo VI. Entonces las cosas se vinieron abajo. Décadas de guerra destruyeron a la mayoría de las antiguas familias italianas, y la inestabilidad política crónica en otros lugares fue acompañada por la constante caída de cabezas notables. Poco a poco, las familias que lograron sobrevivir dejaron de usar sus antiguos nombres. En parte, esto se debió a que muchos adoptaron las convenciones de nomenclatura de la nueva élite germánica. Sin embargo, de manera más general, reflejaba el hecho de que las familias ya no tenían muchas razones para conmemorar los detalles de su linaje. En el nuevo y duro mundo posromano, lo único que le importaba a cualquiera era el hecho de que habían sido aristocráticos hasta los límites de la memoria viva.

Incluso en la Galia, donde hubo una considerable continuidad social, el conocimiento genealógico era limitado (también entre la dinastía gobernante, que afirmaba descender de un amoroso monstruo marino). Probablemente algunos clanes sobrevivieron (ha habido varios intentos de conectar a Carlomagno con la aristocracia romana de la Galia de la Antigüedad tardía), pero simplemente carecemos de la evidencia para seguir la suerte de cualquier familia a través del colapso caótico del mundo clásico.



Lo mismo ocurre con Bizancio. Durante los siglos V y VI, cuando el Imperio Romano de Oriente ofrecía un contraste relativamente pacífico y próspero frente al oeste destrozado, Constantinopla se convirtió en un refugio para los refugiados ricos de las ciudades occidentales. Sin embargo, las invasiones y el caos del siglo VII destruyeron a muchas de estas antiguas familias. El resto fue absorbido gradualmente por una nueva aristocracia sin conexiones conscientes con el pasado romano.

Dado que la aristocracia bizantina tardía perduró hasta el umbral de la era moderna, las fortunas de sus mayores clanes se pueden rastrear con relativa facilidad; sabemos, por ejemplo, que una princesa de la última familia imperial de Bizancio fue abuela del primer sah safávida de Irán y, por lo tanto, es antepasada tanto de los emperadores mogoles de la India como de los sultanes modernos de Brunéi.

Siempre ha habido un interés particular —académico y de otro tipo— por los descendientes de Constantino XI, el último emperador bizantino. Constantino fue asesinado durante la conquista turca de Constantinopla y su cuerpo nunca fue identificado. Surgieron leyendas sobre el emperador convertido en mármol y escondido en una cueva, donde dormiría hasta que llegara el día de redimir a su pueblo. Sin embargo, por el momento, el trono bizantino pasó a manos de sus parientes en disputa. Uno de los hermanos de Constantino terminó en Roma, donde intentó ganarse el favor del papa regalándole la cabeza del apóstol Andrés. Una de las sobrinas de Constantino se casó con Iván III, gran príncipe de Moscú (Iván el Terrible sería su nieto). Pero fue Andreas, el mayor de los sobrinos del último emperador, quien fue generalmente considerado —al menos así lo pensaba él mismo— el heredero de Bizancio. Su reinado pasó sin pena ni gloria. Desposeído por el papa, Andreas vagó por Europa con un séquito heterogéneo, buscando desesperadamente un patrón. Por fin, se vio obligado a ceder su título imperial al rey de Francia. Cuando el rey renegó de su trato, Andreas recuperó su primogenitura y finalmente la legó al rey de España. Sin embargo, a todos los efectos, la línea imperial bizantina murió con él en 1502.

Estamos a unas veinte generaciones de la caída de Constantinopla, cincuenta generaciones del final del Imperio Romano Occidental, setenta generaciones de Julio César y ochenta generaciones de Sócrates. A esta escala, la herencia no tiene sentido. Ninguno de nosotros tiene ningún derecho especial a ser descendiente de los antiguos griegos o romanos. Pero todos somos receptores —ya sea

voluntariamente, intencionadamente o no— de su sabiduría y sus absurdos. En la medida en que comprendamos esa herencia, y en el sentido en que decidamos aceptarla, somos sus herederos.

Apéndice.
UNA MUY BREVE HISTORIA DEL MUNDO CLÁSICO

Autor: Entonces, ¿está buscando un curso intensivo de historia griega y romana?
Lector: Supongo que sí.

En ese caso, hipotético lector, abróchese el cinturón para una revisión irresponsablemente breve de toda la gran narrativa: quién hizo qué, por qué lo hizo y si todo importa.

Los griegos

DE ACUERDO… Entonces, ¿por qué los griegos eran tan importantes?

¿Por qué, quiere decir, todavía estudiamos los escritos y los hechos de un grupo de ciudades-estado peladas entre sí que florecieron hace dos milenios y medio?

Eso es.

En resumen, un siglo tras otro de élites culturales han decidido que la herencia griega importa, y nosotros —como herederos o voyeristas de la tradición occidental— tendemos a seguir su ejemplo. Hay toda una serie de razones históricas, pero todo se reduce al hecho de que los griegos produjeron un canon duradero de obras maestras literarias y una impresionante variedad de conceptos filosóficos y políticos. De hecho, nuestra palabra «política» deriva del griego *polis*.

¿Qué es una polis?

Una polis era una ciudad-estado gobernada por y para sus ciudadanos, los hombres adultos libres que integraban su clase política y militar. Aunque la polis típica era bastante pequeña (muchas tenían menos de mil ciudadanos), todas las polis aspiraban a la autonomía. Como resultado, el mundo griego estaba dividido en cientos de pequeños estados que se miraban mutuamente con suspicacia. Esta fragmentación provocó interminables escaramuzas y pequeñas guerras. Pero también fomentó la competencia, la creatividad y la innovación.

Entendido. ¿Cuál fue la polis más importante?

Hubo una lucha constante por la supremacía, por lo que fue cambiando con el tiempo. En las décadas previas a las Guerras Médicas, es probable que Esparta tuviera la mayor influencia, al menos en la Grecia continental.

¿Qué hizo que los *espartanos tuvieran tanto éxito?*

Al principio de su historia, los espartanos conquistaron un gran territorio y esclavizaron eficazmente a la mayoría de los habitantes. Liberados así de la necesidad de trabajar (y encontrándose superados en número por sus siervos), los espartanos tuvieron los medios, el motivo y la oportunidad de convertirse en los soldados más profesionales de la Grecia clásica.

¿Y *qué me dice de Atenas?*

Igual que Esparta, Atenas era una polis grande, rica y poderosa. Allí, sin embargo, terminaban las similitudes entre ambas. Esparta estaba ubicada en un valle de montaña; Atenas estaba junto al mar. Los espartanos evitaban el comercio; los atenienses vivían de él. Esparta tenía una oligarquía conservadora; Atenas desarrolló una democracia radical. ¿Entiendes la idea? Sin embargo, a pesar de sus diferencias, a veces los atenienses y espartanos fueron firmes aliados, sobre todo durante las Guerras Médicas, la mayor crisis de la historia griega.

Supongo que quiere que le pregunte…

¿Qué pasó durante las Guerras Médicas? En 490 a. C., el rey de reyes persa Darío lanzó una incursión de castigo contra Atenas. Para sorpresa de todos, los atenienses derrotaron a la fuerza expedicionaria persa en la batalla de Maratón. Los persas regresaron diez años después bajo el liderazgo personal del hijo de Darío, Jerjes. Enfrentadas al mayor ejército que el mundo había visto hasta entonces, muchas ciudades griegas capitularon. Sin embargo, una coalición liderada por Atenas y Esparta decidió resistir. Una pequeña fuerza aliada bajo el mando del rey espartano Leónidas no logró contener a los persas en el estrecho paso de las Termópilas. Pero, unas semanas más tarde, una fuerza naval dirigida por Atenas detuvo a la flota persa en la batalla de Salamina, cambiando así el rumbo de la guerra. Al año siguiente, los aliados destruyeron al ejército persa. Después de esta victoria, los atenienses se embarcaron en una edad de oro sin precedentes, que definiría lo que llamamos el «período Clásico» (Clásico con C mayúscula): el siglo y medio de la historia griega entre las Guerras Médicas y la muerte de Alejandro Magno.

¿Por qué fue tan importante la edad de oro *de Atenas?*

Porque la Atenas clásica fue responsable de la mayoría de los logros culturales que asociamos con los antiguos griegos. La tragedia se convirtió en una forma de arte sofisticada, capaz de sondear las profundidades de la motivación humana y la indiferencia divina. La filosofía, en la persona del hijo de un albañil en paro crónico llamado Sócrates, comenzó a arrojar nueva luz sobre cuestiones de ética y conocimiento humanos. La escultura alcanzó nuevas cotas en los relieves de mármol del Partenón. Por último, pero no menos importante, la primera obra verdadera de historia, un extenso relato de las Guerras Médicas, fue compuesta por el genial y acrítico Heródoto.

¿Por qué lograron tanto los atenienses?

En el nivel más fundamental, porque tenían el tiempo y el dinero. Después de las Guerras Médicas, los atenienses forjaron un pequeño y

lucrativo imperio centrado en el mar Egeo. Los ingresos de sus ciudades súbditas financiaron el desarrollo de una democracia directa, en la que se permitió y se esperaba que participaran todos los ciudadanos varones. Bajo la guía de Pericles, un talentoso estadista y orador, este mismo flujo de dinero financió la construcción del Partenón y atrajo a ambiciosos intelectuales de todos los rincones del mundo griego.

¿Qué hicieron *los espartanos durante este período?*

En su mayor parte, explotar a sus siervos y albergar resentimiento hacia los atenienses. Los espartanos siempre habían considerado a los atenienses como rivales; a medida que creció el poder ateniense, también lo hizo su ansiedad. A las pocas décadas de la victoria contra los persas, la desconfianza mutua se había convertido en una guerra fría. El inevitable conflicto abierto entre Atenas y Esparta, que llamamos la guerra del Peloponeso, estalló en 431 a. C.

¿Por qué es *importante la guerra del Peloponeso?*

Porque destruyó el Imperio ateniense y porque inspiró la obra de Tucídides, posiblemente el mayor historiador antiguo. Tucídides, que originalmente era un general ateniense, trazó con frialdad y precisión el enorme costo y la creciente brutalidad de la guerra del Peloponeso. Vivió lo suficiente como para contar el desastroso intento de los atenienses de conquistar Sicilia. Sin embargo, murió antes de que pudiera analizar los últimos años de la guerra, cuando los espartanos, tomando entonces dinero de los persas, construyeron una flota y desmantelaron el Imperio ateniense. La guerra terminó en la práctica en 405 a. C., cuando un almirante espartano ejecutó a los remeros de la última flota ateniense en una solitaria playa.

¿Cuánto tiempo dominaron Grecia los espartanos?

Solo algunas décadas. Luego Epaminondas, un general de Tebas, una polis de segundo nivel, destrozó al ejército espartano y liberó a los siervos espartanos. Sin embargo, Epaminondas murió en batalla antes

de que pudiera consolidar su posición, lo que creó un vacío de poder que sería llenado por Filipo II, el brillante y ambicioso rey de los macedonios.

Ha dejado caer muchos nombres. Veamos: ¿quiénes eran los macedonios?

Griegos del norte, que gobernaban un reino grande pero generalmente anárquico. Filipo II fue el primer rey macedonio que unificó su reino e intervino decisivamente en los asuntos de las ciudades-estado griegas del sur. En el momento de su muerte, Macedonia era indiscutiblemente el mayor poder de Grecia.

¿Por qué F*ilipo fue tan eficaz?*

En parte porque era un hábil diplomático, pero principalmente porque había desarrollado una nueva formación militar: la falange macedonia. Durante siglos, los ejércitos de las ciudades griegas se habían organizado en falanges hoplitas, formaciones de infantería pesada armadas con escudos circulares y lanzas de 2,5 metros. Filipo reunió a sus tropas en formaciones tácticas similares, pero las equipó con picas de hasta 5 metros de largo. Las picas de las primeras cinco filas se proyectaban más allá del frente de la formación. Mientras el enemigo se esforzaba en atravesar este seto de hierro, la soberbia caballería macedonia explotaba las debilidades que se desarrollaban en sus líneas.

¿Qué le pasó a F*ilipo?*

Filipo derrotó a los ejércitos de Atenas y Tebas y comenzó a planificar una gran campaña contra el Imperio persa. Pero fue asesinado antes de que terminaran sus preparativos, dejando el trono macedonio y la cruzada persa a su hijo Alejandro, un veinteañero bajo y fornido de voz ronca, ojos de extraños colores y sueños de conquistar Asia.

¿Qué hizo a Alejandro tan grande?

Era esa cosa rara y peligrosa: un genio militar. Alejandro lanzó su invasión de Persia en 334 a. C. En el transcurso de una campaña que duró diez años y cubrió más de 16.000 kilómetros, Alejandro se enfrentó a los enormes ejércitos de los persas, los jinetes nómadas de Asia central y los elefantes de guerra de los reyes indios y nunca perdió. En el camino —para deleite de los futuros biógrafos— corrió desnudo alrededor de la tumba de su ídolo Aquiles, quemó estando borracho la capital persa hasta dejarla arrasada y una flecha india le atravesó el pulmón, entre otras aventuras. Cuando todo terminó, Alejandro, a la edad de treinta y un años, era dueño de un imperio que se extendía desde Bulgaria hasta Pakistán. Entonces, mientras planeaba nuevas y gigantescas campañas, murió abruptamente por alguna combinación de alcoholismo y malaria (o, si da crédito a las antiguas teorías de conspiración, porque fue envenenado por Aristóteles).

¿Qué *ocurri*ó después de la muerte de Alejandro?

Los generales de Alejandro despedazaron su imperio en una lucha por el poder que duró una generación. Una vez que por fin se posó la polvareda de sus guerras, se reveló un mundo griego profundamente cambiado y enormemente ampliado, dividido entre tres reinos principales y un elenco cambiante de estados más pequeños. Había comenzado el «período helenístico», como llamamos a la era entre la muerte de Alejandro y la absorción por Roma del Mediterráneo oriental.

¿Algún rey helenístico intentó imitar las conquistas de Alejandro?

Todos los reyes helenísticos intentaron imitar a Alejandro, al menos hasta el punto de copiar su peinado y sus pretensiones de divinidad. Sin embargo, solo unos pocos intentaron algo remotamente parecido a la carrera de conquista de Alejandro. Probablemente el más notable fue Pirro, gobernante de un pequeño reino en el norte de Grecia. Pirro tenía un fuerte brazo de espada (una vez, de un solo golpe, partió a un hombre por la mitad a lo largo), una aguerrida tropa de elefantes de guerra y una ambición descomunal. Cuando se enteró de que una colonia griega en el sur de Italia estaba teniendo problemas con unos bárbaros que se llamaban a sí mismos «romanos», decidió lanzar una campaña al estilo de Alejandro en Occidente.

¿Qué tal le fue aquello?

No muy bien.

Los romanos

¿Cuánto sabemos sobre la historia temprana de Roma?

Mucho menos de lo que nos gustaría. Los romanos afirmaban que su ciudad había sido fundada por Rómulo y Remo, hijos gemelos del dios de la guerra Marte y una princesa italiana. Poco después de su nacimiento, un tío sin escrúpulos abandonó a los gemelos para que murieran a orillas del caudaloso Tíber. Pero fueron amamantados por una loba, luego criados por un pastor, y crecieron hasta alcanzar la edad adulta; entonces, derrocaron a su tío. A continuación, los jóvenes héroes fundaron la ciudad de Roma en el lugar donde los había amamantado aquella complaciente loba.

¡Bah! *¿Qué ocurrió realmente?*

Roma creció en un vado del río Tíber, un cruce natural de rutas comerciales. Las famosas siete colinas, que se elevan desde las marismas a orillas del río, se fortificaron fácilmente y atrajeron a los colonos de los campo cercanos. Durante el siglo VIII a. C., las aldeas de las colinas comenzaron a fusionarse en un asentamiento más grande, que rápidamente se convirtió en una de las ciudades más importantes del centro de Italia. En algún momento alrededor del año 500 a. C., los aristócratas de esta pujante ciudad derrocaron a su rey y establecieron un nuevo gobierno: la República.

¿Cómo funcion*aba la República?*

Aunque tenía asambleas populares y elecciones, la República Romana siempre fue gobernada por y para la élite. Todo el sistema político fue diseñado para permitir a las familias adineradas tener la posibilidad tanto de compartir el poder como de competir por él. En el siglo IV a. C., los principales cargos eran los dos cónsules. Estos hombres presidían un gobierno en el que prácticamente todos los puestos eran

anuales (ocupados por un solo año) y colegiados (ocupados por múltiples titulares) para limitar el poder de individuos ambiciosos. La verdadera autoridad estaba depositada en el Senado, el consejo asesor cuyos 300 miembros, elegidos de por vida, ocupaban todos los cargos importantes.

¿Cómo se volvió tan poderosa la República?

Los aristócratas romanos estaban enzarzados en una lucha constante por el prestigio, especialmente por el prestigio conferido por el éxito militar. Así que casi todos los años las legiones marchaban para guerrear contra sus vecinos. Si podemos creer a los autores romanos posteriores, por lo general ganaban. Estas victorias se aseguraban mediante la costumbre romana de integrar a los antiguos enemigos en su sistema político y militar: las élites de las ciudades conquistadas obtenían la ciudadanía romana y sus ejércitos formaban brigadas con las legiones en calidad de «aliados». Esta política proporcionó a la República tanto partidarios locales influyentes como enormes reservas de mano de obra. A medida que el ciclo de conquista y asimilación ganaba impulso, los ejércitos romanos iban cada vez más lejos. A principios del siglo III a. C., amenazaron a las colonias griegas del sur de Italia. Entonces, como recordará, fue cuando aparecieron el rey Pirro y sus elefantes de guerra.

Supongo que Pirro perdió. ¿Cómo lo derrotaron los romanos?

Las legiones romanas (y las unidades aliadas que marchaban junto a ellas) consistían principalmente en infantería pesada armada con jabalinas y espadas cortas. En el campo de batalla, se desplegaron en grupos de 60 o 120, dispuestos en formaciones sueltas que podían adaptarse a un terreno accidentado o engullir falanges de estilo macedonio como la de Pirro. Después de tres duras batallas, Pirro se retiró con los restos de su ejército. Como resultado de la victoria, los romanos absorbieron el resto del sur de Italia, empujando las fronteras de la República hacia el rico y lejano Imperio cartaginés.

Buen presagio. ¿Y de dónde eran *los cartagineses?*

La ciudad de Cartago, ubicada en lo que hoy es Túnez, fue fundada

por colonos de Fenicia (actual Líbano). Tras enriquecerse con el comercio marítimo, los cartagineses crearon un importante imperio que incluía gran parte de la costa del norte de África, el sur de España y el oeste de Sicilia. Durante siglos, las relaciones entre Roma y Cartago fueron amistosas. Sin embargo, una vez que sus respectivos intereses políticos chocaron en Sicilia, la confrontación fue inevitable.

¿Qué pasó cuando los romanos y los cartagineses *por fin se enfrentaron?*

Comenzó un brutal conflicto de décadas que llamamos Primera Guerra Púnica. Para nuestros propósitos, lo único que importa es el resultado: los romanos ganaron, construyeron su primera armada y en el camino conquistaron Sicilia, su primera provincia.

¿Cuándo apareció *Aníbal?*

Aníbal era hijo del mejor general de Cartago de la Primera Guerra Púnica. Después de la guerra, este general —según la tradición romana— crio a su talentoso hijo para que fuera un enemigo implacable de la República. En 218 a. C., Aníbal inició la Segunda Guerra Púnica, marchando hacia el este desde la provincia cartaginesa en España con un ejército que incluía 37 elefantes de guerra. Condujo a sus pelotones y sus paquidermos por encima de los Alpes nevados y casi de inmediato comenzó a derrotar a los ejércitos romanos en una proporción que hizo tambalearse a la República. En Cannas, la mayor de sus victorias, murieron 50.000 romanos y aliados.

¿Por qué no *se hundi*ó la República después de estos desastres?

La aristocracia romana se negó a rendirse, y la mayoría de los aliados de Roma permanecieron leales. Fabio Máximo, un veterano general y estadista, advirtió a los romanos de que la única forma de derrotar a Aníbal era desgastar a su ejército. Se adoptó esa estrategia, que acabó confinando lentamente a Aníbal en el sur de Italia. Mientras tanto, un joven general romano llamado Escipión tomó la ofensiva, capturando las posesiones cartaginesas en España y navegando para atacar a la mismísima Cartago. Aníbal se apresuró a volver a casa y fue derrotado en la batalla de Zama. Los cartagineses fueron despojados de su

imperio y los romanos se convirtieron en dueños del Mediterráneo occidental. Durante el medio siglo siguiente, la República Romana ganó guerra tras guerra, particularmente en el este, donde las legiones humillaron repetidamente a los grandes reinos helenísticos. La culminación se produjo en 146 a. C., cuando tanto Grecia como el territorio continental de Cartago se convirtieron en provincias romanas.

Si la República fue tan exitosa, ¿por qué se volvió tan inestable en el siglo siguiente?

En parte porque se expandió más rápido de lo que le convenía. Las provincias estaban mal administradas por una élite mucho más interesada en enriquecerse que en gobernar bien. La aparición de grandes haciendas trabajadas por esclavos y otros factores llevaron a miles de campesinos empobrecidos a la ciudad de Roma y a las legiones, donde, sin tierra ni recursos propios, dependían de las recompensas que sus comandantes pudieran darles. Por eso, como era de esperar, en momentos de crisis estos hombres solían ser más leales a sus generales que a la propia República. Y así las guerras civiles del siglo siguiente fueron libradas por lo que vinieron a ser «ejércitos privados».

¿Por qué se libraron esas guerras civiles?

Fueron, nada más y nada menos, que las rivalidades de los líderes, desarrolladas a escala de todo el imperio y al costo de decenas de miles de vidas.

¿Cómo aparecieron en escena Julio César y Pompeyo?

Pompeyo fue un héroe militar, famoso por limpiar el Mediterráneo de piratas y poner la mayor parte del Cercano Oriente bajo control romano. Julio César se hizo un nombre como defensor de las clases populares en la política romana. La popularidad de César le ayudó a ganar un consulado. Pero su rápido ascenso había dejado tras de sí enemigos poderosos y deudas peligrosas. Para protegerse de ambos, se alió con Pompeyo y con Craso, un senador inmensamente rico. La alianza convirtió a César en una fuerza imparable en la política

romana y le aseguró el gobierno de la pequeña provincia romana del sur de la Galia. Desde esta base, provocó conflictos con las tribus del norte y procedió a conquistar toda la Galia (aproximadamente la Francia moderna) en una serie de campañas brillantes y sangrientas. Luego volvió su atención a Italia, donde Pompeyo amenazaba con la guerra.

¿Por qué *fueron a la guerra Pompeyo y César?*

Desconfianza mutua. Al reconocer que el poder y la reputación de César lo estaban eclipsando, Pompeyo se alineó con los enemigos de César en el Senado. Estalló entonces otra guerra civil. Los curtidos veteranos de César derrotaron a las fuerzas de Pompeyo en la batalla de Farsalia, y el propio Pompeyo fue asesinado poco después. Aunque César pasaría los siguientes tres años reprimiendo las revueltas lideradas por los partidarios de Pompeyo, era ya el amo del mundo romano. Hizo que el Senado lo declarara dictador vitalicio y se embarcó en una serie de planes visionarios. Pero intentó cambiar demasiadas cosas y demasiado rápido, y fue asesinado por una camarilla de senadores.

Déjeme adivinar: ¿se declaró entonces otra guerra civil?

Naturalmente. En su testamento, César adoptaba a su sobrino nieto Octavio, un estudiante enfermizo de diecinueve años. Con la magia del nombre de César y una voluntad inquebrantable de destruir a cualquiera que se interpusiera en su camino, Octavio se convirtió en una destacada figura de la política romana. Después de los conflictos iniciales, se alió con su único rival real, el antiguo lugarteniente de César, Marco Antonio. Durante la mayor parte de una década, los dos hombres se repartieron el mundo romano entre ellos. Octavio controlaba Italia y las provincias occidentales. Antonio gobernaba en el este, donde se involucró sentimentalmente con Cleopatra, la seductora reina de Egipto. Al final, y como era de esperar, la paz tensa dio paso a una guerra abierta. Octavio se citó con Antonio y Cleopatra en la histórica batalla de Accio, y ganó. Egipto quedó anexionado al Imperio Romano, y Octavio, ahora indiscutido, regresó a Roma triunfante. Poco después, pidió al Senado que coronara su gloria con un nuevo título: Augusto.

Augusto fue el primer emperador romano, ¿verdad?

Así es. Al recordar que César había sido asesinado por ejercer el poder de manera demasiado descarada, Augusto hizo alarde de consultar al Senado, mantuvo una modesta casa en el monte Palatino y se hizo llamar «primer ciudadano» de una república restaurada. Pero detrás de aquella fachada de continuidad, él y sus consejeros establecieron una monarquía absoluta, apoyada por un gran ejército permanente y representada en las provincias por senadores nombrados por el propio Augusto. Aunque había debilidades en el sistema —la sucesión fue un problema perenne y la relación entre los emperadores y las legiones era potencialmente explosiva—, la nueva monarquia resultó duradera. Los emperadores romanos reinarían durante el siguiente milenio y medio.

¿Cuánto tiempo gobernó la familia de Augusto el Imperio Romano?

Durante aproximadamente medio siglo después de la muerte del propio Augusto. Constituían una tripulación heterogénea. El hijo adoptivo y sucesor de Augusto, Tiberio, tenía poca paciencia para la política y se retiró a una villa en Capri. Calígula, el siguiente emperador, fue un megalómano. Su sucesor, Claudio, amante de los libros, conquistó la mayor parte de Britania como truco publicitario antes de casarse con su sobrina, que tenía un hijo adolescente, Nerón, de un matrimonio anterior.

¿Por qué tiene tan mala fama *Nerón?*

Como cualquier mal emperador que se preciara, fue un asesino: solo en su familia inmediata ejecutó a su madre y obligó a su primera esposa a suicidarse. Sin embargo, solemos recordar a Nerón por sus delirios. Convencido de que era un hábil deportista y actor, insistió en competir en festivales públicos y finalmente en los Juegos Olímpicos, donde los intimidados jueces le otorgaron el primer premio en cada evento en el que participaba. Su extravagancia fue igualmente impresionante: después de que un incendio destruyera gran parte de Roma, Nerón construyó la Casa Dorada, una gigantesca villa de placer en el centro de la ciudad. Finalmente, el Senado y las legiones se volvieron contra él. Nerón se suicidó lamentándose así: «¡Qué gran artista muere conmigo!».

¿Qué *ocurrió después de la muerte de Nerón?*

Una guerra civil, por supuesto. El año posterior al suicidio de Nerón, 69 d. C., se conoce como el Año de los Cuatro Emperadores. Para tres de esos emperadores, el año terminó de manera muy desagradable. Pero el cuarto, un experimentado general llamado Vespasiano, logró fundar una nueva dinastía. El hijo mayor de Vespasiano fue amado por todos. El hijo menor no y terminó asesinado. Fue reemplazado por el primero de una serie de talentosos gobernantes, a veces llamados los Cinco Emperadores Buenos, que llevaron al Imperio Romano a la cima de su poder y prosperidad.

¿Cuándo alcanzó el Imperio Romano su mayor tamaño?

Bajo Trajano, el segundo «buen emperador». Después de conquistar Dacia (la actual Rumanía), Trajano lanzó una invasión de Partia, el inmenso reino oriental centrado en lo que ahora son Irak e Irán. Conquistó las antiguas ciudades de Mesopotamia y navegó hasta el golfo Pérsico, soñando con seguir los pasos de Alejandro hasta la India. Sin embargo, las rebeliones en su retaguardia pusieron fin a aquella fantasía, y su sucesor, Adriano, se retiró de los nuevos territorios orientales.

¿Cuánto duró el apogeo imperial?

A finales del siglo II de nuestra era, el Imperio Romano parecía imparable. Las 2.000 ciudades de las provincias prosperaban. Los legionarios repelían incursiones en Escocia y Sudán. Las monedas romanas inundaban los mercados del sur de la India. Los funcionarios académicos de la corte china Han escribían informes sobre el poderoso reino que gobernaba el mar occidental.

¿Y luego?

Epidemias y bárbaros, en ese orden. Durante el reinado de Marco Aurelio, una terrible plaga (probablemente viruela) llegó desde el este, matando a millones de personas. Luego tribus de saqueadores germánicos asaltaron la frontera norte. Marco Aurelio lanzó una serie de campañas en los bosques y montañas de Europa central. Sin

embargo, murió antes de que las tribus estuvieran completamente pacificadas, dejando el imperio a su inútil hijo Cómodo.

Deduzco que Cómodo no fue un emperador especialmente bueno.

No lo fue. Abandonando la guerra del norte, Cómodo regresó a Roma, donde se entregó a sus fantasías de gladiadores. Después de doce años de mal gobierno, fue estrangulado por su entrenador personal. A esto le siguió otra guerra civil. El vencedor final, un general del norte de África, fue duro pero eficaz. Los miembros posteriores de la dinastía que fundó fueron menos atractivos. Uno mató a su hermano e imitó obsesivamente a Alejandro el Grande. Otro dedicó la mayor parte de su tiempo a un orgiástico culto al sol. Todo confirmó la relación cada vez más estrecha entre la autoridad imperial y las legiones, que culminaría en cincuenta años de anarquía militar y marcaría el comienzo de una nueva era de la historia romana.

Antigüedad tardía

¿Por qué el Imperio Romano se volvió *de repente tan anárquico?*

En la política interior, el principal problema fue una crisis de legitimidad imperial. Las legiones proclamaban un emperador tras otro, y ninguno duraba lo suficiente como para establecer una dinastía, viéndose todos obligados a aplacar a las tropas con aumentos de paga y bonificaciones que arruinaban la economía. La crisis interna se vio agravada, y en gran medida impulsada, por acontecimientos más allá de la frontera. En el este, los caprichosos partos fueron reemplazados por la agresiva y expansionista dinastía sasánida. Por el norte, confederaciones tribales de un tamaño sin precedentes y bien organizadas barrían las fronteras. El imperio parecía estar al borde del hundimiento. Atenas fue saqueada por tribus de merodeadores. Un emperador fue masacrado con su ejército en un pantano búlgaro; otro fue capturado por los sasánidas y pasó el resto de su vida en cautiverio (se rumoreaba que cuando murió, su cuerpo fue embalsamado y colocado en un templo). Durante más de una década, el imperio se dividió en tres partes: un imperio galo separado en el oeste, un imperio oriental dominado por una dinámica reina siria y un bloque central aún gobernado desde Roma.

¿Cómo se recuperaron los romanos?

La marea cambió gracias a una serie de emperadores procedentes de las legiones, quienes reunificaron el imperio, restauraron las fronteras y reemplazaron eficazmente el sistema seudorrepublicano de Augusto por una autocracia militar explícita. El más exitoso de estos emperadores reformadores fue un oficial de los Balcanes llamado Diocleciano. En el transcurso de su reinado de veinte años, Diocleciano hizo que el gobierno imperial fuera más burocrático y, por lo tanto (según los burócratas), más eficiente. También instituyó la tetrarquía, un gobierno colegiado de cuatro coemperadores destinado a maximizar la presencia imperial en unas fronteras cada vez más precarias. Este sistema también fue diseñado para evitar crisis de sucesión. Había dos emperadores mayores y dos menores; a intervalos regulares, los emperadores mayores se retiraban y eran sucedidos por los emperadores menores. Los emperadores recién ascendidos nombrarían entonces un nuevo grupo de emperadores jóvenes, y así sucesivamente.

Una idea interesante. ¿Funcionó?

En realidad no. El hábito de la sucesión hereditaria era demasiado fuerte. Apenas un año después de que Diocleciano y el otro emperador principal se retiraran, uno de los nuevos emperadores mayores murió, y su ejército, ignorando las reglas de Diocleciano, proclamó emperador a su hijo Constantino. Durante las dos décadas siguientes, Constantino hizo campaña contra cada uno de sus coemperadores y finalmente emergió como el único gobernante del mundo romano. Fue justo antes de la batalla decisiva contra el primero de sus rivales cuando el joven emperador ordenó a sus soldados que pintaran símbolos cristianos en sus escudos. Ganó esa batalla, promulgó un edicto de tolerancia para el cristianismo poco después y se convirtió en el primer emperador cristiano romano.

Antes de aquello los romanos habían perseguido a los cristianos, ¿verdad?

Solo de vez en cuando. Aunque el cristianismo creció dentro del Imperio Romano —después de todo, Jesús de Nazaret había sido crucificado como rebelde contra la autoridad imperial—, durante dos siglos los emperadores y senadores habían sabido poco y se habían preocupado menos por la nueva religión. A finales del siglo II de

nuestra era, había cristianos en la mayoría de las principales ciudades del imperio, en especial en las provincias orientales. Sin embargo, estas comunidades solían ser demasiado pequeñas y socialmente humildes como para llamar mucho la atención. Los emperadores solo comenzaron a oponerse sistemáticamente a la Iglesia durante las crisis del siglo III. Hubo tres persecuciones en todo el imperio; la última y más severa tuvo lugar bajo Diocleciano. En cada caso, los cristianos fueron atacados como enemigos del Estado que se negaban a participar en rituales religiosos comunitarios u ofrecer sacrificios por los emperadores. Si bien las persecuciones provocaron un trauma enorme, también produjeron mártires, cuyos sufrimientos se convirtieron en fuente de inspiración.

¿Por qué Constantino fundó Constantinopla?

Quería una capital desde la que pudiera llegar fácilmente al Danubio y las fronteras persas. Eligió un lugar magnífico en el Bósforo, lo decoró con avenidas e iglesias monumentales y bautizó su ciudad como la Nueva Roma. Casi de inmediato se convirtió en una de las ciudades más importantes del imperio y llegó a ser uno de los legados más perdurables de Constantino.

¿Qué *ocurri*ó des*pués de la muerte de Constantino?*

Constantino tenía la intención de que sus tres hijos gobernaran el imperio junto con dos de sus primos. Pero sus hijos mataron a sus primos, el hijo menor mató al hijo mayor y luego el hijo menor fue asesinado, dejando al hijo mediano de Constantino como el único gobernante del mundo romano. Desesperado por recibir ayuda en el interminable proceso de apuntalamiento de las fronteras, nombró a uno de los pocos parientes que le quedaban, un joven estudioso llamado Juliano, como su coemperador y lo colocó en la frontera del Rin. Juliano no tenía experiencia política ni militar, pero tuvo el talento natural suficiente para obtener una importante victoria contra la última tanda de asaltantes bárbaros y la ambición suficiente para gobernar como único emperador después de la muerte de su primo. Al asumir el trono, Juliano se declaró pagano e intentó deshacer la cristianización del imperio. En esto fracasó, en parte porque su reinado fue breve y en parte porque una gran proporción de la clase dominante ya se había convertido. Sería recordado como Juliano el Apóstata, y el Imperio Romano nunca volvería a tener un gobernante

no cristiano.

¿Cuándo comenzó el Imperio Romano su dec*adencia terminal?*

Al menos en retrospectiva, a finales del siglo IV. Teodosio I, un devoto cristiano y un general competente, fue el último hombre en gobernar todo el mundo romano. Cuando murió en 395, dejó la mitad occidental del imperio a uno de sus hijos y la mitad oriental al otro. Esta división resultó permanente. Durante el transcurso del siglo V, los Imperios de Oriente y Occidente se enfrentarían a una seria presión de enemigos externos. Oriente sobreviviría; Occidente cayó.

¿Por qué fueron tan diferentes los destinos de los imperios romanos de Oriente y Occidente?

Hubo varias razones. En primer lugar, a pesar del perfil generalmente bajo de sus emperadores del siglo V, el Imperio de Oriente logró evitar guerras civiles importantes. El Imperio Occidental no lo hizo. En segundo lugar, el Imperio de Oriente estaba más urbanizado y era más próspero y, por lo tanto, le resultó mucho más fácil pagar a sus soldados y sobornar a las hordas bárbaras. Por último, y quizás lo fundamental, los hombres más ricos y poderosos del Imperio de Oriente (en otras palabras, el pueblo cuyo apoyo más necesitaban los emperadores) eran por lo general altos funcionarios de la burocracia imperial y, por lo tanto, invertían en el éxito del gobierno. Los grandes notables del Imperio Occidental, por el contrario, fueron los magnates del Senado romano. Estos hombres tendían a estar mucho más interesados en sus vastas propiedades que en el servicio al Estado. Les parecía igualmente fácil imaginar un mundo sin emperadores.

¿Por qué los bárbaros pudieron conquistar el Imperio Occidental tan rápidamente?

Porque el gobierno occidental era profundamente disfuncional. Tomemos, por ejemplo, los vándalos, una tribu relativamente sin importancia que cruzó el Rin congelado durante el invierno de 406-407. Después de quemar y saquear a lo largo de la Galia y España, los vándalos se establecieron en las ricas provincias del norte de África. Tras establecer su capital en la antigua ciudad de Cartago, crearon una flota pirata que aterrorizó al Mediterráneo occidental.

Menos de medio siglo después de que cruzaran por primera vez el Rin saquearon la propia Roma. Los vándalos probablemente nunca tuvieron más de veinte mil guerreros, pero fueron capaces de arrasar a voluntad la mayor parte del Imperio Romano Occidental y saquear su provincia más rica. Su éxito fue en gran parte una cuestión de estar en el lugar correcto en el momento adecuado. En una serie de momentos decisivos —cuando cruzaron por primera vez el Rin, cuando entraron en África y cuando se apoderaron de Cartago— el gobierno imperial estaba demasiado distraído por las guerras civiles y las intrigas de la corte como para oponerse eficazmente a ellos.

¿Qué partes del Imperio Occidental *se hundieron primero?*

Primero se abandonó Britania (que nunca fue una provincia rentable). Luego se entregó una gran parte del suroeste de la Galia a los aliados bárbaros del imperio. Alrededor de la época en que los vándalos se apoderaron del norte de África, el control romano de España comenzó a ser erosionado por otra tribu germánica. A mediados del siglo V, el Imperio Occidental se había reducido a Italia, el sur de la Galia y una pequeña parte de España; sin los ingresos de África, incluso este Estado reducido tenía dificultades para pagar a sus soldados. El Imperio Occidental disfrutó de un momento final de gloria cuando se asoció con algunos de sus aliados bárbaros para luchar contra Atila el Huno en una batalla que terminó en empate. Pero entonces, el general romano victorioso, el último comandante realmente dotado del Imperio Occidental, fue asesinado por el emperador, luego el emperador fue asesinado por los antiguos guardaespaldas del general y la corte volvió a sumirse en el caos.

¿Cómo cayó finalmente el Imperio Occidental?

Durante los últimos veinte años de existencia del imperio, fueron y vinieron una serie de gobernantes efímeros, la mayoría poco más que títeres del generalísimo germano de los ejércitos imperiales. El final llegó en 476, cuando un general bárbaro depuso a la última nulidad imperial (un niño con el conmovedor nombre de Rómulo Augústulo) y se proclamó rey de Italia. Se envió un aviso a la corte oriental de Constantinopla, que reconoció cortésmente el hecho de que el Imperio Romano Occidental había dejado de existir.

¿Qué importancia tuvo *la caída del Imperio Romano Occidental?*

La vida continuó. Muchas antiguas provincias habían sido y seguirían siendo devastadas durante mucho tiempo por rebeldes y bárbaros saqueadores. En otras partes del antiguo Imperio Occidental, sin embargo, el hundimiento del orden imperial pasó casi desapercibido. Los pueblos germánicos que ahora gobernaban Occidente se mostraron por lo general dispuestos a cooperar con las antiguas aristocracias romanas, cuyos miembros continuaron recaudando impuestos y viviendo de sus fincas. Todavía se hablaba latín, aunque sus dialectos regionales comenzaron a divergir más rápidamente, y solo los vándalos (que se adhirieron a una rama herética del cristianismo) persiguieron a sus súbditos por razones religiosas. La continuidad fue especialmente visible en Italia, donde un rey germano simpatizante de la cultura romana llegó a enviar educadas cartas al Senado y celebrar juegos en el Coliseo. En la superficie, al menos, se había establecido una relación de trabajo entre conquistadores y conquistados. Pero las aristocracias occidentales aún recordaban cuando el mundo había sido romano. Igual que los emperadores orientales.

¿Intentaron los emperadores de Oriente reconquistar Occidente?

Justiniano, el más grande de los emperadores romanos orientales, llegó al poder medio siglo después del hundimiento del Imperio Occidental. Su ambición impulsora era restaurar el Imperio Romano a su antiguo poder y grandeza, y durante unos años pareció que podría tener éxito. Presidió la codificación definitiva del derecho romano, construyó la iglesia de Santa Sofía, el mayor monumento de la arquitectura tardorromana, y envió a su talentoso general Belisario a reconquistar las provincias perdidas del oeste. Los ejércitos romanos ocuparon Cartago, reclamaron el norte de África, tomaron por asalto Sicilia y cruzaron a Italia. A los pocos años casi toda la península volvió a ser romana. Luego la peste bubónica llegó desde el este, matando hasta una cuarta parte de la población del imperio. La marea de la conquista retrocedió y los generales de Justiniano pasaron el resto de su largo reinado intentando proteger sus inmensas fronteras.

¿Qué ocurrió con el imperio de Justiniano?

Unos cincuenta años después de la muerte de Justiniano una guerra

que duró una generación contra la Persia sasánida casi destruyó el imperio. Los romanos prevalecieron, pero a un costo terrible: se perdieron las provincias balcánicas y la mayoría de las provincias restantes fueron devastadas. Antes de que pudieran recuperarse, apareció una nueva amenaza. Lejos, al sur, en la ciudad caravanera de La Meca, un remanso de paz, Mahoma había unido a las tribus árabes en guerra bajo la bandera del Islam. Solo unos años después de la muerte del Profeta, en una batalla librada en medio de una cegadora tormenta de arena, las fuerzas musulmanas destrozaron a los ejércitos romanos de Siria. En una década el Egipto romano, Palestina y Siria habían caído. Y en un siglo los musulmanes controlaron un imperio que se extendía desde España hasta Pakistán.

¿Cuándo terminó la antigüedad tardía?

Cualquier fecha es, por supuesto, arbitraria. Sin embargo, a principios del siglo VIII el Imperio Romano de Oriente había quedado reducido a Anatolia (Turquía actual), la Grecia costera y algunos fragmentos de Italia. Este Estado transformado por un siglo de guerra, era profundamente diferente de los imperios de Justiniano y Constantino. La tradición clásica perduró en la ciudad medio en ruinas de Constantinopla y en los islotes de enseñanza desde los monasterios de Irlanda hasta los jardines de placer de Damasco. Pero en este punto podemos decir razonablemente que el mundo mediterráneo había entrado en la Edad Media y nos despedimos de la antigüedad.

Lecturas adicionales

Para cada tema, he intentado proporcionar unos pocos libros razonablemente accesibles en inglés. Como referencia general a todas las cuestiones griegas y romanas, no hay nada mejor que el respetable *Oxford Classical Dictionary*.

1

CLELAND, Liza, DAVIES, Glenys y LLEWELLYN-JONES, Lloyd (eds.), *Greek and Roman Dress from A to Z*, Routledge, 2007.

CROOM, Alexandra, *Roman Clothing and Fashion*, Amberley, 2010.

2

KLEINER, Diana E. E., *Roman Sculpture*, Yale University Press, 1992.

RICHTER, G. M. A., *The Portraits of the Greeks*, compendiado y revisado por R. R. R. Smith, Cornell University Press, 1984.

3

ENGELS, Donald W., *Classical Cats: The Rise and Fall of the Sacred Cat*, Routledge, 1999.

FERRIS, Ian, *Cave Canem: Animals and Roman Society*, Amberley, 2018.

KITCHELL Jr., Kenneth F., *Animals in the Ancient World from A to Z*, Routledge, 2017.

4

MCLAREN, Angus, *A History of Contraception from Antiquity to the Present Day*, Blackwell, 1990.

RIDDLE, J. M., *Contraception and Abortion from the Ancient World to the Renaissance*, Harvard University Press, 1992.

5

MAINO, Guido, *The Healing Hand: Man and Wound in the Ancient World*, Harvard University Press, 1991.

MATTERN, Susan P., *The Prince of Medicine: Galen in the Roman Empire*, Oxford University Press, 2013.

NUTTON, Vivian, *Ancient Medicine*, Routledge, 2013.

6

DALBY, Andrew, *Siren Feasts: A History of Food and Gastronomy in Greece*, Routledge, 1996.

—, *Empire of Pleasures: Luxury and Indulgence in the Roman World*, Routledge, 2000.

GRAINGER, Sally, *Cooking Apicius: Roman Recipes for Today*, Prospect Books, 2006.

7

DAVIDSON, James, *Courtesans and Fishcakes: The Consuming Passions of Classical Athens*, HarperCollins, 1997.

FLEMING, Stuart J., *Vinum: The Story of Roman Wine*, Art Flair Publications, 2001.

ROBINSON, Jancis y HARDING, Julia (eds.), *The Oxford Companion to Wine*, Oxford University Press, 2015.

8

BLACKBURN, Bonnie y HOLFORD-STREVENS, Leofranc, *The Oxford Companion to the Year*, Oxford University Press, 1999.

Robert Hannah, *Greek and Roman Calendars: Constructions of Time in the Classical World*, Duckworth, 2005.

9

HARPER, Kyle, *The Fate of Rome: Climate, Disease, and the End of an Empire*, Princeton University Press, 2017.
PARKIN, Tim, *Old Age in the Roman World: A Cultural and Social History*, Johns Hopkins University Press, 2004.

10

GARNSEY, Peter, *Food and Society in Classical Antiquity*, Cambridge University Press, 1999.
LAZER, Estelle, *Resurrecting Pompeii*, Routledge, 2009.

11

HARL, Kenneth W., *Coinage in the Roman Economy, 300 B.C. to A.D. 700*, Johns Hopkins University Press, 1996.
VON REDEN, Sitta, *Money in Classical Antiquity*, Cambridge University Press, 2010.

12

ALDRETE, Gregory S., *Daily Life in the Roman City: Rome, Pompeii and Ostia*, Greenwood Press, 2004.
ERDKAMP, Paul (ed.), *The Cambridge Companion to Ancient Rome*, Cambridge University Press, 2013.
NIPPEL, Wilfried, *Public Order in Ancient Rome*, Cambridge University Press, 1995.

13

BRADLEY, Keith, *Slavery and Society at Rome*, Cambridge University Press, 1994.
GARNSEY, Peter, *Ideas of Slavery from Aristotle to Augustine*, Cambridge University Press, 1996.
MOURITSEN, Henrik, *The Freedman in the Roman World*, Cambridge University Press, 2011.
WIEDEMANN, Thomas E., *Greek and Roman Slavery*, Croom Helm, 1981.

14

POMEROY, Sarah B., *Families in Classical and Hellenistic Greece: Representations and Realities*, Oxford University Press, 1997.
RAWSON, Beryl (ed.), *Marriage, Divorce, and Children in Ancient Rome*, Oxford University Press, 1991.
TREGGIARI, Susan, *Roman Marriage: Iusti Coniuges from the Time of Cicero to the Time of Ulpian*, Oxford University Press, 1991.

15

DOVER, Kenneth, *Greek Homosexuality*, Bloomsbury, 2016.
HARPER, Kyle, *From Shame to Sin: the Christian Transformation of Sexual Morality in Late Antiquity*, Harvard University Press, 2013.
YOUNGER, John G., *Sex in the Ancient World from A to Z*, Routledge, 2005.

16

BOARDMAN, John, *Greek Art*, Thames & Hudson, 2016.
RAMAGE, Nancy H. y RAMAGE, Andrew, *Roman Art: Romulus to Constantine*, Pearson, 2015.
VOUT, Caroline, *Classical Art: A Life History from Antiquity to the Present*, Princeton University Press, 2018.

17

BEARD, Mary, NORTH, John y PRICE, Simon, *Religions of Rome*, Cambridge University Press, 1998.
PRICE, Simon, *Religions of the Ancient Greeks*, Cambridge University Press, 1999.
WHITMARSH, Tim, *Battling the Gods: Atheism in the Ancient World*, Knopf, 2015.

18

CHERRY, John (ed.), *Mythical Beasts*, British Museum Press, 1995.
FELTON, Debbie, *Haunted Greece and Rome: Ghost Stories from Classical Antiquity*, University of Texas Press, 1999.

JOHNSTON, Sarah Iles, *Restless Dead: Encounters between the Living and the Dead in Ancient Greece*, University of California Press, 1999.

19

EDMONDS III, Radcliffe G., *Drawing down the Moon: Magic in the Ancient Greco- Roman World*, Princeton University Press, 2019.
GRAF, Fritz, *Magic in the Ancient World*, Harvard University Press, 1999.
MATYSZAK, Philip, *Ancient Magic: A Practitioner's Guide to the Supernatural in Greece and Rome*, Thames & Hudson, 2019.

20

BREMMER, Jan (ed.), *The Strange World of Human Sacrifice*, Peeters, 2008.
HUGHES, Dennis D., *Human Sacrifice in Ancient Greece*, Routledge, 1991.

21

BROAD, William J., *The Oracle: Ancient Delphi and the Science behind Its Lost Secrets*, Penguin, 2006.
JOHNSTON, Sarah Iles, *Ancient Greek Divination*, Blackwell, 2008.
SCOTT, Michael, *Delphi: A History of the Center of the Ancient World*, Princeton University Press, 2014.

22

CLARK, Gillian, *Christianity and Roman Society*, Cambridge University Press, 2004.
GEFFCKEN, Johannes, *The Last Days of Greco-Roman Paganism*, trad. Sabine MacCormack, North Holland, 1978.
LEE, A. D. (ed.), *Pagans and Christians in Late Antiquity: A Sourcebook*, Routledge, 2000.

23–24

FINLEY, M. I. y PLEKET, H. W., *The Olympic Games: The First Thousand Years*, Chatto & Windus, 1976.
KYLE, Donald G., *Sport and Spectacle in the Ancient World*, 2nd., Wiley Blackwell, 2015.
POTTER, David, *The Victor's Crown: A History of Ancient Sport from Homer to Byzantium*, Oxford University Press, 2011.

25

CASSON, Lionel, *Ships and Seamanship in the Ancient World,* Princeton University Press, 1971.
—, *Travel in the Ancient World*, Johns Hopkins University Press, 1994.

26

ELKINS, Nathan T., *A Monument to Dynasty and Death: The Story of Rome's Colosseum and the Emperors Who Built It*, Johns Hopkins University Press, 2019.
HOPKINS, Keith y BEARD, Mary, *The Colosseum*, Profile, 2005.

27

TONER, Jerry, *The Day Commodus Killed a Rhino*, Johns Hopkins University Press, 2014.
TOYNBEE, J. M. C., *Animals in Roman Life and Art*, Thames & Hudson, 1973.

28

DUNKLE, Roger, *Gladiators: Violence and Spectacle in Ancient Rome*, Pearson, 2008.
MEIJER, Fik, *The Gladiators: History's Most Deadly Sport*, trad. Liz Waters, Thomas Dunne, 2004.

29

KISTLER, John M., *War Elephants*, Praeger, 2006.
MAYOR, Adrianne, *Greek Fire, Poison Arrows, and Scorpion Bombs: Biological and Chemical Warfare in the Ancient World*, Overlook, 2003.

30

CAMPBELL, Duncan B., *Greek and Roman Siege Machinery 399 BC–AD 363*, Osprey, 2003.
—, *Besieged: Siege Warfare in the Ancient World*, Osprey, 2006.
RIHLL, Tracey, *The Catapult: A History*, Westholme, 2013.

31

AUSTIN, N. J. E. y RANKOV, N. B., *Exploratio: Military and Political Intelligence in the Roman World from the Second Punic War to the Battle of Adrianople*, Routledge, 1995.
RUSSELL, Frank, *Information Gathering in Classical Greece*, University of Michigan Press, 1999.
SHELDON, Rose, *Intelligence Activities in Ancient Rome*, Routledge, 2004.

32

GOLDSWORTHY, *The Complete Roman Army*, Thames & Hudson, 2003.
SOUTHERN, Pat, *The Roman Army: A Social and Institutional History*, Oxford University Press, 2007.
WELLS, Peter S., *The Battle That Stopped Rome: Emperor Augustus, Arminius, and the Slaughter of the Legions in the Teutoburg Forest*, W. W. Norton, 2003.

33

CLARIDGE, Amanda, *Rome: An Oxford Archaeological Guide*, Oxford University Press, 2010.
KRAUTHEIMER, Richard, *Rome: Profile of a City, 312-1308*, Princeton University Press, 1980.
LLEWELLYN, Peter, *Rome in the Dark Ages*, Faber, 1971.

34

DAVIES, Penelope J. E., *Death and the Emperor: Roman Imperial Funerary Monuments, from Augustus to Marcus Aurelius*, Cambridge University Press, 2000.

SAUNDERS, Nicholas J., *Alexander's Tomb: The Two-Thousand Year Obsession to Find the Lost Conqueror*, Basic Books, 2006.

35

CLACKSON, James, *Language and Society in the Greek and Roman Worlds*, Cambridge University Press, 2015.

— y HORROCKS, Geoffrey, *The Blackwell History of the Latin Language*, Wiley Blackwell, 2007.

HORROCKS, Geoffrey, *Greek: A History of the Language and its Speakers*, Wiley Blackwell, 2010.

36

BIERBRIER, Morris L., «Modern Descendants of Byzantine Familie», *Genealogists' Magazine*, 20 (1980-1982), 85-96.

TAYLOR, Nathaniel L., «Roman Genealogical Continuity and the "Descents from Antiquity" Question: A Review Article», *The American Genealogist*, 76 (2001), 129-36.

Créditos de las ilustraciones

1. Imágenes de dominio público.
2. Classical Numismatic Group (*www.cngcoins.com*).
3. Cortesía del Getty's Open Content Program.
4. Classical Numismatic Group (*www.cngcoins.com*).
5. Archivo del autor.
6. Bibi Saint-Pol, Wikimedia Commons.
7. Dominio público.
8. Marie-Lan Nguyen, Wikimedia Commons.
9. Archivo del autor.
10. Archivo del autor.
11. Marie-Lan Nguyen, Wikimedia Commons.
12. Dominio público.

13. Dominio público.
14. Adam L. Clevenger, Wikimedia Commons.
15. Dominio público.
16. Prauls901, Wikimedia Commons.
17. Archivo del autor.
18. Archivo del autor.
19. *Le Moniteur des architects*, 9 (1875), pl. 12.
20. Archivo del autor.
21. Dulcem, Wikimedia Commons.
22. Jona Lendering, Wikimedia Commons
23. Vissarion, Wikimedia Commons.
24. Archivo del autor.
25. Archivo del autor.